LIBRARY OF PRINCETON
AUG 1 1997
THEOLOGICAL SEMINARY

BX
2186
.C35
1956
v.2

Biblioteca de Autores Colombianos

SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN

AFECTOS ESPIRITUALES

Ministerio de Educación Nacional
Ediciones de la Revista
BOLIVAR

J. NOE HERRERA
SALES OF COLOMBIAN BOOKS
APARTADO AEREO 12053
BOGOTA, COLOMBIA

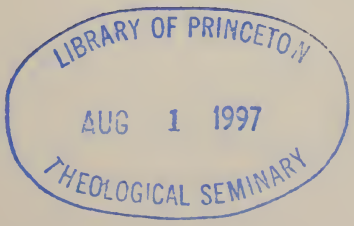
Castillo, Francisca Josefa de la Concepción de, 1671-1742

SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN

AFECTOS ESPIRITUALES

de la venerable madre y observante religiosa Francisca Josefa de la Concepción, en el siglo doña Francisca Josefa de Castillo y Toledo, Guevara, Niño y Roxas.

Escritos por ella misma, de mandato de sus confesores según primera copia hecha por don Antonio María de Castillo y Alarcón, en Santa Fe de Bogotá, año de 1896.



BIBLIOTECA DE AUTORES COLOMBIANOS

AFECTOS ESPIRITUALES

DE

SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCION

AFECTO 1

PIDE LAGRIMAS, QUE SEAN COGIDAS EN LAS FUENTES DEL SALVADOR (1)

Jesús, nuestra redención; Jesús, maestro; Jesús, camino, verdad y vida: estos caminos, me parece, Señor mío, enseñáis a la pobrecilla despreciada y vil. ¿Queréis, mi bien y mi Señor, que vaya a vos por el mar del llanto y amargura de mi corazón? Pues, desde luego, quiero y deseo anegarme en mis lágrimas, si he de ser tan dichosa que por aquí vaya a vos. Dadme, mi Señor, una fe viva y una segura esperanza, cuando ya la triste barquilla de mi alma se sienta sumergir entre las olas para que no sea sorbida del profundo, ni el mar tempestuoso me anegue. Mas dadme misericordiosamente tales lágrimas, que sean como cogidas de las fuentes del Salvador, sean llorando mi ingratitud a tus finezas, Dios mío; sean llorando tus dolores y pasión; sean llorando tus ofensas y la pérdida

---

(1) Los epígrafes o títulos de los *Afectos* de este segundo tomo fueron redactados por el señor don Antonio María de Castillo y Alarcón, sobrino de la autora.

de las almas; sean llorando con tu Santísima Madre Dolorosa; sean llorando tu ausencia y mi destierro, y contingencias de él; sean llorando mi ceguedad para conocerte, mi frialdad para amarte, y mi flaqueza y debilidad en el servirte.

Llore como la tórtola, que toda es llanto sin su amado consorte; llore como la esposa ausente de su señor y esposo; llore como la esclava que ofendió a su señor y se hizo al bando del fiero y cruel dragón. Llore como el pobre a quien dan una gruesa limosna, que llora agradecido y contento, y no se harta de besarla y mirarla mil veces. Así has de hacer con los beneficios que amontona en ti tu Señor. Llora como la esposa que, después de larga ausencia, tiene cartas, noticias y promesas de su señor que la ama y ha de llevar al reino que le prepara. Llora como el perrillo que perdió la vista de su señor, y no descansa hasta tornarle a hallar. Llora como el cautivo y desterrado en esta gran Babilonia; llora sobre las cadenas y grillos de tu prisión, hasta que el Señor Dios tuyo te desate y libre.

AFECTO 2

ANHELA A MAS PERFECCION. IMAGINASE LLENA DE DELITOS. COMO NINGUNO VA AL PADRE, SINO POR CRISTO, PARA IR A CRISTO ES PUERTA FELIZ LA MADRE

Este día, dedicado al santo arcángel Seatiel, y a mi padre santo Domingo, con todos los santos de su religión, entendí en la oración que podía el alma entrar más y más en Dios, llevando por guía la fe, la admiración y el amor del sumo bien, y el conocimiento propio y propia aniquilación; y en muchas ocasiones, y casi siempre, he visto que el camino para la oración es la humillación y el desasimiento de todo.

Me parecía lo que dije arriba de entrar más y más en el mar de la suma bondad como los peces por el

mar, que se espacian y profundan llevados de las suaves corrientes; o como un pobre y tosco gañán que le fueran introduciendo en un gran palacio, que, admirado, se olvidara de sí en su conocimiento y estimación, se volviera nada, quedando con ser sólo lo que miraba.

Claramente he experimentado que yo sola soy mi mal, porque yo sola puedo impedir todo mi bien; y así, al paso que deseo alcanzarlo, deseo huir de mí, humillarme, deshacerme y aniquilarme; pues si llegara a una total mortificación, muriendo en mí, viviera en Dios. De donde muy fácilmente creo el odio que se tenían los santos; y así entendía que, perdiendo el ánima para todo o en todo lo que es de este mundo, se guarda como en una vida del valor de la eterna.

Esto me parecía entender en aquel *suscitans a terra inopem* (1).

Después de que os hayáis reducido a vuestra tierra, deshecho en el propio conocimiento y desasimiento de vos misma y de todo, os suscitará, levantará y dará como un nuevo ser, el Señor, y *de stercore* (2) levantará al pobre. Se levantará, después que se haya sentado en su propio conocimiento y en el muladar de su miseria, a raer y escudriñar su podre y lepra. Donde vea y conozca que no tiene más que un casco viejo y quebrado, lo levantará el Señor y hará que habite en la casa de muchos hijos y de tanta alegría como los hermanos que habitan en uno, en la casa de su propia madre. Será contada el alma entre los hijos de la madre del mismo Dios, y verá *quam bonum et quam jucundum* (3). *Et venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et lætatus sum* (4).

Así me parece que en este hallar a Dios el alma, o

(1) Ps., 112, 7.
(2) Ibidem.
(3) Ps., 132, 1.
(4) Sap., 7, 11, 12.

hallar puerta para esta oración que digo, de entrar y esconderse en Dios, se hallan y vienen todos los bienes, porque se halla fácil, dispuesta, y con hambre y deseo de toda virtud y justicia; y asimismo con odio a todo vicio, que parece lo que dice el salmo: *Diverte a malo, et fac bonum; inquire pacem, et persequere eam* (1). Y se hace su lugar en paz, en aquella paz del Señor que sobrepuja a todo sentido.

Y como aquel rústico que dije antes, si lo hicieran salir, o él saliera de aquel palacio o ciudad, se anduviera por las puertas y ventanas deseando volver a entrar; así el alma, fuera de aquella oración o conocimiento, se abraza con la santísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, y luégo con aquella santísima ánima; y allí encuentra lo que buscaba, y la humildad con la alteza, y también, por la consideración y amor de la Madre Virgen, de su pureza, hermosura, alteza y dignidad de su gracia y virtudes, especialmente su humildad, halla puerta grande y benigna para introducirse al palacio del Rey. Mas cuando no le conceden entrar, no deja de clamar y llamar a las puertas, y no se aparta de ellas, teniendo allí su consuelo, y cuando más no puede, no deja de gemir y llorar, morando en su llanto cuando se pone el sol, y esperando que serán vísperas de la alegría de la mañana.

Otra puerta hallaba en los santos ángeles, mas en Dios se hallan todos los bienes, porque allí se encuentra la santísima humanidad, la Madre Virgen, ángeles y santos, respectivamente. Mas me parece es diferente hallar las cosas criadas en Dios, o a Dios en las cosas criadas; como es diferente buscar de noche o encontrar de día. Ya se ve que la santísima humanidad de Nuestro Señor es la puerta única, grande y segura, que el Señor es luz que alumbra a todo hombre, etc. Mi Señora Purísima y Madre de la Vida es aquella puerta felicísima para ir a Dios, y puerta feliz del

(1) Ps., 33, 15.

cielo. Como ninguno va al Padre sino por Cristo, para ir a Cristo es puerta feliz la Madre.

Muchas veces he conocido que no edificara el alma, si primero no destruye, conforme a lo que dijo Nuestro Señor: *Mira que di mis palabras en tu boca y te constituí sobre las gentes y reinos para que derribes, destruyas, arranques y disipes, y luégo edifiques y plantes* (1). Así que, alma mía, no plantará Dios en ti una hermosísima humildad, si no estuvieren arrancadas las profundas y amargas raíces de la soberbia, cavando y ahondando profundamente en tu propio conocimiento; y si conociéndote no te aborreces, derribando y disipando los muros de tu amor propio, no levantará Dios en ti aquella ciudad cercada y murada de su especial protección, porque ésta no se promete a los soberbios gigantes que confían en sus fuerzas, sí a los que, desconfiados de sus propias fuerzas, y vacíos de su propio amor, estiman, aman y confían en el sumo bien.

Si no arrancas con la mortificación tus quereres, pasiones y apegamientos a la tierra, tierra te quedarás. Mas si quitares todo lo que es falso, vil y movedizo, te levantará el Señor como columna de hierro, incontrastable a los golpes del enemigo.

No seas como la paloma engañada, queriéndote mantener en tu nido deshecho, cuando toda la tierra se arde. Levanta el vuelo del deseo, amor y consideración, y habita y cohabita en la ayuda del Altísimo, y en la protección de Dios del Cielo, pues es tu Padre y habita en ellos, y serán tus muros como de bronce.

Así entendí en aquel verso del salmo *Declinantes autem in obligationes, adducet Dominus cum operantibus iniquitatem* (2). ¡Oh alma mía!, aunque no hubieras cometido tantas culpas, la ingratitud y negligencia, la tibieza y olvido de tantos beneficios recebidos de la tremenda Majestad de Dios, a que estabas obligada grandemente al agradecimiento y correspon-

(1) Jer., 1, 10.

(2) Ps., 124, 5.

dencia, es una grande iniquidad, y verdaderamente puedes ser contada con los más grandes pecadores. ¡Oh polvo, verdaderamente polvo! ¿Cómo has de estar sentada a la mesa del Rey Omnipotente? ¡Oh Señor, ¿quién soy yo, tu sierva, sino semejante a un perro muerto? ¿Quién soy yo, sino un tronco inútil y despreciable aun a los ojos humanos (que sólo ven la vileza exterior) para ser mirada, sufrida y atendida de tu gran Majestad? ¡Oh Dios benignísimo, refugio de los pobres y de los desvalidos! ¿Cómo no está mi alma atónita temblando y estremeciéndose en tu divina presencia? ¿A qué piedra hubieras labrado con tantos golpes, que hasta ahora se hubiera resistido su dureza? ¿Cuál maestro, por paciente y amante que fuera, no se hubiera cansado en tantos años de estar enseñando a quien tan totalmente ha despreciado tu enseñanza? ¿Quién jamás perseveró tanto tiempo en dar sus tesoros, a quien siempre los ha desperdiciado? ¡Oh alma mía!, mira la largueza de los beneficios de Dios, hasta darse a Sí mismo.

AFECTO 3

ASOMBRO DE COMO PADECIO DIOS EN EL MISMO MUNDO QUE CREO. ELEVACIONES Y DELIQUIOS POR LA UNION AL SUMO BIEN.

Esto conocí hoy habiendo comulgado: cómo Dios padeció en el mismo mundo que había creado; y esto con tanta admiración como si nunca lo hubiera oído, ni considerado. Toda el alma se va a este Señor, y está como el avecilla presa, que ve a la vista la libertad y la espaciosa región del aire, que hace fuerza por volar y desatarse, y no puede, y a veces su mismo ahinco la rinde y amaina en las fuerzas, aunque no en los deseos de hallar su centro, mas lo anda buscando dentro de su prisión, y sustentándose de algunas migajas, y no hace más que clamar, y dar unos cortos vuelos. Claro conocí cómo en llegando el alma a la inmensa

y clara luz de su Criador, será como el que despierta de una pesadilla y ve una inmensa luz. ¡Oh, cómo se desnudará de las tinieblas, y entrando en una inmensa luz; oh, cómo se sacudirá o la sacarán de la corrupción, pena y tinieblas, y entrará y se unirá a la luz incorruptible y inmortal! Sentía el alma con esta esperanza un modo de nuevo ser, y sin saber por qué repetía: *Gaude et lætare Sion, exulta satis filia Jerusalem quia venit rex tuus* (1). Clámale a la bondad inmensa de quien tuviste ser: *adveniat regnum tuum* (2), y mientras no llega, cláma, llóra y trabája. Ama infinitamente, si pudieras, a un objeto infinito de todo y solo bien. Aborréce infinitamente todo pecado y culpa que le ofende. Espéra infinitamente en un dador de infinita liberalidad. Deséa infinitamente un bien infinito. ¡Oh!, si de tal manera murieras en ti, y sólo en ti viviera Dios, que pudieras decir: mi fortaleza y mi alabanza es el Señor. Amaréte Señor, fortaleza mía, virtud de mi vida, vida de la virtud de mi alma, alma de la vida de mi ser.

AFECTO 4

ARDIENTES GEMIDOS POR LA PERDICION DE LAS ALMAS Y PORQUE SE SALVEN TODAS.

Estando en una grande tribulación, por ver cómo las criaturas de Dios se condenan y pierden, y van a tener por ocupación eterna, maldecir y blasfemar al sumo bien, pensaba morir por aquella mortal angustia y congoja, y más viendo el riesgo en que estoy por mis pecados y desagradecimiento de ser una de ellas.

Vía como en una vista más clara y penetrante que la vista del cuerpo, lo que Dios hace por el alma desde que la saca del no ser, para que consiga su último fin, y en particular, toda la vida de Nuestro Señor

(1) Zach., 9, 9.
(2) Mat., 6, 10.

Jesucristo, desde su encarnación, pasión, muerte, y sacramentos, avisos por sus predicadores; donde me parecía haber enviado a la Compañía de Jesús a este mundo para justificar su causa con los pecadores rebeldes, etc. Vía los avisos, golpes, desengaños, con que llama y despierta a los pecadores; la fealdad de los vicios, su inquietud y horror; y el tormento que aun en esta vida causan, etc. Vía la omnipotencia de Dios, airada, caer sobre los malos como un rayo encendido, como un globo de bronce, mayor y más pesado que todos los orbes de la tierra, etc. Vía cada misterio de la vida y pasión de Nuestro Señor, puesto a los ojos del alma para su remedio, enseñanza y ejemplo. Y llorando amargamente la ceguedad nuéstra, pedía remedio a Nuestro Señor, Nuestra Señora y mi santo ángel y santos. Parecíame oír como quejas que daba de sus criaturas: ¿qué es lo que debí hacer por mi viña y no lo hice? ¿Piensas que si hasta ahora les hubiera conservado la vida, cesaran de ofenderme e injuriarme?

¿Cómo pues, alma mía, hallas otra causa de llanto y de dolor? ¡Ay de mí, que fui nacido para ver los muertos de la hija de mi pueblo, no cesen de llorar, ni callen las niñas de mis ojos! ¡Oh, si pudiera ser tan grande mi llanto y mi dolor como el mar! ¡Oh, si fuera un mar de sangre que anegara mis culpas y las de todas las criaturas, que se cometen contra Dios! ¡Oh tiempo perdido el que no se gasta en esto! ¡Oh Dios mío, recebid la sangre, la pasión, la muerte de vuestro amado Hijo; sus méritos, los de su Purísima Madre, su intercesión y la de los ángeles y santos, para alumbrar a los pecadores, y que no seáis más ofendido de vuestras criaturas! ¡Oh, quién pudiera convertir en bendiciones, alabanzas y actos de amor vuéstro, todas las ofensas que en la tierra y en el infierno se cometen contra vuestra suma bondad y santidad! ¡Oh Señor, misericordia! ¡Cristo, misericordia! ¡Señor, misericordia!

AFECTO 5

SON LAS TRIBULACIONES EL CAMINO DE LAS CONSOLACIONES. LA CRUZ DE CRISTO QUE DEBEMOS LLEVAR, NO ES IMAGINARIA SINO POSITIVA.

¡Señor Dios, salud y esperanza mía! ¡Cristo Jesús, luz verdadera que iluminas a los que estaban sentados en las tinieblas y sombra de muerte! ¡Cómo no temerá y temblará mi alma, Dios mío, cuando leo en tu Santa Escritura que entonces se corre el camino de tus mandamientos, cuando dilatas el corazón; y esto me parece a mí, Dios mío, que será cuando no se halla como el mío tan apretado con angustias, tan oprimido de temores, tan obscuro con dudas, tan acosado con tentaciones, tan lleno de tedio, pavor y miedo, tan consumido con tristeza, y acosado con persecuciones interiores y exteriores, que me parece haber caído en lo profundo del mar, y que mi alma, luchando con las amargas olas de la tribulación, llega a tener tedio de la vida; y hasta sus mismas palabras son adversas a sí misma. ¿Cómo así, Dios mío, correré el camino para hallarte, ni esperaré alcanzarte algún día? Mas ya oigo, Señor, que me decís: ¡Oh estulta y tarda de corazón, no se contradicen mis palabras, ni dejan de convenir entre sí! Por el mismo Profeta que dije: *el camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazón* (1) diré también: *en la tribulacióón me dilataste.* Díme, cuándo dio mi cuerpo mortal y pasible más espontáneamente la sangre para remedio del alma que cuando más oprimido con tristeza, tedios y congojas? Mírame en el huerto a mí, Esposo tuyo, y míra la opresión y congoja de mi alma por la tuya. Cuándo estuvieron más liberales mis manos que, cuando cosidas con clavos a un madero, no tenían un leve movimiento, sin acerbo dolor. Cuándo más bien corrí como gigante la carrera de la honra y honor de la divinidad, y salud del alma, que cuando se dilató, pro-

(1) Ps., 118, 32.

fundó y subió mi tribulación, y como en multitud de olas estuve como anegada, haciéndome la grandeza de la tribulación levantar la voz, y decir: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me dejaste como hundir en este profundo, de quien ya se había dicho y previsto? Sálvame Señor, que han entrado las aguas hasta mi alma. No sólo estoy anegado en ellas, mas han penetrado hasta lo más interior de mi alma, y embebido y tragado la tribulación, como un río o como un mar; en lo alto me cubren sus olas, a todos lados me anegan amarguras, su profundidad parece que me sepulta. ¿Y entonces no fue cuando aplaqué la ira divina y obré la salud del alma? ¿Cuándo con mayor clamor entregué mi espíritu en manos de mi Padre, que cuando, en lugar de alivios, gusté amarguras? Y entonces dije: "Consumado es. Ya se ha perfeccionado la obra de la redención."

¿Qué quiere decir el tálamo de la Cruz, donde el alma se desposa con Cristo? ¿No es la tribulación donde se abraza con la imitación de Cristo crucificado? ¿Piensas que es una cruz de madera que puedas cargarla un rato, y arrimarla otro, o que es una cruz fabricada sólo en tu pensamiento, contentando a ti misma con que padeces? ¿O piensas que el dilatarse el corazón para correr el camino para Dios, ha de ser una abundancia y continuación de gustos sensibles, aunque espirituales, de consolaciones muy regaladas, de ardores muy suaves, de visiones muy dulces, de raptos muy admirables a los hombres, de aprobación y aceptación de las criaturas? Pues en lo uno no ves claro, que estabas metida en el mundo, y en lo otro, en ti misma, agradándote en ti, buscándote en ti y hallándote en ti y en las criaturas. Y andando por este camino ancho y angosto, ¿no ibas entrañándote y estrechándote en cosas bajas y viles? ¿Esta podía ser dilatación del corazón? Como verdaderamente se dilata es extremando sólo el contento del alma en dar contento a Dios, pisando y hollando la propia voluntad, dilatándose en la fe, en la confianza, en el amor apreciativo del sumo bien, en un entrego total

a su voluntad y rendimiento, a las disposiciones de su providencia, fiada en ella. Esta es la dilatación del corazón, cuando más y más sube en el ejercicio de estas virtudes, considerando su polvo y su nada, y la nada y viento de todo lo terreno para alejarse de ello. Y como el ave que levanta el vuelo para espaciarse en la región del aire, tan extendida y libre, así el alma se dilata y corre cuando ha pasado por la estrecha senda de dejarse y negarse a sí misma en todos sus quereres. Esta es la senda angosta que guía a la vida y la dilatación del corazón, que hace correr el camino de los mandamientos cuando el alma no estriba en sí misma en lo que siente o no siente; mas puesta en la eterna voluntad de Dios, le hace un continuo sacrificio de sí misma. Entonces sube del desierto como varita de humo, ya como consumido el ser terreno y afectos de la carne y naturaleza, estribando sólo en su amado, sabiendo que es Padre poderoso y amante, sabio y santo. No tiene en sí confianza ni querer; mas arrojada en los brazos de tan gran señor, sólo a El desea contentar, y estar unida y no apartarse de El.

AFECTO 6

TRIBUTA FERVOROSOS ENCOMIOS AL CORAZON DE JESUS, Y AL DE MARIA, CUANTAS PENAS COMPRIMIERON, RESPECTIVAMENTE, ESTOS DOS PURISIMOS CORAZONES.

Su corazón es mi corazón; y unido a él, gusta y siente sus amarguras. ¡Oh corazón dulcísimo! ¡Oh corazón pacientísimo! ¡Oh corazón abrasado en el amor de Dios y de las almas! ¡Oh humanidad santísima: a las puertas de tu piedad está mi alma, llamando, llorando y pulsando a la media noche de sus penas, ignorancias y frialdades! ¡Oh, amigo, amigo, amigo sólo verdadero, fiel y poderoso amigo: dadme aquellos tres

panes! ¡Oh Jesús, humano para mi consuelo! ¡Oh Jesús, divino para mi remedio!, criado a los pechos de mi dulce Madre. Dadme, oh Señor mío, tres panes; abrása mi frialdad con tu fuego de amor; alúmbra mis tinieblas con tu caridad; confórta mi flaqueza con tu fortaleza. Mi corazón sediento y hambriento de tu corazón, te pide su sustento y su bebida. ¡Oh fuente de la vida! ¡Oh limpio corazón, sin ti no respira mi triste corazón, porque Tú eres su vida, y tu corazón es aliento del mío!

¡Oh Madre Virgen! ¡Oh madreperla que encerraste en ti todo el océano inmenso de Dios hecho hombre; que tu carne y tu sangre es carne y sangre de Dios! Míra desde tu alteza, levantada sobre todo entendimiento creado, la bajeza y la pobreza mía; pues tu limpio corazón es corazón de Jesús. Míra desde lo excelso, oh dulce Madre, las cosas humildes y desechadas. ¡Ea! corazón de María, anchísimo por la caridad y misericordia, encendidísimo por el amor, candidísimo por la pureza; fuente manantial de dones, gracias y virtudes, abriga al desnudo en los senos de tu misericordia, defiénde al huérfano, enriquece al pobre. ¡De tu incendio, oh Madre Virgen!, una centellita bastará a encender mi helado corazón; de tu fuente purísima una gota; de tu inmensa luz, un rayo, para que mi corazón pueda amar a Jesús dignamente. ¡Oh Jesús mío, quién te amara con el corazón de María! ¡Oh María, Madre dulcísima, quién te amara con el corazón de Jesús! ¡Oh triste y pobrísimo corazón mío!, ¿qué abrigas en ti? ¡Ay de mí! Mira bien si vive en ti la monstruosa soberbia, la fiera envidia, la asquerosa gula, la vil codicia, y tantos monstruos de culpas y pecados, de faltas y defectos; y llora sobre tu corazón, pues está indigno de que viva en él Jesús, y María Virgen. ¡Ay triste destierro mío, cuando no viven en mi corazón! No es posible que comprendas, alma mía, la menor parte (si pudiera haber parte menor) de la longitud, latitud, alteza y profundidad del corazón amabilísimo de Jesús y de María; bástate saber que será gloria llena, perfecta, y cumplido gozo vivir en

él y por él. ¡Oh cuánta gracia! ¡Oh cuánta gloria! ¡Cuántas penas comprimieron respectivamente estos dos purísimos corazones en la vida mortal! ¡Cuánta profundidad de humildad y sujeción al Eterno Padre; cuánta alteza de santidad y amor; cuánta latitud de caridad y misericordia para con los hombres; cuánta largueza de beneficios acerca de ellos; cuántas obras en honor de la Divinidad!

Tu santísimo corazón, Jesús mío, siempre tuvo presente su dolor todo el día de su vida santísima. Desde la mañana de su concepción tuvo presentes los azotes, castigo de esclavos, de afrenta y de dolor; y así dice el salmo: fui azotado todo el día, y mi castigo en la mañana; todo el día me estropeaban mis enemigos; todo el día estaba y andaba constristado. Mi corazón se conturbaba entre mí, hecho estaba mi corazón como cera que se derrite en medio de mis entrañas, o en medio de mi vientre, que es la memoria de mis tormentos.

Esta es la tribulación por donde caminé como por senda estrecha y apretada; y entonces *ambulabam in latitudine, quia mandata tua exquisivi* (1). Así que, Señor mío, y llave verdadera de David, que abrís, y nadie cierra lo que vos abrís, cerráis, y nadie abre lo que vos cerráis. Venistes, Señor, y abristes las Escrituras. Digno es el Cordero, que fue muerto, de abrir el Libro y soltar sus sellos, declarándolos con el hacer y padecer de vuestra santísima vida.

---

(1) Ps., 118, 45.

AFECTO 7

FERVOROSAS ASPIRACIONES A LAS LLAGAS DE CRISTO. DALE NUESTRO SEÑOR A ENTENDER SEPULTE SU ALMA EN LA LLAGA DE SU COSTADO.

Hoy, día de la degollación de mi querido y muy amado san Juan Bautista, día martes, que tengo encomendado a mi santo arcángel Rafael y a mi padre san Francisco con todos los santos de la Orden, en amaneciendo con mis continuas congojas, abrazada con el Señor Crucificado, hallé que el alma estaba embebida en estos deseos, como si le dijeran: Deposita y desea poner en la llaga de la mano siniestra del Señor cinco mil millones de actos de detestación, aborrecimiento y horror de toda culpa, y de todo lo que pueda disgustarlo. Asimismo, en la llaga de la mano derecha, deposita y ofrece otros tantos actos de amor del Señor y deseos de llegarte a El, y cumplir en todo su amabilísima voluntad, uniendo tu alma al sumo bien. En la llaga del pie izquierdo, ofrece otros tantos actos de humillación y conocimiento de tu vileza, sequedad e inconstancia, más porque has ofendido al sumo bien. Y en la llaga del pie derecho del Señor, ofrece, con toda el alma, otros tantos actos de firmeza en la esperanza del sumo bien, para no apartarte de él.

Habiendo recebido al Señor en la santa comunión, y estando en la presencia de mi Señora, la santísima Virgen, encendíaseme más el alma, y entendí, como si dijeran. ¿De a dónde te han venido tan altos pensamientos, oh pobrecilla mujer, vaso de tierra y de podre, que sólo te contentas con el amor de Jesús y María, y que no aspiras a menos, ni otra ninguna cosa menos alta te satisfaga, ni pueda contentarte? Esto, conocía con admiración, nace de la fuente de la misericordia.

Parecíame le daba Nuestro Señor al alma a entender, quería que en la llaga de su costado se sepulta-

ra muerta al mundo y a sí misma. Míra, este es el campo de la sangre comprado con el precio de ella para sepultura de los peregrinos que no tienen aquí, en la tierra, ciudad permanente. Como peregrina de la tierra se ha de portar el alma, lo cual ruega el Apóstol, y se dice en muhas partes de los Salmos. ¡Oh, pues, peregrina y muerta, será tu sepultura mi pecho abierto; mas mira que estés bien muerta, y no viva en ti la vida de la carne. Deja, como en el testamento el que muere, a mis ojos, todo el juicio de las cosas así interiores como exteriores; en mi boca, lengua y paladar renuncia y deja todos los gustos, consuelos y sabores, no sólo naturales, mas espirituales. Así que en este tu testamento y última voluntad, has de dejar a las manos de Jesús todas tus obras y acciones de toda tu vida, para que disponga de todo como de cosa propia en tiempo y eternidad. Así, a sus santísimos pies has de dejar con total entrega, y como por escritura pública a toda la corte celestial, el gobierno y dirección de tus pasos y caminos, no queriendo ya tener parte en ti misma, pues te entregas con una escritura irrevocable para que así, muerta para ti misma, viva sólo en él, y seas sepultada en el sepulcro de los peregrinos. Mas advierte que este sepulcro es aquella zarza que arde y no se quema; te has de descalzar de ti misma, y ofrecer los pies desnudos para ir por el camino de fuego y espinas, amando y padeciendo. Los santos ángeles cantarán: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, y se dirá del alma: *posuit fines tuos pacem et factus est in pace locus ejus* (1), y su habitación en la Sión Santa. Y tú podrás decir: *collocavit me in obscuris* (2), porque toda ciencia de Dios es oscura en la vida mortal, hasta que amanezca el día de la claridad eterna. Mas estarás *sicut mortuus sæculi* (3), muerta al siglo y a ti misma; y como el muerto del siglo, que está reducido al

(1) Ps., 147 (146), 14.
(2) Ps., 142, 3.
(3) Ibidem.

polvo, y ya la carne no tiene corrupción, mas ni sustancia. Y esto fue lo que se te mostró en aquella imagen de Cristo crucificado y hecha de huesos áridos, secos y enjutos. Entonces, cuando por la tribulación, mortificación, y imitación de Cristo estuvieres como aquellos huesos áridos que se le mostraron al Profeta, vivirás sólo con el espíritu de Dios, y te levantarás sobre ti misma como ejército armado con la fortaleza del fuerte, que con huesos áridos triunfa y vence como Sansón.

¡Oh, alma mía! ¿cuándo serías tan dichosa que estés sepultada en este divino sepulcro, que no te sientas a ti misma, que no te oigas, que no te veas, que no te encuentres, que no te halles; mas sólo veas, sientas, oigas, encuentres, y halles a Jesús?

Así como el que está en la sepoltura, a la diestra y a la siniestra, en lo superior y inferior, no le llega otra cosa que el sepulcro, y la tierra de la sepoltura parece que traga y devora al sepultado, uniéndolo y convirtiéndolo en sí, descarnándolo y desnudando los huesos, y aun hasta ellos volviéndolos en polvo como los muertos del siglo, así has de desear, rogar y pedir ser unida toda, mudada y traspasada en el corazón de Jesús, en el glorioso sepulcro de su amor, y campo extendidísimo de su sangre, que es sepoltura de los peregrinos y de aquellos que no tienen en la tierra lugar de descanso, ni dónde reclinar la cabeza. Así que tén en la memoria aquella emulación con que decía el Apóstol emulaba al alma para desposarla con Cristo, como virgen casta de solo este Esposo. Esta es emulación de Dios, fuerte como la muerte, y como el lugar inferior que es la sepoltura.

Dejando, pues, como en firme escritura todo mi ser, poder y entender en mi amado Señor, y mi corazón por firme voluntad, poniéndolo y entregándolo en las manos de la pura, santa, y piadosa Madre suya, mi Señora la Virgen María, quiero morir a mí misma, y no tener parte en nada mío. Quiero que mi alma, mi cuerpo y corazón, mis fuerzas, mi salud y tiempo, todas las operaciones de mis sentidos y poten-

cias, se gasten, se ardan y se consuman en el fuego del divino amor, en amar y padecer.

Y en este gloriosísimo sepulcro quiero quedar para siempre; y así pido a los ángeles santos, en particular al de mi guarda, como a mis tutores y curadores, me hagan sepultar de tal manera que, cerrada y sellada, jamás salga, ni se oiga mi voz en cosa que no sea en él, o por él, guiada y llevada del deseo de morir a mí misma, y sólo vivir para Dios.

AFECTO 8

SE EXCITA A PENITENCIA, DESPUES DE GRANDES SUFRIMIENTOS.

Hoy domingo, día que tengo encomendado al santo arcángel Miguel, san José y todos los santos de la familia y casa de Nuestra Señora, la Virgen María, entendí esto, como si dijera: Mira, alma mía, que has experimentado las penas del infierno, y lo más terrible de él; y que puedes decir al Señor: libraste mi alma del infierno inferior, del más profundo en tormentos. ¿Qué penitencias, qué silencio, qué total abstracción de todas las criaturas, qué desprecios, qué pobreza, qué dolores, qué continuos clamores y solicitud en buscar al sumo bien, te podrá parecer mucho? ¿Qué mayor premio puedes querer, por buscar al sumo bien, que buscarlo? ¿Qué mayor merced para servirlo que servirlo? ¿Qué mayor paga por ocuparte toda en El, que ocuparte toda, alma y cuerpo, en El, esto es, en inquirir su voluntad para ejecutarla? Pues casi has experimentado la pena de daño, que pudiste decir: arrojada soy de la presencia de tus ojos. Probada esta pena, ¿qué se te hará difícil, o qué no será fácil?

Ya has experimentado la abominación, la tenacidad y maldad de los espíritus precitos y aborrecidos, y aborrecedores de Dios. Pues ¿cómo querrás convenir

con ellos, y aun en las cosas más mínimas? ¿Cómo no te vengarás con lo que ellos aborrecen, que es con humillarte, con adorar a Dios, amarlo y esperar en El: con reverencia a su purísima Madre, a los santos ángeles y a los santos (en que conocía particularmente a mi padre san Ignacio, como quien tanta guerra les ha hecho y les hará con su santa compañía). Ellos aborrecen la gloria de Dios, y el bien de tus prójimos y hermanos.

Padre mío, estas son las cosas que quería decirle siento en mi alma, y no acerté a decírselas de palabra. Ahora van aquí escritas, para que me advierta y enseñe, pues el misericordiosísimo Dios y Señor me ha dado a mi padre.

AFECTO 9

DILATACION DEL CORAZON EN LA TRIBULACION. ALENTADA CON EL EJEMPLAR PUESTO EN EL MONTE.

Esta es la total desnudez que te enseñó el hijo de la Virgen en el Monte Calvario. El es el varón que sólo vía su pobreza careciendo de toda estimación, hecho oprobio de los hombres y desecho del pueblo, ludibrio y escarnio de la plebe más ínfima. No sólo reputado con los inicuos, mas pospuesto a los facinerosos, homicidas y ladrones (así juzga el mundo, y así se debe apreciar su juicio), escupido, blasfemado, tenido por seductor y engañador. Pensaron muchas maldades contra él, las dijeron con las palabras, y las ejecutaron con las obras.

Así estuvo tu Esposo, pobre y desnudo de todo alivio. El alma llena de angustia, desconsuelos y desamparos; la cabeza traspasada con espinas, desflaquecida con desvelos; los cabellos mesados y arrancados; los ojos llenos de lágrimas y sangre; las mejillas de golpes y bofetadas; la boca, lengua, y paladar, amargados con hieles; el olfato atormentado con los malos olores de

aquel monte; la barba arrancada; la garganta lastimada con los golpes y sogas; las manos traspasadas con clavos de duro y cruel hierro; los hombros llagados y molidos con el peso incomportable de la cruz; las espaldas y brazos desollados con azotes; y todo lo restante de su virginal cuerpo, atormentado, desflaquecido y azotado; los pies clavados a un madero y todo El sin tener dónde estribar, más que el duro lecho de la cruz, donde no podía tener un pequeño movimiento, ni una sombra de alivio. Sumergido de la tempestad de sus tormentos, cuyas aguas y amargas olas entraron hasta su alma, mira ¿qué movimiento podía tener en el suelo, cuando tendida allí la cruz lo clavaron con clavos contra ella? Así estuvo tu Señor, pobre y desnudo, despojado de todos los bienes de la tierra, no sólo de sus pobres vestiduras, mas hasta de su propia piel y movimiento. Desamparado de su propia virtud o fuerza corporal, y de la luz de sus ojos, obscurecidos con el polvo, lágrimas y sangre; falto hasta de una gota de agua, el que se dio todo como fuente viva para lavar, recrear y embriagar al alma; falto de sangre, de vigor y aliento, de defensores, de amigos ni abogados, y hasta de la propia vida. Hasta su sepulcro y mortaja fue dada de limosna. Esto vino a enseñarte el Señor del cielo, que como fuese rico se hizo pobre.

¡Oh, pues, alma, si eres nacida de varón, como varón has de ver tu pobreza! Mira que tu cabeza, Cristo, es esposo pobre y desnudo. Si quieres su vestidura ensangrentada y vestirte de Cristo, has de desnudarte de ti misma, y de todo lo criado, para que así seas bendita de Dios por las vestiduras de su Hijo Primogénito, y te alcance y venga sobre ti el rocío del cielo, y lo pingüe de la tierra, aquel rocío de la altísima divinidad, y lo pingüe de la tierra en la amabilísima humanidad con quien seas unida, para que quedes llena, feliz y dichosa por la unión de su sacramento de vida, convite pingüe y prenda del convite de la gloria;

y así que, alma, aprende esta ciencia oculta y escondida. No te has de tener por feliz a tu Esposo; mas entonces serás dichosa, cuando tuvieres lo que El tuvo: pobreza, desprecio, y dolores.

Mira las condiciones y propiedades del amor, y por aquí conocerás si amas. Una es desear y procurar cuanto se puede, parecerse a la cosa amada (aunque se amen cosas imperfectas), de modo que en el andar, en el vestir, en el hablar, en todo, querría el que de veras ama parecerse al amado; pues sólo has de apreciar en ti lo que tuvieres de tu Esposo y Señor, y fueren señas suyas. No sólo habrías de conformar los dictámenes de tu ánimo con los suyos; mas para tus ojos, oídos y lengua habría de ser el ejemplar y dechado como de las demás acciones.

¡Oh. dichosa el alma cuya lengua aprende de la de Jesús, gustando amarguras, callando a las injurias, alabando a Dios, y hablando palabras de vida para el consuelo, desengaño o enseñanza de sus hermanos! Dichosas manos las que sólo se emplearen en el obsequio de Dios y bien de los prójimos, y para lo demás estuvieren fuertemente clavadas; y así los pies, y los ojos, etc. Así el sustento y el sueño, así la oración y las vigilias, sólo por gloria y voluntad de Dios, y imitación del amado Jesús.

Esta es la dilatación del corazón, que se levanta y sube, y se ensancha y engrandece, llegándose más y más a su nobilísimo objeto, y por eso pasa por la tribulación o senda angosta de dejarse a sí misma; y así dice bien que en esta tribulación es dilatada, y en esta dilatación corre el camino. Mas el dejarte a ti misma es camino angosto y prueba de fuertes, y en venciéndote gustarás el maná que sabe llover el Señor Dios Omnipotente en el desierto. ¿Y cómo te dejarás? Dejando, venciendo y despreciando tus afectos desordenados. Porque has de desear con ansia y ahinco, gustos y consuelos (aunque sea en la oración) con que contentarte, saborearte a ti misma, adonde tan ocultamente puede esconderse el amor propio, y pensar-

do que deseas a Dios, buscarte a ti misma. Busca a Dios por sí mismo, y recibe lo que te diere, porque gusta de darte. ¿Por qué has de temer con temores desordenados, pues esto arguye falta de fe, y poca confianza? Si estando cercada de un muro de bronce, temieras el polvo o las saetas de paja que volaban por fuera, aun no sería tan fuera de camino, como temer los espantos y ardides del demonio, estando el alma cercada por todas partes de la inmensidad de Dios, de su poder y piedad. ¿Por qué has de entristecerte, pues la vida temporal es fructuosa para padecer y merecer, y es breve y va volando a llevarte a tu centro, y a los brazos y casa de tu Padre Dios?, etc. Así que subiendo sobre tus afectos y saliendo de tu tierra, subirás y dilatarás tu corazón, y correrás más en un día que atada o arrastrada de ellos caminaras por muchos años.

Camino angosto, camino de humillación, es la tribulación; mas en ella se hacen los hombres receptibles, y es camino que guía a la vida. Fuego es la tribulación, y fuego que quema hasta los huesos; mas de ella dijo el profeta Jeremías: *envió fuego a mis huesos, y me enseñó, y me hizo erudito* (1). Así también es dilatado el corazón o el alma en la tribulación, porque enseña, con un magisterio práctico, la nada de la criatura y la necesidad que tiene del Criador; arranca, y despega la voluntad, hasta de sí misma, donde tántos ve males, y conoce y ama al autor de los bienes que sólo es Dios. Bueno es para mí que me humillaras para que aprenda tus justificaciones.

(1) Thren., 1, 13.

AFECTO 10

A DIOS SE DEBE SERVIR POR SI MISMO, NO POR LAS CONSOLACIONES, QUE ENTONCES ERA SERVIRTE A TI. LA VIDA DE JESUS FUE ATORMENTADA CON LA VISTA DE LOS PECADOS DEL MUNDO.

El fin o intención de las obras es el que les da valor, ¿pues qué valor tuvieran, siendo el fin (aunque escondidamente) satisfacer tu deseo? No has conocido, y puedes bien saber que tú misma eres tu mayor contrario, pues sólo de ti nacen y en ti estriban los impedimentos de llegarte y unirte al sumo bien. ¿Cómo, pues, quieres complacer y corroborar a tu enemigo, cuando pones la mira en estar satisfecha y contenta, y no dices: perseguiré a mis enemigos, y los comprehenderé, conociendo y mortificando mis afectos desordenados, examinándolos y escudriñándolos, sacando a luz la razón de mis quereres, y no me volveré, no dejaré de seguirlos y perseguirlos hasta que descaezcan en sí, y sólo se rindan a Dios, por El mismo, y por el cumplimiento de su santa ley y amable voluntad? ¿Qué fineza hicieras por tan buen Señor, digno de todo servicio y obsequio, en querer gustar siempre de las consolaciones divinas que tánto exceden a todas las humanas? En algún modo tras eso andan todos los hombres, aun los más mundanos, pues, ¿cuál es el que no aspira a tener placer y darse contento? Si fuera grande estulticia, y digna de ser castigada y aborrecida, el usar de los ornamentos sagrados para usos profanos, gran locura es y desacato grande, poner fin de la oración y trato con el Señor Dios omnipotente en las consolaciones sensibles. El fin ha de ser adorarlo, alabarlo y conocerlo, para amarlo por ser digno de todo amor, honra y reverencia, y porque fue su santa, justa y convencible voluntad criarte para amarlo, porque es el fin nobilísimo de tu ser, porque haciéndose hombre por tu amor es aquel cordero de

quien se canta en la celestial patria: Digno es el Cordero que fue muerto de recebir gloria, honor, y bendición. Redimístenos, Señor, con tu sangre y nos hiciste reino tuyo sujetos al suave dominio de tu imperio, al yugo y el tributo, que siendo tan obligatorio, dejaste en algún modo voluntario para hacerlo más gracioso, y constituirte deudor cuando te pagan. ¿Qué dijeras de un criado que entrando a servir en el palacio de un gran señor, sólo quisiera sentarse a la mesa y comer de aquellos delicados y sabrosos manjares del plato del rey? ¿Esta no fuera insania y locura; y más si se mostrara descontento cuando le daban lugar entre los hijos? ¿Qué vestidura de verdadera caridad, que se funda en humildad, traía éste para el convite? Revestido sólo de una grosera villanía, ¿no fuera justamente repelido y arrojado del señor del convite? ¡Oh amigo!, ¿a qué has venido? Con muestras de paz aprecias más tu corto interés que el respeto del Hijo del hombre, y su verdadero amor y caridad, su servicio y obsequio. Porque no fuiste como aquel afligido cojo que, llamado a la mesa del rey, exclamó humilde: ¿quién soy yo, siervo tuyo, sino como un perro muerto que es semejante a mí? Serás inútil para andar en el camino del servicio del rey, y para hacer obras que le agraden; y así, atado de pies y manos sería arrojado en la ceguedad de su entendimiento.

Mira el criado fiel y leal cómo recibe el sustento y regalo de la mano de su señor, con qué reconocimiento y alegría, por ser dádiva de quien tanto ama, y porque le da prendas de su benevolencia; y cómo con aquel aliento se previene y se prepara para servir más y ganar más la voluntad de su señor con la humillación y con el servicio; cómo se hace ojos para ver en qué podrá agradarlo, y por esto desprecia su propia conveniencia. Cómo está en pie, ceñido y preparado, velando con la luz en la mano, porque sabe que a la hora que no piensa tocará a la puerta su señor y pulsará, recibiéndolo con amor, porque espera con alegría al juez que siempre lo tuvo presente en sus operaciones. ¡Mas oh cuán llena alegría y gozo inmenso

será oír de la boca del Señor Dios: ¡Oh siervo bueno y fiel, gózate conmigo, alégrate por la eterna retribución de la gloria de tu Señor y el gozo suyo en que has de entrar, sin que jamás le halles fin, como gozo de Dios, eterno; como gozo inmenso que no se ha de acabar ni mudar, como quien despierta de un sueño, de una pesadilla, que apenas está en sí de la admiración y el gozo. Abiertos los ojos a la luz inmensa, mirará como sueño el tiempo de la vida mortal por donde pasó, o que pasó por él; y cantará alegre: *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus* (1).

Treinta y tres años estuvo aquella santísima humanidad en el mundo entre pecadores, y pecadores malísimos y abominabilísimos; pues entró de esta Babilonia cuando había crecido tánto el fuego de las culpas, que subían cuarenta codos sus llamas, anegando la tierra en vicios; y conversó con los inicuos aquella sabiduría inefable. Mira, alma mía, qué vista sería para aquella ánima santísima la de tantas almas en pecado. Si uno solo, así afeó y ennegreció tanta multitud de ángeles, ¿qué vista de tanta congoja sería para aquella santísima humanidad la de tantas culpas y tantas almas manchadas, feas y abominables con ellas? ¿Qué dolor el de su santísimo corazón, viendo por todas partes ofensas contra su Eterno Padre a quien tánto amaba? ¡Quién podría medir este océano y piélago inmenso de dolor, sino es que pudiera medir la inmensa caridad de Dios! Ahora entiendo bien, Señor mío, aquellas ansias y deseos con que decías: en un bautismo he de ser bautizado. ¡Oh, cómo me oprimo y aprieto hasta que se perfeccione! ¡Oh cómo, Dios mío, habiendo de lavar con vuestra sangre vertida, manchas tan horribles en las almas, no quisiste que quedara una gota en vuestro santísimo cuerpo, dándola a fuerza de congojas antes que los verdugos la sacaran; y queriendo que aun después de muerto diera vuestro santísimo cuerpo difunto la que se

(1) Ps., 123, 7.

había recogido al corazón, abriéndolo al rigor de la lanza!

¡Oh mansedumbre de Jesús! ¡Oh pacientísimo Jesús! ¡Treinta y tres años de tan gran tormento! La inmensa limpieza entre tánta inmundicia de culpas, desórdenes, quebrantamientos de la divina ley, viéndolo, Dios mío, vuestros purísimos ojos, y aquella santísima humanidad en una tan apretada prensa de dolor y de amor. Amabas, Dios mío, a vuestro Eterno Padre con amor infinito, y amabas a los hombres y aborrecías la culpa con un odio inmenso, y conocías su malicia contra la suma bondad y el incomprensible daño (incomprensible a los hombres) que hace en las almas; y así me parece, amor mío dulcísimo, que vuestro pacientísimo corazón estaba comprimido como en un mar de grandes avenidas, que cada ola lo apretaba más, y que aquella pacientísima humanidad por todos lados estaba oprimida. Sólo veo, mi bien y mi Señor, que entre tánto diluvio de penas, aquella arca purísima de tu santísima Madre te servía de descanso, y en su pureza y santidad descansaba tu afligido y amorosísimo corazón; por ella te pido, Señor mío, seais ya servido, si te place mi petición, de sacar mi alma de la cárcel, para que confiese tu santo nombre. *Complaceat tibi Domine ut eruas me: Domine, ad adjuvandum me respice* (1).

AFECTO 11

CAMINO Y VIATICO PARA IR A DIOS, LA MEDITACION DE LOS ARTICULOS DE LA FE CON LA ORACION DOMINICAL.

El hombre, aunque en sí vil y miserable, fue criado para amar a Dios Todopoderoso, centro y origen del bien y todo bien; y el servirlo ha de ser con obras de

(1) Ps., 39, 14.

fe, esperanza y caridad, que todo se encamina al amor. Porque creyendo firmemente y considerando vivamente un solo Dios Todopoderoso, Padre y criador de todo, y que este Padre es nuéstro y está en los cielos, como en casa y morada propia y herencia de sus hijos, se espera ciertamente ir allá a verlo y gozarlo; y asi se ama y desea como a origen y fin del alma; y así viendo este altísimo fin de la vida eterna y bienaventurada, se toma la vida temporal sólo como medio para ir al fin, y sólo de ella se toma aquello solo que pueda llegar al Padre, que es santificar su nombre, no haciendo cosas indignas de hijos suyos para que nos venga en herencia su reino, trabajando por él en seguimiento de Jesucristo, su único hijo natural, por los pasos que nos enseñó desde que se humilló a tomar la naturaleza humana en las entrañas de la Virgen que nos dio por Madre; y concebido por virtud del Espíritu Santo, nació niño, pobre y desnudo, y nos enseñó por palabra y ejemplo todo lo necesario y conveniente para cualquiera cosa y ocasión, acción o contingencia de la vida. Doctrina altísima y humildísima, donde, como en los cedros del Líbano, las aves que vuelan alto y remontado hagan su nido, y el pájaro halle su casa, y la tortolilla humilde y que no tiene más voz que los gemidos, tenga nido para sí, y ponga allí sus pequeñitos polluelos, y los párvulos vayan a él, y los gigantes los sigan a correr el camino, por el improperio de la cruz donde fue levantada. Y los niños le sigan niño, ceñido con humildes y pobres fajas. ¿Quién cree firmemente y considera vivamente a Jesús, Dios y hombre verdadero, por amor del alma crucificado, muerto y sepultado, que no desee darle gusto y hacer su voluntad acá en la tierra, si pudiera, como ya en el cielo, amando, y alabando, y contemplando sin intermisión, sin defecto, sin falta?

Quien cree y considera que descendió hasta los infiernos a sacar de allí a los cautivos, y que nos mandó pedir el pan de cada día, diciendo que era nuéstro; que nos confía ciertamente que nos quiere dar todo lo necesario para andar por el desierto de esta vida

hasta llevarnos consigo al cielo, no lo dejará por falta de amor, pues tánto nos mostró, ni de poder, pues es Padre, y Padre todopoderoso, que pudo con cinco panes saciar cinco mil hombres. Y ¿quién no ama una tal misericordia y tal poder, y qué razón habrá de desconfiar?

Quien cree firmemente y considera vivamente que Jesucristo, nuestro hermano, Señor y rescatador, resucitó y subió a los cielos, y está en el trono de la diestra de la virtud de Dios, interpelando y abogando por nosotros, haciendo suya nuestra causa, comprándola con su sangre ¿cómo no esperará con un tan poderoso abogado, tan santo, justo y agradable al Padre, que será oído por Este, y serán perdonadas nuestras deudas?

AFECTO 12

BIENAVENTURANZA Y POSITIVOS CONSUELOS Y ENSEÑANZA PARA LOS PERSEGUIDOS Y LOS QUE LLORAN.

Pues bienaventurado es, Señor, el que padece persecución por la justicia y santidad, pues eres Padre que a los que amas corriges, *y no los dejarás caer en la tentación* (1). A los que amas, arguyes y castigas, y los examinas con fuego, como el que examina la plata; pruebas su corazón, visitándolos en la noche de la tribulación para que no se halle en ellos iniquidad. Envías, Señor, fuego a sus huesos, y los enseñas en tu disciplina y ciencia; hácelos declinar de lo malo, buscar lo bueno, buscar tu paz y seguirla; pues, bienaventurados son cuando los humillas para que aprendan tus justificaciones, y dichosos cuando siguen el camino que les mostró tu amado Hijo, padeciendo de los hombres persecuciones, sufriendo oprobios, tolerando tormentos, porque a la medida de sus dolores, será

(1) Cfr. Mat., 6, 13.

después la de sus consolaciones. Y alegrarás eternamente sus almas, siendo herederas de tu unigénito Hijo, a quien tiernamente aman, y se gozan en padecer por el amado, siendo ésta la prueba del amor y fidelidad.

Estos son tus soldados y fuertes guerreros, que esperan los eternos laureles. Estos son tus fieles amigos, que no aspiran a más premio que a ser fieles a tu amor. Esta es la esposa que ama en sus penas la semejanza de tu hijo, y su querido esposo; y ésta es la que oirá tu alegre voz en la primavera, cuando pase el invierno de esta vida. Estos son los que toman las persecuciones de las criaturas como dispuestas de la mano que los ama y cura; pues decía uno: *quare persequimini me sicut Deus* (1), la mano del Señor es quien me toca. Y decía aquel a quien maldecían y tiraban piedras: dejadlo que me maldiga, *Dominus enim præcepit ei... dimittite eum ut maledicat juxta præceptum Domini* (2). A éstos, pues, tienta y prueba el Señor, a éstos se ponen adversos sus amigos y prójimos, y sus enemigos diciendo mal, preguntan: ¿cuándo morirá y perecerá su nombre? Unas cosas padecen de los hombres, otras del cielo, otras de la tierra, otras del poder de las tinieblas, y otras de sí mismos, hechos por sí graves, pesados y enojosos con la guerra y persecución de sus pasiones. Mas, bienaventurado es el varón que la tentación sufre, porque cuando fuere probado, recebirá la corona de justicia, y comerá el fruto de sus trabajos. Alegrarse han por los días en que los humillaste, y por los años en que vieron males, pues pesa más y vale más un día en los atrios de los palacios del reino que les prometes, que mil años de la vida transitoria, que es como la tela de las arañas, y como el día de ayer que ya pasó.

Pues bienaventurados los que lloran, porque *Tú los librarás de los males* (3). Lloren llorando en la noche

(1) Job, 19, 22.

(2) 2 Reg., 16, 10, 11.

(3) Cfr. Esth., 10, 9.

de su destierro y tribulación, que cuando llegue el día de su libertad, les limpiarás las lágrimas de sus ojos, y no habrá más llanto, ni dolor, ni clamor. Llore tu amada esposa la dolorosa ausencia de su bien, mientras dura su peregrinación y destierro, como tórtola que gime por su consorte, que tú oirás su voz, y consolarás su llanto. Vuelto se ha su cítara en llanto, y su órgano en voz de lloro, porque en ajena tierra se lamenta sobre las corrientes de esta gran Babilonia. ¿Cómo han de callar las niñas de sus ojos, darles sueño, o dormir sus párpados, hasta que halle el lugar del Señor, el tabernáculo del Dios de Jacob? Hechos serán como consolados, al convertir el Señor la captividad de Sión. Siembren, cuando caminan, lágrimas, que cogerán en gozo, llevando el fruto de sus trabajos.

Estos son aquella piedra, que, en el desierto y peregrinación de esta vida temporal, heridos una y otra vez con la vara de la contrición, se desatan en arroyos de lágrimas, diciendo de lo íntimo del corazón: *Exitus aquarum deduxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam* (1). Así buscan a su amado Esposo, por las noches, en su lecho, trabajando en su gemido; lavando una y otra vez por cada noche su lecho y su descanso con sus lágrimas; teniendo por mejor la casa del llanto que la del convite; reputando a la risa por error, y diciendo al gozo: ¿para qué vanamente me engañas? Riega su estrado con lágrimas, acordándose de él al amanecer la luz, y meditando en aquel que siempre fue su ayudador, criándolo, conservándolo, redimiéndolo, salvándolo, y consolándolo; y en la sombra de estas alas exulta, se goza y alegra, y el alma se va tras este bien, sumo bien y único bien, hasta que lo reciba su diestra, la diestra del Señor que hace virtud, trayendo al alma en pos de sí por las sendas de la justicia y santidad; la diestra del Señor que levanta al alma a que corra, con gozo y exultación, en su seguimiento, a lo sumo del cielo, al taber-

(1) Ps., 118, 136.

náculo de su eterna luz, a gozar la victoria y la paz que se hizo en su virtud, y la abundancia en sus torres y palacios, donde no sólo será consolada por su gozo y paz, también será su consolación por sus hermanos y prójimos, cuyos males lloró y sintió como propios. Pues bienaventurados los que lloran, si a su llanto se sigue tal consolación. De lo que fue llanto a las vísperas, será su alegría en la mañana de la eterna luz, y dirán: este es el día que hizo el Señor, exultemos y alegrémonos en él, este es mi descanso en los siglos de los siglos. Aquí habitaré porque lo escogí, y la que como viuda lloraba, bendiciendo lo bendecirá para siempre; y los que como pobrecitos tenían hambre y sed, serán hartos del pan de las bodas celestiales. *Esurientes implevit bonis* (1).

AFECTO 13

DELIQUIOS Y ANSIAS POR LLEGAR A DIOS, HABLA INTERIOR QUE ILUMINA Y TRANQUILIZA EL ESPIRITU.

Padre mío y todo mi consuelo en este destierro: Estando hoy en la oración con aquellas congojas y ansias que le dije ayer; y de ver que no me sé explicar con vuestra reverencia ni atinar con lo que padece mi corazón, haciéndose él pedazos entre el pecho, y padeciendo mi alma unas ansias grandes, entendí o me parece oía en lo más interior de mi alma estas palabras: *Oh, ¿qué buscas miserable criatura?* A que me parece respondía mi corazón y mi alma: a ti, Señor Dios mío y bien mío; a ti, centro de mis bienes; a ti, libertador de mi alma en sus males; a ti, sumo bien y único bien; a ti, Dios y Señor mío, sin quien todo para mí es muerte, dolor y tormento; a ti, centro de mi corazón y mi alma, etc. ¡Oh! cuánto se alarga mi

(1) Luc., 1, 53.

destierro, pues el llegar a hallarte y tenerte, ha de ser cuando se acabe la vida temporal, tan llena de riesgos de perderte. No es posible, me parece, explicar los efectos que estas palabras causaron en mi alma. Un sosiego de mi temor de parecerme que no busca mi corazón puramente a su Dios. Un concepto grande de su infinita bondad, y que es centro de todos los bienes, y que es sólo bien, que sin ningún discurso se halla llena la voluntad de aquel bien y el ansia de abrazarlo. Un conocimiento grande de mi nada y vileza, sin aflicción ni congoja, antes con consuelo y gusto, de manera que parece no está ya en manos, ni podrá el corazón hacer otra cosa que anhelar, desear y buscar este bien. ¡Oh amor, cuán dulce y poderosamente arrebatas! ¡Oh poderoso fuego, cuán fuerte y poderosamente enamoras, y llevas tras ti toda el alma, y llegas a lo más íntimo de ella! ¿Y se ha de hallar ausente de ti, y ha de habitar con los moradores de las tinieblas, que son sus pasiones? Sí, que te ha de buscar por las calles estrechas de las tribulaciones, y ha de ser herida, castigada y despojada, sin que por eso deje de buscar al amado de su alma (1).

AFECTO 14

DESFALLECIMIENTO DEL ALMA AL CONOCER LA ALTEZA DE DIOS Y BAJEZA PROPIA. ALIENTO CON LA INTELIGENCIA DEL SALMO Y GOCE DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

En el nombre de Dios y de la santísima Virgen. Entre muchas cosas que pudiera, diré las que se me acordaren. Teniendo un gran conocimiento de la al-

(1) En esta parte de la copia manuscrita se lee: "De otra letra dice: 'Ya respondí a este papel, que lo puede leer, porque está lleno de documentos del cielo, etc.—Romero'." (El P. Juan Romero, uno de los confesores de la V. M. de Castillo.)

teza de Dios y bajeza nuéstra, y como todas las criaturas, respecto de aquella Altísima Majestad, son como el polvo de la tierra, y como unos pequeños gusanillos y arena minutísima, se hallaba el alma como desfallecida sin entender la causa de su congoja, hasta que rezando los salmos, llegó a aquel verso: *Voce mea Dominum clamavi* (1). Mi voz clamó al Señor y me oyó de su Santo Monte. Sentía una gran consolación, alivio y esfuerzo, viendo que aquel Señor grande, aquella majestad incomprensible, oye, desde la alteza del monte excelso de su ser divino, la bajeza y pequeñísima voz del gusanillo flaco, miserable y pobre. Sentía un gran aliento y confianza para clamar al Señor grande y poderoso, no obstante mi gran miseria, vileza y pobreza, etc.

Como estuviera atormentada de muchas tentaciones y obscuridad en el alma, en recibiendo a Nuestro Señor Sacramentado, entendí: Así como el ave cuya habitación es la extendida y clara región del aire, si se entrara en las cuevas y rendijas de la tierra, o en las cuevas de las raposas o topos, no podría allí hallar descanso, ni extender sus alas, ni tener contento; así no podrás hallar descanso, libertad ni alivio en las criaturas y cosas terrenas, hasta tanto que saliendo de esta cueva estrecha y obscura de las cosas y acaecimientos temporales, y afectos humanos, vueles con la consideración y afecto a las cosas eternas y celestiales, y te extiendas y explayes en aquella anchurosísima región y centro tuyo, que es el querer, saber, y poder de tu Dios y tu Señor y refugio. Déja esta oscura, y estrecha región de la tierra, y de ti misma, y camina y vuela en alas del amor, confianza y resignación.

No te desprecies ni des por perdida por sentir en ti tan varios afectos y tribulaciones, pues tu padre David decía de sí: que estaba seca su virtud como la teja, y que se habían secado como el heno sus huesos; que lo había desamparado su virtud y la lumbre de sus ojos; que estaba como el llagado que ya llegó al se-

(1) Ps., 3, 5.

pulcro; que estaba como reducido al polvo de muerte; que se congregaron sobre él azotes; que sus lomos estaban llenos de ilusiones; que estaba como extraño para sus hermanos, y era como peregrino a los hijos de su madre; que los príncipes y grandes lo perseguían de balde, y también sus deudos y sus conocidos, y los que comían de un pan, y andaban de un consentimiento en la casa de Dios; que estaba hecho como parábola de irrisión; que aun cuando les hablaba pacífico, lo impugnaban de balde, etc. Y todas estas tentaciones y pruebas interiores y exteriores no le quitaron el ser hombre a medida del corazón de Dios, porque en todo tenía recurso al Señor y le decía: *Tú eres mi refugio en la tribulación que me cerca* (1). *Alegría mía, líbrame de los que me cercan.* Con la tribulación decía: *hecho estoy como un jumento* (2); pero mira lo que añade: *Yo siempre contigo* (3). Ni le faltó el llegar a estar como el vaso perdido, reducido a nada, y ignorando cubierto el rostro de confusión, seco el corazón, y olvidado de comer su pan, mezclando la bebida con lágrimas, y regando con ellas su estrado; ni le faltaron grandes temores cuando decía: *mis ojos se turbaron con el temor* (4); ni le faltaron grandes temores de la muerte y del infierno, cuando decía: *los temores del infierno me cercaron, y me preocuparon los lazos de la muerte* (5). Mas nada de esto le quitó el conseguir el altísimo fin para que fue criado; y al paso de sus tribulaciones, experimentó regaladísimas providencias y misericordias del Altísimo; y entre tántas desolaciones y tribulaciones varias, experimentó la asistencia y luz del Señor, conforme había dicho: te daré entendimiento y yo te instruiré en este camino que has de andar, y más, que tendré fijos sobre ti mis ojos. No temas, pues, los

(1) Ps., 31, 7.
(2) Ps., 72, 23.
(3) Ibidem.
(4) Ps., 6, 8.
(5) Ps., 17, 6.

temores nocturnos, que mis palabras a los oídos de tu alma serán luz de tus caminos; ni temas la estrechez y variedad de las sendas, porque seré como una lucerna que vaya alumbrando tus pies, aunque todo el campo, y aun el camino, esté oscuro y lóbrego, tus pasos y tus pies llevarán lumbre, porque como escudo te cercará mi verdad, y para que no temas las sombras y horrores de la noche, ni las saetas que vuelan en el día, los que trazan negociando y trajinando contra ti en las tinieblas. Ni la venida del demonio al medio día de la vida de la alabanza y prosperidad humana, porque yo te libraré de los lazos de los cazadores y de las palabras ásperas. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra, sin llegar a ti, porque esta victoria no será de tu mano, ni de tu diestra, pues sin llegar a ti se doblaron y cayeron. Y así decía: el Señor se ha hecho nuestro refugio; tú eres Señor mi refugio; debajo de la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad. Los hijos de los hombres esperaron debajo de la sombra de tus alas, tu brazo con potencia para su defensa y escudo, porque el Señor ha hecho mi esperanza, puso altísimo su refugio donde no llegan los males ni el azote, antes mandó a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos, y que te lleven sobre sus manos, para que acaso no ofendan las piedras a tus pies. ¡Oh dulcísimo regalo! ¡oh grandísima misericordia— El Señor mandó, y mandó a sus ángeles, y mandó de ti! El Señor de la majestad, grande, poderoso y fuerte en las batallas. Señor grande y grandemente y sobre toda comprensión digno de alabanza, mandó, y mandó de ti! ¡Los ojos del Señor se firmaron, se fijaron sobre ti! Pues dichosa suerte de los que miran los ojos del Señor. Mandó a sus ángeles, espíritus sublimes, grandes, poderosos y fuertes, sapientísimos, diligentísimos y eficacísimos; y mandó de ti que te guarden en todos tus caminos, en lo alto y en lo bajo, en lo estrecho y dilatado, en lo claro y obscuro, en la entrada y salida de cualquiera senda en que te pusiere; desde la entrada de la vida hasta la salida de ella. A sus ángeles mandó de ti, y no mandó

menos que te guarden en todos tus caminos, que te lleven sobre las manos, por que acaso no se ofendan con las piedras tus pies! Pues qué importa que bramen las gentes, que se junten los pueblos en uno a discurrir contra el alma, que de balde la persigan los príncipes, que se apresuren los negociantes de las tinieblas, ni que vengan al medio día, que disparen sactas y que tiendan lazos, que se oigan vituperaciones de muchos que moran en circuito. Si el Señor mandó, y mandó a sus ángeles, si firmó sobre el alma sus ojos, ¿quién la podrá empecer? ¿La tribulación o la angustia, o la persecución o el cuchillo? Cierto es que ni la muerte ni la vida, porque la ira verdaderamente para temer, sólo está en la indignación del Señor. Y la vida digna de desear, sólo está en su voluntad.

Pues mira todo lo que dicen los salmos de David, además de hablar de sus tribulaciones, y en persona suya de lo que padeció y sintió, etc. Hablan en persona de Cristo, esposo tuyo, hijo de la Virgen y hijo de David; y si la unión que se hace en el Santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo es tan real y verdadera con el alma, esposa suya, ¿cómo no ha de participar de las condiciones de su Señor y esposo, y seguir sus pasos, si fueres fiel esposa? Si El fue perseguido, atribulado, despreciado y pospuesto a Barrabás, reputado con los inicuos y viles hombres, ¿qué ha de extrañar ni sentir el alma que fuere fiel esposa de su esposo? El es hijo de David según la carne, y ella ha de desear ser hija de su espíritu. El dijo: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón;* y David había dicho: *acuérdate Señor de David y de todas sus mansedumbres.* Desde el principio se dijo: entre el esposo y la esposa, serán dos en uno; y si esto se entendió de la que salió de su lado, cuánto debe desear la semejanza de su esposo, la que tantas veces entra a su corazón, y lo entra en su pecho en aquella purísima y altísima comunión del Sacramento en que come, se apacienta y crece con la carne y sangre del hijo de David.

AFECTO 15

REPRESENTACION DE LA PUERTA QUE CONDUCE A LOS RELIGIOSOS AL DESPEÑADERO, Y DE LA QUE GUIA A BELEN, DONDE RECIBE ALTISIMAS INTELIGENCIAS.

Estando con mis ordinarias congojas, que por algunos acaecimientos habían crecido estos días, y con gran temor de la muerte, me pareció en sueños hallarme a la entrada de un grande edificio que estaba puesto en una alta eminencia; y aquella primera puerta tenía tan poco espacio, que apenas sería una vara de plazuela, desde donde se miraban unos espantosos despeñaderos y profundidades, que apenas los alcanzaba la vista. Yo me espantaba diciendo: válgame Dios, ¿qué haiga quien quiera andar por esta puerta? ¿No tiene otra puerta este convento? A que me respondían los que iban conmigo: otra puerta tiene. Y andando por la iglesia, que era grande y salía a una plaza tan extendida, tan hermosa, tan clara, tan llana, tan firme, que me parece por mucho que diga, no será nada. Estaba puesta en cuadro y cercada de unos claros y resplandecientes arcos como de cristal, y se vía que después de ellos había grandes y divinas cosas, aunque de esas yo no vía ninguna, sino sólo aquel concepto de que había grandes cosas después. Mas andaba por aquella dichosa y hermosa plaza, tan sola, tan en silencio, con tánta paz, consuelo y tranquilidad, que parece gozaba alguna parte de la gloria, hasta que llegué a una ermita o capilla, donde estaba el nacimiento del Señor, y todos los que allí asistían, tenían un divino silencio lleno de tranquilidad y gloria.

Después he entendido que muchas cosas significa; y la primera es ser aquella puerta tan arriesgada la que andamos los religiosos tibios y relajados, que siendo estrecha es también paso para grandes despe-

ñaderos; y por una vida triste y congojosa se camina para la perdición eterna. Y así pueden lamentarse las que viviendo en la religión con el cuerpo entre prisiones, sujeción y obediencia, con continuos trabajos y fatigas, traen el rostro y la mira en el cumplimiento de sus pasiones, gimiendo debajo del peso y yugo del carro. Mas los que andan por la otra puerta clara y espaciosa, son de la hermosa y clara generación de los que buscan puramente la cara del Dios de Jacob, y anhelan a la celestial patria. Y así estaba en lo último del camino de aquella hermosa plaza (que me parecía ser el camino de la perfección), el primer paso de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, modelo y ejemplar de toda santidad y perfección; y en cuyo primer paso de la vida mortal y humana, está lo sumo de la santidad y perfección, y la regla altísima adonde debe aspirar el alma religiosa. Allí la mayor pobreza y desasimiento, desnudez y retiro de todo lo terreno, pues como fuese rico, se hizo pobre, desnudo en unas pajas y desabrigado pesebre. Allí nos muestra cuánto ama el silencio y soledad, entre dos brutos mudos, y unos rudos pastores, en las grutas y retiro del campo. Allí la mayor pureza con la inocencia de niño, en compañía de su madre Virgen, del purísimo José y de los espíritus angélicos. Allí la más rendida obediencia y sujeción a juicio y voluntad ajena, para ser envuelto en paños, fajado y reclinado en pajas, para tomar el sustento, estar en un lugar o en otro, ser tomado en brazos o puesto en el pesebre; y en todo esto nos muestra y enseña el ejemplar de la más profunda y altísima humildad, de la más eficaz y poderosa caridad, dándose El, inmenso, por el remedio del miserable; tomando nuestra naturaleza mortal por remediar y sanar nuestras enfermedades, El, inmortal, e impasible; no despreciando ni desdeñándose de la compañía del incapaz y humilde, El, sabio y poderoso. Allí nos muestra el amor a la aspereza y mortificación, en el frío, incomodidad y desabrigo, en el duro suelo, en las ásperas pajas, en el rigor de los tiempos, fríos y yelos, etc. Mas allí advertía aquel silencio y

paz, aquella llenura del alma, aquel gozo y quietud del corazón y las potencias, que parecía parte, si no el todo, de la bienaventuranza.

También entendí que la puerta angosta (como entremos por ella, y no nos quedemos fuéra, hacia aquellos despeñaderos) es la que dijo Nuestro Señor: *La puerta es estrecha; contended en entrar por la puerta angosta, para llegar a la anchurosísima, hermosa y agraciada del reino celestial, edificada de zafiros, esmeraldas, y piedras preciosas* (1). ¡Oh cuán viles y menguadas son todas las cosas de la tierra comparadas con aquellas altísimas, inmensas, que esperamos; y cuán poco haremos en dejar y despreciar estos rateros males para adquirir, lograr y poseer aquellos bienes firmes, amables, inmortales y eternos. Qué mucho hacemos en dejar los riesgos y despeñaderos por llegar a la seguridad y firmeza. Qué mucho en dejar las tinieblas y el engaño para lograr la luz, el descanso y la paz. ¡Ea! que toda la guerra es de una hora, que no es nada el tiempo de la vida para buscar aquella feliz y eterna. ¿Quién es tan loco que quiera, por hacer en esta farsa del mundo el papel de rey, ser después, en acabándose la comedia, condenado a galeras y azotes? Contended pues, alma mía, a entrar por la estrecha puerta para llegar al eterno descanso; y mirad bien, si tánto trabajáis en abrazar un temporal desprecio, ¿cuánto serán horribles los desprecios eternos, y la eterna ignominia de los condenados? Y si tánto se ama la honra fingida del viento temporal, cuánto se debe trabajar y pelear por ganar la honra eterna en la tierra de los vivos, y región de paz. Mirad la diferencia de aquellas puertas; ¡cuán arriesgada la una, cuán segura la otra! ¡Cuán anchurosa, capaz y dilatada salida tiene ésta; cuán horrorosa, triste y arriesgada aquélla! Comparad, pues, con las cosas bajas y viles, las eternas y preciosas.

---

(1) Luc., 13, 24. Cfr. Apoc., 21, 19, sg.

AFECTO 16

MIENTRAS MAS FUERTE EL PADECER, MAS SERA EL GOZAR. LO QUE SE LE MUESTRA EN UNA VISION INTELECTUAL.

Padre mío: hasta aquí escrebí por abril, y desde entonces hasta hoy, que es casi mediado agosto, han sido tan grandes las penas y trabajos de mi alma, que no me parece ha quedado tentación, trabajo ni amargura, temor ni espanto, que no haya padecido con tánta ocuridad en el alma, con tánta debilidad en el corazón, que como una pajita seca con un débil soplo, se arrebata y arroja. Con tal guerra contra mi alma, como que se viera traspasada de una tempestad de saetas. Como que fuera imposible el volver a su Dios, ni tener aliento aun para mirar las santas imágénes, hallándome como arrojada de la presencia de Dios, y arrojada en una región de muerte, horror y olvido. Para lo cual me previno la inmensa piedad de aquel gran Señor que no mira la gravedad de mis culpas para dejar por eso de usar de misericordia por ser El quien es; pues al principio de mi enfermedad, vía en sueños una cruz que estaba como escondida a los pies de la cama, que poco a poco iba descubriendo un brazo, tan negro y oscuro, que parecía como una noche, y así iba saliendo toda, y siguiéndome en cualquier lugar o parte donde yo andaba, de modo que ya se escondía, ya se mostraba; mas con una diferencia, que en dándole los rayos y luz del sol (que estaba en el cielo muy hermoso), se iba iluminando y llenando de hermosura como un claro cristal o viril de hermosísimos colores, suaves y agraciados; y cuando se levantaba en la tierra y llegaba al cielo, estaba tan resplandeciente y hermosa como el sol, teniendo por remate en los extremos unas hermosísimas coronas de luz y resplandor. Mas donde caían las señales de los clavos, en brazos y pie, era con tánto exceso la

luz y el valor que se conocía, que no hay palabras con qué decirlo. Así, toda hecha luz caminaba en compañía del sol, hermosa, agraciada y resplandeciente. Viéndola, algunas personas querían encenderle luces; mas estaban tan mal puestas alrededor de los corredores, tan ladeadas al patio, que ni podían alumbrar, ni encenderse, antes estaban para caer, etc. Así andaba aquella cruz: cuando se llegaba al sol, clara y hermosa; cuando se escondía cerca y junto de mí, triste y oscura.

Así entiendo que mientras más fuerte el padecer, más sería el gozar; y que la tribulación negra y oscura, si se lleva bien, será después luz y gloria. De donde debías tener esperanza, sufrir el tormento, agradecer el beneficio, no desmayar en la tribulación, ni querer luces, alabanzas, ni consuelos de criaturas.

AFECTO 17

EL SEÑOR TIENE CONOCIDOS Y PREVISTOS TODOS LOS CAMINOS DEL ALMA, DESDE LA ETERNIDAD. DOCTRINAS ALTISIMAS.

Habiendo comulgado, se ponía como a la vista clara de mi alma el salmo que comienza: *Domine probasti me* (1), etc. Y me hallaba en una suma aniquilación de mí misma, y a la manera que el sol muy resplandeciente, alumbrando descubre, no sólo las cosas fétidas y manchadas, mas hasta los átomos más pequeños; así me parece a vista de aquella luz —vista, ciencia o conocimiento de Dios— (que yo no sé cómo lo explique), se halla el alma profundísimamente suspensa, y parace que siente aquel *ad nihilum redactus sum, et nescivi* (2).

Resplandece aquel sol de la eterna luz sobre la su-

(1) Ps., 138, 1.

(2) Ps., 72, 22.

ma pobreza del alma por lo que tiene de sí misma ¡Oh! qué prueba es esta donde la hace ver claramente cómo el Señor conoce y tiene previstos sus caminos todos, todos los pasos de su vida, todas las sendas de su alma, todos los caminos en que andan sus intenciones. *El omnes vias meas prævidisti* (1). Y este conocimiento o vista clara que Dios le da, la deja como muda, no sólo de palabras en su lengua, mas de conceptos en su entendimiento, que son las palabras del alma.

Allí ve a la vista o luz de Dios aquellos caminos de la eternidad, anticipándose sus ojos a las vigilias, y tiene en la mente los años eternos. Tú, Señor, conociste cuando no tenía ser, y cuando me diste vida y me sacaste, y entendiste aun desde entonces todos mis pensamientos. Donde siente el alma una gran confusión viendo en aquel clarísimo espejo de la vista de Dios patentes todos sus pensamientos, el principio, el medio, y el fin de sus caminos. *Semitam meam et funiculum meum investigasti* (2); aquel *funiculum hereditatis* (3), el fin de mis caminos, el término de mi heredad. ¡Oh! pues alma mía, si la ciencia del Señor ve de dónde nacen tus acciones y deseos, cómo andas en su presencia estos caminos, y a dónde van a parar tus intentos, ¿por qué no miras y remiras en este espejo clarísimo de su divino conocimiento y examinas como águila a la vista de este sol, todas tus obras, palabras y pensamientos? ¿Y por qué no te animas en los trabajos, viendo que tu término y heredad será la heredad del Señor? Mira que si fueres limpia, se dirá de ti: *Novit Dominus viam immaculatorum; et hereditas eorum in æternum erit* (4). Mira que será tu heredad eterna, y que el Señor será la parte de tu heredad. Mira que la medida o funículo de tu herencia, será aquel de quien está dicho: ¡Oh Israel, cuán grande es la casa del Señor y el lugar de su posesión!

(1) Ps., 138, 4.
(2) Ps., 138, 3.
(3) Ps., 104, 11.
(4) Ps., 36, 18.

Pero advierte que el Señor ve patentes los principios, medios y fines de tus caminos, y que si llevares la inmundicia en tus caminos, *sordes ejus in pedibus ejus* (1), la parte de tu herencia será el cáliz de Babilonia, los espíritus de tempestades; y el funículo de tu heredad, los lazos de fuego que lloverán sobre los pecadores.

Llora, pues, y siénte las inmundicias y desórdenes que ve el Señor en tus principios, digo en lo pasado; corríge y enmiénda en su presencia, y a su vista, lo presente de tu interior y exterior para que vea el Señor y tú halles felicidad en tus fines.

Mas, ¿qué podrás decir, cómo vanamente podrás engreírte o presumir, viendo que el Señor es el examinador de tu vida, de todos tus caminos, que tiene presente y claro lo pasado, presente y futuro? ¿Y tú no puedes claramente saber cuál has sido, cuál eres, ni cuál serás en lo por venir? Sólo saber que naciste hija de ira, que hiciste males y cometiste culpas, y que en lo presente, los ojos de Dios ven hasta tus imperfecciones, y que en su memoria, como en un libro están escritas todas tus cosas, y todos están escritos *in perfectum meum viderunt oculi tui* (2); y en tu libro todos están escritos. ¿Cómo no tiemblas, alma mía, no sabiendo qué tienes escrito en el libro del Señor, o qué tiene el Señor escrito de ti en su libro? Mira qué cosas quisieras que se hallaran allí en su libro escritas de ti; y ésas piensas ésas abra, y esas dí. Examínalas a la luz, y pruébalas en la piedra del toque del padecer, porque no hayas formado en tu imaginación unos días claros y llenos, y cuando despiertes del sueño de la vida mortal, te halles sin nada en ellos. *Dies formabuntur, et nemo in eis* (3). Pide, pues al Señor a cada paso; *proba me Deus et scito cor meum: interrogame, et cognosce semitas meas; et vide, si via*

(1) Thren., 1, 9.

(2) Ps., 138, 16.

(3) Ibidem.

iniquitatis in me est; et deduce me in via æterna (1). Pues el señor rey David, empezando a convencerse y a animarse y corregirse con que el Señor lo prueba, acaba pidiéndole lo pruebe.

Pruébame pues, Señor, así como se prueba el oro en el crisol, aunque sea quemándome en el fuego de la tribulación. *Ure renes meos et cor meum* (2). Así como el barro en manos del artífice, así del todo me arrojo en tus manos. Si quieres subirme al cielo de las consolaciones, allí estás tú con tu providencia sabia, poderosa y buena; si descendiere al infierno de penas, angustias y males, de allí sacarás mis bienes, porque allí estás tú con tu sabiduría poderosísima y providentísima, buena y fidelísima. *Si ascendero in cœlum, tu illic es; si descendero infernum, ades* (3). Si me amaneciere como día la felicidad temporal o espiritual consolación, y al salir la luz tomare mis alas, y ellas me llevaren a una gran tribulación, dejándome ya como habitadora en los extremos del mar, todas estas mudanzas gobernará tu providencia; allí me llevará tu mano, y me tendrá tu diestra. ¡Oh Dios mío, refugio mío, todo el bien, y sólo bien, en tus manos está mi suerte y así en paz, en él mismo dormiré y descansaré; miraré como la paloma a mi amado compañero y mi descanso; y así buscando a él solo, el laborar del vuelo será descanso!

¡Oh pues, alma mía! ¿qué te turba, qué te espanta? Donde te pusiere la Providencia, hallarás a tu bien, tendrás su mano, te mantendrá su diestra. ¡Oh dichosa total entrega del alma! ¡Oh manos sabias! ¡Oh manos santas! ¡Oh manos poderosas, no me dejéis, probadme, corregidme, llevadme o traedme! No quiero saber más, Dios mío, ni saber más, ni apetecer más, que estar en tus manos; y si la propia voluntad lo estorba, si el amor propio es el impedimento, probadme Señor, examinadme, aunque sea con fuego; y si

(1) Ps., 138, 23, 24.
(2) Ps., 25, 2.
(3) Jonae, 4, 1.

ven vuestros clarísimos ojos que hay en mí caminos de iniquidad, quitadme y apartadme de ellos y deducidme, y llevadme por los que guían a la dichosa y feliz eternidad, donde el alma no se pueda apartar de vos.

¡Oh Dios, amador de los hombres, si el corazón es la fuente de la vida, Tú, Señor, eres vida de mi corazón, vivifícame para que procediendo de Ti, como de mi corazón todos mis movimientos y acciones, toda mi vida sea tuya y nada mía!

AFECTO 18

PROMESA DE QUE SE OIRAN LAS PALABRAS DE DIOS POR MEDIO DE LA AUTORA, ESTANDO REVESTIDA DE PUREZA, CARIDAD Y ESPERANZA.

Acordándose, o trayéndole Nuestro Señor a la memoria tres vestiduras, con que luégo que entró en la religión, le parecía ver vestida su alma: la una blanca, la otra encarnada, y la otra verde, tan misteriosas, que teniéndolas todas vestidas, y siendo todas como túnicas enteras, ninguna impedía a la otra, ni se embarazaban, ni se confundían. Con esta memoria pedía a Nuestro Señor una gran pureza de intención y de acciones, no queriendo ningún interés propio más que darle gusto y gloria a Dios. Lo segundo, que la vistiera de una encendida caridad, tal que muera y viva sólo de su amor y celo de su honra. Lo tercero, que la vista de una grande esperanza, y que sea fructuosa, liberal y fecunda para sus hermanas, así como la vid en la casa del Señor.

Parecióle sentir y entender como si dijera: así vestida yo estaré en tu corazón de asiento, y me asentaré en él como en cátedra, y de allí se oirán mis palabras, y seré la vida de tu corazón, que mueva todas tus acciones y seré la fuente de la vida de tu alma.

---

(1) Ps., 138, 8.

Todo esto no era con palabras formadas, mas con otro modo más vivo y que parecía casi se experimentaba en el alma. Con una semejanza de la gloria, o del amor y lleno, que en ella habrá.

AFECTO 19

MIRANDO A LA LUZ DEL SACRAMENTO SUS IMPERFECCIONES, LAS ANALIZA Y PIDE SU SANIDAD.

Habiendo recibido a Nuestro Señor, conocía que como un cristal o espejo purísimo y clarísimo de inmensa grandeza, cercaba al alma por todas partes, y en aquella inmensa y purísima luz, mejor que a los rayos del sol se descubren los más mínimos átomos; así, con aquella luz se descubrían las más mínimas imperfecciones del alma. Mis imperfecciones vieron tus ojos, y en tu libro todo está escrito. Así no tiene el alma más palabras en su boca que rogar y decir: ten misericordia de mí, Dios mío, según tu gran misericordia, y según la multitud de veces que te has mostrado misericordioso, y usado de misericordias, sufriendo tantas fealdades de mi alma, que no pueden esconderse a tus purísimos ojos; quita Señor mi iniquidad, y lávame una y otra vez, y tan ampliamente me lava Dios mío con tu preciosa sangre y misericordia, que quede más blanca que la nieve, para que así se vea sin horror, y dignamente se vea en Ti, purísimo espejo, amorosísima luz, inmenso Dios.

Domine probasti me, et cognovisti me (1). Tú, Señor, me probaste con el agua de la contradicción y conociste y entendiste cuán lejos están mis pensamientos de la verdadera imitación de tu Hijo hecho hombre, y oprobio de los hombres. Mis sendas, y lo que escogí por medida de mi heredad, y todos mis

(1) Ps., 138, 1.

caminos, los investigaste, y muy menudamente examinaste la mezcla del torcido camino del amor propio y vana aceptación de las criaturas; y así probaste mi corazón, como que quieres que sea oro para tu aceptación, echándolo en el horno de la tribulación, y angustia de la contradicción y desprecios de los hombres. ¡Oh! cuán bueno es para mí, Señor, que me humillaras, para que como Tú conoces en mi alma las imperfecciones, las vea yo (respectivamente), las sienta, las conozca y me humille. Salga, Señor, a golpes, de las criaturas, de mi corazón y alma, la maldita y abominable soberbia, el asqueroso amor propio, y todo lo que es mentira y falsedad; y como en tierra bien arada, golpeada y mullida, plante tu mano poderosa la hermosísima humildad, el dulcísimo amor del sumo bien, el total despego de las criaturas, y de sus vanos respetos. Mire al sol de hito en hito, esto es, mire única, sola y totalmente a Ti, Dios y Señor mío, porque en tu luz vea la luz y para esto. ¡oh mi amor! *proba me, et scito cor meum: interroga me, et cognosce semitas meas, et vide si via iniquitatis in me est;* (1), pues andando entre las tinieblas de este Egipto y destierro, yo no puedo discernir, conocer, ni ver los caminos rectos de la pureza y voluntad divina, que talvez conducen y deducen a tus amados. Por medio del mar de las tribulaciones y por medio del Mar Rojo de los trabajos y contradicciones, les das franco paso para ir a Ti y llegar a la tierra prometida, tierra de los vivos que no están sujetos a la muerte de la culpa, ni de la pena, a la oscuridad ni a la angustia, antes viven en Dios vivo y en la claridad perpetua.

Viva, entre tanto, a la luz de tu Verbo hecho hombre, saturado de oprobios, no escondiendo su faz de los que lo increpaban y escupían, queriendo apedrearlo por las buenas obras. En esta piedra reprobada de los hombres, se toquen, prueben y afinen mis obras, mis intenciones, acciones y palabras. *Deum*

(1) Ps., 138, 23, 24.

exquisivi, manibus meis nocte (1). ¡Busquéte, oh sumo bien!, con las manos de la imitación de tu Hijo, en la noche de esta vida de sombras de muerte. Examína lo más íntimo de mi corazón y de mi intención, y no dejes en lo interior de mi alma escondido el vicio, la pasión, y la culpa; no sanen sobre falso mis heridas; no quede el ladrón escondido dentro de la casa de mi alma; no se entrañe la pésima calentura de la maldita codicia y soberbia entre las venas del alma; no encubra una sanidad aparente la postema que acancera las entrañas. *Proba me, et vide si via iniqnitatis in me est: et deduc me in via æterna* (2). Pregúntame examinándome por medio de los hombres, probándome por sus lenguas a ver si hay palabras en la mía. ¡Oh, si pudiera decir: *Et omnes vias meas prævidisti; quia non est sermo in lingua mea* (3). Mira, Señor, Tú conociste todo lo nuevo y lo antiguo; Tú me formaste y pusiste sobre mí tu mano, y tu ciencia se ha hecho admirable para mí, porque tus caminos son escondidos a los ojos de mi ignorancia; Tú pones en tus obras tu mano, tocándolas como a tu amigo Job; y cuando las quieres perfeccionar, parece que las desbaratas y aniquilas. Tú llevas como hasta los infiernos de penas, para sacar limpia y pura la obra de tus manos, *deduces ad inferos et reducis.* Tú levantas para derribar y derribas para levantar, y en todas las cosas eres justo, Señor, y es recto tu juicio.

Yo vide la paz de los pecadores, y se turbó en mí mi corazón, viendo las aflicciones de los que te buscan, y así se hizo tu ciencia admirable para mí, hasta que éntre en el santuario de tus riquezas y ocultos juicios, y entienda las postrimerías de unos y otros. En tanto, Dios mío, admirable se ha hecho tu ciencia y para lo que toca a mí, *confortata est, et non potero*

---

(1) Ps., 76, 3.
(2) Ps., 138, 23, 24.
(3) Ps., 138. 4.

ad eam (1); y así, Dios y Señor mío, sólo sé que es bueno para mí allegarme a Ti, y poner en el Señor Dios mi esperanza, no en ninguna criatura, ni en ninguna cosa criada, y mucho menos en mí misma, porque yo sólo sabré despeñarme. Mas por tu mano, y con ella, si bajare al infierno, allí estás Tú; si subiere al cielo, allí te haliaré; si habitare en los extremos del mar, o ya del levantamiento de sus olas, o ya del profundo de la tribulación, allí en la alteza de la prosperidad, o en la profundidad de la conturbación y adversidad, me asistirá tu diestra, y me tendrá tu mano; y tomando alas al dilúculo de la mañana, anticipándose mis ojos a las vigilias del día, pensaré en los días antiguos por adonde anduvieron tus escogidos (desde el primer justo), y en los años eternos de la gloria que no ha de tener fin para los de recto corazón, y de pena y amargura eterna para los que se apartan de Ti.

AFECTO 20

EL QUE ESTA CONSTANTE EN LA CARIDAD, EN DIOS PERMANECE, Y DIOS EN EL. ESPERA SER LIBERTADA DE LOS MALES.

Amaréte Señor, fortaleza mía. El que está permanente en la caridad, en Dios permanece y Dios en él, porque siendo Tú, Señor, mi fortaleza, ¿quién podrá apartarme de tu amor? Por cierto, ni la tribulación, ni la angustia, ni la muerte, ni la vida, ni lo alto, ni lo profundo; porque Tú eres mi fortaleza para mantenerme en el bien y apartarme del mal. Tú eres mi firmamento, mi firme fundamento, *in petra exaltavit me* (1), para librarme de los males antes que vengan, para huír de ellos. Eres, Señor, mi refugio, *turris forti-*

(1) Ps., 138, 6.

(2) Ps., 26, 6.

ssima nomen Domini (1), y para librarme de los que ya han venido sobre mí, *liberator meus* (2). Tú eres, Señor, mi esperanza para conseguir los bienes que deseo, espero y amo. *Deus meus, adjutor meus* (3). Si el Señor no me ayudara, poco menos que en el infierno habitara mi alma; espero que me librará de los males a que estoy sujeta: lo primero, para que no dañen, pues es mi protector, *protector meus* (4), lo segundo, para que venciendo el alma, consiga la corona, *protexisti me, Domine a conventu malignantium* (5), y por la victoria *et cornu salutis meæ* (6). Así tu virtud, Dios mío, se levantará en mi favor, *in te inimicos nostros ventilabimus cornu, et in nomine tuo spernemus insurgentes in nobis* (7). *Et suceptor meus,* cuando venciendo fuere el alma recibida con triunfo, *laudans invocabo Dominum* (8), no tendré propia alabanza, mas buscaré la tuya, porque Tú lo hiciste, *et invocabo te* con seguridad y eficacia.

---

(1) Pro., 18, 10.
(2) Ps., 17, 3.
(3) Ps., 27, 7.
(4) Ibidem.
(5) Ps., 63, 3.
(6) Ps., 17, 3.
(7) Ps., 43, 6.
(8) Ps., 17, 4

AFECTO 21

VEHEMENCIA DEL AMOR DE JESUS AL ALMA, Y PROPENSION DE ESTA AL AMOR DE DIOS, QUE NO LA SATISFACEN OTROS OBJETOS; Y SOLO PUEDE REPOSAR AMANDO Y PADECIENDO.

Hallándose el alma con grandes deseos y ansias de Dios, que la hacían como desfallecer y acabar sin hallar alivio ni consuelo en ninguna cosa fuera del mismo Dios, entendió esto: la esperanza que se dilata, aflige y comprime al alma. Yo había de ser bautizado, bañado y anegado en un mar de penas y tormentos; y el amor y deseo de que se cumpliera la eterna voluntad, me hacía estar como oprimido y apretado hasta que se perfeccionara la obra, deseando con gran deseo la cena en que habían de ser sustentados y fortalecidos los hombres, mis amados y queridos, en que les había de hacer el plato. Yo, como cordero muerto, para que ellos comieran y vivieran, asado en el fuego del amor y del dolor. Y como el amor excede a toda otra fuerza y violencia, pues si el hombre diese por él toda la sustancia de su casa, lo tendrá por nada, así este fuego poderoso transforma en sí todas las cosas, y deshaciéndolas al parecer, les da su misma figura y modo, y sólo descansa en unir y transformar el corazón amante en el amado, y en tanto que llega a reposar en él, se está ardiendo, padeciendo y anhelando, hasta que llega a aquel padecer en que dejado todo su ser, y rendido a la fuerza del poderoso fuego del amor, ya no tiene acción propia, ni parece que es él, sino su amado. Así el alma, como la mariposa amante de la belleza y resplandor de la Divina luz, anda en torno de ella sin reposo ni descanso, hasta ser abrasada y confundida en ella.

El amor vence a todo dolor, y lo atropella. Por el amor se abrazan los tormentos, y el amor los consu-

me, haciendo al alma que toda descanse sólo en el gusto y voluntad del amado; mas aquel lazo y unión indisoluble como no puede perficionarse en la vida mortal, así no puede en ella llegar al entero descanso y reposo el alma; si bien, como la luz a los ojos de la simple mariposa, talvez descubre alguna parte de sus resplandores, atrayéndola a sí con una suave y oculta violencia, que ella no puede enteramente, sino en parte muy limitada, conocer, porque si más se le descubriera o diera a sentir, sin duda muriera; pues es aquella luz que dijo de sí: "no me verá hombre que viva." De aquí es que el alma que ama no será satisfecha con ninguna cosa que Dios le comunique o revele de sí, antes la hará andar más ansiosa por llegar a reposar y abrasarse en su llama; y de aquí es que los corazones de los hombres criados para este altísimo fin, padecen una hambre y sed insufrible, y tanto más penosa cuanto más se aparta de él, porque como en lugar de vaciar y desembarazar el alma de sus pasiones y apetitos, beben y se hartan de estos charcos cenagosos y salobres de las criaturas, no sólo no se satisfacen, mas cada día están más sedientos, como lo hidrópicos que no pueden saciarse con cuanto beben, porque no puede perficionarse la naturaleza con lo que es vicio de la misma naturaleza; y así hacen como el que quería librarse de sus angustias echado sobre el hierro de su lanza; y como sería necio el que queriendo andar brevemente un camino, si todo su su cuidado fuera buscar grillos con qué atarse los pies. El que ha de ir a Jerusalén, ¿para qué camina hacia Jericó ni navega para Tarsis, huyendo de la cara del Señor? Porque entonces el mar de sus deseos, por donde huye, levanta aquella brava tempestad que sólo se harta con tragárselo vivo, y hundirlo entre sus aguas; y entonces se halla con dolor, caído, herido y despojado de los otros, pues todos los hombres andan tras los bienes humanos, y por ellos no dudan herirse y matarse.

Pues estando con aquellas ansias que nada fuera de Dios me contentaba, ni aun los consuelos que podía

recibir en la oración, antes todo lo rehusaba mi alma, y no podía dejar de arder con el ansia de hallar su centro y sumo bien, habiendo pasado muchas horas y días, me parecía en la oración hallarse mi alma en una soledad tan grande, que no sé que haya términos con qué decirlo. Entendía que por mucho que extendiera la vista a todas partes, por ninguna, ni de muy lejos, descubriría cosa que le pudiera hacer compañía o consuelo, y me sentía a mí misma discurrir por todas, buscando aquel bien que deseaba con mucha solicitud y con un modo de pena que no se puede explicar, y conocía con el entendimiento, en aquella soledad, todas las cosas que amenazan al alma: los vicios, como unos fieros dragones; las pasiones, como perros hambrientos y ladradores; los enemigos que las incitaban para que trajeran al alma hacia los vicios, y ellos la echaron en el infierno; y que también conocía, con un modo extraordinario, la muerte, el pecado, el purgatorio, etc. Y que aquella soledad estaba cercada, por un lado, de un río de fuego, claro y apacible, y conociendo todas estas verdades de los riesgos que amenazan al alma, le clamaba mucho al ángel de mi guarda. Me parecía entender que me respondía: *fiducialiter agam, et non timebo* (1), y que escondía a mi alma en una cruz de fuego. No porque yo vea visiones ni cosas como las que ven los buenos; mas esto entendía así. Y después fueron grandes y muchas las tentaciones, temores y penas que me vinieron. Con varias ocasiones he entendido que sólo escondida en el amor de Dios, que es fuego, y en su Santa Cruz, podré pasar segura, andar con confianza, y no temer, amando y padeciendo en todas las cosas; y que así como el fuego consume todas las cosas, o las transforma en sí, así el continuo ejercicio del amor y padecer sólo podría apartarme de mí misma y de todas las criaturas y sus aficiones, y unir el alma con Dios por unión verdadera de amor y gracia; y que el estar metida entre aquella cruz de fuego, me

(1) Is., 12, 2.

sería como escudo, como casa y refugio, para pasar, hasta llegar a Dios, por todos los riesgos, segura y guardada, como todo mi descanso y cuidado le pusiera en amar y padecer.

También, habiendo muchos días que no tenía ninguna luz de mi santo ángel, me parece yo reparaba interiormente en esto, y pensaba cuál de mis muchas faltas y culpas sería la causa, y entonces me parece entendí que ya me había mostrado a mi confesor y cómo debía estar para con él de sujeta a sus dictámenes, y atenta y humillada. También entendí que el amor de Nuestro Señor y sumo bien es cruz en algún modo, y mientras más encendido fuere el fuego, porque no halla descanso ni alivio el alma en ninguna cosa criada, ni en sí misma, antes todo le sirve de contrario para su dichosa posesión; porque la vida larga, la conversación humana, etc., y en sí misma tántas pasiones que nunca mueren y siempre resucitan, todas las cosas le son molestas, y en todo halla peligros: en la soledad, en la compañía, en el mar y en la tierra, en lo alto y en lo bajo; en la alteza del día de la consolación teme, y en los temores de la noche tiembla; las palabras ásperas le son lazo, y las palabras blandas como aceite, talvez le sirven de cuchillo; las necesidades de la vida humana la embarazan, etc., y por todas partes la detienen, tiran y estorban.

El cuerpo que se corrompe agrava al alma; el corazón que cada instante siente vientos contrarios, siempre padece tormentas y algunas veces parece que va a hundirse; no sabe el alma a dónde se le arme el lazo, dónde se le previene la traición, de dónde le viene el dolor y el quebranto, cómo caen sobre ella las tinieblas, ni cuándo ha de amanecer la luz. Pues así es que todas las cosas le son contrarias en esta vida, que toda es guerra, muerte y dolor; y como ha conocido algo del bien inmenso que ama, su pureza, su estabilidad, su firmeza, su equidad y justicia, que es santidad; su dulce reposo y bien, que sólo es bien, y se ve ausente de él, y que todas las cosas le son pesadas, y ella se halla a sí misma pesada y grave, cerca-

da de grillos y cadenas en esta tierra desierta, sin camino y sin agua, tierra de miserias y de oscuridades, donde ve tan poco orden y concierto en sí misma, ni en lo que está fuera de sí, siente un grande dolor, pena y tormento; y si el que era escogido de Dios para gloria de su nombre, se llamaba hombre feliz, y gemía y suspiraba por verse libre del cuerpo de esta muerte, ¿qué hará la pobrecita, llena de culpas, pasiones y miserias?; ¿cómo no deseará ser desatada, y estar en su centro, en su libertad y en su reposo, pues está cierta que el tiempo todo que durare la vida, es tiempo de guerra, en que está en contingencia perder o ganar a Dios, y que hasta oyó de la boca de Cristo: vén bendita de mi Padre, no hay que asegurarse, ni hay verdadero gozo? Pues ¿cómo el amor, si es verdadero, dejará de dar un continuo cuidado y dolor, si se ha de perder o ganar el objeto amado?; ¿ni qué consuelo ni alivio ha de haber más que la esperanza en el mismo amor, y una total entrega a él, cada hora y cada instante, y más y más amor, y más y más dolor? Y si el amor humano hace que no se halle descanso, gusto ni alivio, si no es en el objeto amado; y ausente de él, aun las dichas le parecen penas, ¿cómo ha de tener gusto fuera de Dios, el alma, si no es que ame otra cosa fuera de Dios; y cómo ha de amar con verdad, lo que con verdad no es bien?

AFECTO 22

MOTIVOS PARA DESEAR LA MUERTE. CON LA TRIBULACION SE PURGA, PURIFICA Y PRUEBA EL ALMA. PATETICOS LAMENTOS DE LOS MALES DE SU PUEBLO, POR LOS QUE QUISIERA MORIR.

Padre mío: hasta aquí había suspendido el escrebir, y pues vuestra paternidad me lo manda, digo: Conocí las causas que hay de desear la muerte en lo que se dice del santo Tobías; no tanto los trabajos, pobreza y oscuridad en que se hallaba, como las cul-

pas en que está como anegada la tierra, y así empezaba su oración con lágrimas: Justo eres Señor y justos son tus juicios, y como Señor y dueño absoluto de la tierra y de todos los que habitan en ella, podías aniquilarla y deshacerla, sin tomar a ninguno parecer ni dar razón de tus obras, pues no hay otro fuera de Ti; mas, aunque pudieras llevar a todo rigor la ejecución de tus mandatos, veo que todos tus caminos en que pones a los hombres, son misericordia, verdad, y juicio; que a todos quieres encaminar como piadoso Padre y Director, ya con la corrección, ya con el halago, y sé que todos los caminos de tribulación o de descanso son misericordias, pues en el fuego de la tribulación purgas, purificas y pruebas, para echar de la alma el veneno y escoria de la culpa, y así sueles recompensar una buena obra en tus amigos, con enviarles un trabajo temporal, porque los guardas para los descansos eternos, y porque quieres que pasen a tu reino limpios, y no tengan que purgar en el camino, antes viendo que lograron el talento en la buena obra que ejecutaron, los constituyes sobre mucho, fiándoles el tesoro de la tribulación y prueba con que puedan adquirir más y más riquezas, y tesoros de gracia y de gloria, y que tejan en ella aquella vestidura de la inmortalidad, que no ha de envejecerse, ni la ha de comer la polilla como a las cosas temporales.

Así que, Señor, todos tus caminos son misericordia, aun cuando nos induces a llevar por la tribulación y desierto, y sé que todos los caminos que nos muestran tus palabras, son verdad, porque eres fiel en tus promesas, y no desamparas a tus amigos, los cuales Tú dices que serán grandemente honrados, y que los acompañará y guardará tu santo ángel en el camino de la vida mortal; que los llevará como en palmas, para que ni aun acaso ofendan las piedras a sus pies; que los harás andar sobre el áspid y el basilisco, y librarás del Leviatán; y que de la hiel y pavor que les causa la ballena y pez, saldrán a salvo, y sacarán medicina útil y provechosa con que puedan ahuyentar

los malos espíritus, y quitar la ceguedad de los ojos; que Tú, por tus santos ángeles, los llevarás y traerás sanos, ricos y prósperos, librando a ellos y a todas sus cosas de riesgos y miserias, y volviéndolos a la casa de su Padre, después de la peregrinación; y sé que tus caminos son justos, pues de todo no pretendes interés, ni lo necesitas, porque tus ángeles y grandes de tu corte, que están delante de Ti, se mantienen de aquel altísimo manjar, que es tu vista beatífica y voluntad sagrada y justa, y que sólo pretendes hacer bien y dar bienes; y sé que así lo has hecho desde el principio, desde los primeros padres; y sé que, con todo eso, ellos cometieron delitos contra Ti, declinaron de tus caminos, y no obedecieron tus preceptos.

Ahora Señor, acuérdate de mí, pues bien sé que no obedecemos tus preceptos como debíamos, y que somos instables, fáciles y mudables; y que nos estamos cautivos en nuestras pasiones y propias voluntades; que arrastramos los grillos y cadenas que no nos dejan andar y caminar con confianza en la libertad de los hijos de Dios; que la cabeza y rey que nos domina hace y fabrica el becerro de oro de la vanidad y sensualidad a quien adoremos; que somos como fábula, no estando constantes en el bien, sino moviéndonos con lo mentiroso y ridículo de unas cosas en otras, a cada paso, y así somos como improperio. Pues cierto dirán nuestros enemigos: ¡mirad a quién ha honrado Dios, mirad a quién ha enriquecido, mirad qué logró de sus gracias, favores y finezas!

Y así, instables, fáciles y viles, andamos dispersos y derramados entre varios afectos, pasiones y deseos, queriendo como locos y fabulosos complacer el aire de los aplausos vanos; detener la corriente de los ríos en las murmuraciones; traer a cuestas el peso de la tierra en la codicia; sustentarnos del fuego de las venganzas, iras y odios. Así somos hechos fábula, improperio y escarnio; de estos males estamos llenos, y lo estuvieron nuestros padres, porque todos como ovejas declinamos, cada uno por su camino, y no andamos en sinceridad de corazón delante de Ti, porque

nuestra naturaleza corrupta por el pecado, inficionada por la culpa, nos lleva al mal, y nos llena de males, y cada día, hora y instante, nos lleva al mal, porque no andamos con un corazón perfecto y sincero delante de Ti; por lo cual, Señor, acuérdate de mí, haciéndome según tu voluntad, y haciendo de mí y conmigo como dueño y señor absoluto. Tu voluntad es buena y tu juicio recto; mi voluntad torcida y mi juicio errado. Mis ojos sólo ven tinieblas, y en esta noche todas las cosas padecen conmigo escándalo, hasta los más amados y cercanos están y se ponen adversos. Somos hechos oprobio de nuestros vecinos, y oímos las vituperaciones de muchos que moran en circuito de nosotros. Oímos los clamores de los inocentes, y no nos es lícito ni posible refrenar a los perseguidores, porque la pena de nuestras culpas tomamos por disculpa para nuevos delitos.

Ahora, pues, Señor, estamos incapaces del verdadero gozo, cercados de las tinieblas que no nos dejan ver la luz del cielo, oyendo sólo clamores de miserias y culpas, y sólo se oyen calumnias que se hacen debajo del sol; y lo que más temo, que no andamos delante de Ti en corazón sincero, sino que declina mi corazón en palabras de malicia, excusando con excusaciones sus pecados. Ahora pues, Señor, tantos males se ven en la tierra, y tantos hallo y temo dentro de mi corazón, haz conmigo según tu voluntad, mandando recebir mi espíritu en paz, porque mejor me está morir que vivir entre tántos lazos y en una vida que encierra tantas muertes, porque Tú eres Señor justo, santo y verdadero, y así eres ofendido; que siendo todos tus caminos misericordia y verdad, se anega en llantos la tierra, porque la carrera de toda carne se corrompe. Y pues yo no puedo remediar los males en mí, ni en mis hermanos, recibe ya mi espíritu en paz, pues el vivir no sirve a la enmienda mía, ni al provecho de alguno, ni al servicio tuyo.

Parece que se contienen en mi seno muchas gentes, según me duele y come las entrañas el ver culpas

y penas en que estamos cautivos y como anegados, y viendo tu inmensa bondad ofendida; el tesoro de las virtudes despreciado y hollado; la abominación de los vicios seguida y amada; y cómo pleitean sobre su misma perdición los hombres; cómo huyen de su bien, y apetecen su alma y cómo traen la iniquidad en los cordeles de vanidad en que están puestos y atados al yugo de su carro, cómo gimen y se lamentan debajo de él. Veo la carrera de la vida humana empezarse con llanto, miseria y desnudez, proseguirse con culpas y pasiones, acabarse en engaños y deseos; y alabé más a los que no nacieron. Y cuando lloro los males ajenos, veo que a cada paso caigo en ellos, y los traigo a cuestas. ¿Cómo podré yo remediar en las voluntades ajenas, lo que en la mía no puedo conseguir?

Así que tántos males se lloran como con lágrimas irremediables, y el celo de tu casa come las entrañas, cuando se ven los muros derribados, las puertas asoladas, las torres derruídas, sus templos, que son las almas, profanados, y que allí se les ofrece adoración a ídolos viles. Esta es la destrucción que hay en la tierra y este es el fuego que come las entrañas, cuando pones esto a los ojos del alma, que aun las almas, que como vírgenes esposas tuyas habían de estar llenas de adornos y hermosura, se enflaquecen en tu amor, y están pálidas, mudado el mejor color en desaliento, y escurecido su oro, y oprimidas de la amargura que causan las pasiones y afectos que no son de su Esposo. ¿Cómo pueden tener gozo verdadero, si dan su fortaleza a los extraños? Todo el día de la vida pasarán desoladas, consumidas con tristeza.

Así entendí como si dijera: Mira, si fueras hija de un padre noble, poderoso, amorosísimo, rico, abundante y amante de sus hijos, viera que ellos, aun estando en sus brazos, procuraban meterle puñales por el pecho ¿no sintieras, no lloraras la ofensa de tu padre, y la perdición de tus hermanos? Y si vieras que hasta los más pequeñitos se inclinaban a escupirlo y apedrearlo, ¿no atravesara tu corazón el dolor? Y si

este amoroso padre hiciera poner a sus hijos una abundante mesa de preciosos manjares, y ellos, tomándolos, los arrojaran a su rostro; y otros, no contentos con el plato que les ponían, raparan, asecharan y hurtaran a sus hermanos, y con envidia se consumieran, ¿no eran de llorar tántos desórdenes, tántos desagradecimientos, y más, si los hubieras cometido y temieras cometerlos tú misma? Pues esto es lo que pongo a los ojos de tu alma, y esto es lo que pasa, no sólo en los pecadores de la tierra, que todos beben de mi cáliz, mas en los hijos de mi casa y convite. ¿Cuántos, emulando a sus hermanos, no se contienen en su lugar, ni con su plato? Emulando, no con emulación de Dios, ni los mejores dones, cuales son la mayor caridad, la mayor modestia en todas las cosas, siendo sobrios y templados, el mayor temor reverencial y filial de su buen Padre, la mayor humildad, agradecimiento y sujeción a su sabio gobierno. No emulan estos mejores dones y carismas, sino la hartura de su apetito, el sabor de su paladar, los deseos de su corazón, la sed de su codicia; y son aun más insensibles que los brutos, hartándose sólo del manjar, y no mirando ni acatando la mano que se lo da; pues el buey conoce a su señor y poseedor, y el asno el pesebre de su señor. ¿Cuántas veces dejando su plato, sólo aspira a envidiar el de su hermano?

Pues mira, alma mía, no quieras emular lo malo, desea y codicia los mejores dones: la caridad que no se hincha, que no emula, que no envidia, que no quiere sus cosas propias sino las de Jesucristo; y viendo cuántas veces hiciste lo contrario, llora y siente por ti y por tus hermanos, y mira con cuánta razón se dijo: ¡mejor me estuviera morir que vivir! Ay de mí, que parece sólo fui nacido para ver los males de mi pueblo! Cuántas veces, tejiéndose en la casa de este Padre Dios, para sus hijos, ricas telas de gracia, costeadas con la sangre de sus venas, y con los sudores de su rostro, estos hijos ingratos las desprecian, las pisan y ultrajan, y más quieren el sambenito de la culpa que aquellos riquísimos brocados y holandas.

Mira el ansia con que besan y abrazan el estiércol, y el furor y locura con que pisan las riquezas y joyas de la gracia, y llora esta abominación y desolación de la ciudad de Dios, que es el alma, de la casa de tu Padre Celestial y tus queridos hermanos, hijos suyos. Cuántas veces, aún mis esposas me arrojan al rostro aquellos mismos manjares de que las proveí, despreciando la oración, los votos y las reglas con que pudieran mantenerse en su peregrinación, y llegar ricas de mis dones celestiales al día de sus desposorios. Y mira, si habiendo hallado en ti tan continuas faltas y olvidos, malogros de mis dones y mis gracias, y no esperando, por lo que a ti toca, otro fruto que ingratitudes, olvidos y culpas, no dirás: *Mejor me estuviera morir, que vivir entre tántos males* (1). Oh, pues, Señor, anúnciame la brevedad de mis días para que siquiera ella me haga andar con cuidado en tu servicio, despreciando las cosas que se han de quedar, porque no me arrebate su corriente, y andando como quien canta y entiende sólo en los caminos limpios de las virtudes, entrando siempre en medio de mi casa, dentro de mí misma, a examinar y caminar en la inocencia del corazón; y caminar en ella hasta que vengas a mí y no me halles dormida en el sueño de muerte, ni diga mi enemigo: prevalecí contra ella. Por tanto, Señor, alumbra mis ojos con aquella candela que muestra el fin del tiempo y el principio de la eternidad sin fin. Tú eres, Señor mío, el que alumbras mi lucerna, alumbras mis tinieblas para que no me halle la muerte durmiendo, antes, velando, salga a recebir con la luz del verdadero gozo al Señor que viene.

Los oprobios de los que te oprobian cayeron sobre mí, porque el celo de tu casa me comía. Aquellas hermosas y graciosas flores de las virtudes, ¿cuántas veces se ven holladas, conculcadas y deshechas por los vicios? ¿Cuántas veces la graciosísima humildad, agradable a tus ojos como un precioso nardo, es hollada

(1) Jonac., 4, 8.

del pie abominable de la soberbia? ¿Cuántas veces aquella preciosa y costosa vestidura de la caridad, es rasgada por el furor de la ira? ¿Cuántas veces es derramado el licor precioso del espíritu por la soltura de los ojos, oídos y lengua, porque traemos nuestros tesoros en vaso de barro? ¿Cuántas aves de rapiña se congregan y aprestan adonde se ofrece el sacrificio del corazón y voluntad a su dueño y Señor, queriendo cada cual hacer presa en él, tragarlo y devorarlo, antes que sea abrasado y consumido en el fuego del amor? ¿Cuántas veces los preciosos tesoros con que quieres enriquecernos, los arrojamos con desprecio, y estos oprobios caen sobre nosotros, porque nos quedamos pobres, fríos, y viles? ¿Pues qué dolor se igualará a este dolor de ver ofendido, despreciado y olvidado tan bueno, amoroso y liberal Padre? De ver pobres, hambrientos y desnudos tan queridos hijos y hermanos? ¿De ver perdidos tan ricos tesoros? ¿De ver el castigo que se previene a los delitos cometidos por tan amados hombres? ¿Y de ver, ¡ay dolor!, que yo, miserable, he sido la más infeliz, soy la más fácil, la más dura y rebelde por seguir el bien, y apartarme del mal, y que no se acaban las raíces y siempre brotan ramas de vicios y pecados?

Temo, ¡ay Dios!, cuando este fuego, que se prende en las pasiones, quemará toda la casa, pues es hecha de paja y de barro. Cuando estos leoncillos pequeños serán tan grandes que, atados con cadenas de hierro, sean llevados a la gran Babilonia. Esto temo, esto temo en tus queridos hijos y amados hermanos. Esto temo, con temor y temblor, en mí misma; por lo cual, oh Dios, justo en tus caminos, verdadero y justificado en tus juicios, si te place, sácame ya de esta guerra, y manda recebir mi espíritu en paz, porque *mejor me está el morir que el vivir* (1). Mas, haz conmigo, según tu voluntad, lo que te fuere más agradable, lo que gustares y aprobares, como no me dejes en manos de mí misma: que por tu gusto, los riesgos serán seguridad; y por el mío, en la seguridad hallaré riesgos. Morir por tu disposición, será vivir, y vivir por mi

querer, será muerte. A Ti toca mandar y disponer de tu criatura pobrecilla y vil. Ruégote que no desmerezca yo este altísimo beneficio, de que sólo sea gobernada por tu voluntad y gusto, y no por el mío. Esta es la rica herencia de tus hijos, de que no quiero apartarme, ni tanto como hace una respiración.

AFECTO 23

VUELO RAPIDO Y AFECTUOSO TRAS LA MADRE DEL AMOR PURO, DEL TEMOR, DEL CONOCIMIENTO Y DE LA SANTA ESPERANZA.

Ven, amado mío, pues mis ojos te previenen, esperándote al dilúculo de la mañana, y esperando a la aurora María, para ser suelta (1) de la lucha y que se ahuyenten las sombras. Ven, amado mío, y sácame de las tinieblas y batallas, y salgamos a aquel gracioso campo de María, campo lleno de la fragancia de todas las flores, lleno del suavísimo aroma de todas las virtudes. Salgamos al campo, y muéstrale al alma aquella tu rica y abundante viña, que, siendo tuya, la diste por nuéstra. ¡Oh, quién me diera hermano mío, Dios inmenso hecho hombre, que tomando los pechos de mi dulce Madre, yo te hallara en ella, fuera de toda ignorancia y sequedad, de toda fatiga y congoja, saliendo de todo lo que es tierra, con la consideración; y caminando y volando con la confianza y amor de este gran misterio y fineza tuya, Dios humanado por el hombre, sustentado a los pechos de una Madre Virgen. ¡Oh, a cuánta alteza puedes llevar al alma, dándole tu enseñanza, doctrina y ejemplo! ¡Oh, cuánto son mejores sus pechos que el vino y que la fragancia de los mejores ungüentos; y si vieni a ti el amado tuyo como hacecico de mirra..., mo-

(1) Otros leen: "para su vuelta" (N. del E.).

rando entre ellos, dale al alma que te desea, Dios mío, que beba con gozo de las fuentes del Salvador, imitando a tu dulce Madre en mezclar con el vino de tu caridad el dolor de tu amarga pasión, donde a las dulcísimas corrientes de estas puras aguas medite como paloma bañada y lavada con aquella leche que te fue alimento. ¡Oh cuán puro!, ¡oh cuán suave!, ¡oh cuán eficaz es el amor de tu querida Madre para hacer correr tras Ti, Dios mío, con el amor, con la confianza, con la imitación! Dichosa el alma que la pone por ley de sus caminos, y corre por las sendas de su imitación, como criada a los pechos de su doctrina.

¡Oh, cuánto amará la pureza el que fue hijo de esta pura Madre! ¡Cuánto aborrecerá la culpa y cualquier mancha, a vista de esta clara aurora. ¡Cuánto amará la humildad, viendo a esta Madre Reina, tan humilde, que se llamó esclava! Ella es el campo lleno de todas las más escogidas y altísimas virtudes. Cantaré y entenderé en este camino imaculado hasta que vengas a mí por tu misericordiosa visitación, hasta que vengas a mí, para que salgamos al campo de tu eterna luz, donde con vista clara vea la hermosura de tu Madre y mi Madre, de este camino inmaculado por donde vienes a mí, y para ir a Ti.

Así parece que sólo de este campo hermoso y bello, florido, rico y lleno de abundancia, de gracia y de pureza, de la Santísima Virgen, quisiera vivir y respirar el alma; y en él tiene como seguro y gustoso a su amado en el camino inmaculado de su santísima vida, desde su pura Concepción limpísima hasta su Asunción gloriosa. Sólo quisiera entender el alma, meditando y contemplando sus grandezas, cantando y diciendo sus alabanzas. Mas esto será, amado mío, cuando vengas a mí con especial visitación de tu misericordia; y cuando de la escura prisión de mi ignorancia, me sacares como de la mano, a este campo especioso y bello de las gracias, perfecciones y virtudes de tu Madre Virgen, para conocerlas, para amarlas, para alabarlas, y entender en ellas.

Mas mira, alma mía, cuán alta, cuán resplande-

ciente, cuán pura y santa es esta bella Madre, cuyo tabernáculo es el sol de justicia, y él se levanta como esposo de su tálamo, cuando naciendo de su santísimo vientre se pone como niño en sus pechos, y en sus brazos. ¿Quién subirá a este monte santo, lugar del Señor, sino las manos inocentes y el limpio corazón, las obras limpias y la intención recta? Esta amada Señora y dulce Madre es el tabernáculo donde siempre suena voz de alegría y salud. ¡Oh, si fueras tal que amando y buscando sólo lo justo, vivieras sólo en este lugar santo, y caminaras en la inocencia de tu corazón al corazón y aceptación de esta dulce Madre!

¡Mas, ay dolor, que tus ojos ciegos no pueden ver la luz! Ay dolor, que teniendo cerca el camino, estás tullida y ciega con tus culpas y manchas; mas si no hay quien se esconda del calor de este sol material, vos, paloma sin mancha, que sois sol más benéfico, más piadoso y suave, mirad el abismo de mi miseria; alumbrad, Madre de la luz y de la gracia, los ojos ciegos de mi alma, que sólo moran en la amargura de sus lágrimas y en su continuo llanto.

AFECTO 24

FERVIENTES PETICIONES A MARIA SANTISIMA PARA QUE LE DE SU DOCTRINA, SU AMOR Y DOLOR.

Madre de Dios, maestra de la vida: enseñadme a hablar con Dios y con vos, Señora mía; enseñadme a pasar la vida mortal en un sumo silencio de todo lo que no fuere necesidad, obediencia y caridad. Dadme, Señora mía, de aquel mar de dolor que padeciste, y en que fuiste anegada en la pasión de tu Santísimo Hijo, para que allí, sumergida y escondida, quede toda convertida en amor y dolor. Madre de Dios humildísima: enseñadme, Señora mía, a humillarme en la divina presencia hasta el abismo de mi nada y abo-

minación. Dadme luz, Señora mía, para conocer cómo debe estar el polvo, y el gusano ciego y podrido, ante la tremenda Majestad de Dios. Madre de Dios piadosísima: dadme una gota de aquel mar de dolor en que se anegó vuestra santísima alma en la pasión de mi Señor. No permitas, Madre mía, que tenga yo, ni sienta, ni quiera, ni busque más que a Jesús, mi amado Señor para mí, y yo para El, cuando lo hallare, mejor que cuando se apacienta entre los lirios de vuestra pureza. Enviad, Madre mía y Madre de Dios, una gota de aquella sagrada leche con que lo apacentastes, a mi corazón, para que sane sus llagas, y sólo sea llagada y herida de tu amor y del suyo. Madre de Dios: dadme, Señora mía, una gotica de aquel mar de ardentísimo amor en que se abrasaba vuestra purísima alma. ¡Ay, paloma mansísima y candidísima, quién tuviera un corazón tan limpio, que en él pudieras hacer tu mansión, y allí percibiera mi alma los tiernos arrullos de tu purísima alma con su querido Esposo!

¡Oh cómo viniera allí y morara el Espíritu Divino! ¡Oh Espíritu Santísimo, todo fuego y todo amor, haced, Dios mío, mi corazón tal con vuestros sagrados dones, que allí traigas a vuestra querida paloma para que enseñe al alma su dolor y su amor. Hacedme como piedra en la fortaleza, sólo rendida al amor y dolor, para que así le digáis a esta limpia azucena: ¡ven, paloma mía, a los agujeros de la piedra! Allí me enseñará esta Madre del amor hermoso, del temor discreto, y de la santa esperanza, vuestros frutos y dones, pues es Madre de la sabiduría, y habita en el consejo. Ella presta ciencia a los pequeñuelos y ella es el camino inmaculado por donde camina y corre el alma sin trabajo, cantando y entendiendo. ¡Oh, si se oyera en las regiones del alma la voz de esta tórtola sagrada, cómo aparecieran las flores y se pudiera llamar tierra bendita! ¡Qué alegre primavera se mostrara para el Señor y Esposo! ¡Oh tierra prometida, donde manó leche y miel para que el Emanuel Santo y Dios con nosotros, se mantuviera! ¡Cómo enseñaras

al alma la dulzura y mansedumbre! ¡Cómo podar y cortar todo lo superfluo! ¡Cómo, con tu voz y tu asistencia, dieran su olor las viñas, y ardiera el alma, gozara y exultara con el vino de la caridad! No fueras, alma mía, como aquella higuera maldita, porque no dio su fruto a su Señor; mas como el árbol plantado cerca de estas corrientes de vida, pozo de aguas para los vivientes, dieras fruto en tu tiempo, y lograras el fruto de esta hermosa palma, subiendo por ella a la contemplación, amor y imitación del fruto de su vientre, Jesús; y aprendieras su fruto uniéndote con él.

¡Oh Jesús mío, si al Eterno Padre se le ruega: mirad Señor el rostro de vuestro Cristo; decid vos, amor y refugio mío, a vuestra Santísima Madre y mi Señora: muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos por esta alma pecadora y pobre, para que así pueda quedar aplacado vuestro justo enojo por respeto y amor de vuestra dulce Madre.

¡Oh, Madre mía amantísima, enséñame a llorar, pues soy aquella tórtola gemidora, y vuestras lágrimas están en vuestras mejillas, hermoseándolas como preciosas perlas y aderezos de la hija del rey. Pues es bienaventurado el que te oye, oiga mi alma la voz de la tórtola, la voz de tu llanto y los motivos de él, para que sea bienaventurada llorando y aprendiendo de tu llanto el mío. Vuelva como arroyuelo al mar de donde salió, imitando los motivos de tu llanto, que son las ofensas de una suma bondad, la pérdida de las almas, los dolores, afrentas y trabajos de Dios hecho hombre; al ver que yo, con mis culpas e ingratitudes, fui causa de tu llanto; llore yo mis culpas, a vista de lo que lloraste las de todos los hombres, para que así merezca ser consolada en la bienaventuranza.

AFECTO 25

PIDE SER CONFORTADA CON EL AMPARO DE MARIA SANTISIMA. ASPIRACIONES AL SACRAMENTO DEL ALTAR.

El alma puede decirle a su Señor cuando de su deseo desfallece: confortadme, oh amado y amantísimo amor, con las flores suavísimas, con los frutos dulcísimos del amparo y consideración de vuestra pura Madre, castísima azucena, hermosísima rosa, violeta y lirio de humildad y pureza, bálsamo y cinamomo suavísimo, nardo, ciprés y cedro, oliva hermosa y palma levantada. Como la vid fructífera con suavidad de olor, y sus flores como frutos de honestidad y honor, etc. ¡Oh, cuál confortación sentirá el alma con la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza. En ella está la gracia de todo camino y verdad; en ella está toda la esperanza de la vida y de la virtud. Su espíritu es más dulce que la miel; y su sabor, más que la miel y el panal. Todos los sentidos del alma se confortan con la memoria de la dulce Madre: todas las suavidades para el gusto, todas las hermosuras a la vista, todas las fragancias al olfato, todas las dulzuras para el oído. Quien la oyere no será confundido. Todas las suavidades, purezas y hermosuras, toda la misericordia y blandura...

¡Oh Madre amantísima! ¡Oh Madre de la hermosa dilección! ¡Oh vid fructífera de suavidad y olor, de donde procedió el suavísimo y generoso vino que engendra vírgenes, que embriaga de amor sagrado, que alegra el corazón del hombre, que destierra la frialdad del alma! ¡Oh vid sacratísima, cuyo fruto es Cristo, Dios y hombre verdadero! ¡Oh, quién bebiera hasta embriagarse de esta sagrada fuente, que clamaba y decía a todos: el que tuviere sed venga a mí y beba. ¡Oh, qué día de tan grande solemnidad y festividad será éste para el alma, cuando el Hijo de la

Virgen clame diciendo: el que tuviere sed venga a mí y beba! ¿No tendrás sed, alma mía, de esta fuente de vida y sí estás harta de beber de los charcos cenagosos y aguas pútridas de los caminos de Egipto: de tu amor propio y gustos de tu naturaleza, de la vana estimación y del afecto a bienes terrenos que no matan la sed, antes, como al hidrópico, más lo imposibilitan y más crece el humor que lo mata?

¡Oh! si bebieras de esta sagrada fuente, no tendrías ya más sed de cosa alguna de la tierra; mas de esta divina fuente y agua viva siempre estarías sedienta. Y tu corazón sería hecho como cera que se derrite en medio de tus entrañas; y tus entrañas, y tu corazón, y tu memoria, como vientre del alma manarían corrientes de aguas vivas. ¡Oh Dios mío, que tantas veces llega mi alma ciega, ingrata, pobre y vil, a poner sus labios en el sacramento de tu cuerpo y sangre, en las sagradas fuentes del Salvador, en aquel pecho sagrado, mejor que el vino más generoso de la vid más escogida! Y tantas veces recibiéndote Dios mío, y tantas bebiendo de esta divina fuente, se está mi alma ciega, pobre y fría! ¡Oh, Jesús, todo piedad, todo caridad, todo blandura y amor, pues que tan liberalmente dais todo, todo al alma, acerca de vos está sólo la fuente de la vida, y sólo en tu luz veremos la luz, alúmbra los ojos de mi alma para que vea y guste de esta fuente de vida, y conozca, y considere, y aprecie lo que debe! Y por llegar a gustar de esta fuente de vida, y vivir de ella, se abstenga de todo otro manjar vil y terreno; y como el ciervo herido, se arroje a esta divina fuente, pasando, por llegar a ella, por espinas, zarzas y abrojos. ¡Oh vino, leche y miel de aquellos virgíneos pechos, de aquella hermosa vid, de aquel panal suavísimo! Tedio tiene ya mi alma de mi vida; aborrece y hastía todo lo que es vivir fuera de ti. Hablará en su amargura mi alma, y dirá: ¡Ay de mí que se ha alargado mi destierro, hasta que me sea dado anegarme en ti, fuente de vida!, cuando *veniam et apparebo* (1).

---

(1) Ps., 41, 3.

AFECTO 26

EL CAMINO DE LA JUSTICIA SON LOS TRABAJOS; ESTOS CORRIGEN Y PRECAVEN DE LOS VICIOS.

Mira alma: los que no son en los trabajos de los hombres, esto es, los que no son humillados y trabajados, conforme a la sentencia que se le dio al primer hombre, de que comería su pan con el sudor de su rostro; estos tales, que no anduvieren en el camino de la humillación, ni llevaren los azotes de la esclavitud, en que por el pecado incurrieron, debiendo ser muchos, conforme a lo que está escrito: muchos son los azotes de los pecadores, serán comprendidos de la soberbia, y con eso quedarán vacíos de todo bien, y los cubrirá la iniquidad, y su impiedad, porque faltarán al respeto debido al Padre Celestial, y a la sujeción que deben a su divina voluntad y acertado gobierno, a sus leyes santas. La iniquidad los cubrirá, mostrando con la paz de sus vicios la que no tienen en sus corazones. No tienen paz verdadera los malos, porque con la alianza que han hecho con sus contrarios, se venden para la esclavitud y muerte eterna; y se van apacentando como ovejas que, errando por pastos vedados, van al despeñadero y perecen.

No es paz rendir las fuerzas al enemigo, ni entregarle las llaves de la fortaleza, para que cada día entren más y más contrarios. No es paz soltar las armas y las fatigas de la guerra, siendo pelea la vida del hombre, y la vida del hombre tan corta sobre la tierra. Milicia es la vida del hombre, y viento es la vida del hombre. Breves son sus días, y así no pueden ser largas sus guerras. Ni fuera paz la que por excusar la fatiga de un poco de viento, cual es el término de la vida, se sujetara al fuego de la eternidad. No es paz la que da un poco de sueño, cuando se aligeran y aprestan los contrarios. Ni digas, viendo la paz de los mundanos: sin causa estoy velando sobre mi corazón, y dando más y más vueltas por todas las puertas de

la ciudad de mi alma, requiriendo una y muchas veces su fortaleza, a ver por dónde puede entrar el pie de la soberbia, quemar la envidia, derribar la vanagloria, robar la codicia (de bienes de la tierra), los verdaderos tesoros del despego y desnudez de todo; porque ninguna guarda, ninguna vela es excusada donde son tantos los enemigos, y aun los tienes entre tu misma casa.

Fuertes y muchos son los enemigos, mas confía en el Señor y haz bondad, y serás apacentado de tus riquezas. Los que confían en el Señor, como el monte de Sión no serán conmovidos; mas habitarán como en Jerusalén, que es la paz verdadera, como está dicho: *pax multa diligentibus legem tuam* (1). La paz de los pecadores es una infame sujeción a los vicios, una vil esclavitud a sus pasiones, y así los comprende la soberbia para consigo mismos, teniéndolos presos y sujetos a la vanidad y ignorancia, porque les ha sacado los ojos de la verdadera luz, y sube y pone el pie sobre ellos como cruel.

AFECTO 27

MARIA SANTISIMA ES LA VID DE DONDE MANA EL VINO QUE ENGENDRA VIRGENES.

Estas palabras me consolaron hoy grandemente, mirando el alma a mi Señor Sacramentado, y entendiéndolas como dichas de su dulcísima Madre mi Señora la Santísima Virgen: *Ego vitis fructificavi suavitatem odoris* (2). Este es el fruto de mi vientre, yo fui aquella hermosa vid, cuyo fruto es Jesús, hijo del Eterno Padre, fruto de eterna vida, de suavidad y olor. En la unión de este altísimo sacramento, fruto mío bendito, experimenta el alma el calor, la confor-

(1) Ps., 118, 165.
(2) Eccli., 24, 23.

tación, la embriaguez sagrada, y el olvido o desprecio de todo lo criado. Aquí se llena de fragancias de vida, de olor y de suavidad, que, como señas de la patria, la incitan a correr y caminar. Aquí, como en el altísimo refugio, duerme y descansa a la sombra de este árbol de vida, cuando huye de la persecución del cruel, y allí oye y percibe la voz que la alienta a que, abriendo los ojos de la consideración al valor y sustancia de esta dulce comida, hecha el alma toda bocas, como la tierra sedienta la reciba, se corrobore y vivifique, para andar el gran camino hasta el monte de Dios, alejándose más y más de la tierra, de la pereza y el olvido, y subiendo, fortalecida con este divino Pan, sobre sí misma y sobre todo lo que la carne y naturaleza siente; sobre las inicuas fabulaciones con que el demonio la asombra, y sobre todo lo que el mundo juzga, siente o dice. Porque esta sagrada mesa es de armas para defenderse el alma de todos los que la atribulan y para destruir con ellas las de sus contrarios; y mesa siempre puesta a la presencia del alma, conforme dice el salmo: *parasti in conspectu meo mensam* (1), que siempre está franca, siempre preparada con los mejores manjares con que se mantienen los ángeles, y con que es dichoso todo el número sin número de los bienaventurados. Allí es el manjar Jesús, a cuyo nombre se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra, y en el infierno: en el cielo con amor, alabanza y gozo; en la tierra con fe, esperanza y caridad; en el infierno con temblor, temor y sujeción.

Al calor de nueva vida, meditando en mi meditación, se encendió el fuego. La confortación, caminando, irá de virtud en virtud. La embriaguez contemplando: mejores son sus pechos que el vino. La transformación amando a Dios y olvidando lo demás. En tu luz vemos la luz.

---

(1) Ps., 22, 5.

AFECTO 28

ESTA VIDA ES NOCHE OSCURA. CON LA MUERTE AMANECE. DE LOS MALOS HACE DIOS BUENOS.

Custos, quid de nocte? (1). Custodio, ¿qué hay de las noches? Santo Espíritu sublime, maestro y señor mío: ¿qué hay de la noche? ¡Ay, si vendrá la luz! ¡Oh noche triste, envuelta en sombras, en temores y espantos! ¡Oh santo custodio y compañero amantísimo de mi camino, destierro y peregrinación: ¿qué hay de la noche? ¿No soy yo, ángel santo, una criatura del soberano criador, sacada del abismo de la nada; una alma racional, capaz de amar a Dios y de gozar del sumo bien? ¿No ando caminando en las tinieblas, amenazada del fiero leviatán y dragón grande? ¿No soy una criatura miserable, pobre y ciega, compuesta de tierra y de barro, desnuda, ignorante y pobre? ¿No estoy en prisiones, ausente de la patria y de aquel altísimo fin para que fui criada? Pues ¡oh, para qué fue dada la luz al miserable! ¿Qué hay de la noche, custodio santo mío? ¿En qué paraje estamos, qué jornadas hacemos, a dónde vamos ya? ¡Ay de mí! ¡Qué camino sigo por sombras y temores! ¡Custodio Santo, tened piedad de mí; en tan espantosos precipicios, socorredme! ¡Ay de mí, que aún no sé el camino que hasta aquí he andado, ni qué vestidos llevo, o qué rostro para ver la cara del hijo de la Virgen, y sentarme en aquel gran convite! Oh, ¿si saldrá, festivo y benigno, Cristo a recebir a la pobre alma desterrada al fin de su camino? ¿Si veré rostro a rostro a mi Salvador, o me dirá: no te conozco? ¡Ay de mí! ¿Qué hay de esta noche, de tan dura ignorancia, custodio santo mío? ¿Qué será de mí en aquella puerta estrecha de la muerte por donde he de pasar al Señor? ¿Qué en aquel salto espantoso del tiempo a la eternidad, o feliz o desdichada? ¿Cómo, pues, al-

(1) Is., 21, 11.

ma mía, pones la mira, la estimación, confianza y respeto en los otros miserables pasajeros, de quien se dice y entonces verás que *finitus est enim pulvis. Consummatus est miser; defecit qui conculcabat terram,* (1) y no en este único y fidelísimo compañero, guarda y custodio fiel de tu camino. Mas, oh alma, respira en las promesas de aquella verdad infalible, *expecta Dominum* (2) y tendrá misericordia de ti, y perdonándote te exaltará; porque Dios es Señor de juicio, que no juzgará con ira, ni con venganza, ni quebrará la caña cascada. Bienaventurados son todos los que esperan en El. El pueblo y los pequeñitos de Sión, los pobres y humildes habitarán en Jerusalén, que es la paz del Señor, y con El, que es estar en su amistad y gracia. Llorando en el camino de la vida mortal, de ninguna manera llorarás en la eternidad, porque habiendo misericordia, tendrá misericordia de ti, y a la voz de tu clamor, *statim ut audierit respondebit tibi,* y te da y dará un pan, aunque estrecho y apretado, pan que contine en sí al Señor de la Gloria, y es prenda como en rehenes de la gloria futura; y en una agua, breve ahora, la fuente de la vida, hasta que llegues a aquel río caudaloso de la ciudad de Dios. Este sea el viático de tu camino, el que ha de ser compañero en la patria, y el término en que has de dormir y descansar, como la paloma con alas de valor. Y el fin de tus caminos y trabajos, será el resplandor de la luz eterna, oro de la inmesa caridad.

Y si en el camino se te da el pan, apretado también, de la tribulación; y el agua de lágrimas en medida, es agua breve: tribulación y lágrimas por tiempo limitado, para que seas libre de la tribulación y llanto eterno. Y llegando a ver a tu Redentor manso, apacible, festivo y alegre, *non faciet avolare a te ultra doctorem tuum, et erunt oculi tui videntes pra-*

---

(1) Is., 16, 4.

(2) Ps., 26, 14.

ceptorem tuum (1). Allí verás cualquiera cosa que hayas sembrado en la tierra, como con una lluvia copiosa dar fruto ubérrimo y pingüe. Allí verás florecidos, y con suave y sustancial fruto, los consejos que tomaste de la doctrina y ejemplo de tu preceptor y doctor; y la mansedumbre tendrá allí, como cordero, un lugar espacioso; y será posesión tuya el cordero, que es la herencia prometida a los mansos. Y la fortaleza y paciencia para labrar la tierra, y llevar la carga como el buey y el jumento, tendrán allí su hartura, premio y retribución, como pasto escogido y mezclado de todos los sabores; y serán los gozos del alma sobre todo monte excelso, y sobre todo collado levantado, sobre todo lo que en la vida mortal se pueda poseer o comprender. Y sobre todo será la gloria esencial del alma en aquel río de aguas vivas que alegra la ciudad de Dios; y poseer y tener a Dios será gozo sobre todo gozo. En aquel día en que serán muertos y vencidos muchos enemigos y contrarios del alma, porque el demonio, con todas las potestades de tinieblas, ya no tendrá poder en ella, quedando de vencidos, como muertos. La carne morirá, y caerán sus torres, donde se hacían fuertes sus contrarios; esto es, todo lo que el mundo tiene, lo que la carne siente, y lo que el demonio sabe en su daño.

Allí será la luz de la luna, el menor gozo del último de los bienaventurados, como la luz del sol más resplandeciente; y la luz del sol será como luz de muchos días juntos, de innumerables claridades que compongan un día eterno, lleno y plenísimo, sin sombra de mudanza. La gloria de los sentidos excederá a todo sentido, y la gloria de las potencias excederá a toda potencia y comprensión. En el día que el Señor atará las heridas de su pueblo y sanará las aberturas de sus llagas, quitará las lágrimas de sus ojos, y ya no habrá más llanto, muerte o dolor.

Y así como has de tener esperanza firme en la bondad invencible del Señor, por lo que toca a los bie-

(1) Is., 30, 20.

nes de la gloria, la has de tener de los medios para conseguirla, y bienes de la gracia, pues El es el que puede y sabe hacer que se alegre la que estaba desierta y sin camino, y que la sola y desamparada exulte y florezca como lirio; que florezca y dé fruto, y que gozosa lo alabe; que se le dé la gloria del Líbano, y la hermosura del Carmelo y Sarón, y que en ella se vea la gloria del Señor y el honor de nuestro Dios. El puede y sabe y quiere confortar las maflacas y roborar las rodillas débiles: confortaos y no ce a los pobres y de poco ánimo.: confortaos y no querráis temer pequeñita grey; mirad que vuestro Dios, grande y terrible para tomar venganza de los poderosos y rebeldes, es el que junta y guarda vuestro premio y galardón. Este Señor Dios vendrá en su piedad al alma y abrirá los ojos de los ciegos, y hará patentes sus palabras a los sordos, y saltará y correrá como ciervo el cojo, y abrirá las lenguas de los mudos. Traerá las aguas de sus gracias y misericordias a la que está desierta de toda consolación, y tendrá en su soledad como un torrente de aguas, para que la estela árida y seca sea como un estanque de aguas puras, y la sedienta esté en las fuentes de las aguas.

Mira pues y advierte, alma, que no hay miseria del alma, significada en las necesidades, faltas y miserias del cuerpo, para que no sepa, pueda y quiera proveer el Señor de remedio, con entrañas más que de Padre. No hay sequedad, tinieblas ni ignorancia, que no pueda alumbrar su divina y piadosa luz. No hay sordera que no pueda despertar su voz poderosa y suave. No hay debilidad, no hay flaqueza, no hay torcimiento, que no pueda corroborar, alentar y enderezar su sabiduría y amor. No pues desfallezcas en el camino, ni creas a los temores vanos que te introducen los que dicen: No está la salud de ella en su Dios. Antes di con ánimo y corazón entero: el Señor es mi iluminación, y mi salud, ¿a quién temeré? Y cuando te vieres como ciega, sorda, muda, tullida y caída en el camino, espera en el Señor, que es tu sa-

lud, y el que te sacó de Egipto; dilata la confianza pidiéndole, que El la llenará.

Ninguna cosa hay difícil para el Señor, aun cuando en los secretos del alma, como en cuevas escondidas, habitaran los dragones, leones y malas bestias de las culpas, faltas y pasiones, sabe el Señor y puede hacer su lugar en paz para el alma de buena voluntad, y que allí nazca, viva y florezca el cálamo y la juncia. Extenderá su mano, y quitrá la escoria y el estaño, y dejará limpia al alma, dándole sendas y caminos para que llegue a su último fin y posesión dichosa de Dios, sin que por estas vías anden ya los animales inmundos y malas bestias. Puede el Señor hacer rectos tus caminos, y de las cosas ásperas, sendas llanas para ir al centro. Y así, alma, no desmayes, aunque te veas caída, flaca, débil y sin aliento, que sabe el Señor llover maná en el desierto para los verdaderos israelitas, que son los trabajados que continuamente viven en lucha y pelea con la multitud y variedad de sus enemigos. Quiere el Señor en tus caídas que veas lo poco que de ti puedes, y te fíes sólo en su brazo poderoso, y agradezcas sólo a El los males que no tienes, y los bienes que no te faltan. Ojalá me oyeras y ejecutaras mis palabras, pues ya te dije que tu camino de aquí hasta la Patria, todo ha de ser bajar y subir. Bajar por tu propio conocimiento y subir considerando la grandeza de Dios; de modo que en cuanto sufre la flaqueza humana, estés siempre en un continuo movimiento, andando tu camino, conociéndote profundamente cuando bajas, y subiendo con el deseo, amor y esperanza a la grandeza inmensa de tu último fin.

AFECTO 29

CON EL CANTICO *MAGNIFICAT* ENGRANDECE LA HUMILDAD. FUROR DE LOS ESPIRITUS MALOS CONTRA EL ALMA. EL ANGEL DEL SEÑOR LOS REFRENA.

Cantables se han hecho las justificaciones del Señor en el lugar de tu peregrinación, pues el cantar de los salmos es la consolación de la esposa en el destierro que padece, ausente de su querido esposo. Divierte y consuela tu camino, cantando en lo íntimo de tu corazón, y con tu mente, los dulces misterios de este divino cántico, y el cantar de la Madre Virgen, Madre de Dios, y Madre de pobres pecadores. Mira su subir, y sigue los pasos de su ejemplo. Mi alma engrandece al Señor y mí espíritu se alegra, se ensancha y dilata en Dios, que es mi salud, y que en todas sus disposiciones es saludable para mí. Mira su bajar para mejor subir, porque miró la humildad de su esclava. De aquí me vino la bienanventuranza de su brazo poderoso, de su misericordia, que, derribando a los poderosos, exalta y engrandece a los humildes, llena de bienes a los hambrientos, y deja vacíos a los ricos.

Mostróme Nuestro Señor una cosa espantosa, que yo no sabré decir: esto es, el furor y saña de los espíritus malos, a la manera que un toro furioso, no pudiendo despedazar ni herir a quien le hincó la garrocha, da con furor contra cualquiera cosa que encuentra, y no harta su saña con revolverla en sus puntas, y ultrajarla de muchos modos. Así, estos espíritus de nequicia, con el furor y saña que tienen contra Dios, que los hirió de muerte y les clavó la lanza de su indignación y enojo por su soberbia, como no pueden herir en su Majestad soberana, revuelven el furor contra las almas, cercándolas, tentándolas, acechándolas con rabia y furor, espantándolas con horrores, bramidos de leones y silbos de serpientes. Conocí

cuánto es el veneno, cuán mortífero, cuán extendido, de estas fieras infernales, a quien su caudillo y maldita cabeza reparte por todos los reinos y provincias, conforme a las calidades, disposiciones e inclinaciones de cada una, persiguiendo, acechando y envenenando a cada uno como si fuera él solo. Conocí también cómo el Señor, Dios mío todopoderoso, burla de estas fieras, y triunfa de ellas, a veces con un espantajo de paja, como se suele hacer con los toros. Y así, de su veneno mortífero, que basta para inficionar el mal, se dice: ¡Ay del mar, que baja allá el acusador de nuestros hermanos! Mas no dañará a la paja débil que está en manos del Señor.

Mas no temas, alma mía, que aunque ellos echan tinieblas y lobreguez en los caminos del alma, el ángel del Señor los coarta. No es este tu santo ángel, defensa y guarda tuya, como lo suele pintar la cortedad humana; es espíritu fuerte, grande, activo y robusto, a quien mandó el Señor que te guarde en todos tus caminos, aquellos caminos que te destinó el Señor para que tú anduvieras por ellos, y aunque se varíen mucho, y parezcan muchos caminos, en todos te guardará, y te llevará en las manos por tu pequeñez, y su grandeza; como quien tiene en la mano una cosa pequeña, que con facilidad puede guardarla y llevarla en la mano por que acaso no se ofendan sus pies con la dureza y desigualdad de las piedras. ¡Oh!, si sólo un ángel bastara a mover los cielos, ¿cómo no bastará para ayudarte, siendo mandato de su Señor y dueño, a quien tanto ama?

AFECTO 30

ZOZOBRAS DEL ALMA EN ESTE DESTIERRO, DE NO LLEGAR A LA UNION DE SU ESPOSO. ESTE LA CONFORTA Y ANIMA.

La opresión y tormento que el alma siente, conocí de esta manera: una doncella pobre y de baja suerte, estaba tratada el desposarse con un príncipe, señor supremo de cuanto encierra el orbe, de grandezas, riquezas y honor, amabilísimo, nobilísimo, discreto, afable, hermosísimo y fidelísimo, si bien de secretos y ocultos consejos. Esta pobre labradora se hallaba en una isla, o tierra desierta de todo alivio; no sabía la causa de su detención en ella, y aunque esperaba el día de salir de allí para ir a la casa y presencia de su tan amado y amable señor y esposo, todavía temía si justamente por su fealdad y vileza, no se ajustaría a aquel tan deseado concierto, y quedaría allí por indigna, desechada y expuesta a una muerte atroz. Y si la esperanza que se dilata, aflige el alma, ¿cómo se comprimiera, aun cuando se la daban, hasta verla cumplida? ¿Y si en aquella tierra no tuviera descanso, seguridad ni alivio, antes cada instante oyera estruendos de guerra, en que le amenazaba la muerte y perdición; y justamente sólo pisara abrojos, sólo viera tinieblas, mordida de animales nocivos, cercada de aguijones de moscos y avispas, oprobiada de los otros labradores, amenazada en el día y en la noche, cayendo sobre sus espaldas los azotes, y en sus oídos las injurias; y lo que es más intolerable y la mayor causa de su tormento, yendo y viendo injurias de su amado señor y esposo, cayendo sobre ella los oprobios de los oprobiadores, que algún tiempo fueron grandes de su casa, y por soberbios desterrados, y que ahora afilaban sus lenguas contra él, dando así tormento a los oídos de quien tanto conocía que debía ser estimado y amado, alabado y servido? Entonces, ¿qué consuelo podía tener? ¿Cómo no fueran sus

ojos un continuo llanto, su corazón un vivo tormento? ¡Cuantas prendas tenía de su señor y esposo fueran un agudo dardo, con que tuviera traspasada el alma! Sólo se mantuviera en la esperanza; mas ¡oh, cuánto aflige hasta cumplirse! Algún consuelo hallara, y fuera el mayor hallar quien con verdad le diera esperanzas y noticias de su libertad, de su esposo, de que no la tenía aborrecida, ni olvidada; de su dulce, amada y querida Madre, más amada y piadosa, y más amable que todas las madres del mundo. Mas hasta verla, y arrojarse a sus pies y a sus piadosos brazos, no tuviera consuelo. No llorara sólo sus trabajos, mas los de sus hermanos cautivos en la tierra de las sombras, ocupados sólo en cargar tierra y paja, y en fabricar casas para sus contrarios. Ellos, los que podían ser señores y príncipes, dominando sus pasiones, cautivos ahora de ellas, presos y llevados como ovejas al matadero; y los pequeños y párvulos talvez sin quien les dé partido el pan, etc. Tierra aquella, donde continuamente oyera una lengua que no conocía; donde, como en la torre de confusión, son sus labios para ellos mismos como cuchillos. ¿Cómo, con tantas fuentes de dolor y avenidas de llanto represadas, no se haría una creciente como inmensa, que cada instante amagara a reventar y romper sus cauces? Y así, sólo descansaría el alma anegada en llanto y dolor.

Pues, oh custodio santo, compañero piadoso, ministro del gran rey, ¿qué será de mí en esta noche oscura y dilatada? Verdad es quisiera el alma romper ya las prisiones, si no la comprimieran otras más fuertes y apretadas, de temores y sustos. ¿Si he de hallar benigno al Señor? ¿Si me ha de recebir apacible el juez? ¿Si quedaré confundida, cuando hablen mis enemigos a la puerta de la eternidad, que es el juicio por donde se entra a ella? ¡Oh puerta estrecha de la cuenta! ¡Oh cuenta dilatada de una larga vida! ¡Oh vida, toda sombra y engaños!

Mas mira, alma mía, que el Señor te da tiempo, y que piadoso inclina tu corazón a sus verdades. En aquel acto mismo con que se inclina el alma, y desea

el sumo bien, se incluye el aborrecimiento de la culpa que sólo le es contraria; el amor a toda virtud que nace de él y lleva a él. ¿Y quién aborrece que no huya? ¿Y quién ama que no busque, siga y desee el bien que sólo tiene por bien? ¿Y cómo se amara, si no se creyera y se esperara? Mas no podrás esperar firmemente ni amar ardientemente, si no desconfiares de ti enteramente, porque ya entonces pusieras el amor en quien esperabas el bien, y quedara frustrada tu esperanza y tu amor. ¿De dónde nace tántas veces la contristación del alma, si no es de hallarse burlada a cada paso, cuando espera en sus fuerzas? Y como le salen vanas esperanzas, y talvez costosas experiencias, saca confusión y angustia de donde esperaba bien y consuelo. Mas si sólo en Dios tuvieras fija y grande confianza, sólo a Dios amaras como a centro y causa de todo tu bien. Y todo (dirás con razón) lo puedo, pero todo en aquel que me conforta. Entonces (y nótalo bien) crecerá el amor, cuando creciere la confianza y el agradecimiento, porque entonces conocerás claramente que no ha venido ni se espera bien que no tenga su fuente y origen en la suma bondad desinteresada y beneficiadora, y así se amará por lo que es en sí misma.

AFECTO 31

FINEZAS QUE DEBEMOS A DIOS DESDE HABER ENCARNADO, DANDONOS UN ANGEL POR CUSTODIO Y A SU MISMA MADRE POR NUESTRA.

Pues volviendo a tus lamentos, alma, para entretener y consolar tu camino, te diré: aquella pobre aldeana, ausente de su esposo y de su bien, que no podía tener otro consuelo, porque su amor la poseía toda, ¿no se consolaría con saber las finezas que debía al pecho amante de su señor y esposo? Y que no la despreciaba por la bajeza de su ser, pues ya se dijo: no queráis considerar, hijas de Sión y de Jerusalén,

que soy negra, pues que ya mi sol, a quien sigo como la despreciada flor que le busca, me prestó colores. ¿No crees y sabes cierto que el amor lo bajó a la tierra, y que para más mostrar su amor y ganar el tuyo, se vistió de tu traje, y trabajó treinta y tres años, más que ningún otro amante, ni todos juntos los amadores? ¿Y que se vistió de tu misma naturaleza, tomando forma de siervo y esclavo para ganar a su esclava? ¿Y qué esclavo hubo jamás que tan cruelmente fuera tratado, lo cual el Señor no ignoraba cuando emprendió la obra de tu rescate? Y aunque esta compra que de ti, hacienda suya, porque te dio el ser, más enajenada por la culpa, se pudiera hacer en muy breve espacio de tiempo, ¿no se detuvo en tu tierra, y en tu aldea, treinta y tres años para enseñarte como Maestro, abatiéndose hasta enseñarte en sí mismo a vencer las tentaciones de tu enemigo y suyo? ¿Pues, qué hombre prudente dejó fácilmente perder lo que ganó con tanta costa? Y ya cuando está hecho el gasto, ¿despreciará la dracma por que revolvió toda la casa? ¿Y quién que dejó tan copioso ganado por buscar una triste ovejuela que se le había perdido, después de hallada, la entregará a los lobos? ¿Ya no te dio a entender, aun en lo más cerrado de tu noche, que el ladrón roba y mata las ovejas, el mercenario las deja y desampara; mas Jesús, como buen pastor y como hacienda que es suya, las guarda y defiende? ¿No te franquea los prados amenísimos de sus escrituras, donde se dicen, se cuentan y se explican a cada paso sus misericordias? ¿No es aquel, amado y amante Pastor que sobre sus hombros cargó con sudor y fatigas su pobre ovejuela? ¿No le costó la sangre de sus venas, la vida y la honra, hasta llegar al improperio de la cruz? ¿No mantiene y abriga en su mismo pecho y con su misma sangre, a la pobre y enferma, haciendo de ella baño, laboratorio, comida y bebida para el alma, dando todo por ella para ganarla, asegurar su amor y no dejarla perecer y morir? Y más, ¿no te envía cada día mensajeros, recuerdos y memorias? ¿No te visita cada día, aunque escondido, y no te hace compañía, aunque oculta su real presencia, en tu destie-

rro y camino? ¿Y no sabes cierto y lo crees infaliblemente, que aunque no lo ves con los ojos corporales, ni lo percibes con los sentidos, El te mira, y te lo muestra la fe? ¿Dudas en ella, o la olvidas? ¿No te visita también en la tribulación, y te prueba como amante amorosísimo y celoso para apartarte de todo lo que no es su amor, para que con más ansias le busques? ¿Y para que clamándole, oiga la voz de la tórtola que por El gime? El espíritu y la esposa dicen: ven, Señor, Jesús. *Etiam,* responde el Señor, *venio cito* (1). El es aquella ave amorosa que viene al reclamo del afligido con más ligero vuelo que la paloma. No ha menester prestar alas, pues su espíritu amoroso vuela al remedio del pobre, hecho padre del huérfano, y está clamando por su remedio con gemidos inenarrables.

El destinó un grande de su corte a que continuamente te guarde, te defienda y cuide de tus cosas, que te guíe, te inspire y enseñe. El te acompaña cuando velas, te vela cuando duermes, presenta a Dios tus deseos, y no se olvida ni deja perder la más mínima acción ni afecto que pueda presentar a tu Señor para alegar en tu causa.

El Señor Dios tuyo y amantísimo esposo de tu alma, Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero, antes de expirar en los tormentos de la cruz, te dejó en herencia, en persona de su amado discípulo, a su querida Madre. Y en ella te dio todos sus bienes, pues era todo lo que tenía en la tierra: su lecho florido, su reclinatorio de oro, su viña, su casa, su huerto, su jardín, sus delicias, su templo y su sagrario, su reino pacífico, su ciudad de refugio para ti. Pues mira, alma mía: en esta bella Madre, en esta piadiosísima Virgen, te dio todos los bienes: madre, maestra, señora, refugio, medicina, remedio, abogada, consuelo, recreo, descanso, alegría y amparo. La Madre Virgen, como una purísima y fecunda nube, regará tu alma como a tierra sedienta con su suavísimo rocío, y ha-

(1) Apoc., 22, 20.

rá conocer las flores de las virtudes para que seas huerto apacible a tu esposo. Ella lo traerá a tu alma con la poderosa voz de su intercesión y ruegos, y cuando te vea por su medio florecida, le dirá a su Hijo, tu Dios: venga mi amado a su huerto, y darán su olor las aromas, y estando el rey en el alma como en morada suya, toda será como un olor de nardo.

¡Oh alma, viendo y oyendo estas dichas, de que te hizo tu hacedor capaz, y lograrás si no fueres infiel, baja luego los ojos, como el esclavo que escucha a su Señor, y mira tu tierra y tu lodo. Mas no descaezcas en la esperanza que se llegará día en que oigas de la boca de tu Señor: *levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención* (1).

AFECTO 32

SUBLIME PAUTA PARA ESTE BREVE CAMINO, LA IMITACION DE MARIA SANTISIMA Y PURISIMA. ELEVACIONES, PENSAMIENTOS Y DOCTRINAS PROFUNDAS.

La vida temporal es un breve camino para la vida eterna y cada día es una jornada que pasa volando. Examina, pues, al fin de cada día, si la pasaste por los pasos que te enseñó la Madre de la vida. Mira si en el discurso de aquel día te portaste y viviste como esclava suya; si declinaste en lo interior o exterior del camino que te enseñó la humilde entre los humildes, la pacífica Madre del pacífico Jesús, la Madre del pobrísimo Jesús, la pacientísima Madre del pacientísimo Dios. Mira la reverencia con que adoraba y alababa al altísimo Dios, el fervor con que amaba, la resignación con que vivía, las alas con que anhelaba el sumo bien, alejándose de todo lo terreno para tener su mansión en la soledad. Y mira si se te descubre aquí anchurosísimo campo para confundirte, viéndote a ti lodo y inútil, y más asqueroso cieno, y para desear, anhelar y correr por esta senda de la vida. Llora, desea y arde a vista de tanto bien, y pide

(1) Luc., 21, 28.

y ruega al Padre de las lumbres te saque de tinieblas, dándote esta maestra, esta luz y esta vida.

¡Oh Santo Dios! Oh alma mía: esta tu señora es el árbol de la vida, plantado cerca de las corrientes de las aguas, y tan cerca, que tuvo en sí, y de ella nació, la fuente de vida, y dio su fruto en su tiempo. Las virtudes como hermosas hojas, en ella no descaecen, antes, por todos lados y de todos modos, está prosperante, hermosa, y a su ejemplo corrieron los justos. No así el impío, cual tú eres, no así; mas como el polvo que el viento arroja de la haz de la tierra.

¡Ea, alma!, levanta los ojos de la consideración a aquella Ciudad de Dios, rica y colmada de bienes, de dichas y felicidades. Oye aquellas voces de innumerables ciudadanos, que como multitud de aguas, como sonido de grandes lluvias, están clamando llenas de gozo: ¡alleluya, alleluya!

Oh alma, no midas a Dios omnipotente por tu cortísima capacidad; lo más que puedes conocer es que no conoces. Lo más que puedes alcanzar de su Ser inmenso es que no alcanzas. Así debes entender, rogar y pedir lo del salmo: El Señor Dios, teniendo misericordia de nosotros, nos dé su bendición, ilumine sobre nosotros su presencia y tenga misericordia de nosotros. Y advierte que es obra de su misericordia y efecto de su santísima bendición, el dar a la criatura pobre, ciega y vil, cual tú eres, algún conocimiento, y luz, de sus atributos. Y que esta gracia, misericordia y luz, como tan provechosa y necesaria al alma, la debes solicitar, buscar y pedir con gemidos, pues su mismo espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables. Para hallarla, búscala con la meditación de sus beneficios, de sus obras admirables. Para que te abra puerta a su conocimiento, y por él, al amor, confianza y fortaleza, pulsa, llama con santas obras, trabajando en no desviarte de las puertas de su misericordia. Mira y considera y revuelve muchas veces en tu pensamiento, tráelo en la memoria y en el corazón que quiere decir: *Dios Omnipotente, con suma santidad y caridad, con suma sabiduría y bondad.* Y que no habría lugar tan apartado, tribulación tan

estrecha, noche tan oscura, donde no esté presente, te oiga, te vea, y quiera por las entrañas de su misericordia remediarte. Cobra ánimo a la sombra y amparo fidelísimo del que es omnipotente, fíate en El, todo amable y misericordioso. No es tu Dios como el de los gentiles, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, manos y no palpan, pies y no se mueven. Tu Dios es Dios vivo y verdadero, vivificador, todopoderoso. El solo es el que es, todo lo demás es polvo, lodo, y nada. Quien tiene ser, de su mano lo tiene y participa.

AFECTO 33

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

¡Oh Dios y Señor mío, amable y amabilísimo!, hoy he experimentado la dicha que es tenerte, el bien que es hallarte. Hoy he conocido y casi visto claramente que tenerte es mi vida, mi bien y mi gloria. ¡Oh! ¿quién puede vivir sin vos, Dios mío? Vos sois todo mi bien y yo soy todo mi mal. ¡Oh, quién huyera de tanto mal para tener tanto bien! Yo, Señor, me perseguiré, me aborreceré y me trataré mal, y con rigor por perseguir el mal que soy yo misma. Y yo, Señor, te buscaré, te llamaré y moraré en mi llanto, hasta hallar el bien que sois vos, Dios mío! ¿Mas, cómo haré yo esto, si vos misericordiosamente no lo hacéis en mí? Yo sólo soy poderosa para la iniquidad. Sólo puedo por mí perderme, puedo ofender vuestra suma bondad, puedo beber como agua aquel veneno que inficionó la tercera parte de las estrellas, y sus luces las volvió carbones feos y denegridos. Puedo echarme en las abrasadoras llamas del infierno, puedo volver a crucificar a Jesús, puedo abofetearlo y pisar su sangre, puedo ser causa de la perdición de otras almas, puedo caer en enormísimos pecados, puedo tener una soberbia luciferina que destierre a Dios de mi corazón, etc. Esto es lo que yo puedo, Señor mío. Tened misericordia de mí, y compadeceos, mi Señor benignísimo, de tan triste y tenebroso poder. Luz sois,

apacible y amable, y soy tinieblas, tristes y espantosas. Fortaleza sois sapientísima y eterna, yo soy la misma inconstancia y flaqueza. Bondad sois, y el Santo de los Santos; yo soy concebida en pecado y llena de malicia. Soy yo, Dios mío, como la mosca asquerosa, que aunque mil veces me llevéis y llaméis a vos, que sois todo mi bien, mi vil condición es volverme a la podre y a los muladares, y hacer asiento en ellos. Pues, Dios mío, compadécete de tánta miseria. ¿A dónde, ¡ay Dios!, huiré de mí que soy todo mi mal. ¿Y a dónde te hallaré, oh todo mi bien? Dios mío, ¡y que una mosca tan asquerosa, que una sabandija tan vil, tuviera atrevimiento a ofenderte! ¡Oh gran Señor! ¡Oh ser purísimo, altísimo, bonísimo, omnipotentísimo! ¡Y que no me aborrezca con un odio tal, cual lo merecía tal atrevimiento! ¡Y que pueda yo misma tolerarme, y vivir conmigo, y tener paz con mis huesos! ¡Oh Señor Dios mío, que justamente me negáis vuestra santísima presencia; mas ¡ay de mí!, tened piedad de mí, que vivir sin vos, y conmigo, es un infierno cruel y espantoso (1).

---

(1) "Lo que sigue en la foja 163 del original, es repetición de lo ya copiado en la 1ª parte de este libro. Afecto 41, foja 60, y así lo omito aquí; y sólo copio lo que pone el confesor a la vuelta de otra foja del original que dice así: Hija mía, Francisca, este es uno de los papeles que más me han consolado, y consolaría también su espíritu. Cuando más atribulada interiormente se hallare, lo ha de leer, y aunque le parezca que no entiende eso que escribió, no tenga pena, que bien lo puede entender y lo entiende prácticamente." Romero. (Nota del copista, señor Castillo y Alarcón).

AFECTO 34

LA ESCRITURA ES LUZ DEL ALMA, ABRAZATE FUERTEMENTE CON AQUEL CRISTO JESUS QUE LA FE ENSEÑA; EN SU UNION NO HAY COSA QUE ATEMORICE.

¿Por qué, alma mía, has de descaecer en la pena, cruz y tribulación, cuando puse a tus ojos la imagen del que padeció por ti y te dejó ejemplo y enseñanza? ¿No sabes que todas las cosas que están escritas, son escritas para la doctrina y luz del alma; para que con la consolación de las escrituras se funde, afiance y afirme en la paciencia, y en ella, y en ellas tenga esperanza? ¿No sabes que hablando los Profetas en persona de Cristo y contando sus grandes tribulaciones, se entiende también del alma atribulada, desolada y afligida, y que éste fue el ejemplar que se mostró a tus ojos, y el camino, verdad y vida que guía a la vida y a la patria? ¿No le oyes decir, Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado? Y parece que se halla tan lejos de mí la salud, que sólo se oyen palabras que me improperan como de graves delitos míos; mas no oyendo la voz de consolación del Padre, y anegado en un amargo mar de penas, donde sólo oía voces de delitos, improperios, afrentas y culpas, sufría paciente y no dejaba de clamar al Padre, y repetir: ¡Dios mío, Dios mío! A aquél encaminaba sus quejas, sus suspiros, y voz, por cuya voluntad sufría el tormento, y de quien esperaba la gloriosa retribución de las penas, aunque tardaba el alivio, lo cual manifiesta diciendo: *Deus meus, clamabo per diem, et non exaudies: et nocte, et non ad insipientiam mihi* (1).

¡Ea alma, abrázate fuertemente, íntimamente, confiadamente con aquel Cristo Jesús que la fe te enseña, no quieras más ojos para verlo y conocerlo que los

(1) Ps., 21,3.

que te da la fe, no quieras más brazos para abrazarlo que los de una ardiente caridad, no quieras más fuerzas para apretarlo entre ellos que las de una viva y cierta esperanza! Sube sobre toda tribulación, estribando en tu amado amante, sobre todo cuanto el infierno pueda inventar y hacer contra ti, sobre todo cuanto el mundo pueda mudarse y moverse, sobre todo cuanto tu naturaleza y carne pueda clamar y quejarse; habita en la ayuda del Altísimo, y mora muy de asiento en la protección del Dios del cielo. Dile al Señor: mi recebidor, mi amparo y mi defensa eres tú, Dios mío; en ti espero todos los bienes, todas las defensas, todos los socorros, toda la libertad de los males. Tú, Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero, hijo de Dios y de la Virgen Madre, apacible, poderoso, amoroso, benigno y sabio, delante de mí eres guía, cerca de mí eres defensa, dentro de mí eres refección y aliento, en pos de mí eres guarda y custodia fidelísima, sobre mí envías tu santa bendición como rocío vivífico que hace dar fruto a la tierra estéril y florecer la caña seca. Tú eres el hermoso entre todos los hijos de los hombres. Tú eres el fuerte que cargó su principado sobre sus hombros. Tú eres el amante que dio la vida a la fuerza del amor, y por él puso la sangre y la honra. Tú eres el sabio que enseñas a los hombres ciencia. Tú el apacible, el benigno, el piadoso, el discreto, el fuerte, el manso y amoroso.

Tú eres el que me libraste de los lazos de los cazadores, y me has de librar, piadoso, amoroso y omnipotente, de las palabras ásperas de mis enemigos, y de aquella palabra necia con que dicen: no está la salud de ella en su Dios. Esta es la palabra más áspera para el alma; mas tú, Señor, que eres mi salud, me guarecerás debajo de la sombra de tus alas, y esperaré, porque como fuerte escudo me cercará la verdad de tu fidelidad y promesas, para que no me venzan los temores nocturnos.

¿Quién, oh amantísimo Jesús, hijo de Dios vivo, podrá separar al alma de tu caridad y amor? No la

saeta voladora en el día de la vida mortal, donde el mundo hace sus tiros al alma, ya con desprecios y heridas, ya con vuelos y halagos. Ni aquellos negociadores de las tinieblas, retores de estas tinieblas mundanas, y causadores de tinieblas en el alma; aquellos que siendo ángeles, arcángeles y potestades, son ahora príncipes de las tinieblas. Ni de su venida y ocurrencia en el medio día cuando las pasiones hierven, y la carne, o enfermando descaece, o engordando o dictando sus dominios, recalcitra. Mas contra estos tres ejércitos, campos de batalla y fieros contrarios, como fuerte capitán y defensor del alma, harás que caigan mil a su lado y diez mil a su diestra, porque los derribará tu brazo para que no se le acerquen ni la coinquinen, ni aparten de tu caridad, oh Cristo!

Verdaderamente, alm mía, con tus ojos considerarás esto, y, mirando atentamente, verás la retribución del pecador. No quiso la bendición, y se alejó de él, buscó la maldición y le vino; y fue entregada al furor de los señores crueles a quien ha servido. Mas el pobrecito, humilde y confiado en el Dios y Señor fidelísimo, dice: porque Tú, Señor, eres mi esperanza, me pusiste en tu refugio altísimo, donde no llegará el mal, ni el azote se acercará a tu tabernáculo, porque a tu casa conviene y es decente la santidad, porque, aunque sean largos y dilatados los días del destierro y peregrinación del alma, mandará el Señor a sus ángeles de ti que te guarden, enseñen, guíen y defiendan en todos los caminos, y como en las manos te llevarán, porque acaso no te ofendan las piedras a los pies. ¡Oh, cuán diferente es esta amorosa, suave y piadosa providencia, de la retribución del pecador. No quiere esta bendición, y así se aleja de ella. Mas el alma que espera en el Señor, caminará y caminará con prisa a su centro, por sobre el áspid y el basilisco, y pisará al león y al dragón. Y aquellos débiles pies que podían ofender las pequeñuelas piedras, sin movimiento ni veneno, fortalecidos del Señor por mano de sus santos ángeles, hollarán y pisarán, sin miedo ni daño, al león, y al dragón, y caminarán sobre el

áspid y el basilisco, que son las bestias más fieras, bravas y nocivas. Porque esperó en mí, dice el Señor, lo libraré a él, y lo protegeré a él, a él, pobrecito, necesitado y huérfano, porque el Señor es ayudador del pobre que conoce su nombre y clama a El; y el Señor lo oye a él cuando le clama, está con él en la tribulación para librarlo y glorificarlo, llenarlo de largueza de días, y mostrarle su salud, en la gracia y en la gloria.

AFECTO 35

DE COMO NO DEBE CONTURBARSE EL ALMA SI ESPERA EN EL SEÑOR, PORQUE ENTONCES NO SERA CONFUNDIDA. EN INNUMERABLES PARTICULAS DE LA HOSTIA SAGRADA ESTA DIOS, AMANDOTE Y BENEFICIANDOTE.

Alégrate y gózate, oh alma, que eres morada del Señor, como la Sión santa. *Exulta satis* (1), hija de la Jerusalén pacífica. Mira que tu Rey viene para ti, mansísimo. Oh ¿por qué estás triste, ánima mía, por qué me conturbas? Si esperas en el Señor, ninguno esperó en El y fue confundido. ¡Oh!, si limpia la casa de tu alma, fueras por dicha morada del Señor, y digna de su amor y dilección sagrada, ¿qué tenías que temer? Ningún acaecimiento de la vida, ningún tormento de la carne, ningún furor del infierno, pues aquel sapientísimo gobernador, Padre y Dios tuyo, está mirando y proveyendo sobre esta gran casa del mundo. Está, pues, tú en su presencia, sujeta a su sapientísimo gobierno, pues mejor que el sabio padre de familia castiga, premia, corrige, enseña, endereza, mantiene y halaga, favorece y arroja y todo cuando y como es menester. Míra, si los consejos de un hom-

(1) Zach., 9, 9.

bre sabio no están sujetos a los ignorantes, ¿cómo puede apear la criatura los consejos y juicios del Criador? ¿Qué esclava corrigió jamás las disposiciones de su sabio señor? ¿Qué hijo fiel no se sujetó a los dictámenes de su sabio padre? ¿Qué esposa amante no abrazó con gusto todas las disposiciones de su sapientísimo dueño? ¿Mas, cuál hormiga quiso encaminar o contradecir los pasos del sol? ¿Cuál pequeño buzo quiso comprender los senos más profundos del mar? ¿Cuál bárbaro oficial, contradecir al sabio maestro? El que plantó y formó los oídos, ¿no oirá? Y el que pintó y hizo los ojos, ¿no verá y considerará? El que corrige a las gentes y el que enseñó a los hombres ciencia, ¿no sabrá argüir? ¡Oh cosa maravillosa! ¡Cuánto mejor, Dios mío, oís, veis, consideráis, discernís y gobernáis, corrigiendo y enseñando que todos los sabios, que todos los fuertes, que todos los justos! Pues la sabiduría, fortaleza y bondad de todas las criaturas, sólo es una indivisible gota, comparada con aquel inmenso piélago de donde participa. Y apartados de Vos, Dios mío, todo es sordera, ceguedad, inhabilidad y tinieblas, flaqueza, y muerte. ¡Oh alma mía, cuando te llegares al Señor serás iluminada! ¿Por qué, pues, no estás contenta caminando a El con los pasos y vuelos de una segurísima confianza y resignación alegre en el querer de tan buen Señor, en quien no cabe sombra de ignorancia, de malicia o de flaqueza? ¿Por qué no te arrojas en este mar inmenso de todo el bien, con toda el ímpetu y movimiento veloz con que todas las cosas caminan a su centro? ¡Oh, cuán bueno, cuán justo, cuán convenible, cuán seguro y amable, cuán dulce y deleitable es para ti llegarte al Señor y poner en el Señor Dios toda tu esperanza!

¡Oh amabilísimo Jesús, *quis nos separabit?* (1). ¿Quién podrá apartar al alma de Ti? Si toda dividida en polvos, fuera reducida casi a la nada de mi principio, aquellos pequeñísimos polvitos, cada uno por sí, deseo y pienso que anhelaran por llegar a Ti,

(1) Rom., 8, 35.

y unirse contigo para tener vida. ¡Oh vida de mi alma, si toda fuera dividida en tantas partes, cuantas son en número las gotas del rocío, todas aquellas pequeñísimas partes estuvieran unidas a Ti, y con otros tantos corazones, amores, y afectos quisiera unirme a Ti, vida de mi alma, y apretarte fuertemente con lo más íntimo de mi corazón y entrañas, y asimismo a tu Madre gloriosa, en cuyo sagrado tálamo te desposaste, oh Dios, con mi naturaleza!

¡Oh pues, alma, el que te dio oídos para que le oigas, ¿no te oirá? El que compuso tus ojos para que vean su luz, ¿no te verá? El que te ha corregido, ¿no puede argüírte y mostrarte la razón justísima de sus piadosos castigos? El que enseña a los hombres la sabrosísima ciencia de su amor y caridad, ¿no la tendrá? Oh, ¿qué podrá apartarte de la caridad de Cristo, tan fuerte, tan dulce, tan fina? Cómo, si el mar fuera todo fuego y viniera a ti, ¿no te abrasara; o absorbiéndote sus aguas, no te anegaran? ¡Oh amor poderoso; oh, amor fuerte! ¿Quién te impide, quién te estorba, quién te ataja para que no llegues a mí, y me arrebates y consumas, y anegues en Ti?

Mas tú, pobrecita, ciega, flaca y miserable, ¿qué tienes más que hacer, que estar como la esclava, sólo mirando el rostro de tu Señor y esperando segura en El, su disposición y voluntad en todas las cosas? El oye, El ve, El sabe, El puede mejor que todas las potestades, que todos los principados, que todas las inteligencias; y es a quien los serafines siempre repiten: ¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios!

Después que Nuestro Señor dio este sentimiento a mi alma, entendí lo que se sigue: ¡Oh cuán bien correspondida, y cuanto antes prevenida está, alma mía, la fineza de tus deseos, pues el Señor Dios tuyo en tantas partes, en tantas hostias y en tantas pequeñísimas partículas, está todo entero, amándote y beneficiándote, preparándote mesa en el desierto, para que así como vive por el Padre, así quien lo come, viva por El. Mira, pues, ¡cuán dulce, cuán fuerte, cuán provechosa y dichosa unión!

¡Oh Dios eterno, ámete yo eternamente! ¡Oh Dios infinito, ámete yo infinitamente! ¡Oh Dios inmenso, ámete yo sin medida!

AFECTO 36

QUEJA AMOROSA DEL AMANTE Y SATISFACCION COMPLETA DE LA AMADA.

Teniendo grande congoja y tribulaciones interiores, se me acordaron unas palabras que en semejante ocasión, me parece, dio Nuestro Señor a entender a mi alma, como si le dijera como con una queja amorosísima: *anda, ¿qué es lo que tú fías de mí?* Esto entendí entonces, y ahora acordándoseme parece que aprisa respondía mi alma: *Mucho, Señor mío,* mucho es lo que fío de tu amor y misericordia, pues fío sólo en ella una vida eterna que no ha de tener fin, dichosa, feliz y bienaventurada; verte, tenerte, y poseerte por toda la eternidad. Y para esta grandeza, en vos sólo estriba mi confianza, pues por lo que tengo de mío, totalmente podía desesperar, cuando sólo hay en mí flaqueza, ceguedad y malicia. Mucho espero de Vos, Señor mío, pues espero que me habéis de librar de la pena eterna, y de estar privada de Vos para siempre, cuando tan justamente lo tengo merecido; y en la singular esperanza de este gravísimo negocio, sólo en Vos estriba mi confianza, sólo en vuestra bondad, misericordia y fidelidad; y así, en lo mismo que es, en vuestra paz, se confía el alma, duerme y descansa. Mucho fío en Vos, Dios mío, pues siendo una vilísima pecadora, tan tarda y inútil para el bien, fío que como mi maestro, mi padre, mi ayo y mi director, me enseñaréis el bien, me llevaréis por las sendas de tu agrado, de la bondad y justicia, y todo esto lo fío, sólo estribando en tu suma bondad y misericordia.

Mucho fío en Vos, mi Señor: pues sólo de tu piedad espero aquel altísimo don de la gracia y amistad

vuéstra, las hermosísimas virtudes, como tesoros celestiales de incomparables riquezas, bellezas y hermosuras, como campos de flores suavísimas, agraciadas y lindas, como inestimables margaritas, como vestiduras y adornos de la hija del rey, como rocío fecundísimo de la patria celestial. Y juntamente espero, sólo estribando mi confianza en tu bondad, Dios mío, que me libraréis de los vicios y culpas, como de crueles y fieros dragones, como de áspides venenosos, como de basiliscos y serpientes infernales, como de langostas que salen del infierno. Mucho espero, estribando sólo en tu bondad, Dios mío, pues espero yo, vilísima hormiga de la tierra, en vuestro favor y brazo poderoso, el salir victoriosa de tantos, tan crueles, tenaces y astutos enemigos como me combaten y cercan como leones rugientes. Sí, espero mi Señor, estribando sólo en tu piadosísimo corazón, más blando que la cera, derretido en medio de tus misericordiosas entrañas, al fuego de tu caridad inmensa, que en aquella hora, cuando mi alma haya de dejar la prisión del cuerpo y separarse de él para entrar por los espacios amplísimos de la eternidad, le has, Dios mío, de dar la mano, para que en aquel salto tremendo del tiempo a la eternidad pase segura a tu dichosa posesión y herencia; y espero también que has de suavizar con tu amor dulce y poderoso las amarguras de mi muerte; y que he de hallarte benigno y piadoso, y ver tu rostro apacible; y que será gloria tuya salvar una tan pobre y desechada criatura y que te alabarán los príncipes de tu reino, cuando de la tierra suscitares al necesitado, y del estiércol levantares al pobre. Todo esto, y mucho más, espero en Ti, amado Señor mío, *non confundar in æternum* (1).

Entre tanto, moraré en mi nido y moriré en él, esperando en Ti, Dios mío, que como la palma multiplicarás mis días, dándome los días de tu gracia y tu luz, y llevándome a los días de tu gloria y claridad eterna.

---

(1) Ps., 30, 2.

AFECTO 37

RECEBIR CON SUMO APRECIO CUALQUIERA BUEN PENSAMIENTO O INSPIRACION.

No quiera el barro y lodo entender como ángel, sentir como serafín, pues, aunque por el fin del obsequio y servicio del altísimo y nobilísimo objeto de su amor, que es Dios, su último fin y Señor soberano, así lo debe desear porque a la casa del Señor y al alma, que es morada suya, conviene y es decente la santidad y limpieza, conforme dice el salmo: *Domum tuam decet santitudo Domine* (1). Mas mira, si mirándose a sí misma debe estar en su grado, viendo con fortaleza de varón, y con conocimiento racional y claro, su pobreza, y que no es digna del pan de los hijos. Mas como los cachorrillos, ha de contentarse con las migajas que caen de la mesa. Y las reliquias de los santos pensamientos, las pequeñas inspiraciones (si alguna se puede llamar pequeña, viniendo del gran Dios), han de ser para ella como un día festivo. ¿De dónde a mí que venga a mí esta santa inspiración, este santo pensamiento, que si lo hospedo y recibo en la casa de mi alma con reverencia, amor y fe, puede traerme al Señor, aunque encerrado y oculto como en un pequeño vientre? Esto no lo lleva mi tierra, estos son los párvulos que me donó el Señor en la tierra de mi cautividad; y si los donó el Señor, mira con cuánto respeto y reverencia se deben recebir. Mira, si el pobre más miserable, necesitado y destituído de todo bien, recibiera una limosna de mano de un gran señor, cuánto la agradeciera aunque en sí fuera pequeña. Pues mira que siendo fiel en lo poco, a la decencia de aquel gran Señor conviene que te dé lo mucho, si tuvieres la humildad, hambre de sus dones, y agradecimiento del pobre, en quien es aborrecible la soberia.

---

(1) Ps., 92, 5.

Los ojos de todos en Ti esperan, Señor. ¿Y cómo esperan? Como los ojos del pobre: con un mirar humilde la grandeza del que da, y la necesidad del que pide; con un manifestar paciente la propia miseria, mirando al que puede remediarla. Y el Señor da su manjar conveniente a ellos en el tiempo oportuno, pues sabe el cómo y el cuándo. Como los ojos de la pobre esclava en las manos de su señora, así nuestros ojos al Señor Dios nuéstro. Si fueres fiel en lo poco, serás llamada de tu Señor sierva buena, y te dará lo mucho. A los ojos humildes da su manjar, y abriendo su mano omnipotente, los llena de bendición, y son saciados, porque aparece para ellos la gloria del Señor, que es enriquecer al pobre y humillar los ojos soberbios, que son los que se levantan con codicia, apeteciendo los bienes por sólo su útil propio, pareciéndoles poco todo lo que se les da, faltando al agradecimiento, al conocimiento propio, y al aprecio del dador y de sus dones.

AFECTO 38

HUMILLASE Y DETESTA LA CULPA. AFLUENCIA DE REFLEXIONES Y DOCTRINAS SUBLIMES. DESEOS DE CONSUMIR TODA SU SUBSTANCIA EN EL DOLOR, Y SUS AÑOS EN GEMIDOS DE PENITENCIA.

Oh pobre y desechada mujer: ten presente que cometiste culpas, que hiciste pecados, y mira el infinito odio que Dios tiene al pecado. Mira que si en El pudiera caber pena, mayor la tuviera por un solo pecado, que tuviera gusto por todas las obras que han hecho desde el principio del mundo todos los santos. Por la conversión de todo el mundo, no debías decir una mentira, una palabra ociosa, pues saca de aquí tu abominable ignorancia y ceguedad, pues por tan ridículas cosas no temes ofender, disgustar y enojar a Dios. ¡Oh Dios mío!, primero éntre la corrupción y la podre en mis huesos; primero se caigan a pedazos

mis carnes; primero me niegue el sol su luz, y el aire la respiración, y todas las criaturas se conviertan en verdugos que me atormenten, antes que caiga en mi alma el mal de la culpa, porque Tú, Dios mío, tánto la aborreces!

¡Oh, cuánto odio debía concebir, tener y fomentar contra mí misma, pues fui la autora de tan grande mal como es la culpa, y el pecado, cometiendo tantos! Peor fui que las serpientes, que los dragones y tigres, pues éstos son convidados a la alabanza de su Creador, y no los aborrece; mas al pecador se le dice: ¿por qué tú cuentas mis justicias, que son mis alabanzas? Si los labios del profeta, por vivir entre un pueblo de labios manchados, para anunciar las obras de Dios le purificó el serafín los labios con fuego, ¿cómo tú tomarás sus alabanzas en tu boca? Pues mira, alma mía, el estado infelicísimo del pecador, que está privado y apartado de la alabanza de su Dios, como animal mudo: *muta fiant labia dolosa* (1).

Eres verdaderamente, por lo que tienes de ti y por tus pecados y malas inclinaciones, como el vaso perdido o dañado con tan abominables propiedades, que cualquiera licor que se echa en él, lo corrompe, lo aceda, lo amarga. ¡Esto es verdad! ¡Esto es verdad! Así malbaratas y malogras los dones de Dios, *tanquam vas perditum* (2). Eres como la cisterna disipada y rota que no puede contener en sí el agua. Eres como el vaso sin cobertura, llena de polvos y de inmundicias. Eres como aquella viña que merece cada día los desamparos del Señor, de quien se dice: *auferam sepem ejus, et erit in direptionem; diruam maceriam ejus, et erit in conculcationem* (3). ¡Oh cuánto mal! Si el Señor te pone desierta, *non putabitur et non fodietur* (4), subirán las zarzas y las espinas, y mandará a las nubes que no lluevan sobre ti su rocío.

(1) Ps., 30, 19.
(2) Ps., 30, 13.
(3) Is., 5, 5.
(4) Is., 5, 6.

Esto se hizo con la viña del Señor de los ejércitos, con el que era varón luchador y fuerte, y confesaba su santo nombre con hermosa alabanza, porque no hizo juicio recto de lo que es de sí, y lo que es de su Creador. Mira: aquí está la iniquidad que, debiendo hacer justicia, menospreciándose a sí y engrandeciendo a su Creador, no dejándose dominar de la iniquidad del pecado para tener la alabanza de Dios, y ser apta para ella, todo fue clamor, quejándose del azote, del castigo y de la podadera, que tan bien le estaban y tan debidos le eran.

Pues tú, viña inútil, que tan justamente mereces ser desamparada, sin cercas para que todos los caminantes te pisen, hasta aquellos que andan negociando en las tinieblas, cuales son los espíritus malos de quien eres objeto de irrisión, dejando al Señor Dios tuyo, y olvidando a Dios tu Creador, eres hollada de los caminantes, dominándote las cosas transitorias, y de las bestias fieras de tus pasiones, de leones y dragones, de áspides y basiliscos, de culebras y viles, asquerosas sabandijas. Suben las zarzas y espinas de tus vicios y ignorancias, porque no eres podada ni cavada con el propio conocimiento, viendo que has cometido culpas, que has hecho pecados, y que de ti no llevas otra cosa; y como esto no ves, y como esto no sientes, y como esto no sabes y no pesas: que es haber incurrido el polvo y el lodo en el odio, inmenso, infinito, esencial, razonabilísimo que Dios tiene al pecado (y al pecador, mientras no deja de serlo); como esto no sabes, como esto no conoces, como en esto no cavas, no concibes un odio y rencor contra ti misma, que te hiciera mortificar, podar y arrancar con valor, y con un grande odio toda mala yerba, toda inclinación de tu naturaleza, que creciendo y subiendo como zarza y espinas de la tierra maldita, pueden hacerte una selva de vicios y una cueva de áspides y dragones. Aborrécete, pues, para no perderte; y para aborrecerte, considera y cava en tus males y vicios.

Aborrece tu propia estimación más que a la muerte, y al infierno; y no haces nada, antes obrarás en eso racionalmente, pues ni la muerte, ni el infierno podrán quitarte a Dios, y la vanidad y soberbia, sí. Has de seguir y conformarte con la voluntad y acertadísimo dictamen de tu Señor Dios, el cual no aborrece la pena de la muerte, ni del infierno, y sí aborrece la culpa y la soberbia.

Has de recebir, con amor y con alegría, la mano que te aflige y te mortifica, esperando en el Señor, que estas son las podaderas de su viña. Has de dejar y huir todo bien temporal: que más alegrarte y ensancharte podrás para que el Señor plante sus dones, cuanto más te limpiares del polvo y basura de los bienes de tierra, que son embarazos del alma, y fomentos de culpas y vicios.

Menos has de escuchar los clamores de la carne, pues es aquella sanguijuela que jamás se dará por satisfecha, si le vas con sus quereres, y siempre está diciendo; *daca, daca.* Es una esclava contra el gusto de Dios, y por condescender con sus antojos, atropelló la Santa Ley de Dios, y perdió la herencia de la gloria, se sujetó al demonio fiero, cruel y tirano, y se hizo objeto del odio y aborrecimiento del Señor Dios de los ejércitos celestiales, y se privó de aquel Bien Sumo, y de la posesión de aquella vida vivificadora que es Dios. Ha de servirse de ella, sólo para que ande en la obra de Dios, como se sirve el labrador de un bruto para su labranza o labor, sin perdonarle el palo, ni el azote, pues por menores males se condenan los culpados a galeras. Así debías tenerle grande odio, y fuera tanto para hacerla remar (aunque le parezca agua arriba) en lo lícito y para lo bueno, apartándola de lo malo y de lo ilícito. Hazla consentir con su adversario en el camino de esta vida, para que no sea entregada en manos del juez.

Mira, alma mía, que eres aquella higuera infructuosa, que tántas veces has tenido la segur a la raíz para ser cortada, y si los ángeles y santos, y la Reina de todos, han pedido al Señor de la heredad

te dé más tiempo, es para que arrimándote al estiércol de tu propio conocimiento, cultivándote y regándote con santas inspiraciones, podándote con trabajos y mortificaciones, puedan esperar aquellos fructifiques frutos dignos de penitencia. Mira, no dejes frustrados sus deseos, y se llegue el plazo último, cuando ya no habrá más tiempo.

¡Oh! mira, que oyes al Señor que te dice: ¿qué haces aquí todo el día ociosa? Mira que vendrá la noche cuando ninguno podrá hacer nada: poco te ha de parecer el tiempo de la vida para llorar tu dolor, que ha de estar siempre en tu presencia, como has de tener siempre presente el que ofendiste a Dios, pues siempre está contra ti tu pecado y tu culpa por los males que te causó, y bienes de que te privó en la injuria que hiciste al Sumo Bien, y odio eterno suyo, a que te expusiste.

Si hubieras dado una bofetada al rey, o a tu esposo, o a tu padre, o a un insigne bienhechor tuyo, jamás se apartara este dolor de tu presencia, y cuando más bienes recibieras, y cuando más vieras que te amaba, y cuando más prendas vieras para ser amado, y cuanto más conocieras su majestad y grandeza, tanto creciera tu confusión, tu dolor, tu pena y tu arrepentimiento por cierto que no tendrías ojos para mirar a tu esposo, llorarías amargamente la locura tuya, y la ofensa de tu buen padre, el desagradecimiento a tal bienhechor que todavía prosigue beneficiándote, no obstante que, ciega y vil, lo ultrajaste y heriste. Y si de él pende todo el bien, ¿cómo podrías de aquí adelante quejarte de cualquiera falta, o angustia que padezcas? ¿Cómo serás, oh sierva infiel y perezosa, llena de quejas? ¿Cómo no temblarás de la majestad ofendida, y tendrás grande espanto? ¿Cómo te sufre estar en su casa, y gozar de su sol, de su luz, de la tierra, aire y agua, etc.? Mira cómo todo lo que ha de llevar tu viña, oh tú, como viña inútil para el bien y llena de malezas y expuesta al mal de la culpa y de la pena, ha de ser clamor y llanto por un Dios ofendido, un esposo agra-

viado, un padre injuriado, un amante y continuo bienhechor, tan mal correspondido, una majestad injuriada y menospreciada.

¡Oh Señor!, *dimitte me ut plangam paululum dolorem meum* (1). Por cierto que todo el tiempo te había de parecer un poquito muy pequeño para llorar un Dios ofendido, y llorando lloraras y tuvieras por noche de ignorancia, la escasa luz que puedes tener del bien que perdiste pecando, del Señor Dios a quien ofendiste. Ojalá que toda tu substancia se deshiciera en dolor, y tus años se consumieran en gemidos. Ojalá que pasaras como la paloma gimiendo, como la tórtola llorando. Envía, como torrentes, tus lágrimas, y no calles las niñas de tus ojos. Porque perdiste la lumbre de ellos, tu apacible amante y dulce compañero, ¿qué gozo puedes tener? Por cierto que injuriaste a tu Padre amantísimo y amable, y yendo el camino desde la nada al ser de hija de Dios, desde el tiempo a la eternidad, desde el desierto de la vida humana al reino amplísimo, feliz y eterno de la vida bienaventurada, despediste en el camino a tu dulce guía y apacible conductor, y te quedaste sola, desierta, pobre, y a escuras.

Escogiste por guía tus pasiones, como monstruos fieros, donde se abrigan los espíritus malos que llevan a la perdición. ¿Cómo, pues, no será tu voz sólo llanto y clamor? A tu Dios agraviaste, y a ti te destruíste. Tan cerca lo tenías, que invocándolo te oía, y tan lejos te pusiste alejándote de El, y echándolo de ti por la culpa, que has podido decir: clamé, y no me oyó; di voces, y no me respondió. Porque estos desamparos merecieron tus delitos y tus iniquidades, justamente mandó a las nubes que no llovieran sobre ti su rocío: *et nubibus mandabo ne pluant super eam imbrem* (2). ¿Esta era la viña del Señor Dios de los ejércitos? ¿Esta la casa y morada del Dios de Jacob? ¿Estas las ramas, los pámpanos,

(1) Job., 10, 20.
(2) Is., 5, 6.

y las hojas de una hermosa alabanza y confección del Señor en obras y palabras? *Expectavi ut faceret judicium, et ecce iniquitas; et justitiam, et ecce clamor* (1).

Mira pues, alma mía, no mande el Señor a las nubes no lluevan su rocío sobre ti, porque con sus beneficios malogrados, no aumentes tus delitos; y lloviendo sobre las zarzas y espinos de tus desagradecimientos, crezcan éstos con la lluvia.

¡Oh, si lloraras como los caminos de Sión, porque no caminas a la solemnidad de tu patria dichosa! No hay en ti quién vaya allá, no tus deseos, no tus pensamientos, no tus memorias y afectos, no tus suspiros, no tus obras, no tus intenciones; pues todo lo que hay en ti, como el escarabajo camina entre la tierra y el estiércol.

¡Ah! ¡ah! que eres hecha como los montes del Gelboé, que ni el rocío, ni la lluvia cae sobre ellos, porque en ti fue arrojado y despreciado el escudo del fuerte. ¡Ay!, que todos los montes que están en circuito los visita el Señor: *a Gelboe autem tuam.* Mira los montes del circuito, los justos y santos, a quienes visita el Señor, ¡cómo florecen en todas las virtudes, y dan fruto en paciencia, cómo crecen en santidad, cómo son cedros del Líbano, cómo están hermosos como el Carmelo y Sarón! Levanta tus ojos a los montes santos de donde te venga el auxilio.

Clama al Señor, y di: *Domine Deus salutis meæ: in die clamavi, et nocte coram te* (2). Ya, Señor y único bien, que enronquece mi voz para clamar, por la debilidad e ignorancia a que me han traído mis culpas. En esta noche, en el silencio de mi confusión y pena, estaré delante de ti manifestándote mis llagas con el mudo silencio de mi llanto.

¡Oh, santo custodio, señor y maestro mío dulcísimo, pues el mejor custodio y guarda de Israel te señaló por mi guarda y custodio, decidle santo án-

(1) Is., 5, 7.
(2) Ps., 87, 2.

gel, dulcísimo amparo mío, decidle al Señor por mí: míra Señor y visita esta viña que plantó tu diestra. La obra de tus manos no desprecies, Señor.

Considera, alma mía, y profundamente piensa ¿qué serás si Dios te deja y desampara? Qué abismo de males tan sin suelo, qué noche tan lóbrega y escura, que carece de luz, y toda es horrores! Mira mira que harta experiencia tienes, y has probado la pena y el azote. ¿Cómo no tiemblas, cómo no te estremeces, cómo pierdes tiempo, o dejas pasar instante en que no procures más y más aborrecer la culpa? Más y más llégate al sumo bien: no te contentes con pegarte con el polvo, con poner la boca en él cuando hubieres bajado muchos escalones, abatiéndote hasta el abismo. Piensa y sabe ciertamente que te falta mucho más que bajar, mucho más que humillarte, y mucho más que andar en tu conocimiento. Y no has de parar en conocer lo que eres; mas gusta de abrazarte con tu propio menosprecio, gusta de humillarte y que te humillen otros. Descansa en tu nada, mira que esta es la estabilidad de la tierra en que has de estar fundada, no has de abrir tu boca, aunque seas llevada al matadero de tu propia estimación, conveniencia propia y propia voluntad. Oh Señor Dios mío, pues te dice el alma: *patientiam habe in me, et omnia reddam tibi* (1) ¿Tantos beneficios Dios mío, tantas inspiraciones, tantos deseos de las virtudes como habéis Señor dado a mi alma, tantas ayudas de costa? ¿Cuándo, Señor, se ha de pagar todo, cuándo ha de haber en mi corazón una profundísima humildad que salga en todas las acciones y palabras, cuándo una gran mansedumbre para tolerarlo todo sin queja ni inquietud, cuándo una gran pureza que sea capaz de hospedarte en mi alma, Hijo de la Virgen, cuándo florecerá la mortificación, cuándo habrá en esta vuestra viña los frutos de la penitencia y paciencia?

---

(1) Matth., 18, 26, 29.

AFECTO 39

ALTEZA DE NUESTRO FIN. ANSIAS POR LOGRARLO. ELEGANTES Y PATETICOS CONCEPTOS.

¡Oh, vosotros todos los que pasáis por el camino de la vida mortal! Y, ¡oh, todas las cosas transeúntes, atended y ved si hay dolor semejante a mi dolor! Mas tú, alma mía, atiende y mira si algún dolor, si alguna violencia en las cosas transitorias, puede asemejarse a la violencia de tu dolor, según la causa que para él tienes. Mira, si las avenidas del mar, fuera de su asiento, bramaran detenidas por volver a él, mayor debía ser que el mar tu contrición y dolor por volver a tu centro, por descansar en Dios, cuanto es mayor su valor y tu interés, cuanto excede el Creador amabilísimo, y aquel centro vivífico y apacibilísimo, al mar y a todas las criaturas. Mira los huracanes arrancados, con cuánta fuerza y violencia corren a llenar el vacío que no puede caber en la naturaleza. Mira, pues, cómo puede estar el alma sin él, llena de su vida y de su ser, que es Dios. Mira un inmenso monte suspenso en el aire, cuán violento estuviera, cuán veloz cayera buscando su centro; pues mira cuanto excede el descanso que buscas al que él buscara. Pues mira el fuego cómo brama y gime por subir a su esfera, y mientras tiene ser, no encuentra cosa que no le sirva para esforzarle hasta que muera. ¿Mas qué violencia, qué gemidos pueden asemejarse a la propensión que el alma siente por llegar a su amabilísimo centro? Todas las cosas que gimen, todas las cosas que lloran, den materia a tu llanto, y hagan compañía a tu dolor, hasta las insensibles, pues con muchas voces te enseñan a buscar tu centro, a correr a su fin. ¡Oh, si te prestaran todas sus fuerzas para volar al tuyo, sus velocidades, y anhelos! ¡Si pudieran servirte para el fin que pretendes de llegar a tu centro! ¡Oh, si toda fueras lágrimas, toda suspiros, toda fuego, y todo el pe-

so del alma fuera a su centro! Gimen los corderos y becerritos por hallar el abrigo de sus madres, lloran las madres la ausencia de sus hijos, y talvez con lágrimas como irremediables; mas ¿qué tienen que ver las causas de su dolor y gemidos con los que tiene el alma, para su llanto y pena, y para su anhelo y deseo?

Las cosas insensibles, el aire, la tierra, el agua, y el fuego, el sol, las estrellas, los astros, y los cielos con todas las esferas en continuo y veloz movimiento, andando siempre a su fin para que fueron criados, te enseñan, alma mía, y te predican, te avisan, y te reprenden, y juntamente te animan a caminar al centro, te dan señas de tu autor, y cuentan la gloria de tu Señor, porque ve los cielos suyos, obras de sus dedos: la luna y las estrellas que El fundó. ¡Oh, cuánto poder te muestran de su autor en su fábrica! ¡Oh cuánta sabiduría en su gobierno! ¡Oh, cuánta amabilísima bondad en su beneficencia para el hombre olvidadizo y de tierra, criado en tanto honor, y puesta casa tan magnífica para su habitación! Y él, por no querer entender, hecho como los jumentos, insipiente.

La tierra firme, estable y fecunda parece que se da prisa a cumplir el fin para que la crió su hacedor. El aire, sutil, ligero y fuerte. El fuego eficaz y activo, y todo en beneficio del hombre. Mas en la violencia que todas las cosas padecen, detenidas y apartadas de su centro, no hay dolor que se iguale a mi dolor! Cuánto va del alma racional, capaz de poseer a Dios, sumo bien y único bien, a las cosas insensibles e inanimadas!

Pues las cosas vegetables que apartadas de su centro, se marchitan y mueren: las plantas, los árboles, yerbas y flores, en el estrago que padecen sin su centro momentáneo y insensible, no puede su dolor igualarse a mi dolor.

Mas el anhelo y ansia con que los brutos, aves y peces procuran y buscan su conservación y aumento, sus balidos, gemidos, vuelos y velocidades, sus

fuerzas y bramidos, sus furias, timideces, retiradas y salidas a buscar su fin, en el no conseguirlo, no es su dolor semejante a mi dolor.

Mas aunque tanto se anhelan los hombres racionales por conseguir sus fines de tierra; el llanto que se hace sobre el unigénito; la esposa que llora su esposo perdido; los hermanos que se dividen y apartan; los llantos y gemidos al separarse de los dulces compañeros, no es su dolor semejante a mi dolor.

Las pérdidas de haciendas, de ciudades y reinos; el estrago que causan; la falta que hacen cualesquiera posesiones a sus dueños, no es su dolor semejante a mi dolor.

El desunirse y desencajarse de sus lugares los huesos; el dividirse los miembros; el faltar la luz de los ojos es dolor, mas no es su dolor semejante a mi dolor.

¡Mira cómo lloran las viudas y los huérfanos, cómo se lamentan y flaquean los cojos, los mancos y los ciegos; cómo gimen los brutos; cómo balan, lloran y braman; cómo se marchitan, secan y consumen las flores y las plantas; cómo gimen y crujen los elementos; cómo se mueven y corren el sol, luna y estrellas! Y di, si crees, si sientes y sabes, ques es más alto su fin, que es más útil, que es más hermoso y decoroso, que es más necesario y deleitable.

Mide al Creador con lo criado; a la eternidad con el tiempo; a la vida eterna en la patria, con la vida momentánea en el destierro; y mira si hay dolor a que debiera compararse tu dolor de estar ausente, separada y incierta de si conseguirás las posesión dichosa de tu centro, tu fin, tu vida, tu ser, y tu descanso.

¿A quién pues, te compararé, o a quién te asemejaré, cautiva hija de Sión? ¿Cuál de las cosas criadas será semejante, en la alteza de su fin, al alma racional? Hija de Dios, hija de Sión Santa, de su altísimo origen que es Dios: ¿quién contará su generación, su nobleza, su riqueza y su hermosura, honra y honor? ¿Y quién, la miseria, trabajos, dolor y vi-

leza de su cautiverio? ¿Quién dirá la espesura de sus tinieblas palpables, de sus ignorancias escurisísimas, pues, vestida de tierra y de la grosería de los sentidos, apenas puede levantar los ojos al cielo a ver su luz y saludar su patria, de donde desterrada por la culpa, yace como el topo cavando y trabajando más y más en la tierra? ¿Quién contará los azotes con que, desterrada en la galera de una sentencia justa, son heridas sus espaldas? ¿Quién, los edificios de tierra en que trabaja, no con el alivio de una débil paja, cuando llorando en su cautiverio, se mira ausente de la amada patria y tierra prometida? ¿Quién las contará, las espinas y abrojos que le tributa la tierra? ¿Quién enjugará el sudor de su rostro, con que come su pan tan sin sabor, como si comiera ceniza? El pan come como ceniza, la ceniza comía como el pan, tan perdido tiene el gusto por las enfermedades de la naturaleza; y al pan lo reputa como ceniza, tal es el poco aprecio a que la induce su ignorancia de los manjares substanciales, sólidos y verdaderos.

¿Quién contará el abismo de errores y ignorancias a que está sujeto el entendimiento? ¿Quién, los despeños y precipicios a que puede llevar la voluntad humana, ni la multitud, fuerza y vileza de las pasiones? ¿Y quién narrará la guerra que le hace el mundo; los lazos, ardides, mañas y tesón con que la molestan los espíritus malos? Pues, siendo tu patria y tu último fin todo el lleno del bien, y estando cautiva en tanto mal, gimiendo y arrastrando tus cadenas, ¿a quién te compararé, o a quién te asemejaré, cautiva hija de Sión?

Mas desata las cadenas de tu cuello, oh hija de Sión cautiva, y oye la voz de tu amado, *vox dilecti mei, ecce iste venit* (1). Mira que viene a ti manso y pacífico. Todo el resplandor y actividad del sol, de la luna y estrellas, toda la hermosura del firmamento, voces son de tu amado, anunciadoras de su poder, de su saber y de su bondad. Toda la grandeza

(1) Cant., 2, 8.

del mar, la firmeza de la tierra, la fortaleza del fuego, la sutileza del aire, voces son de tu amado, pregoneras de su amor, y perfecciones. Las aves, los peces y los brutos, las fuentes, los ríos y las lluvias, las plantas, y las flores, siempre están repitiendo a tus ojos, y a tus oídos, que es tu amado para ti: *dilectus meus mihi* (1). Mas añade y di con íntimos afectos del alma: *et ego illi* (2).

Vuelve a él, si pudieres, con toda la presteza que anda el sol, que corren los ríos, que se mueven las aves, que corren los ciervos, que caminan los vientos; con todos los gemidos que dan todas las cosas separadas de sus fines; con el balar de los corderillos; con el rugir de los cachorrillos de los leones; con los llantos y ansias de las viudas y huérfanos; con los clamores y significaciones de los pobres y necesitados; con el desvelo y ansia de los estudiosos y negociantes; con la codicia y cuidado de los que atesoran.

Desea tener para con tu amado todas las voces de todas las cosas, todos los afectos que los corazones humanos emplean en varias cosas fuera de su centro, toda propensión con que todas las criaturas sensibles y insensibles van al suyo. Y pues en todas las cosas oyes la voz de tu querido, en todas desea y pide que oiga tu voz; y pues no puedes nada, suplan todas las cosas la voz que te falta. Ruégale que todas las reciba y entienda por voces tuyas. En todas dile: *intende voci orationis meæ, rex meus et Deus meus* (3). En todas las cosas sea: *ego dilecto meo, et ad me conversio ejus* (4), pues en todas te da muestras de su amor, de su poder y saber, de su bondad y hermosura.

¿No ves cómo llama y silva el pastor piadoso a la simple ovejuela, y cómo ella conoce su voz y le sigue? ¿Y cómo balando ella por su corderillo, él le respon-

(1) Cant., 2, 16.
(2) Ibid.
(3) Ps., 5, 3.
(4) Cant., 7, 10.

de, bala y la conoce entre otras muchas? Pues oye la voz de tu amado, y haz que oiga la tuya. En el huerto y pensil de las cosas criadas, que Dios plantó y formó para recriación y sustento del hombre, ¿no habita su amor como en huerto? Dile pues: *quæ habitas in hortis, fac me audire vocem tuam* (1). En todas las cosas te da voces y te enseña, despierta y enciende, como no tapes tus oídos como el áspid sorda. El está tras la pared nuéstra, aún de aquellas cosas que los sentidos groseros del hombre pueden percibir. Unas cosas te enseñan rastros de su hermosura; otras, de su fragancia; otras, de su suavidad y dulzura; otras, de su armonía y concierto en su providencia; y todas te dan señas de tu amado, de su sabiduría, bondad, omnipotencia, santidad y piedad, etc., y *ipse stat post parietem nostrum,* mirando y queriendo ser oído. En la más pequeña flor, te enseña y te habla: ¡mira cuánta pureza en la azucena, mira cuánta fragancia, cuánta composición y orden, cuánta hermosura! ¡Oh! si oyendo la voz de tu amado, le respondieras con la imitación. Y ya que como gusano nada puedes, aprendieras del gusano la humillación y el abatimiento, y allí también oyeras la voz de tu amado, que así te enseñó, diciendo: "yo soy gusano, y no hombre." Más aún en aquel mar, pequeño gusanito, pudiera escuchar y oír la sabiduría, el poder y la bondad de su autor. Desde los cerros más levantados hasta la más humilde y pequeña yerba que nace en las paredes y en las piedras, clama y da voces la sabiduría, como en plazas extendidas y patentes.

Y mas el movimiento de los cielos, la grandeza de sus astros, la luz, la hermosura, el concierto, ¿no son ventanas por donde mirando tu autor y dueño soberano, quiere que le mires, le conozcas y contemples, y oyendo su voz respondas a ella, deseando todas aquellas actividades, hermosuras, firmezas y claridades, para ser agradable a sus ojos por un puro amor de su bondad, y para que hallara en ti digno asiento su grandeza?

---

(1) Cant., 8, 13.

AFECTO 40

ANSIAS Y GEMIDOS POR HALLAR AL AMADO. CANTA ELEVADAMENTE EL PODER DE DIOS, Y SU BENEFICENCIA.

¿Oh amado Señor mío, a dónde te apacientas, a dónde reposa al medio del día? Cuando la grandeza y claridad de la luz destierra las tinieblas y sombras, los engaños y dudas se destierren con tu presencia. Oh Dios, ten misericordia de mí, y dame aquella bendición que es mostrarme la claridad de tu presencia. Teniendo misericordia de mí, ponme misericordiosamente ley en el camino de tus justificaciones para que siempre las busque; y la misma luz tuya la conozca en que siempre me mueva, me incite y compela a buscarte a Ti, luz verdadera en tus justificaciones. Líbrame de los engaños y de las tinieblas porque no empiece a vaguear por varios e inciertos caminos, perdiendo el tiempo y el trabajo desaprovechadamente, porque sin tu luz seré como el que se pierde en la noche y camina en las tinieblas. Dame un entendimiento que sólo escudriñe tu ley para guardarla en todo mi corazón. Llévame a ti por el camino de tus mandamientos, que sólo esa vía quiero. Inclina mi corazón, atrayéndolo con tu suavísima luz a tus verdades, y no aquel género de avaricia que es sólo desear saber; y sepa aquello sólo que me conviene saber para amar tu bondad, y cumplir con acierto tu voluntad. Busque tu luz para amarla y seguirla. ¿Díme, pues, amabilísimo Señor, a dónde reposas al medio día, a dónde te apacientas con gusto y reposo en el alma? ¿A dónde estás ciertamente, amado Señor mío?

¡Oh alma mía, no te ignores si no quieres apartarte de tu principio, y si quieres conseguir tu fin dichoso y apacible! Mira la alteza de tu origen y el nobilísimo fin para que fuiste criada; no para las más altas inteligencias, mas para el Señor de todas

las inteligencias, de las potestades y virtudes; no para los sublimes tronos y dominaciones, mas para el Señor y dominador de todos.

Bendice, ánima mía, al Señor, porque el Señor Dios tuyo, grande, excelso y amable, es magnífico, grandemente lleno de honor y de gloria, y de luz como centro de la luz. El extendió los cielos como pieles, y toca, manda y gobierna lo más superior de ellos. El, que puso sobre las nubes su subida y anda sobre las alas de los vientos, tan poderoso es que fundó la tierra sobre la estabilidad de su poder para que no incline ni caiga en los siglos de los siglos. El que hace a sus embajadores, espíritus veloces, y a sus Ministros tan eficaces y fuertes como el fuego abrasador, eres Tú, Señor grande, Dios grande, que pusiste a los abismos su cubierta como vestidura, y haces estar las aguas sobre los montes. Y a Ti, Señor, terrible sobre todos, ¿quién te resiste? A tu increpación huirán todos los poderes y fuerzas criadas, y a la voz de tu trueno tendrán temor y espanto. Tú, que haces subir los montes y descender los campos, y estar cada uno en el lugar que le pusiste, y en el término que les fundaste; y a las aguas, en los montes y en los campos les pusiste término que no pasarán, ni se volvieran a cubrir la tierra. Tú, que envías las fuentes a los valles y haces parar el agua por medio de los montes, para dar bebida a todas las bestias de los campos, y que la espere el jumentillo en su sed, haces que sobre ella habiten las aves del cielo dando voces de en medio de las piedras. Tú, Señor grande, grandemente piadoso, que riegas los montes de lo superior de ellos, y sacias la tierra providente y liberal del fruto de tus obras, cuidando piadoso de producir heno para los jumentos, y yerba para el servicio del hombre; Tú le das, como Padre amoroso, pan de la tierra y vino que alegre el corazón del hombre. Tú le alegras el rostro con el óleo y confirmas y fortaleces su corazón con el pan, liberal y magnífico. Haces saciar los árboles del campo y los cedros del Líbano, que plantaste; allí anidan los pájaros, porque tu sua-

vísima providencia no se embaraza ni descuida de fabricar a los pajarillos casa, y guiar a las golondrinas para que la tengan. Y siendo monte excelso para los siervos, eres piedra de refugio y abrigo de los erizos. Y cuando piadoso cuidas, gobiernas y provees cosas tan pequeñas y humildes, eres Tú, mi Dios, el que fabricó la aurora y el sol, el que hizo la luna en su tiempo y al sol que conoce su ocaso. Pusiste las tinieblas, y se hizo la noche, porque la claridad y las sombras penden de tu gobierno. En la noche andan las bestias de las selvas, y los cachorrillos de los leones, rugiendo, buscan y arrebatan de la mano del Señor su comida: en naciendo y amaneciendo el sol, se retiran y se meten en sus cuevas. Entonces sale el hombre a sus operaciones y a su obra, hasta las vísperas, porque al hombre y al bruto les señalaste tiempos para el descanso y trabajo. Mas el hombre racional, como creado para la luz, trabaja cuando hay luz.

¡Oh, cuán engrandecidas son tus obras, Señor Dios, todas las hiciste con sapientísimo gobierno, llena está la tierra de tu posesión, toda la posee y llena tu sabiduría, tu piedad y poder, tu bondad y providencia! El mar grande y espacioso en sus mansiones, lleno de habitantes, y innumerables peces grandes y pequeños, y allí también diste dominio al hombre, haciendo que lo pase en las naves. Tú burlas del dragón grande y la ballena, y todas las cosas esperan de ti su substento en su tiempo; dándolo tú, ellas lo recogen; abriendo Tú, Señor, tu mano, todo lo llenas de bondad; apartando tú, mi Dios, tu rostro, tu faz hermosa y benigna, todo es turbación y descaecimiento, confusión y desconcierto: *auferes spiritum eorum, et deficient, et in pulverem suum revertentur* (1). Mas si enviares tu espíritu, así en el hombre como en mundo menor, como en este mundo mayor de los orbes, serán renovadas todas las cosas, y aparecerán como con un rostro apacible y agrada-

(1) Ps., 103, 29.

ble, y será la gloria del Señor en los siglos, y el Señor *lætabitur in operibus suis* (1).

Oh ánima mía, mira, cree firmemente y considera que tienes un Señor, un Dios, un padre tan poderoso, tan sabio, tan bueno, tan grande y terrible, que *respicit terram, et facit eam tremere, qui tangit montes, et fumigant* (2). ¡Ea, tú, pobrecilla alma mía!, a vista de su poder, de su saber y de su bondad, canta a tu Señor toda tu vida, hasta que de la vida temporal pasen tus cantares con alegría a la vida eterna: *Jucundum sit ei eloquium meum: ego vero delectabor in Domino* (3).

Oh Señor Dios mío, haz misericordioso que cuando descaecen todos los pecadores de la tierra, las pasiones y vicios, y asimismo los inicuos espíritus, cesando ya la licencia que tienen de hacer la guerra al alma, ella con el favor de tu gracia quede viva y victoriosa, te bendiga, y sus contrarios sean como si ya no fueran: *Benedic anima mea Domino, et iniqui ita ut non sint* (4).

AFECTO 41

PIDE CONSUMIR SU EXISTENCIA LLORANDO SUS INFELICIDADES, Y LA AUSENCIA DE SU AMADO. PARAFRASIS DEL SALMO XXXVII.

Señor Dios, grande, terrible, misericordioso, y Dios de grandes misericordias: déjame un poquito llorar mi dolor *(paululum)*, que es el plazo de la vida mortal transitoria. Suelta y desata las corrientes de mis ojos *ut plangam dolorem meum*. Sólo es mío mi dolor, y sólo deseo la vida para llorar, porque sólo las lágrimas me hartan y consuelan (5). Oh Dios, centro

(1) Ps., 103, 31.
(2) Ps., 103, 32.
(3) Ps., 103, 34.
(4) Ps., 103, 35.
(5) Job., 10, 20.

de la vida, ¿cómo puede estar la vida apartada de su centro? Como la teja seca en quien no hay virtud, como el pelícano de la soledad, como la lechuza en las ruinas, como los cautivos que lloran sobre las corrientes de Babilonia, como el heno herido y pisado con el trillo, *miser factus sum, et curvatus sum usque in finem; tota die contristatus ingrediebar* (1). No hay sanidad en mi carne, no tienen paz mis huesos, parece, oh amado Señor, que me arguyes en tu furor, y me corriges en ira, porque tus saetas se han clavado en lo más profundo de mi corazón, y parece, según mi tribulación y angustia, que confirmas sobre mí la mano de tu castigo. No hay sanidad en mi carne, ni fortaleza en mi alma para sustentar el pavor y horror de mis culpas, cuando las pones a la presencia de mi alma, como que has observado mis maldades, porque ellas han subido sobre mi cabeza, y cómo me han anegado y sumergido en una avenida pesadísima.

Como el peso grave se han agravado sobre mí, se han podrido y corrompido mis cicatrices, a vista de mi incipiencia con que no conocía mis llagas; y las tenía ya por sanas, mas cuando clavas con tu temor mis carnes, y envías tus saetas como rayos de luz y de castigos piadosos, como hecha miserable bajo los ojos de mi alma, conozco mi miseria, y me abajo hasta lo último, y conozco, Señor y Dios mío, que todo el día de la vida mortal debo no olvidar mi dolor, antes entrar cada día en una contristación, humillación y abatimiento continuo, pues siempre está contra mí la culpa, siempre está en mi presencia mi dolor.

(1) Ps., 37, 7.

AFECTO 42

CONTENTA CON LA AMISTAD DE JESUS, NO APETECE MAS FELICIDAD. ESTE AMIGO PROVEE EN TODO TIEMPO, Y MAS EN EL DE NECESIDAD. MALDITO EL HOMBRE QUE CONFIA EN EL HOMBRE.

Oh alma, pobre y desnuda, combatida de la tempestad y de las sombras, ¿no te contentarás con Jesús, amigo fidelísimo, paciente y amoroso, ayudador oportuno en las tribulaciones? No digas: *ego vadam profugus et nudus super terram*. Por ventura, ¿no tienes padre que está en los cielos, y llena cielos y tierra con la majestad de su gloria? ¿No es tu padre aquel piadoso perdonador, que mandó perdonar al delincuente que cayera setenta veces siete? ¿Por qué te consumes con tristeza; es su bendición tan limitada, que puedas decirle como el que lloraba con grande llanto: *numquid non reservasti, ait, et mihi benedictionem? ¿Num unam, inquit, tantum benedictionem habes, pater?, mihi quoque obsecro ut benedicas* (1). Tu padre es aquel Señor, aquel Dios que, con abrir su mano, llena a todo animal de bendición.

No llores con grande llanto por lo que te parece pingüe en la tierra; llora por el rocío del cielo, por el reino de tu padre Dios, que siendo ésta tu primera, pura y continua intención, todas las demás cosas concernientes a este fin, se te darán como por añadidura. ¿No ves que el que lloraba por la bendición, tenía el corazón en la casa y en las cosas de la tierra; era cazador, y así andaba siempre divertido, siempre inquieto tras los brutos veloces; y no ves que las cosas humanas a manera del ciervo y gamo, burlando los deseos del alma que se va tras ellos, la van alejando de su padre Dios, y la van metiendo y enfrascando por malezas y espinas, la traen inquieta, y si talvez logra algún gusto fingido y fal-

(1) Gen., 27, 36, 38.

so, es para empeñarse en nuevos trabajos e inquietudes? Mira la razón que dio aquel padre amoroso al hijo mayor que se quejaba diciendo: *nunquam dedisti mihi hœdum ut cum amicis meis epularer. Fili, tu semper mecum es,* y así *omnia mea tua sunt* (1). Pues si el Señor es la parte de tu herencia, aunque a veces te dé a gustar el cáliz de amargura, El será quien te restituya tu heredad para ti, no quieras salir de su gobierno y tutela, porque no te acaezca por parte, la caza y guarda de animales brutos.

Así que este amigo fidelísimo, este consejero sapientísimo, este Padre poderosísimo, es tu herencia, es tu parte, es tu porción: El abrirá su mano y te llenará de bendición, que es rico en misericordias. En el tiempo de la vida mortal, tiene a sus hijos como en tutela, les tasa y mide, les enseña, castiga y corrige; mas están sus ojos sobre el justo, y sus oídos inclinados a sus ruegos, para llenar sus deseos y hacer todo lo que pidieren en nombre de su Unigénito. ¿Sabes qué es pedir en nombre de Jesús? Pedir aquellas cosas que no desdicen de hermanos de Jesús, ni son contrarias a los deseos de Jesús; pedir, afianzando la consecución del ruego en los deseos de Jesús. Mas has de pedir el rocío del cielo y aceptar el padecer con Jesús para ser en la vida eterna, heredera con Jesús, y tener a Dios por tu rica herencia, para siempre claramente visto, amado y poseído.

¡Oh pues, conténtate alma con este fidelísimo amigo que no huye del afligido y pobre; que no necesita de tus bienes; que no impropera al que enriquece; que no desampara en la tribulación; que lo que le roba el corazón es la confianza firme, grande y entera en su bondad y poder!

Mira lo que dice por el profeta: *Maledictus homo qui confidit in homine* (2), y quiere poner y estribar la fuerza de su brazo sobre lo que es carne y corrupción, y aparta del Señor el corazón de la confianza.

---

(1) Luc., 15, 29, 31.

(2) Jerem., 17, 5.

El que así no estribare en su Dios, y quisiere estribar en la carne, que toda es heno, será hecho como la caña o yerba inútil en el desierto, y aunque vengan los bienes, no los verá, no los logrará; antes estará y habitará en la sequedad del desierto, y en una tierra inútil, infructuosa, inhabitable. Tanta es la esterilidad y mala ventura del que estriba en la confianza en sí mismo, pues éste es el hombre que confía en el hombre; y así, ni en ti misma, ni en otro alguno has de confiar, pues todo hombre es mentira y vanidad.

¿Qué ha de coger quien siembra en la carne? Cogerá corrupción. Estos son como la caña en el desierto, *nati sunt quasi non nati, et filii ipsorum cum ipsis* (1); porque todo lo que producirán será, como ellos, mentira, vanidad, desconsuelo y sequedad. Tendrán la ceguedad del entendimiento, que es un mal que comprehende grandes males, porque cuando vengan los bienes, no los verán, ni sabrán discernir entre el bien y el mal verdaderos. ¡Ay de aquellos que al bien le dicen mal y al mal lo llaman bien! Tales son los varones de las riquezas, porque entregan su corazón a los que juzgan bienes; y no son las riquezas de los varones para tener en ellas, o de ellas el dominio; mas antes son los varones de las riquezas, porque a las riquezas que sueñan tener se les sujetan como esclavos, y en dispertando no hallan nada en sus manos. Ninguna buena obra hallan, porque estribaron en su confianza, y así están como la caña vacía en el desierto, como el heno de los tejados, y como la yerba despreciada y vil en la sequedad y tierra inútil y salitrosa, que sólo es para brutos animales destinados al matadero.

Mas los que no apartan del Señor la confianza de su corazón, se dice de ellos: *benedictus vir qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus* (2): será como el árbol plantado cerca de las corrientes de

(1) Eccli., 44, 9.
(2) Jerem., 17, 7.

las aguas, *quod ad humorem mittit radices suas* (1); y no temerá cuando venga el estío, porque afianzadas sus raíces, y humedecidas y vivificadas en las corrientes perennes de la fuente de la vida, no temerá mudanzas de los tiempos ni las sequedades del estío. Estarán siempre sus hojas verdes, vivirá lleno de confianza y hermoseado con ella; no estará turbado con solicitud congojosa en el tiempo de la sequedad y tribulación; ni dejará entonces de dar su fruto en paciencia y esperanza, porque estriba en el Señor su fortaleza. ¡Oh, cuán bueno es para mí llegarme más y más a mi Dios y poner en el Señor Dios mío mi esperanza, como las raíces de mi corazón y mi alma, para que fructifiquen!

AFECTO 43

CONOCIMIENTO DE LA PROPIA VILEZA, VALORIZADA CON LA GRACIA. ESTA GUIARA A LA GLORIA.

Estando el alma anegada en un profundo conocimiento de la propia nada, de la podre, malicia y ignorancia, de la debilidad para lo bueno, y inclinación a lo malo, me parecía mi vida, y toda yo, como un estropajo manchado y inmundo, y que siempre está produciendo males más nocivos que ningún veneno o tósigo. A vista de esta verdad, entendía cómo justamente por mis innumerables culpas, podía la Divina justicia echarme al fuego y quitar este oprobio del mundo, que aún en los muladares fuera dañoso un tal estropajo, de donde siempre brota soberbia, vanidad, mentira y ignorancia. Vía claro que si *sustinuero, infernus domus mea est* (2). Y por lo que toca al cuerpo, la podre es mi padre, los gusanos viles y asquerosos, mi madre y mis hermanos, y que su principio, sus medios y sus fines son las ho-

(1) Jerem., 17, 8.
(2) Job., 17, 13.

rruras y los ascos. Y estando sumida en este cieno, a manera de los gusanos asquerosos que se crían en él, clamando al sumo bien desde aquel profundo, entendí:

¡Oh alma. *Magnus est Dominus, et laudabilis nimis* (1). Grande es el Señor Dios, y grandemente de alabar en el alma que es hecha ciudad de nuestro Dios, y monte santo suyo ¡Oh cuánta hermosura! ¡Oh cuánta grandeza es la que participa el alma por la gracia! Verdaderamente es hecha ciudad de Dios, y monte santo suyo, en que es mayor la alabanza de su hacedor que en todas las obras de la naturaleza. Mira esas grandes lumbreras del cielo, y ese cielo que lo contiene todo; pues el alma, por la gracia, es cielo del cielo y asiento del Señor. Es como fundida para la alegría de toda la tierra, pues todos los orbes de la tierra fueron hechos y criados para servir al alma, y ella sola debe servir a su Criador, de cuyo amor es el objeto, y el monte de Sión de su descanso, ciudad y morada del gran Rey. *Deus in domibus ejus cognoscetur, cum suscipiet eam* (2). ¡Oh, cuánto será conocido en esta su casa el Señor, cuando la recibiere en su casa eterna! ¡Oh cuánto le alabarán los santos, y la misma alma le alabará, porque la libró de los lazos de los cazadores y quebró sus redes, pues aunque se conjuraron en uno todos los que reinaban en la tierra, los príncipes de las tinieblas, la carne con sus ejércitos, y el mundo con los suyos, de todos los sacó su brazo triunfante, haciendo aun salud de sus enemigos que, viéndola protegida de su Dios en la vida y triunfante en la gloria, se admiran, se conturban, se conmueven, y son comprehendidos de un gran temor del todopoderoso brazo, fuerte y dominador. Y allí los hace tener dolores como de parto, porque con un soplo los de-

(1) Ps., 47, 2.
(2) Ps., 47, 4.

rribará, y será su soplo de espíritu tan vehemente que quebrante las nubes más fuertes: *conteret naves-Tharsis* (1).

AFECTO 44

TERROR A LA CULPA. VEHEMENTES DESEOS POR DIOS. TEMOR DE PERDERLO, Y PREOCUPACIONES PARA EVITARLO. CONSUELO DE HALLAR A JESUS EN LOS BRAZOS Y PECHO DE LA MADRE DE AMBOS.

Padre mío: por ejercitar siquiera este acto de obediencia, escribo venciendo los muchos temores que hoy he tenido, turbada con la presencia de mis culpas, de que he tenido muy viva memoria, etc. Sintiendo el alma unos deseos de su Dios y único bien, tan fuertes, tan íntimos, que no sé a qué compararlos, como que todas las cosas criadas le dieran voces, le dieran prisa a que buscara a su Dios, junto con unos sustos y temores de perderlo, que aun sensiblemente atormentan el corazón, haciéndole dar golpes muy penosos, y pareciendo imposible el vivir, ni mantenerse ausente de su único bien y vida, quien, me parece, me confortó con darme a entender: que en sus ausencias hiciera lo que la fiel esposa, ausente de su esposo, cerrando las puertas con más cuidado, guardando las llaves de los sentidos y potencias, pues cuando se ausenta el sol, salen y pasan las bestias de las selvas; y cuando falta la presencia del Señor, están más arriesgados a dormirse los siervos, a venir los ladrones, y cercar los enemigos.

El esposo todo lo alegra, todo lo fortalece y mantiene; mas con su ausencia, es conturbada el alma por los temores nocturnos. La fiel esposa entonces está en vela, hecha guarda y centinela de sí misma, para que cuando, en el silencio de la noche, venga el rey de su solio, y suene su palabra, la halle co-

(1) Ps., 47, 8.

mo al fiel siervo, velando; y sea dichosa, teniendo su lucerna en las manos, ceñida y en pie para abrir, aprisa y con gozo, a su Señor.

Mas, mientras dura la noche, no apague su luz, antes tenga encendida la luz de la fe, sin que le falte el óleo de la caridad y blandura. Suba a su retraimiento donde esté recogida con sus domésticos, como la casta viuda que llora la ausencia de su consorte y trabaja en sus gemidos, apretando con sus dedos el huso y labor, labre y trabaje en amargura, consolándose sólo con las prendas de su esposo, con su cruz y dolores; y en su ausencia, sea su fiel amiga. No salga loca y vana a entretenerse en las consolaciones humanas, porque así más se aleja y dilata la venida de su sueño, y ella se irá tras las pisadas de los cabritos a apacentarlos, como los que tienen ya hecha su habitación en los pastos del siglo. Sufra la noche, la ausencia y el dolor, preguntando a su guarda y custodio: ¿qué hay de la noche?, ¿qué hay de la noche? Llore en ella, llorando la ausencia de su bien, y el estar lejos de los tabernáculos de la Santa Sión. Vuele su cítara en llanto, su órgano en voz de lloro, pues está ausente de su pacífico amor y dulce centro. No quiera alivio en las criaturas, si no es en cuanto le pueden dar noticias de su querido: a dónde se fue su amado, a dónde declinó su querido; y cuando se lo pregunten a ella, examínese a sí misma. Vuelva, y vuelva otra vez, para ver e inquirir, y que ellos vean, si dio causa a su ausencia.

Búsquelo por las calles estrechas del dolor y penitencia, de la humildad y conocimiento propio; por las plazas dilatadas, y capaces de la fe y confianza. Mire que lo que hace levantarse y venir al Señor, es la miseria del pobre y los gemidos del necesitado. Y que tiene por nombre Señor el que sube sobre el ocaso, poniendo su trono en el pobre y humilde. Vele, pues, buscando a su querido: pregunte por él a la madre de este amor hermoso, de su conocimiento y temor santo y de la santa esperanza, pidiéndole a

María Santísima este fruto suavísimo de su vientre virginal, esta fuente de agua viva de sus puras entrañas. ¿Quién más benigna y poderosa para darle a su esposo que la que es madre de él, y madre suya? Pregúntelo a los ciudadanos de la celestial Jerusalén, búsquelo en el ejército de fortísimos mártires como al rey de ellos. Pregúntelo a los coros de candidísimas vírgenes que siempre le han seguido, y le mostrarán sus pasos. Limpie más y más su casa y vestidura, y esté en vela para cuando venga su querido; y mientras llega, abrazada a su cruz, duerma y repose en paz y esperanza en él mismo.

Conocía que en los brazos de la Madre de misericordia, María Santísima, hallaría a este querido hermano y esposo amantísimo. ¿Quién me dará, hermano mío, criado con la leche de los pechos de mi madre, que te halle, y te dé, y reciba aquel sagrado ósculo de paz, amor, y pureza? ¿A dónde te hallaré mejor que en los pechos que te dieron leche apacentándote entre los lirios de pureza? ¿O dónde buscaré el sagrado fuego del amor, mejor que en el castísimo pecho donde vive sin apagarse, y vivió siempre sin extinguirse? Así pues, cuando te hallare, no te dejaré sin guardarte en el pecho y guarda de mi madre, y madre tuya. En este campo florido, en su protección y amparo, tendré seguro mi tesoro, pues siendo madre tuya, te hizo hermano nuéstro. Por las anchurosísimas plazas, y por las calles de su amparo, amor e imitación, te buscaré, amado mío, segura de hallarte donde te busco.

AFECTO 45

INTELIGENCIA DEL NOMBRE DEL ANGEL; ESTE LE APRUEBA LO QUE ESCRIBE. SE LE ANUNCIA SERA SU HABITACION EN LA SION SANTA. DESEOS DE PADECER.

Son tantas las cosas que esta luz muestra, que no sé cómo decirlas sin que se confundan unas con otras. Estaba, al dispertar a la oración, tratando con mi santo ángel los cuidados y afectos de mi corazón y alma, y pensé entre mí: ¡qué gran consuelo fuera saber quien es, o cómo es éste mi santo ángel a quién tanto debo! Y casi sin advertir en este pensamiento, me parece me daba a entender: "¿Por qué me preguntas mi nombre, que es admirable? Yo soy fuego, fuerte, vivo y eficaz ministro del Señor."

Después, en la oración me parecía estaban cantando sobre mi sepoltura los santos ángeles, con unas voces tiernas, suaves y devotísimas (como que hacían la voluntad de Dios), aquel verso del salmo: *factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sión.* No porque esto sea ver yo visiones, o revelaciones, como las almas santas; esto sólo es una luz en el entendimiento, que levanta y abrasa la voluntad al amor de las cosas celestiales y eternas, y la hace morir a todo lo terreno y natural. Yo no entendía que moriría, y cantarían así los santos ángeles, ni si aquella era muerte natural, o morir a mí misma; mas deseaba conseguir aquella dichosísima dicha. ¡Oh quién para lograrla hubiera sido un espectáculo al mundo, de menosprecios, irrisiones y oprobios suyos! ¡Oh quién hubiera andado todo el tiempo de la vida debajo de los pies de todos como vil estropajo! ¡Oh quién pudiera decir: fui azotado, herido con varas y apedreado, y aun echado al mar! ¡Oh santos mártires, ¿cómo daré el parabién de vuestros momentáneos tormentos que tributan peso eterno de gloria? ¡Oh quién pudiera este corto tiempo que resta de

la vida, emplearlo bien! ¡Oh Dios!, ¿qué hará la mujercilla pobre, vil, asquerosa? Déjame un poco llorar mi dolor. ¡Oh, si mis ojos fueran mares de sangre con que llorara la pérdida del tiempo, los disgustos que en él di a mi Señor! ¡Cuánto me hice aborrecible a sus ojos, cómo manché a mi alma, esposa suya! ¡Oh, si pudiera ser un ejemplar a los hombres, de penitencia, de humildad y amor! ¡Oh, si fuera aceptable a los santos ángeles, hallando en mi alma coros de ejércitos para pelear y vencerme a mí misma, de modo que pudiera oír, en llegando el fin de mi destierro, que dijeran estos santos espíritus: descanse de sus trabajos, porque es hecho su lugar en paz, y su habitación en la Sión santa.

Preguntando yo a mi santo ángel, si sería voluntad de Nuestro Señor que escribiera estas cosas, me parece entendí: "¿pues no ha de ser, alma? ¿No ves que los puercos son los que sepultan en el lodo las margaritas preciosas, y entierran el oro de su Señor, y lo sepultan?"

AFECTO 46

LA VOZ DEL SEÑOR, SUAVE Y TODOPODEROSA, OBRA MARAVILLAS EN LO INTIMO DEL ALMA.

También sentí en lo íntimo de mi alma ser aquella voz del Señor fuerte, poderosa y majestuosa; la voz del Señor sobre las aguas. El Dios de la majestad hace sonar su voz sobre el sonido de muchas aguas. En hablando el Señor, todo calla, o suena tan poco, que es como si callara. ¡Oh cuánta confianza tiene el alma en la voz poderosa de su Señor Dios de la majestad. No los aguaceros de las tribulaciones, ni las avenidas de los ríos y mares, hacen sonido en hablando el Señor. Todo calla, su voz se hace en virtud y en magnificencia. Sólo su voz es viva y vivifica, sólo ella da virtud y espíritu vital aun a los huesos muertos, fríos y áridos, para que se levanten como ejércitos fuertes y bien armados. Sólo su voz, en grandeza y magnificencia, se oye en todos los fines de la tierra; y en los fines de los or-

bes de la tierra, se oyen sus palabras. Su voz es poderosa para quebrar los cedros levantados del Líbano. Su voz es eficaz y da ligereza a los ciervos para subir a los montes, porque propio es de la voz de Dios derribar lo soberbio, quebrar lo altivo; y propio le es dar ligereza al que corre para que suba al monte de la perfección, preparándolo, llevándolo y subiéndolo a pretender y desear lo más santo, lo mejor, lo más limpio.

Esta voz, pues, del Señor, preparando los siervos, revela lo oscuro, aclara lo escondido. Es para el alma como un espejo terso, limpio y puro en que mirando su rostro, le descubre los defectos más pequeños. Y como es luz viva y es voz fuerte, la fortalece, para que se limpie y quite las zorrillas pequeñas que afean y menoscaban su viña. Esta voz del Señor de la majestad, esta su habla es habla casta, pura y limpia, en número cumplido y perfecto, cien veces libre de todo lo que es tierra, como la plata que sale del fuego, pura y resplandeciente, induce y lleva a toda pureza, haciendo aborrecer, huir y abominar lo contrario. Y revelando lo escondido a los ojos de carne, muestra la fealdad de la culpa, la hermosura de la virtud, la brevedad del tiempo, el valor de la eternidad, el fin y engaño de la vanidad, el tesoro de la cruz, lo limitado de la criatura, lo inmenso y amable del Creador, el fin de todo tiempo, el centro del alma, y fin dichoso, altísimo de su camino.

Esta voz le hace patentes las cosas escondidas, cuando le hace amar las injurias, y a los injuriadores; apreciar los desprecios; alegrarse en la mortificación; tener por tesoro la humildad, la pobreza, el dolor que el mundo aborrece y huye, porque está escondido y oculto su valor. Esta voz del Señor da claridad para entender los misterios que la fe enseña. Esta voz muestra el tesoro inefable de la vida, debajo de los accidentes de pan; cómo resucitará toda carne; el premio de los buenos; la retribución de los malos; la unión de la Santa Iglesia, y la comunicación dulcísima, substancial y fructuosa, entre

sí, de los santos, etc. Esta voz muestra la ley del Señor inmaculada, sus mandamientos, santos y píos, y cuán dulce, cuán justo, cuán provechoso, cuán santo es amar al Señor Dios tuyo. Y cuán malo y amargo dejar al sumo bien por la criatura, cuán hermosa es su alabanza, y cómo en su santo templo todas las cosas dicen su gloria. Y esta voz muestra asimismo cuán justo es que el hijo honre a su padre, la esposa a su esposo, el siervo a su señor, reverenciando su santo nombre, vacando a su amor, y ofreciéndole libre y limpia, la voluntad, la mente y las fuerzas, para emplearlas en obsequio de su Creador, amándole en todo, con todo y sobre todo, y amando a este padre, a este señor y esposo, siendo herederos de su reino con su hijo. Como también muestra esta habla cuán justo es, cuán provechoso y útil que se amen entre sí los hijos de un padre, los siervos de un Señor, que no se quiten unos a otros los bienes, que no deseen, ni ejecuten, ni hablen unos contra otros, ni para otros males. Esta voz, pues, del Señor muestra su ley inmaculada, y estos sus testimonios dan fiel sabiduría a los párvulos que se ocultan a los sapientes y prudentes de este siglo, porque la sabiduría mundana ignorancia es y locura. Estas, pues, alma, son algunas de las señas de la voz de tu amado.

Esta voz del Señor hace virtud, manda a la tierra y da sus frutos, y produce yerba para el servicio y utilidad del hombre; y contando su habla, así como rocío, riega los montes, saciando a la tierra del fruto de sus obras. Así visita el Señor los montes, no los de Gelboé, soberbios, a quien deja, y de quien pasa y declina, quedando ellos secos, duros y estériles; mas aquellos montes que se derriten como cera a la presencia del Señor. Esta voz, como diestra del Señor, hace virtud, produciendo frutos de vida eterna para el hombre, que criado en honor es hecho hijo de Dios; no para el que no entiende esta alteza, grandeza y dignidad para que fue criado. Y no queriendo entender para obrar bien, es comparado a los

jumentos insipientes y hecho su semejante, apacentándose del heno que produce la tierra de los bienes temporales, honras vanas, riquezas soñadas, y deleites que en el fin tienen el veneno que muerde y mata.

Esta voz del Señor, en virtud y magnificencia hace cosas grandes; y su decir, es hacer la luz los dos luminares grandes; el mayor que alumbra en el día de la eterna vida, y la luz que precede en el camino que hacemos a la tierra de promisión, refrigerando los ardores del estío y alumbrando en las sombras de la noche, guiándonos por el desierto de esta vida hasta llegar a la patria. Y cuando el alma teme a la alteza del día de verdad, espera en la columna de la divina protección, que le hace sombra, la defiende y guía para que en los horrores de las escuridad y temores nocturnos no tropiece. Mas llegándose a este arrimo y protección, sea iluminada, y su rostro no sea confundido.

Esta voz, fuerte y poderosa, es dulce, suave, blanda y delicada. Esta es la que como blando susurro se introduce por los huesos, y hace estremecer las entrañas con su suave toque. Esta es la que como delicado silbo se entra por los oídos del alma, y la derrite, y penetra; toca los montes, y los hace humear, desterrando de ellos las humedades y pesadumbres de su natural, los transforma en sí, los convierte en fuego suave, sutil y amable. Esta voz es la que hace silencio para que repose el alma; y esta es la que como silbo suave se entra por las más íntimas medulas y todos los huecos, diciendo: Señor ¿quién hay semejante a ti, que con tu suavísima dulzura libras al pobre de la mano de sus fuertes enemigos; al pobrecillo y al necesitado, de los que lo querían deshacer y matar? Tu suave silbo entra a puertas cerradas, diciendo y haciendo paz con tu virtud.

La voz del Señor divide las aguas de las aguas, y sus labios separan lo precioso de lo vil, examinando y purificando, como el que purifica y examina la plata con el fuego, y la saca pura y resplandeciente.

AFECTO 47

LA ACTIVIDAD DE TODA LA NATURALEZA DA LECCION DE CIENCIA SALUDABLE. ORACION PROFUNDA EN LA TRANQUILIDAD DEL SUEÑO, LO EXTRAÑA, Y SE LE DA LA RAZON.

Habiendo pasado estos tres días con grande escuridad, turbación y congoja, con dolores en el cuerpo, y fatigas en el alma, etc., entendí: anda y aprende de las creaturas más desechadas mi ciencia. Mira cómo es constante la piedra; y herida con la vara de la corrección, da agua. Mira, cómo todo lo sufre la tierra, y siendo estéril y baldía, a sus tiempos da fruto, a la voz y labor de su dueño; y siendo hollada de los pies de los pecadores, luego los revive en sus entrañas. Mira cómo el agua siempre corre a lo bajo, y cómo el fuego siempre sube a su esfera; y mira cómo liberal con todos, comunica sus alientos el aire. Mira cómo es humilde y pacífico el cordero, y cómo calla cuando le quitan su lana y su abrigo. Mira cómo el jumento siempre carga y sufre, y sin entender ni hablar, siempre está con su Señor. Mira cómo es simple y cándida la paloma, y cómo la serpiente es prudente y sagaz, y aun en las más viles. Mira cómo la araña oficiosa siempre teje su tela; y cómo el gusano se encoge y humilla. Cómo la lagartija con sus pequeñas manos se introduce a los palacios de los reyes. Y cómo la culebra se renueva pasando por la piedra, etc. Mira cómo los hombress se desvelan y afanan en sus ocupaciones; mira cómo se desvela el negociante, cómo sufre el labrador, cómo trabaja el letrado, cómo afana el mercader, cómo madruga el oficial y el estudiante; y todas las criaturas te serán espejo de vida, y maestras de doctrina saludable. Y aprendiendo de todas, humíllate a todas, y siempre estés en el lugar más bajo, como discípula que de todas tienes que aprender, etc.

Pues, pasando así con muchas fatigas y temores, y

con muchas tentaciones y caídas en faltas, etc., en durmiéndome a la noche, me hallé, entre sueños, en oración más quieta, dulce y sosegada, y más despierta el alma que cuando no duerme el cuerpo. Pasé casi todo el sueño en dulcísimos afectos con mi Señor Crucificado, como que el alma hubiera salido a la soledad de todas las cosas creadas con su Señor y Dios. Allí sí que entendía claro, sin el estorbo de los sentidos, cómo el amor de Dios más se halla cuando más se aleja el alma de las creaturas. Como si dijera: míra, para plantar los afectos santos de la oración y amor de Dios, el trato con Cristo y con sus santos, es necesario que el alma debele y disipe, arranque y quite todo lo que no es Dios, todo afecto de tierra, toda pasión desordenada, toda inútil solicitud y congoja; y buscando, con los afectos del alma, el rostro de su Señor, tanto sea abrasada y iluminada de El, cuanto se le ofreciere limpia y desembarazada de cardos y espinas, y de la pesadumbre de su tierra.

Pues pasando así con aquellos afectos encendidísimos en el sueño, como que Nuestro Señor miraba el alma, y ella a su Señor Crucificado, gustando de suavísimos amores y coloquios, en dispertando pensaba: válgame Dios ¿cómo he estado yo en oración durmiendo, cuando despierta no he podido estos días quietar mi alma, ni sentir en ella el amor de su dueño? Y entendí: esto es, hija, lo que dice David: "mi oración se convirtió en mi seno, se escondió en mis entrañas." Porque el cuerpo que padece en sus sentidos, y las potencias que se turban por el furor de los enemigos y perturbación de las cosas humanas, hacen retirar el calor al corazón; esto es convertirse la oración en el seno, y esconderse el fuego como entre la tierra. Mas allí guardado y como oculto, conserva su calor, y su fuerza, porque es fiel el Señor a quien sirve, y a veces arde con más vigor cuanto más recogido y encerrado. Y así como con el sueño natural se suspenden los dolores, los cuidados, las fatigas, entonces sale el fuego y arde, porque el Señor quiere que el alma no se desanime, y sepa que no se ha apa-

gado su luz en la noche de la turbación y congoja, y que se anime a buscar, en la soledad de todo afecto humano, a su gran Señor y amantísimo y celosísimo esposo.

AFECTO 48

CONDICIONES QUE REQUIERE EL DIVINO AMOR, PARA UNIRSE AL ALMA, SEMEJADAS A LA MANIPULACION DEL LINO. DELICIAS Y FRAGANCIAS DEL HUERTO DEL ESPIRITU SANTO.

En habiendo comulgado, entendí: cuánta pureza de intención del alma, y cuánta mortificación de las pasiones desordenadas requiere el divino amor para unirse a la alma, que no lo sé explicar. Acordóseme aquella mujer fuerte que buscaba lino y lana y obraba con el consejo de sus manos, como si dijera: Mira, el lino para llegar a estar blanco y limpio, y tal que reciba en sí el color que el amor divino quiere darle, ¿por cuántas purificaciones y golpes pasa? No basta arrancarlo de la tierra, ni sacarlo de Egipto, si como la mujer de Lot vuelve a mirar atrás, y como los otros suspira por las ollas y comidas groseras. En Babilonia estaba Daniel cautivo, mas abría las ventanas y ponía la mira en Jerusalén, donde tenía el afecto y era amado y amigo de Dios. Poco pues servirá que el alma esté fuera de Babilonia, si tiene la mira y el corazón en ella.

Así pues que, después de arrancados de la tierra, se pone a las corrientes del río para admitir toda tribulación, sin resistir, para ser purificado, lavado y plantado. Mas no basta, que después sufre los golpes con que se ablanda, no resistiendo a la corriente del río, ni a la faz del Omnipotente. Y aun, ya blando, golpeado y refregado, es probado en el rastrillo, y talvez en los dientes de hierro de la tentación y tribulación, una y otra vez, hasta quedar peinado, dividido y apartado entre sí uno de otro; quitada toda inútil y dañosa unión y apegamiento; despidiendo toda paja

y arista, hasta que, suave y blando, se deja hilar, unir y adelgazar con aquella unión y igualdad, que lo hace fuerte como el cordel doblado en tres, difícil de romper, porque uniéndose con Dios por amor y caridad, se une con sus prójimos en el mismo Dios, y consigo misma, amándose ordenadamente.

Más aún, después sufre y espera ser más y más purificada, y así sufre los ardores del sol, y los rigores del sereno, las pruebas del fuego y el frío, los rigores del verano y del invierno, del estío y otoño, porque muchos tiempos se mudan sobre él; mas en todo tiempo camina a purificarse, y a ser apto para la mesa de su Señor, teniendo su alabanza siempre en la boca y bendiciéndolo en todo tiempo, se ha de dar todo por El todo, y no quedar nada que no se dé por el amor y dilección del altísimo Dios.

¡Oh, si vieras aquel amenísimo huerto y paraíso del Espíritu Santo¡ ¡Oh, si gustaras aquella clara, hermosa y vivífica fuente que alegra la ciudad de Dios, y el reino de los cielos: aquella pura, dulce, y cristalina fuente de aguas vivas! ¡Cuán dulce, cuán hermosa, cuán limpia! ¡Oh, si vieras cuáles flores tienen este paraíso, cuya hermosura, gracia y suavidad no vieron los ojos de la carne! ¡Oh, si percibieras sus fragancias, cómo correrías al olor de ellas! ¡Oh, si gustases sus frutos, cómo no gustarías más de las cosas terrenas! Dime, ¿no compraras con las cosas bajas las muy altas? ¿No quisieras pasar de esta sombra de muerte a la región de luz, y tierra de los vivos? ¿No querrás salir del cautiverio, y de buscar paja de las cosas humanas, a la libertad de los hijos de Dios? ¿No dejarás de trabajar en cocer ladrillos y adobes para los edificios de los que cruelmente quieren dominarte, y saldrás a sacrificar a tu Dios en el desierto, caminando a la tierra prometida? ¡Oh alma, cuán espaciosa y grande es la casa del Señor, y el lugar de su posición! No quieras ser como el topo, siempre en la tierra cavando, sepultado en ella. Levanta el vuelo, como águila generosa, a mirar a tu sol, en cuya luz examines tus tiernos polluelos.

AFECTO 49

ES INTERMINABLE EL CONOCIMIENTO PROPIO. LA VOLUNTAD PROPIA ES ABISMO DE TODOS LOS MALES. ESTO DESCONSUELA, PERO LA CONFIANZA EN EL SEÑOR INFUNDE ALIENTO.

Jesús y María me ayuden y enseñen a hacer la voluntad de Dios, como de todo corazón lo deseo.

En el cuadernillo pasado escribí algo de lo que Nuestro Señor me ha dado a conocer acerca del propio conocimiento. Mas me parece como uno que padece algún dolor agudo, que trabaja en querer explicar su dolor, y al cabo de haber dicho mucho, se queda con él tan entero como al principio; o como el que corriendo todo el día, al fin halla que no ha andado nada de su camino, y que trabajando toda la noche, al fin halla vacías las redes y nada ha cogido. Así puesta mi alma en un dilatadísimo campo, mirando a todas partes, se halla ser nada, nada por sí misma. La mano poderosa de Dios le dio ser, y éste está colgado del mismo Señor con más dependencia que la que tiene el cuerpo del alma para vivir; y más necesaria que la que tienen los ojos, de la luz, para ver cualquiera cosa. Y lo que más asusta y atemoriza, que la propia voluntad del hombre puede ir contra la voluntad del que así lo crió, y la mantiene y vivifica, y que lo hace como servir en sus iniquidades. Esto fácil se dice, mas no me parece que jamás se comprende, pues ¡oh alma mía, si sólo eres poderosa para la iniquidad, ¿de qué te puedes gloriar en la malicia? Puedes ofender e injuriar a Dios, sumo bien y todo bien, puedes apartarte de su amistad y gracia, puedes perder sus dones y misericordias, puedes echarte al infierno, ¿pues de qué te glorías? ¡Oh, cómo la humildad es una dulce y rendida conformidad con la voluntad de Dios; y es una justísima obediencia a su acertadísimo gobierno! ¡Oh, propia voluntad, abismo de todos los males!, ¿de qué se gloría quien te tiene, si eres un bruto desbocado, siempre tirando por des-

peñaderos infernales con tanta fuerza, que si el brazo poderoso y piadoso del Señor no nos ayudara, como Sodoma y Gomorra seríamos, y crecerían tanto los apetitos, pasiones y vicios, que sólo los consumiera fuego del cielo volviéndonos en ceniza? Pues, mísera y desdichada, si en ti tienes tan pestilenciales raíces, ¿cuál es tu lugar en la tierra? ¿Querrás sentarte con los príncipes y tener el solio de gloria y honor? No se comprara un esclavo que muchas veces hubiera sido traidor a su amor; pero sí se debía servir un amo que muchas veces hubiera perdonado a su esclavo. No se fiaría nada del que muchas veces ha mentido y hurtado; ni se apreciaría el vaso que de suyo siempre estuviera produciendo veneno, y tal veneno cual es el de la culpa, que al mismo Dios hecho hombre dio la muerte, y cruel muerte. El hombre puede hacer todos los males de culpas; mide, pues, hasta dónde puede llegar el abismo y horror de tu miseria. Así se halla el alma algunas veces en un abatimiento tan grande, que si tuviera en sí toda la fealdad que pueden ver los ojos, todo el hedor y asco que pueden percibir los sentidos, toda la amargura y disonancia, no llegara a la confusión que siente de sí, porque todos estos males pasaban en los sentidos, y Dios no aborrece al feo de rostro, al llagado, ni al pobre, etc. Mas aquello de poder ofender a Dios, de haberlo ofendido muchas veces, y de no saber si al presente el alma está en su gracia, es un motivo de humillación adonde no llega el discurso. Y ya que está en gracia, las continuas culpas en que se tropieza, pues esta escrito que el justo cae siete veces y los sentidos del hombre inclinados al mal desde su niñez, si para una culpa venial está prevenida la mayor de las penas temporales, que es la cárcel horrible del purgatorio, ¿qué mancha será esta? ¿Y qué tal tendrán al alma tantas manchas? ¿Cómo puede levantar la cabeza, ni alzar los ojos a mirar la alteza del cielo, cuando ha delinquido y pecado sobre el número de las arenas del mal; y cuando ha puesto aquella nube pesada y obscura para que no suba la oración?

¡Oh campo inmenso del propio desprecio! ¡Oh, si Dios no nos ayudara, poco menos que en el infierno habitaríamos ya, alma mía! ¡Oh, que al mejor sacrificio pueden comer las aves, antes que lo consuma el fuego de la caridad; y aun en su sacrificios hallará Dios de qué argüír al alma, cuando juzgue las justicias! ¡Oh, que la tierra se deshará como agua, y todos los que habitan en ella, si el Señor no confirma sus columnas! Decid pues al inicuo: no queráis hacer inicuamente, no queráis exaltar vuestras cabezas. ¡Oh, cómo es dulce la rectitud de Dios, y por esto todavía da ley a los que siempre están delinquiendo y pecando en el camino! Dulce es, pues no los desampara, ni desprecia sus ofrendas tan pobre y manchadas. Dulce es su rectitud, pues viendo que nunca aprendemos, siempre está enseñando. Y cuando, como ovejas que errando perecen, siempre nos descaminamos, siempre está poniendo ley en nuestros caminos, con voces, con pasos, con palabras y ejemplos.

¡Oh ánima mía éste es tu bien, tu Señor y tu Dios, tu poderoso refugio! No quieras, pues, habitar en esta casa tuya de tu lodo, y tu paja, que combatida de los cuatro vientos, por todos lados amenaza ruina. No quieras engreírte con aquella viña donde crecen tanto las ortigas y malezas, que no dan lugar al descanso, ni al gusto, pues esperando de ellas uvas, dan espinas; y langostas que destruyen los frutos que plantó su dueño. Y como en aquellos sembrados que diversas plagas los destruyen, el residuo del oruga come la langosta, y lo que ésta deja lo acaba el pulgón y el gorgojo.

¡Oh Señor Dios mío, que en los ángeles hallaste maldad, cuanto más en la tierra y lodo del corazón de carne, cuyos caminos aun a él mismo se esconden. ¿Y quién los puede saber, sino los clarísimos ojos de tu ciencia, a que todo está patente? ¡Oh Dios, que no son tus ojos como los ojos de la carne, ni ves Tú como ven los hombres! ¡Oh, que no son tus días como los días de los hombres que tienen por día lo que resplandece de fuera! Ni tus años son como los tiempos

humanos, que sólo ven lo presente, mas no alcanzan de a dónde viene el espíritu ni a dónde va, porque hay unos caminos que le parecen al hombre apacibles, mas su fin es la muerte. ¡Oh, cómo son ignorantes y necios en sus pasos los hijos de los hombres!

Pues, Señor Dios mío, único consuelo del pobre, ¿qué tengo que alegar en tus oídos, si no es mi suma pobreza y el abismo de mi miseria? Con grande consuelo mío, pues sé que el Señor es hecho refugio del pobre y su ayudador en la oportunidad de su tribulación; y como siempre sea pobrecilla, vil, mísera y atribulada de mis propias pasiones y males, siempre, Señor grande y Dios inmenso, es tiempo oportuno para ayudarme con tu inmensa piedad, porque tu corazón piadosísimo considera el trabajo y el dolor para traer en tus manos al tullido, cojo y manco, pobrecillo que no tiene más riqueza que las de tu inmensa piedad.

Así siento que mi corazón se deshace en medio de mis entrañas, de consuelo, considerando esta suma pobreza y miseria mía, y poniéndome con la consideración y afecto en el último lugar del muladar más desechado. Allí estoy contenta y con descanso, considerando que allí, piadosos, me miran los ojos de mi Señor. ¡Oh ánima mía, siéntate aquí solitaria de todo bien propio, que este es tu propio lugar, y el grado tuyo entre todas las criaturas, y aquí calla, no teniendo palabras en tu boca, que fácil es a los ojos que te ven, del Señor piadoso, de repente enriquecer al pobre, y levantarte a ti sobre ti, que eres contemptible, pobre y despreciable. Mas este levantarte será haciendo que no te pise el pie de la soberbia abominable y y vil, y que no se levanten tus ojos en vanidad, antes estando en sí humillados cuando miran a lo excelso, te venga la vida y la misericordia. No se levante tu corazón, porque no se aleje de él, el Señor y su misericordia.

AFECTO 50

REPRESENTACION DE QUE EN SU AMORTECIMIENTO, UNIENDOSELE DIOS, LA VIVIFICARA. ADORA LA JUSTICIA DIVINA, EJERCITADA EN SU HUMILLACION Y DESPRECIO.

Así hoy, estando como sumida en mis miserias y poco poder para nada, habiendo recebido a Nuestro Señor Sacramentado, me vi a mí misma muerta y echada en el suelo, mas de un modo que me admiró. Porque era el cuerpo como de un niño pequeño, flaco y consumido, y que le ponían en la cabeza una guirnalda de flores ordinarias. Mas haciéndome esto novedad, me parece entendí que cuando llegara a morir del todo a mí misma, aniquilarme y deshacerme, el Señor mío se llegaría a mí y se estrecharía a unir su corazón con mi corazón, sus manos y pies, etc., y que así me vivificaría, y daría de su Santo Espíritu, y viviría en mi Dios la vida que tanto deseaba, que es no tener nada mío.

Mas acordándome que hoy es día de Santa Marta, a quien yo amo mucho por lo que servía a Nuestro Señor, pensaba conmigo misma: ¡Dios mío, hoy era día de que en mi pobrísimo corazón y alma te previniera a buscar algún regalo, y te hospedara en él, pues como me veo en tanta pobreza, inhabilidad, y imposibilidad para todo, etc. Entendí como si dijera: no sabes que María, estando a los pies del Señor, escogió la mejor parte, y casi sin acción propia era apacentada de El; y no sabes cómo apacienta el Señor quien recibe sus misericordias, y que éstas hallan lugar en el corazón vacío de toda estimación, amor y afecto propio; y cuanto más vacía estuviere de sí misma el alma, tanto más abundará el óleo de mi gracia y misericordia; y que el apacentarme a mí, es apacentarse de mí, porque mi noble condición es dar y enriquecer, y que esto lo hago con inefable gusto, etc.

También entendí no mostraba Nuestro Señor a mi

alma algunos bienes que ponía en ella, porque me sería de confusión y congoja; y que así, su infinita piedad me consolaba con mostrarme pobre, desnuda y arrojada en la tierra, que es lo que de mí tengo, y en el lugar que descansa mi ruin corazón, con tal que sus ojos misericordiosos miren mi suma necesidad y pobreza, y siempre me la hagan ver y conocer sin desagrado suyo. No quiero yo, Dios mío, parte de herencia fuera de tu casa, aunque sean las mayores riquezas, gracias y dones. Sean éstos para mis hermanos y criaturas vuéstras, sin apartarlos de vos Dios mío, que ya entonces no fueran dones sino castigo. Mas a mí, Dios mío, sólo me basta, me consuela, y llena de gusto, paz y gloria, el que tus piadosos ojos vean mi pobreza, necesidad y miseria.

Señor Dios mío, en mi humillación, dolor y desprecio, adoro y venero tu piadosa justicia; amo y me alegro de tu santísima equidad, una con tu misericordia; deseo y apetezco tu agrado en tu criatura; busco la mayor firmeza de mi camino para llegar a Ti; codicio y apetezco andar por las sendas que tu Santísimo Hijo y Señor mío, y su Madre Santísima, nos enseñaron. Andando por ellas, y en su seguimiento, tantos santos y justos amigos tuyos, así aportaron a la patria, y lo que más es, así te dieron gusto y gloria. Bueno es para mí que me humilles para que aprenda tus justificaciones. Justo eres Señor, y recto tu juicio en que padezca en todas las cosas quien en todas te ha ofendido, y en tu rectitud resplandece tu dulzura pues das penas temporales a quien las merecía eternas. De esta tu justicia también, mi Dios, me alegro por los días que nos humillastes, y por los años en que vi los males. Esta tu ley santa es para mí mejor que la plata y que el oro.

No debo amar menos el atributo de tu justicia que el de tu misericordia; mas mira, oh Rey de Israel, fuerte y poderoso, que no estés airado contra un perro muerto, ni persigas la paja seca. No muestres tu furor contra una pulga, ni quieras herir el heno despreciable y vil, porque si Tú, Señor y rey grande, ob-

servaras mis iniquidades, ¿quién, Señor, había de sustentar el peso de tu justo enojo? Mira mi Señor, mi Dios y mi bien, que no te confesará el infierno con confesión de amor, ni te alabará la muerte del pecador, pues no la quieres. Mírame, y ten misericordia de mí, pues desde la cabeza hasta los pies no hay en mí sanidad, ni hay quien cure mis llagas, ni mis heridas: no hay medicinas, ni vendas con qué atarlas. Toda llaga y dolor me ha cercado: desde la piel a los huesos enfermaron, y descaecieron.

Arrojada y caída en el camino, no hay quien pueda ni quiera llevarme, ni levantarme. No sé otra cosa que mi enfermedad y flaqueza. Sólo me han quedado los labios para pedirte misericordia. Mírame, pues sólo tus ojos clarísimos penetran lo profundo de mis llagas, y la gravedad de mi dolor. Ten misericordia de mí, al paso que sabes mi enfermedad, porque pobre y sola soy, y me parece que soy única en estar tan llagada, pobre y desnuda. Mas Tú, mi Dios, que eres rico en misericordia para todos los que te llaman, haz misericordia conmigo, no desechándome de tu gracia y amor. Dadme la señal de tus escogidos en aquella atadura de la caridad y del padecer, que esté en todos mis sentidos como en las ventanas de mi casa, para que no suba por ellas la muerte, y me perdones, aunque como mujercilla mala aparte de Ti mi corazón para otros amadores. Ahora me vuelvo a Ti, Dios mío, recíbeme, y oiga yo de tu piedad: "Oh mujer, habemos contigo misericordia."

Justo es mi Dios que padezca y que esté siempre humillada, y esta tu justicia ayudará con tu divina gracia en cuanto alcancen mis fuerzas, amando por tu justicia la disciplina, el dolor y el castigo, el desprecio y la mortificación; pues teniendo piedad con el impío, no le aprehenderá la justicia; y pues estoy puesta como contraria a Ti con mis pasiones y vicios, que sólo son mis enemigos, perseguiré a mí misma como enemiga, y conociéndome, no me volveré hasta

que descaezcan mis contrarios. Pelearé las peleas de mi Señor, y el Señor será conmigo, para que, en cayendo y pasando las tinieblas, al amanecer vea su gloria y la salud que ha hecho de nuestros enemigos, alegrándonos en sus despojos, y cantando al Señor en las riberas, pasado ya el mar turbulento. Cantemos al Señor, que gloriosamente se ha magnificado, haciendo anegar al caballo y al caballero en el mar en que pensaba hundirnos y comprehendernos, para llevarnos cautivos a las tinieblas.

AFECTO 51

OBRAS BUENAS MENOSCABADAS CON VANOS AFECTOS. SUJECION AL DIRECTOR, AUNQUE SE RECIBAN ILUMINACIONES CELESTIALES. PIDE SER DESPRECIADA Y OLVIDADA, AUNQUE SU LOCURA NO APRECIE TAN INMENSOS BENEFICIOS DIVINOS.

En una ocasión en que procuraba ocupar el tiempo en ejercicios espirituales, y traía a mi parecer mucho cuidado conmigo misma, me vi un día que estaba haciendo labor con mis manos, con afán y cuidado, y que junto a mí estaban tres viejecitas, astutas y maliciosas, y que parecían flacas y de una traza ridícula, y que con maña y cautela iban hurtando y desbaratando algo de lo que yo trabajaba. No me acuerdo qué entendí entonces que eran. Ahora pienso serían algunas pasiones o vicios, y veo que nuestras obras siempre, o a lo menos las mías, más llevan de faltas que de bondad; y cómo, por dejarnos llevar de nuestros afectos vanos, perdemos el trabajo que nos cuesta el hacer bien. Mas verdaderamente, si el Señor no guarda la ciudad, vanamente vela el que la guarda.

En otra ocasión en que me parecía arder mi alma y deshacerse con deseos de llegarse a su Dios y ejercitar las virtudes, me parecía salir de mi corazón una como corriente de perlas muy preciosas; mas entre ellas me parecía andar una como sabandija, muy pequeña, que conocía podía hacer mucho daño. Entonces

lo tuve por disparate; mas ahora he conocido guió Nuestro Señor que entendiera cuánto mal hace en el alma cualquier afecto por pequeño que sea, desordenado: y que esté siempre humillada, viendo lo que llevo de mí, y que cada instante me llegue más y más a mi Señor, viendo que El sólo puede limpiar mi corazón, y librarlo de sus desordenadas pasiones.

Este día de mi padre san Ignacio, habiendo comulgado, me parecía andar mi alma por un espacio como infinito, en su Dios, alejándose más y más de sí misma, y conocía o sentía que cuanto más de mí me alejara, tanto entraría en mayores riquezas, paz, hartura y sosiego; y tanto me hallaría lejos de mayores males. Todo este día me parecía estar como cercada o metida en el espíritu del santo padre, que estaba todo lleno de Dios; y este día recebí una grande consolación de Nuestro Señor en mi alma, mostrándome a mi confesor dentro de aquella misma luz y amor, con borla y muceta blanca, como he visto pintados a los doctores; y con indecible consuelo, me parecía estar yo debajo su pie como un gusanito, entendiendo, con el rendimiento, humildad y sujeción que debo, llegar a sus pies para ser enseñada en el nombre de Dios, humillada y mortificada, etc., y cuánto debo agradecer a mi Dios y Señor este grande beneficio, y aprovechar el tiempo en que me lo concede. Y esto entendí darme a conocer Nuestro Señor para desvanecer en mi alma las tinieblas y lazos con que el enemigo ha procurado apartarme de su enseñanza y sujeción, de su parecer y consejos; lo cual ha procurado por varios caminos, con que grandemente ha afligido mi alma, casi desde los primeros años. Entendí también que no por recebir luz de Nuestro Señor, había de apartarme de sus enseñanzas, antes estar siempre con mayor sujeción, etc.

He conocido también la gran falta que tengo de agradecimiento a los grandes beneficios de Dios, y en particular éste, y en apartarme siempre de las criaturas en que se encierran innumerables bienes y otros muchos beneficios que he conocido, y todos hechos

a una pobrecita despreciable y vil cual soy yo. ¡Oh mar inmenso de la divina bondad, que desde tu inmensa altura miras al pobre gusanito despreciado! ¡Oh gran señor, cuyo oro inestimable se compra o se da de balde por lo que tanto abunda en la tierra, por los desprecios, dolores y olvido de las criaturas! ¡Oh bien y amor, Dios inmenso, bondad y clemencia inefable, no me neguéis esta riquísima herencia y posesión de ser siempre despreciada, olvidada y trabajada en la tierra, aunque mi locura y ceguedad no sepa apreciar estos tesoros y beneficios vuéstros. ¡Liberalísimo Dios y amor de mi Corazón! ¡Oh Padre de amor, cómo han de poder tus piadosas entrañas dar las piedras duras y secas al hijo que pide el pan de tu gracia y amor! ¡Cómo, Dios mío, ha de sufrir vuestro amorosísimo corazón dar bienes de este camino o destierro al que desea llegar a la patria! Antes, cuando vuestros pequeñuelos hijos, con ignorancia o engaño, desean o piden el áspid o escorpión de algún bien terreno, vos Señor mío, se lo negaréis, y antes les pondréis en la mano el manjar substancial que los haga vivir y crecer en vuestra gracia, aunque venga entre la corteza de los trabajos.

AFECTO 52

MODO DE HUMILLARSE, CONTRAPONIENDO LOS ATRIBUTOS DE DIOS A LAS MISERIAS PROPIAS. CUANTO DAÑO HACEN LOS DEFECTOS, AUN LEVES.

También he conocido un modo de humillarme y aniquilarme en la presencia de Dios, por la consideración de sus atributos, su infinita grandeza y mi suma poquedad, pequeñez y miseria; su altísima majestad y mi ser contemptible y vil; su profundísima sabiduría y mi ciega ignorancia; su omnipotencia y mi gran flaqueza; su inefable bondad y mi infinita malicia; su inmutabilidad y mi grande inconstancia; su eterno y inmenso ser, y mi nada, etc. Y así conozco cómo los que viven en Dios tienen todos los bienes, y

los que en sí mismos, todos los males. Salir de sí para vivir en su Dios y altísimo centro, es salir de la región de muerte y horror, y pasarse a la región de luz, de vida y paz, de riqueza y consuelo. Amar a Dios es amar al bien, y amarse a sí misma es amar el mal. Esperar en sí bienes, es querer que un pozo de cieno produzca esmeraldas y diamantes; y no esperar en Dios, es querer que el sol no dé su luz, que el agua no refrigere, que la vida no anime, que el fuego no caliente, etc.

También conocí podía discurrir por la abominación y fealdad de los vicios, para humillarme y confundirme, conociendo que todos pueden nacer, vivir y crecer en el alma, si Dios aparta su mano; y ver cuánta es su abominación y fealdad, cuán aborrecidos son de Dios los soberbios, cuán confundidos y humillados; cuán miserable, llena de ahogos y penas, la avaricia, la lujuria, gula, ira, pereza, envidia. ¿Quién podrá conocer a cuánta fealdad y vileza, a cuánto horror y mal pueden traer al alma, si Dios no la libra, defiende y ayuda? Pues, ¿cómo se puede estimar quien siempre da de sí tanta fealdad, tan mal olor, lepra tan pestilencial? ¿Y cómo puede envanecerse quien siempre anda a la orilla, con riesgo de caer en abismos tan profundos, quien siempre trae la espada a la garganta? Si basta para quedar uno afrentado para toda la vida, haber sido azotado o ensambenitado ¿cómo alza la cabeza quien tantas veces ha traído el sambenito de la culpa, y cargado su afrenta, a vista de Dios y de los ángeles y santos?

Mis cicatrices se pudrieron y corrompieron, a causa de mi ignorancia. Miserable soy hecho y caído hasta el fin, y todo el día ando ensombrecido porque he entrado en una contristación y confusión continua, porque siempre está contra mí la culpa, y como una carga grave se ha agravado sobre mi cabeza, y me hace andar temblando sin hallar reposo en toda la tierra. No hay sanidad en mi carne, ni paz en mis huesos a vista del furor de tu ira que se descubre en la abominación de mi culpa. ¿Qué haré yo, miserable,

o a dónde huiré, sino a Ti, Dios mío, que sólo puedes librarme, aunque sea escondiéndome en el infierno, mientras pasa tu furor, donde pueda acongojarme por mis culpas, pues es menos mal el infierno de penas?

Cuánto mal hacen a la alma aun los defectos leves e imperfecciones, lo conocí, poniéndose a los ojos de mi alma un cuerpo todo lleno de lobanillos, que lo afeaban mucho en extremo. Y ¿quién es el que puede guardarse en todo para no caer en fealdades del alma? ¿Y quién es el que puede dar descanso con el sueño a sus ojos o que dormiten sus párpados, hasta que halle el lugar del Señor, donde estará siempre el alma sin arrugas ni manchas? Y mientras anda trabajando en su camino y peregrinación, lave cada noche su lecho; y riegue cada día su estrado con lágrimas de contrición, amor y dolor, para que pueda llegar limpia cada hora a su Señor y esposo. Pues siete veces al día cae aun el justo, siete veces siete le alabe cada día, confesando la grandeza de su misericordia y piedad, y la vileza propia. Pues no puede conocer ni numerar cuántas faltas y defectos comete en cada obra, no ponga tasa ni medida al humillarse y abatirse en cada hora y ocasión. Y cuanto más son continuas sus enfermedades, más se llegue a su médico y remedio; cuanto mayor su frío y ceguedad, más se llegue al fuego y a la luz.

AFECTO 53

PINTURA DE LAS MISERIAS QUE CERCAN AL ALMA Y CUERPO. ATERRADA, SE ACOGE AL UNICO REFUGIO, CON FERVIENTES ANSIAS.

¡Las muchas miserias que cercan en este destierro al cuerpo y al alma! ¡Cuántas ignorancias en el entendimiento, cuántos desórdenes en la voluntad, cuántas memorias que afligen, cuántos olvidos que se padecen, cuántas mudanzas tiene el corazón, cuántos dolores y enfermedades el cuerpo, cuántas cosas se pa-

decen del cielo, cuántas de la tierra, cuántas de los elementos, cuántas de las criaturas racionales, y cuántas de las irracionales, hasta de las más viles! ¡Cuántas tentaciones y lazos arman los espíritus malos que no cesan de perseguir día y noche, sin tener otro estudio y oficio, con lazos encubiertos, con temores y espantos, con fuerzas y violencias! ¡Cuánta y cuán porfiada guerra dan las pasiones; cuánto aflige y come al alma la tristeza; cuánto la hace caer, como la carcoma al madero; cuánto la arriesga y distrae la alegría! Pues está escrito: A la risa reputé por error, y al gozo dije: ¿por qué vanamente me engañas? Pues, ¡cómo oprime la esperanza en tanto que llega lo que se desea, y apenas ha llegado, cuando trae consigo el temor que está dando siempre cordeles al corazón humano, y haciéndole gustar los males antes que lleguen! Pues ¿qué mar hay tan alterado de varios y furiosos vientos como el corazón humano? ¿Qué mercenario así trabaja día y noche, en el día esperando las tinieblas, y en la noche previniéndose al trabajo?; ¿y qué tiene el hombre de todo lo que trabaja debajo del sol, aunque diera rienda a su corazón y deseo, y pudiera conseguir cuanto apetece?; tan vano, tan vacío se había de hallar al fin como al principio. Pues ¿cómo puede envanecerse un cautivo entre tantos grillos, un desterrado entre tantas tinieblas, un ganapán que con ficción de su espíritu y sudor de su rostro trabaja siempre debajo del sol? Un soldado forzado a la pelea que siempre está puesto a la batalla, sin que se halle tiempo de paz sobre la tierra, ¿en qué puede tener seguridad, ni aclamar victoria entre tantos enemigos que de todas partes lo combaten y acechan? ¿Qué hay dentro ni fuera, sino voces y estruendos de guerra que continuamente están tocando alarma? Pues ¿cómo puede levantar cabeza quien no ha desembarcado de este mar, donde tantas tormentas y olas combaten, donde tantos enemigos acechan, donde tantos escollos se encuentran? ¿Quién se podrá guardar en todo, quién sabe a dónde le espera la traición, dónde le arman el lazo, dónde encuentra el peligro?

¿Quién puede saber si en el bocado más dulce está encubierto el veneno? ¿Qué es el hombre, o quién es, que a sí mismo se ignora, y él es la causa de sus mayores ruinas? ¿Cuántas veces llora por lo que debía reír; y cuántas ríe y se goza de lo que debía llorar? ¿Cuántas veces ama y desea lo que debía temer, y cuántas teme y se angustia de lo que debía desear? ¿Qué caminante hay que no lleve fijo el fin de su jornada, y caminando sabe el fin que lleva? Mas en el camino de la vida a la muerte, todo lo ignora el hombre: no sabe qué fin tendrá su camino, ni cuál ni cuándo; ni sabe qué jornada hará mañana, ni aun la que hace hoy, sabe a dónde se termina. ¿Qué negociante hay que ignore los géneros de que carga su nave o llena su tienda? Mas el hombre todo se ignora, y no sabe si esconde en su seno la muerte; pues ¿en qué puede esperar el alma, si no es en el sabio médico que cura sus enfermedades, en el fuerte capitán que la defiende en su guerra, en el sabio piloto que gobierna su nave, en el que es luz de sus tinieblas, guía de sus caminos, y vida de su alma? ¿Qué tiene en qué confiar, si es ciega, coja y manca para lo bueno? ¿Por qué no se fía en la Providencia sólo de su Padre Celestial, que tiene contados los cabellos de su cabeza y sabe, mejor que Salomón, vestir de hermosura aun a los lirios del campo?

¿No ve cuántas veces, quizá por alguna secreta y vana confianza, ha sembrado mucho y cogido poco, y aun esperando uvas, ha hallado espinas? ¿Cuántas, comiendo se ha quedado hambrienta, y bebiendo se ha hallado sedienta? ¿Cuántas, caminando el día y la noche, al fin se halla al principio de su jornada? ¿Cuántas se halla como coja y tullida para el bien, ignorando el principio y causa de su mal? ¿Cuántas veces se halla turbada y llena de temor sin saber la causa, el remedio, ni el fin de su trabajo? Pues ¿cómo puede dejar de sujetarse, humillarse y rendirse al divino gobierno, y cómo puede amarse o amar su destierro? Cuando anda entre tantos precipicios ¿de qué ha de ensoberbecerse, de qué ha de erguirse, pues no

sabe ni a dónde pone el pie, ni lo que lleva a cuestas, ni qué ha perdido, ni lo que ha ganado? Así pues, alma mía, está humilde, sujeta y deshecha en tu estimación; cuando compras, como si no compraras; cuando te parece que tienes, como si no poseyeras; cuando te alegras, como si no te alegraras. Sólo sea tu verdadero y firme gozo el Señor, tu herencia y posesión; y sólo estima su clara y alta ciencia con que examinará a Jerusalén con candelas; y cuando pase la figura de este mundo, tomará tiempo en que juzgue las justicias.

¿Quién, pues, Dios mío, es mi refugio en el día de mi tribulación? ¿Quién puede hacer que la estéril se alegre, y que de ella naciera la alegría y la risa? ¿Quién puede hacer que se llame y sea descanso el que nació para labrar la tierra? ¿Quién es el arca donde se guarecen los pobres jumentillos cuando se anega la tierra en tribulaciones? ¿Quién es, sino Vos, aquel cercado fortísimo, y aquella piedra en cuyas aberturas se guarece la pobre tortolita que sólo sabe lamentarse? ¿Quién, sino Vos, Dios mío, el que con la saliva sabe dar vista a los ciegos? ¿Quién, sino Vos, el protector de mi vida, el muro de mi defensa? Pues ¿a quién he de temer, o de quién habré miedo, si Vos sois aquel Señor que mientras más dais, más crecen vuestros tesoros; aquella luz que más resplandece en las tinieblas; aquel río caudaloso que a la tierra sedienta más se comunica; aquel poderoso amor que, arrebatando todas las fuerzas del alma, le dais, con vuéstro incendio, nuevo ser y vida? ¡Oh Dios!, ¡oh amor!, ¡oh centro! Dadme, Dios mío, alas como a paloma para alejarme y huir de mí misma, de toda propia confianza, de toda propia estimación y amor. Sacadme de esta tierra y de este barro, Dios mío, esperanza mía; sacadme de esta prisión, de estos grillos, de estas sombras y cadenas. Venid ya, venid, Redentor mío, libertador de los que entran en las penas y en las tinieblas, para que corra saliendo de mí como de centro de todos los males, alejándome y huyendo

y descansando sólo en vos, mi amada y apacible soledad, centro de todos los bienes, campo de mis riquísimos tesoros.

Mas no me dejes, Dios mío, volver a mi tierra, llorando sola y sin mi bien y mi descanso. No me enviéis al destierro, que soy yo misma; no me entreguéis a los que me calumnian, que son mis vanos deseos y propiedades; no me desamparéis, Dios de mi salud, por que no quede caída y llagada en el camino, y lo que es mayor mal despojada de Vos, mi rico tesoro, pobre y desnuda. Y ya que queráis, Dios mío, ausentarte, llévate Señor con Vos el corazón que me disteis. No lo quiero sin Vos, Dios mío, no lo quiero, que sin Vos sólo me sirve de martirio, de riesgo y horror; y dejadme vuestro amor. Mas, ¡ay Dios mío!, ¿cómo se ha de hacer esta ausencia? No Señor, no Señor, mejor es que me quitéis la vida, y mil vidas que fueran, antes que apartarme de Vos. Apartadme de mí, que soy mi mal, y llevadme con Vos, que sois mi bien, mi vida y mi descanso.

AFECTO 54

PUES NO SABES LO QUE CONDUCE A LA VIDA ETERNA, CONTENTATE CON TU HUMILLACION Y DOLOR; SI ES LO QUE DIOS DISPONE PARA TAN CORTO TIEMPO, CUALQUIER COSA TE BASTA.

¿Para qué es necesario, alma mía, querer cosas mayores que tu humillación y pobreza?, pues eres ignorante y no sabes lo que te está bien en el día de tu peregrinación, que como sombra se la ha de llevar el viento. Para tan corto tiempo, cualquiera cosa te basta, pasa como pudieres. Mira que es mejor el corazón del sabio donde hay tristeza, que el corazón estulto con alegría; pues son las alegrías humanas como el sonido de las espinas que se queman y no valen para dar calor ni sazonar el manjar. No quieras alegrarte cuando debes llorar tu destierro, tu pobreza y tus riesgos, las pérdidas en que has incu-

rrido. Mas llora con llanto la ausencia de su amor, siendo como el varón que ve su pobreza y no callan las niñas de sus ojos, lejos de su patria y su descanso. Llora como la tórtola por tu amado consorte, para que oyendo el Señor tu voz desde Sión, bendiga con bendición a la viuda, y sus pobrecillos suspiros y afectos sean satisfechos del pan de su gracia y amor. Y pues no sabes qué conduce para tu vida eterna, no desees lo que ignoras, ama lo que sabes que te es justo y debido, esto es: el llanto, el desprecio y dolor, pues vives desterrado y eres miserable. No mires al sol de la prosperidad y alabanza humana, cuando parece que nace con resplandores; ni a la luna cuando está llena, porque no te entristezcas, con poco fruto y con mucha pérdida, cuando venga la sombra y la menguante. Está y permanece en lo bajo para que no caigas, antes subas, cuando venga tu mudanza de la vida temporal a la eterna, sabiendo que será presta y veloz tu deposición de este tabernáculo de tierra al que esperas por Cristo en el cielo.

No apremies los sentimientos del corazón sensible, pues engañan sus aprecios, y talvez el corazón del sabio que debía alegrarse, y tiene causas de verdadero gozo, está triste, porque no sabe la rica posesión que tiene en su Dios, la herencia de la gloria que le espera, ni los tesoros de gracia que le enriquecen. Y el corazón del estulto tiene alegría, porque no sabe la carga de infelicidad que le oprime, la vara de la indignación de Dios que le amenaza, el abismo del infierno que le espera; y se ríe de lo que debía llorar, y de lo que le lleva a su perdición y a su precipicio. Y el justo, que es el sabio, talvez llora lo que debía reír.

AFECTO 55

EN EL ALMA MALEVOLA NO ENTRARA LA SABIDURIA COMPENDIA ALTAMENTE PARTE DEL SALMO CXVIII.

Mandaba Dios en el *Exodo* que el jumento que se acercara al monte donde estaba con Moisés, fuese apedreado. Todo pecado, por mínimo que sea, es como un jumento inmundo, si quiere acercarse al monte de la contemplación. *Cave,* mira no se acerque a ti, y si se allegare con gemidos, como con piedras le tira, y mátalo con la espada de la compunción. Porque la *Sabiduría* dice: en el alma malévola no entrará la sabiduría, ni habitará en el que está sujeto al estado. Y en el salmo: no habitará cerca de ti el malo, ni permanecerá el injusto ante tus ojos. Cualquiera pecado es peso, *pondus sicut onus grave.* La contemplación del sumo bien es vuelo, cualquiera peso de culpa te ha de agravar, alma mía, para que no vueles libremente a tu seno.

No tienes pues que dudar, que el camino para ir a Dios y unirte con El es la limpieza. A esto se han de encaminar tus suspiros, tus ansias y anhelos. Lávate una y muchas veces en las fuentes del Salvador, esto es, los sacramentos, y renueva en cada respiración, el dolor y la contrición de tus culpas, y cogerás aguas con gozo, y serás, aun en el camino, bienaventurada, si anduvieres en la ley del Señor. La ley del Señor es inmaculada: *Beati immaculati in via qui ambulant in lege Domini* (1).

Te confesaré a ti, oh sumo bien y Dios mío, en la dirección del corazón, en aquellas cosas en que aprendí los juicios de tu justicia. Entonces dirige rectamente el corazón a Dios, cuando, conforme al juicio de la justicia, se atribuye, conoce y confiesa todo el bien al sumo bien, fuente y origen del bien, luz de la luz, y fuente de la luz. Y a los rayos clarísimos de su res-

(1) Ps., 118, 1.

plandor, conoce el alma su propia nada y lo que de sí tiene, que es sólo mentira y pecado. Dios es purísima verdad, y así infinitamente le es contraria y aborrecible la soberbia, que es mentira en el entendimiento, y desorden, y injustia en la voluntad. Pues atiende, alma mía: tanto te llegarás a la suma verdad, que es el sumo bien, cuanto te alejares de la mentira, que es la soberbia; tanto te estrecharás con la suma justicia y equidad, cuanto aborrecieres la injusticia y maldad. En la luz verás la luz, y las tinieblas no te comprehenderán. Allégate, pues, a la luz para ser hija de la luz, y aprende el verdadero juicio de las cosas en la justificación de tu Dios, para que así tu confesión sea de todo corazón, recta, limpia, y entera. Llégate al sumo bien: *mihi autem adhærere Deo bonum est* (1).

Tus justificaciones, oh Dios y Señor, guardaré. No me desampares ni me dejes apartar de Ti, hasta cuando se envejezcan mis descaminos, pues ¿en qué corregirá el que es principiante en seguir tu rectitud, en qué corregirá su camino, con qué enderezará sus pasos, que cada instante recalcitra y va a caer, sino en guardar tus justificaciones? ¡Oh Dios, justo Juez, fuerte y paciente! *Numquid irascitur per singulos dies?* (2). Oh alma mía, *nisi conversi fueritis* (3), si no enderezares tus pasos a seguir sus justificaciones, librará la espada y el cuchillo, tenderá su arco y lo preparará, y en él pondrá porciones de muerte y enviará sus saetas de fuego. Mira, pues, cuánto te importa allegarte cada día más y más al Señor con el conocimiento de tu vileza, ignorancia y malicia, para que de tantos males te sane el que sólo es poderoso para levantar del estiércol al caído, para alumbrar los ojos del ciego, para refrenar la voluntad que no corra tras el mal, y espolearla, y despertarla al bien. Oye, y guarda sus palabras, pues en ellas *co-*

(1) Ps., 72, 28.
(2) Ps., 7, 12.
(3) Ps., 7, 13.

rrigit adolescentior viam suam (1). Búscalo en todo tu corazón para que no te arroje de sí, dejándote ir tras tus quereres, y apartar del camino de sus mandamientos. Pídele una y muchas veces te ate a sí con las cuerdas de su amor, y te clave con su santo temor. *Confige timore tuo carnes meas: a judiciis enim tuis timui* (2). ¡Oh, cuán bueno es para ti, alma mía, allegarte a tu Dios! Mira que los soberbios serán fuertemente increpados, deshechos y aniquilados; caerán en los lazos que pusieron, y serán hundidos en las hoyas que hicieron. Su dolor se convertirá en su cabeza de ellos, y de allí descenderá a cubrirlos todos su iniquidad. Mira que todo se dice suyo: su cabeza, su dolor, su iniquidad, porque su perdición nació de ellos, sus partos son injusticias, conciben dolores y paren iniquidades. Que quiere decir que el gusano podrido, que el hombre asqueroso, concebido en pecado, nacido hijo de ira, obrador de maldades, carne que se corrompe, y carne inmunda, polvo cuya ignominia, masa de corrupción y de asco, porque no corrompa el aire, se ha de esconder debajo de la tierra, en muriendo, y va volando a este fin. Que quiere decir que se oponga a su Criador y Señor Dios, inmortal, inmenso, omnipotente. Esta es la suma ignorancia, opuesta a la luz de la inmensa claridad y sabiduría. Esta soberbia del hombre es la abominable mentira, opuesta a la suma verdad. Esta soberbia del hombre es la injusticia más opuesta a la suma rectitud y santidad. Esta es la locura más insana y fatua, opuesta al saber inmenso, inmutable y sin sombras del sol de justicia, cuya luz, luégo que raya en el alma, empieza a descubrir la nada de la criatura, y hasta los más mínimos átomos de sus defectos. Y como va creciendo y alumbrando más y más las regiones del alma, así más y más va descubriendo la vileza y nada de la criatura, sus imperfecciones, manchas y defectos, etc. Pues para no quedar en tan

(1) Ps., 118, 9.
(2) Ps., 118, 120.

tristes y pesadas tinieblas, bueno es, alma mía, allegarte más y más al Señor, y serás iluminada más y más.

¿In quo corrigit adolescentior viam suam?: in custodiendo sermones tuos (1). Así, alma mía, te has de llegar al Señor, conociéndote para aborrecerte, que es corregir tus caminos, y conociéndolo para amarlo, que es guardar sus palabras, cumplir sus mandatos.

Los caminos de amarte porque te ignoras, te llevan a tristes y horrorosos precipicios. Porque, si no conoces tu ceguedad y las nubes que pone a tus ojos el amor propio, ¿cómo has de corregir tus caminos, temer ni cautelarte de tus pasos? Si no ves tu flaqueza y debilidad, ¿cómo no estarás fiada en tus pies de barro, y levantarás en tu corazón y fantasía aquella estatua que sea estrago a los impulsos y leve toque de una pequeñita piedra?

EXPOSICION MISTICA DEL SALMO I, BEATUS VIR (2)

Bienaventurado el varón que no va en el consejo o concilio de los impíos. Conocía llamarse impíos los malos consejeros, porque faltan a la piedad que deben a Dios como a su Padre. Donde dice el Señor: si yo soy tu Padre, ¿dónde está el amor que se me debe? Son impíos con sus hermanos, induciéndolos al mal con blandas palabras, como se dice en un salmo: Blandas son sus palabras como el óleo, mas ellas son cuchillo, veneno son sus lenguas, y veneno que se pega y cunde como el aceite, y entra como la maldición hasta lo más intenso de los huesos. Matan las ánimas de sus hermanos y juntamente las suyas, muriendo con el cuchillo que matan, y siendo impíos también para consigo mismos.

Donde verás, que al *ir,* se sigue el *estar* en el camino de los pecadores, y al estar, el *sentarse* en la

(1) Ps., 118, 9.

(2) Los títulos de estos *Afectos* los dictó el R. Padre Fray Francisco Antonio Merchán, Provincial, etc., de Religiosos Franciscanos. (Nota del copista.)

cátedra de la pestilencia y maldad, enseñando el mal el que lo aprendió, llamando así un abismo a otro abismo, y guiando un ciego a otro ciego hasta dar en la hoya del infierno, y mira la pena correspondiente a la culpa. No se levantará el impío en el juicio cuando fuere llamado a él. No levantará, no alzará la cabeza, estará aherrojado con los lazos y cadenas que se fabricó. Cubrirá su rostro de confusión, y más: será privado de todo buen consejo, y de la compañía de los justos. No se volverá a levantar el pecador, del lado que cayere el árbol, allí estará para siempre; porque no dio su fruto en su tiempo, será cortado y echado en el fuego. ¡Oh, si vieras! ¡Oh, si supieras! ¡Oh, si entendieras cómo conoce el Señor el principio, el progreso y el fin del camino de los justos, y cómo perece el andar de los pecadores!

¡Oh, cómo meditaras de día y de noche en la ley del Señor, teniendo en ella toda la voluntad! En el día de la prosperidad, y en la noche de la adversidad darías tu fruto; en todo tiempo bendecirías a Dios; en todo tiempo siempre tendrías frutos sazonados para tu Señor y siempre *laus ejus in ore tuo* (1). Serías como el árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas, que da su fruto en su tiempo, y ni aún sus hojas descaecen, antes por todos lados está vistoso a su amado, a quien le dice: venga mi amado a su huerto, y coja el fruto, *et comedat fructum pomorum suorum!* (2). ¡Oh, Señor! *Omnia poma: nova et vetera, servavi tibi, dilecte mihi* (3). En el tiempo de la desolación y esterilidad llevarías tu fruto en paciencia. Mira el labrador cómo espera los preciosos frutos de la tierra, *patienter ferens donec accipiat temporaneum et serotinum* (4). Está pues paciente en la noche de la tribulación, cantando los cánticos del Señor, bendiciéndolo en todo tiempo.

---

(1) Ps., 33, 2.
(2) Cant., 5, 1.
(3) Cant., 7, 13.
(4) Jacob., 5, 7.

En el día, dice el Salmo, mandó el Señor sus misericordias, y en la noche sus cánticos. Amanecerá el día del Señor, día de sus misericordias, si paciente lo esperares y confirmares tu corazón en su esperanza.

Los que esperan en el Señor no serán conmovidos, serán como el monte de Sión, y como habitadores de Jerusalem. Serán confirmados, estarán firmes. Como cercados de muchos montes en circuito, estarán cercados de la protección del Altísimo. Hará que echen raíces en su amor y confianza sus escogidos. Mira, las raíces son como las áncoras de las naves, como los cimientos en los edificios. Como los montes fijos, será el que espera en el Señor. Mas del que confía en el hombre y en la fortaleza de su brazo, está escrito: *maledictus homo qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum, et a Domino recedit cor ejus* (1), será como la caña, la hierba despreciada, y la sabandija en el desierto de la tierra estéril y salitrosa. No verá cuando vengan los bienes; no gozará del rocío del cielo, ni de las corrientes de las aguas, *sed habitabit in siccitate in deserto, in terra salsuginis, et inhabitabili* (2).

Bendito es el varón que confía en el Señor, dice el Profeta Jeremías, *et erit Dominus fiducia ejus. Et erit quasi lignum quod transplantatur super aquas, quod ad humorem mittit radices suas: et non timebit cum venerit aestus. Et erit folium ejus viride, et in tempore siccitatis non erit sollicitum, nec aliquando desinet facere fructum* (3). Así que al corazón del justo arraigado y fundado en el Señor no le faltará el riego superior ni enferior, pues, o le regará con aquella lluvia superior y graciosa con que se alegran sus hojas y sus flores, o enviará a sus raíces el humor de agua saludable, en escondido, para su conservación y crecimiento, y aunque le parezcan

(1) Jer., 17, 5.
(2) Jer., 17, 6.
(3) Jer., 17, 7-8.

sólo avenidas de tribulaciones, no temerá los males, porque el Señor, que es la fuente de la vida, está con ella, y ella está afianzada en su fidelidad.

Mas el impío será como el polvo de la tierra esparcido al viento, como la caña sin sustancia que no tuvo raíces, mas nació en la superficie expuesta al furor de los vientos. *Nati sunt, quasi non nati,* y sus obras tan sin ser, como ellos mismos, *et filii ipsorum cum ipsis* (1). Vide al impío exaltado y levantado, como los cedros del Líbano, en la vana estimación de los ojos de carne, y en la vanidad de su corazón con que levantaba torres para hacer su nombre famoso en la tierra; pero apenas pasé cuando ya no era, ni se halló su lugar; así como el que tiene el polvo a quien esparce el viento, así como la caña vana a quien arrancó el torbellino, y no dejó señal de sus raíces, porque eran vanas y fundadas en polvo. Mira, ¿a dónde están los príncipes de la tierra? Verdaderamente, ni aún sus habitaciones parecen: *non est est inventus locus ejus, tanquam pulvis, quem projicit ventus a facie terræ* (2)

Las raíces del justo son el casto temor del Señor en quien espera. No teme al hombre cuya gloria *stercus, et vermis est* (3), mas teme al Señor y le ruega: Traspasa, Señor, con tu temor, mis carnes; haz, Señor, que se arraigue en mi corazón tu temor, que tema tus juicios, que tus saetas, como las raíces que se traspasan y se abrazan con la tierra, estén unidas y entrañadas en lo más escondido de mi corazón. *In corde meo abscondi eloquia tua: ut non peccem tibi* (4), no malogre tus frutos.

Aun cuando diga: *prævaricantes reputavi omnes peccatores terræ: ideo dilexi testimonia tua* (5); haz que vuelva a mi corazón, traspasada con tu santo te-

(1) Eccli., 44, 9.
(2) Ps., 1, 4.
(3) I Mach., 2, 62.
(4) Ps., 118, 11.
(5) Ps., 118, 119.

mor, y que tiemble de tus juicios, y no quiera yo hacer juicio de mis hermanos, pues no soy constituída juez. Mas tenga juicio y justicia de mí, de mis obras, palabras y pensamientos, y mucho más de mis intenciones, a ver adonde se encaminan las raíces de mi corazón, porque arranque y disipe lo movedizo y falso, y no caiga y sea desolada por los fundamentos y entregada a los calumniadores, que son los demonios, que dicen: mirad al hombre que empezó a edificar y no pudo consumar.

El árbol, cuanto más arraiga en lo bajo, más crece y sube a lo alto. Así, cuando más cavares, ahondares y profundares en tu propio conocimiento, en tu barro y lodo desabrido e inútil, tanto más te acercarás a lo alto. Cuanto más profundas raíces echares, más crecerán tus ramas, tus hojas y tus frutos. El pequeñito grano de mostaza, es el que creciendo luégo puede ser asiento a las aves del cielo, y el que se compara al reino celestial.

¿De qué puede servir la vid que no da fruto, pues no es para edificar en la tierra, ni para hacer tablas para salvarse en el mar, sino es para echarla en el fuego? Pues mira que sin mí, nada podrás hacer; mira que se llama leño y no se dice árbol, el que plantado a las corrientes de las aguas da su fruto en su tiempo, para que veas que todo el aumento le viene de Dios. La vid que se abraza con el olmo está abundante de fruto a los lados de su casa, y sus hijos son como los renuevos de las olivas alrededor de su mesa. Así sus obras, y hasta sus palabras, que son como las hojas, no las llevará el viento: *et folium ejus non defluet, et omnia quæcumque faciet, prosperabuntur* (1).

Si la raíz del árbol está dañada, dañadas son las hojas, las flores y los frutos; así el corazón, su intención y su querer, es la fuente de la vida o de la muerte. Mira pues, no sea que esperando tu dueño frutos suaves, le des agraces, y en lugar de uvas le tributes espinas. No experimentes aquel desamparo de

(1) Ps., 1, 3.

la viña ingrata a quien se quitó la cerca, no se cuidó, no se podó, antes se dejó a ser conculcada y hollada de los caminantes, y se mandó a las nubes no lloviesen sobre ella. Arrima a tu consideración el estiércol de tu nada, y corta los ramos superfluos con el cuchillo de la mortificación. Haz frutos dignos de penitencia: da tu fruto en tu tiempo, considera cuán limitado y corto es el tiempo de merecer, date prisa a obrar el bien en este limitado día de la vida, porque llegará la noche de la muerte cuando ninguno puede ya obrar bien.

Los árboles que crían gusanos y goma, enferman y no logran su fruto. ¡Cuán enferma, y cuán llena de imperfecciones estás, alma mía! ¿Qué haces aquí, todo el día ociosa? Trabaja, trabaja la viña del Señor que El premiará tus fatigas en su tiempo, y mira que no habrá más tiempo tuyo para merecer, y que vendrá el tiempo del Señor, que será una eternidad para premiar.

Dichoso aquel justo que está ya plantado a las corrientes de aquella agua de vida, pura, tersa y cristalina, que procede del trono y asiento de Dios y del Cordero. ¡Oh corrientes purísimas! ¿Quién llegará a tu origen a satisfacer su ardiente sed? *Flumen Dei repletum est aquis* (1). *Fons hortorum: puteus aquarum viventium, quæ fluunt impetu de Líbano* (2). ¡Oh altísima fuente! ¡Oh avenidas caudalosísimas, purísimas y vivificadoras! ¡Oh fuente, cuyas corrientes son vida! Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma a Ti, Dios (3) mío. *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* ¡Oh Dios mío. *Educ de custodia animam meam* (4). Dichosa el alma que puede decir: *me exspectant justi,*

---

(1) Ps., 64, 10.
(2) Cant., 4, 15.
(3) Ps., 41, 3.
(4) Ps., 141, 8.

donec retribuas mihi (1). *Complaceat tibi Domine ut eruas me* (2) del cuerpo de esta muerte.

Mas, ¡ay! Yo, miserable cautiva, sobre las corrientes de esta triste Babilonia lloraré, acordándome de ti, ¡oh santa Sión!, de aquel río que alegra la ciudad de Dios: *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei* (3). ¡Oh Jerusalén santa!. ¡oh patria amada!, no cantaré más fuera de ti que con la voz del llanto, lamentaciones y ayes.

Dichosa aquella alma que, como árbol fructuoso, como planta escogida, fuere trasplantada al huerto celestial del mejor Salomón, y allí, a las corrientes puras, inmensas y claras de la fuente viva del Señor, de Dios, comiere sus frutos, y tributare eternas alabanzas, pues está escrito: decid al justo que bien, que él comerá el fruto de sus invenciones.

Bienaventurado es el justo aun en el camino, porque las aguas que le riegan y fecundan, son las de la gracia de aquella fuente vivificadora del Espíritu Santo, altísimo, eterno, inmenso, que hace al justo fecundo de santas obras, y de aquellos sus doce frutos: caridad, gozo, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, etc.

¡Oh ánima mía, si gustares estos frutos, verás cuán suave es el Señor y cómo es ajeno de su espíritu la ferocidad de ánimo, la impiedad, la elación y soberbia; y que la oliva, la vid, y la higuera no quisieron mandar, por no destilar la dulzura de sus frutos; y que el espino quiso ser superior para que de él saliera fuego que abrasara a los otros, porque andando en los consejos impíos de su corazón, quiso sentarse en el trono, preceder en la cátedra de la pestilencia.

---

(1) Ibid.

(2) Ps., 39, 14.

(3) Ps., 45, 5.

AFECTO 56

EL ALMA SE PRESTA GUSTOSA, Y AYUDA A LOS CASTIGOS DEL CUERPO DELINCUENTE. BUSCA AL SEÑOR CON TODO SU CORAZON.

Así entendí un afecto que pone Nuestro Señor en el alma. A la manera que la madre cuando tiene un hijo avieso, y ve a su padre enojado con él, y que lo castiga, se hace de parte del ofendido esposo y contra el hijo ingrato e inobediente; así el alma contra su naturaleza, y contra su carne, aunque le duele, se conforma muy de gana con los azotes que Nuestro Señor le da, desprecios y enfermedades, dolores, tentaciones, desconsuelos, etc. Dice: muy justo es, Señor, que lo hagáis así, porque corrigiendo mis caminos, guarde y ejecute tus palabras, tus mandatos y consejos. Y suele hallarse tan ofendida la madre de las desobediencias del mal hijo a su buen padre, que no sólo se conforma, mas tiene gusto y complacencia en su castigo, y con una justa venganza y enojo, en soltando el piadoso padre el azote, lo toma ella para el castigo. Así el alma se goza, y a veces se harta, de sus penas, porque considera y ve los desacatos que ha tenido contra tan buen padre.

In toto corde meo exquisivi te: ne repellas me a mandatis tuis (1). En todo mi corazón, Señor, te busco, ¡oh Dios mío!, no partiendo mi corazón con ninguna cosa que no sea en Ti, o por Ti. En todos los afectos y en todas las mudanzas de mi corazón (porque siete tiempos se mudan sobre mí), buscaré a Ti sólo. Cuando mi corazón estuviere conturbado entre mí, y fuere tiempo de dividir sintiendo el dolor de tu ausencia, te buscaré en ese mismo dolor, y en abrazarlo, porque tú lo quieres. Cuando se alegrare mi corazón por ser tiempo de abrazarte estrechamente, buscaré en ese mismo corazón, corriendo

(1) Ps., 118, 10.

en el camino de tus mandamientos cuando lo dilatas, porque Tú lo quieres. Cuando fuera hecho mi corazón como cera, que se derrite en medio de mis entrañas, porque es tiempo de llorar tu ausencia y mis culpas, tus ofensas y mis delitos, te buscaré en ese mismo corazón, siendo el fin de mi llanto, mi dolor y tu amor.

INTELIGENCIA MISTICA DEL SALMO XXXIX.

En el Salmo que empieza: *Exspectans exspectavi Dominum, et intendit mihi* (1), entendí como si dijera: Espera al Señor con larga esperanza, no te canses de esperar, que El entiende tu tribulación, y entiende en tu remedio. No te ha olvidado, ni echará en desprecio tu pobreza y necesidad; oirá tus ruegos y gemidos sacándote del lago de miseria y del lodo podrido en que ya te miras como anegada y sumergida. El te sacará de todo lo que es tu lodo y tu barro, y pondrá firmes tus pies en su verdad y misericordia, en las verdades de su fe, como en la firme piedra, y no tu ignorancia y tinieblas; mas el Señor dirigirá tus pasos, y enviará a tu boca y a tus labios un cantar nuevo, en que todo el bien confieses de Dios, y todo el mal conozcas de ti. Y éste será cantar nuevo, cántico de tu Dios, himno de su amor y alabanza. Tu bienaventuranza será esperar en el nombre del Señor y no mirarás ni estribarás en tu vanidad, insania y falsedad, que es todo lo que tienes de ti; y dirás y conocerás y sentirás que son muchas en número y grandeza las maravillas de las obras de tu Dios, y grandemente las conocerá tu ánima. Esto sabrás y hablarás en los beneficios y grandezas suyas, que son sobre todo número. El sacrificio, la oblación y el holocausto de todo tu ser harás a Dios, perfeccionando El los oídos de tu alma para que recibas sus voces y ejecutes su voluntad, diciendo con firme entrega de ti misma: Aquí estoy,

(1) Ps., 39, 2.

Señor Dios mío, aunque cada instante sea arrojada de tu presencia, comprehendida de mis iniquidades, y cercada de males sin número, y no pueda ver la luz ni el camino, iré a Ti, llevada de tus misericordias, de tus miseraciones y verdad. Y te diré: mira que vengo a Ti, y quiero que todo el compendio, toda la substancia de mi vida y de mi ser, sea hacer tu santísima voluntad, y tener tu ley, amándola en medio de mi corazón. Cuando se multiplicaren sobre los cabellos de mi cabeza los que me atribulan, y mi corazón me desampare, quedando como sin virtud, sin jugo y sin aliento; séate agradable, Señor, el librarme. Mira, Señor, en ayudarme y serán confundidos con el favor y ayuda del Señor los que buscaban tu ánima para perderla, y serán vueltos para atrás, con fuga y confusión, los que te querían males y los que te decían con mofa y escarnio: alégrate, alégrate, y te movían a buscar fuera de Dios tu alegría y gozo en la vanidad, que es todo lo que no es Dios. El Señor Dios tuyo puede hacer que vivas y mueras de manera que se alegren por ti los ángeles y santos, y los justos que han querido la salud de tu ánima, y engrandezcan a Dios en la vida eterna por sus misericordias, con que libró al pobre de las manos de los fuertes. Tú sólo eres mendiga y pobre, mas el Señor será solícito de ti. Tu ayudador y tu protector es tu Dios, y no tardará.

Esto entendí en una gran tribulación (1).

---

(1) *Nota del copista:* De otra letra se halla lo siguiente: "Madre mía: lo que entiendo de esta glosa, así del primero Psalmo como del XXXIX, es una doctrina muy conforme a la mística locución del celestial espíritu, voceándose unos lugares a otros, en la inteligencia genuina de los Santos Padres. Esto digo, según el conocimiento teológico de la letra, aunque muy lejos me hallo del afectuoso, de quien hablaba nuestro Redentor cuando decía: *confiteor tibi Pater, quia abscondisti haec a sapientibus, et revelasti ea parvulis...* Pues para enseñanza y confusión de frías disputas, será el Señor servido que lo que revela en secreto, lo dé a la pluma."

AFECTO 57

APLICACION DEL SALMO II A LOS INICUOS CONATOS DEL PUEBLO JUDAICO, EN LA PASION DE J. C., Y DEDUCCION MORAL CONTRA LOS ALTIVOS PENSAMIENTOS DE LOS PODEROSOS DEL MUNDO.

¿Quare fremuerunt gentes? (1). En el tiempo de la pasión del Señor, Rey constituído sobre Sión, su monte, para enseñar su precepto, aquel mandato máximo: amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, etc. Y aquel precepto suyo: *hoc est præceptum meum ut diligatis invicem* (2). En este tiempo se juntaron y estuvieron los reyes y príncipes que dominaban la tierra, adversos al Señor y adversos a su Cristo (a quien se dijo aquella palabra eterna: *Filius meus es tu, ego hodie genui te)* (3). En aquel *hodie* que carece de mudanzas, que no tiene principio ni fin, y es fin y principio de todo; en aquel día acerca de quien no hay mudanza, ni se ven sombras, estuvieron adversos al Señor y a su Cristo, quebrantanto la ley natural y la escrita, y arrojando de sí, y no recibiendo el suave yugo de la ley de gracia: *dirumpamus vincula eorum, et projiciamus a nobis jugum ipsorum* (4). Por esto bramaron como leones rapaces y rugientes, como toros sin oídos, como *canes multi* (5) echaban sobre el limpísimo, pacífico y manso corderito, los dientes, como dientes de leones que rugen y se dan prisa a tragar, y como el unicornio que toda la fuerza tiene unida a un solo cuerno, así todo el ímpetu de su furor, de sus concilios

(1) Ps., 2, 1.
(2) Joan., 15, 12.
(3) Hebr., 1, 5.
(4) Ps., 2, 3.
(5) Ps., 21, 17.

y consejos se aunó para herir al inocente, echarlo de la tierra de los vivientes, y que no hubiera más memoria de su nombre. Así asestaron a partir su corazón con el cuerno de su furor. Pues ¿por qué bramaron así las gentes, por qué los pueblos meditaron cosas vanas, inútiles y mentirosas? ¿Por qué abrieron sobre aquella santísima humanidad, sus bocas y sus gargantas, como sepulcros patentes, esperando tragar y devorar al Santo? ¿Por qué hace muchas señales, y resucita muertos? ¿Porque no vengan los romanos y quiten nuestras casas? Así es que la codicia y envidia, y el amor a la tierra, hacen bramar las gentes, hacen meditar vanidades y cosas inútiles y dañosas, hacen tejer las telas como las arañas, sacando el veneno de sus entrañas ponzoñosas: *sicut aranea meditabuntur* (1), *corrupti, sunt et abominabiles facit sunt in studiis suis* (2). Pasó el Señor en medio de ellos el curso de su santísima vida, haciendo bien y sanando a todos, haciendo ver a los ciegos, oír los sordos y hablar los mudos: ¿por cuál, pues, de estas buenas obras bramarían contra el Señor? Ciegos a la luz grande que envió Dios a la tierra, no quisieron la bendición, y se alejó de ellos, buscaron la maldición, y se la echaron encima, para que aquella sangre que derramaron y pidieron que viniera sobre ellos, esté desde ellos mismos, dondequiera que estuvieren, clamando y pidiendo venganza.

Meditaron cosas inútiles, queriendo guardar sus casas, y no quedó en sus ciudades ni en su templo piedra sobre piedra, por los mismos ejércitos romanos, porque el Señor, desde el cielo, hizo irrisión de sus bramidos, consejos y pensamientos; y dio a su Hijo las gentes por su heredad, y sus enemigos por escabel de sus pies. Quisieron borrar su nombre, y le dio su nombre sobre todo nombre, ante quien se arrodillan todos, en el cielo, en la tierra y en el in-

(1) Ps., 89, 9.
(2) Ps., 13, 1.

fierno. Quisieron quitarlo de la tierra de vivientes, y toda lengua confiesa que está en la gloria del Padre, Dios de su misma substancia en aquel: *ego hodie genui te* (1), eterno.

¿Mas, cómo hará el Señor esta irrisión de los impíos en sus consejos? *Suscitans suscitabis arcum tuum* (2), *in fremitu conculcabis terram et in furore obstupefacies gentes* (3). Se dará el juicio al Rey y la justicia al hijo del rey, y juzgará a los pobres, mansos, misericordiosos y humildes con juicio misericordioso, y a los pueblos rebeldes con justicia.

¡Oh si entendieran y fueran eruditos en esta ciencia los reyes, y los que juzgan en la tierra, y no quisieran ser poderosos para la iniquidad, adversos al Señor y adversos a su Cristo! Cada día hace memoria la Iglesia de los fieles, del poder de Poncio Pilato que pudo matar a Cristo; y fue poder para crucificarle. ¡Oh, qué poder tan para su mal! ¡Oh, ¿de qué se gloría en su malicia el que es poderoso para la iniquidad? Aquellos potentes del siglo, que dominan sobre las bestias de la tierra, ahora están presos y aherrojados en las cavernas del centro de la misma tierra. No descendió con ellos su gloria, antes están envueltos en su ignominia; hicieron lazos, y abrieron hoyas y cayeron en los lazos y hoyas, que ellos hicieron.

Los justos son como aquel vaso de alabastro, que quebrándose en obsequio del Señor, llenó la casa del olor precioso de la espiga del nardo, que en muriendo el cuerpo será patente a la iglesia triunfante la fragancia de sus virtudes, y la luz que escondían. Mas los malos como vasos de vil barro llenos de la ponzoña de los vicios, serán quebrados con vara de hierro, y echados al muladar del infierno. Como aquella olla que encendida en fuego por la vara vigilante de la divina justicia, serán llevados a la Babilonia infernal.

---

(1) Hebr., 1, 5.
(2) Hab., 3, 9.
(3) Hab., 3, 12.

¿Qué otra cosa se ve en tantas naciones, lenguas, tierras y reinos, que bramar las gentes con el furor de sus pasiones, y meditar cosas inútiles y sin provecho? Dijo el insipiente en su corazón: no hay Dios, yo pondré mi solio sobre lo más alto, yo subiré, yo seré engrandecido sobre los otros, y en las lenguas de muchos. *Meditati sunt inania* (1), *corrupti sunt, et abominabiles facti sunt* (2), pensaron cosas vanas. Y así las hablaron, porque de la abundancia del corazón hablan los labios, *vana locuti sunt unusquisque ad proximum suum* (3).

El consumirse unos reinos a otros, unas provincias a otras, las armas de fuego, la sangre derramada de tantos millaress de hombres, ¿no son bramidos y furores de las gentes? Y por la mayor parte ¿no son adversos al Señor y adversos a su Cristo, quebrantando la ley natural y la divina por engrandecer cada uno más su potencia? ¿Y no son pensamientos vanos cuando toda la gloria del siglo se deshace en el sepulcro, como dijo el que tanta guerra había hecho al pueblo de Dios: *ecce pereo tistitia magna* (4)? Y el Señor que mira desde el cielo, ¿no hará irrisión de ellos, y quitará el espíritu de los príncipes? *Terribili. Et ei qui aufert spiritum principum, terribili apud reges terræ* (5). *Dominus autem irridebit eum: quoniam prospicit quod veniet dies ejus* (6). Tejerán sus telas como las arañas, y serán cortadas las telas que urden y reducidas a nada. *Præcisa est velut a texente, vita mea: dum adhuc ordirer, succidit me* (7). Cortará y deshará sus telas, y enviará su

(1) Ps., 2, 1.
(2) Ps., 13, 1.
(3) Ps., 11, 3.
(4) I Mach., 6, 13.
(5) Ps., 75, 12, 13.
(6) Ps., 36, 13.
(7) Is., 38, 12.

furor sobre los pecadores, *quæ devoravit eos sicut stipulam* (1), como a una débil paja o estopa que deshace un gran fuego.

Y que el hombre, cuya vida es como la flor del heno, que por la mañana florece, a la tarde cae y se seca: que es un viento veloz que se desparce, una agua que se distila y muere: un correo del tiempo, tan ligero como la saeta disparada del arco, como la nave ligera por el mar. ¡El hombre, que es un reo sentenciado a muerte, un pasajero viandante que ignora su fin: *nescit homo finem suum* (2). El hombre, que no sabe cómo apareció en este mundo, ni cómo ha de salir de él, ni cuándo, ni para dónde! ¡El hombre, que es imagen del engaño, de la sombra y de la muerte. ¡El hombre que preso en la cárcel del mundo, no sabe cuáles y cuántos procesos se le fulminan, ni cuál ni cuándo ha de ser su eterna sentencia, en que va a ganar o perderlo todo, se ensoberbezca, se engría y se levante en sus pensamientos, se enfurezca y brame con sus pasiones, medite cosas vanas, inútiles! ¡Oh Señor!, *quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?* (3). Verdaderamente el corazón del hombre es aquel mar grande y de muchos senos en que andan y se sambullen sus pasiones como los peces en el mar, y lo agravan con la ignorancia del verdadero bien, y con el peso de la codicia desordenada, que es raíz de todos los males. ¡Oh Señor!, *usquequo peccatores gloriabuntur* (4). ¿en su misma perdición e ignorancia? ¡Oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo tendréis el corazón pesado, por qué amáis la vanidad, y queréis la ignorancia? Mira cómo honra y engrandece Dios a sus santos; cómo los llena de honor y gloria verdadera; cómo los oye cuando le llaman.

---

(1) Exod., 15, 7.
(2) Eccles., 9, 12.
(3) Ps., 2, 1.
(4) Ps., 93, 3.

Verdaderamente están los hombres adversos al Señor, y a la doctrina de su Cristo, pues si el Maestro de la vida llamó bienaventurados a los pobres, ¿qué otra cosa aborrecen tanto como el serlo, o parecerlo? Si llamó dichosos a los mansos, y prometió que poseerían la tierra, ellos se precian de la arrogancia y fueron y son como semejanza de las serpientes y como los áspides: sordos que tapan sus orejas a las palabras de la paz. No es para ellos mejor ir a la casa del llanto, para alegrarse y reírse en el último día con alegría sólida y permanente; antes aman ahora la risa, la disolución y el convite, y a aquel cáliz de Babilonia que les ha de traer la muerte en el fin. Sin advertir ni escuchar (porque son áspides que tapan sus orejas) que el fin de la risa ocupa el llanto, y llanto sin fin. ¿No son sus gargantas sepulcros abiertos?, pues sale en sus palabras el olor fétido de sus dañados corazones; y están como sepulcros abiertos esperando a tragar, devorar y corromper la buena fama de sus hermanos con la detracción y murmuración, con la codicia y envidia. Y estos vicios, ¿no son unos verdugos que tienen su ánima en mortal angustia, hasta echarte sobre su lanza como por alivio a su terrible mal?

¡Oh, pues alma mía, no oigas los bramidos de tus pasiones, que son como las gentes. No medites cosas vanas, pues tienes tan extendido campo en que tu corazón se ocupe. Mira los caminos de la Sión santa que te enseñó el Maestro de la vida; mira no lloren por ti, si no fueres a su solemnidad; mira que esto sucederá si no pensares con el corazón profundamente que eres pasajera de la vida temporal, y caminas a la eterna. ¿Qué tienes tú con los caminos de Egipto, qué hay para ti en ellos? No bebas aguas turbias, corre a la fuente de la vida adonde veas eterna luz. Si tus pasiones y sentidos como gentes y pueblo amotinado bramaren y quisieren meditar cosas vanas, clama a tu ayudador, que se reirá de ellos, porque sólo parará con su favor en probarte. Dile, pues: ¡Oh Se-

ñor, disipa *gentes quæ bella volunt* (1); toma, oh amor, las armas y el escudo, *et exsurge in adjutiorum mihi!* (2). Dile a tu naturaleza rebelde y viciada por la culpa: ¡Oh hija mísera de Babilonia, *beatus qui tenebit et allidet parvulos tuos ad petram* (3). Bienaventurados los que sus afectos desordenados, y sus pasiones párvulas, luego que nacen, las arrojan y matan en la piedra de Cristo, que te dice: *capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas,* etc. (4).

AFECTO 58

PROSECUCION Y CONCLUSION DEL MISMO ASUNTO.

Domine quid multiplicati sunt qui tribulant me? (5). No sólo se juntaron los reyes y príncipes adversos al amantísimo David; no sólo los egipcios y los etíopes, los hombres carnales y los demonios que quieren guerras, envían sus mensajeros y correrías como caballos veloces a buscarlas; mas el hombre que unánime andaba con él en la casa del Señor, de un consentimiento, y comiendo a una mesa. Así, pues, se multiplican en su sentimiento los que lo atribulan: porque si su enemigo lo maldijera, *sustinuissem utique* (6); mas que donde buscaba alivio y descanso pueda decir: *tribulationem et dolorem inverni* (7). Esto le dobla y multiplica el dolor aún más de lo que siente que sus enemigos declarados lo hallen para perseguirlo. Cuando dice: *tribulatio et angustia invenerunt me* (8), aquí como menos perturbado el ánimo, añade: *testimonia tua meditatio mea est* (9). Mas allí

(1) Ps., 67, 31.
(2) Ps., 34, 2.
(3) Ps., 136, 9.
(4) Cant., 2, 15.
(5) Ps., 3, 2.
(6) Ps., 54, 13.
(7) Ps., 114, 3.
(8) Ps., 118, 143.
(9) Ps., 118, 24.

como el que se ahoga en angustias, clama, y invocando el nombre del Señor como dice en otra parte: sálvame, hazme salvo, Señor, porque entraron las aguas hasta mi alma con un vivo dolor, como cuchillo de dos filos me atravesó la ingratitud. No hallé firmeza donde la esperaba; al poner el pie, caí en un limo profundo. No hallé substancia: *amici mei, et proximi mei adversum me appropinquaverunt et steterunt* (1), y hacían fuerzas los que querían matar mi alma, diciendo: no hay para él salud en su Dios. *Multi dicunt animæ meæ: non est salus ipsi in Deo ejus* (2).

Así es que no sólo estuvieron adversos al Señor los gentiles, coronándolo de espinas, mas aquel su pueblo escogido, su viña electa, de quien esperaba *ut faceret uvas, dedit autem spinas* (3). Así le daban voces: a otros hice salvos, él no puede salvarse, no hay salud en él. Esperaba frutos y oyó clamores, y ladraron y bramaron sobre él. *Filii matris meæ pugnaverunt contra me* (4).

¡Oh Señor!, ¿cómo puede decir el que confía en el hombre, y no tiene sólo a Ti por su ayudador: *ego dormivi es soporatus sum?* (5). Si así trataron los hombres al Maestro de la vida, ¿qué correspondencia esperan unos de otros? El falso engaña al falso, el vano al vano, el enfermo al enfermo. ¡Oh, qué sopor y qué sueño tan pesado! ¡Oh, cómo duerme en lo profundo de la nave y en las inconstancias de las olas del mar, el que no pone sólo en el Señor su esperanza! Si al Señor, que como águila sobre sus hombros lleva sus hijos, y es criador y señor de todo, así le tributa su viña regada, tan cercada, tan cuidada; si al Señor que crió hijos y los mantuvo, así lo desprecian, ¿qué esperan los hombres unos de otros?

---

(1) Ps., 37, 12.
(2) Ps., 3, 3.
(3) Cfr. Is., 5, 2.
(4) Cant., 1, 5.
(5) Ps., 3, 6.

¡Oh, qué sueño, oh qué sopor tan pesado y tan vano! Mas de este sopor o sueño, de este limo profundo, el Señor lo resucita y lo levanta, oyendo su voz desde su santo monte, dándole confianza en que es su ayudador y recebidor; y que cuando cayere en los trabajos y persecuciones, *cum ceciderit, non collidetur; quia Dominus supponit manum suam* (1). Y fundada en el Señor, su esperanza, dirá: esperando esperé en el Señor; y El entendidó en mi clamor, y me sacó del lago de la miseria, *et de luto fæcis* (2), y puso sobre la piedra mis pies, y dirigió mis pasos; ya no temerá mi corazón *millia populi circumdantis me* (3), porque levantándose el Señor en mi ayuda, caerán mil a un lado y diez mil a mi diestra, y ninguno se acercará. *Exurge Domine, salvum me fac Deus meus* (4), pues te levantas por la miseria del necesitado y los gemidos del pobre.

AFECTO 59

RETRIBUCION DE SOBERBIOS, Y CASTIGO DE INGRATOS. EL DESAGRADECIMIENTO A LOS DIVINOS BENEFICIOS ES POLILLA DE TODAS LAS VIRTUDES.

Mas mira ahora y atiende la retribución de los soberbios, y los castigos de la ingratitud. Aquellos pensamientos que como cabellos parecían adorno y eran vanidad de su cabeza, le servirán de horca y dogal, donde queda pendiente con mortales angustias. Hasta ser traspasado con tres lanzas, aquel corazón rebelde palpitará con ansias increíbles. Aquellas cosas en que estribará, como dice el salmo: *hi in curribus, et hi in equis* (5), como en sus carros y sus caballos pasarán y se le alejarán, dejándolo colgado de sus

(1) Ps., 36, 24.
(2) Ps., 39, 3.
(3) Ps., 3, 7.
(4) Ibid.
(5) Ps., 19, 8.

leves, vanos y soberbios pensamientos. *Deum, qui te genuit dereliquisti, et oblitus est Domini creatoris tui* (1); pues él esconderá de ti su rostro, y determinará tu fin: *Abscondam faciem meam ab eis, et considerabo novissima eorum* (2). Congregaré sobre ellos los males, *et sagittas meas complebo in eis; foris vastabit eos gladius, et intus pavor* (3). Y se dirán: ¿a dónde están ya? Ya cesó entre los hombres su memoria. Así, no sólo traspasado con tres lanzas, mas congregados a herirlo y a cavarlo todos los males, será echado en una olla grandemente profunda, sepultado en el olvido y en el infierno: *et comportaverunt super eum acervum lapidum magnum nimis* (4). Así que de aquellos vanos y altivos pensamientos colgado entre el cielo y la tierra, en nada hallo asiento ni morada, hasta ser sepultado en el infierno con cerradura eterna y caerle encima la retribución de su culpa. *Magna nimis.* ¡Oh, qué tres lanzas! Cuando se le alzó el destierro por la muerte de su hermano, no vivía ni quería la libertad, sino vía el rostro de su padre, y ya no lo verá para siempre; ves aquí la pena de daño. Fue traspasado su corazón, padeciendo acerbo tormento, y esta es la pena de sentido. Le arrancó el alma, le privó de la vida, y con ella de toda esperanza de enmienda, ni remedio para siempre jamás, ni entrar al cielo, ni vivir en la tierra, porque tú *Domine percussisti omnes adversantes mihi sine causa, dentes peccatorum contrivisti* (5). Desamparaste tu heredad, porque fue hecha como león en las selvas dando voces contra su benefactor, quebraste sus dientes. Mas para el que te ama y tema, serás salud y eterna bendición sobre tu pueblo.

Mira, pues, teme y tiembla de la inconstancia del corazón humano: mar agitado de varias olas y de

---

(1) Deut., 32, 18.
(2) Deut., 32, 20.
(3) Deut., 32, 23, 25.
(4) II Regum, 18, 17.
(5) Ps., 3, 8.

diversos vientos, serpiente que sin pies rodea toda la tierra, tan vago y vano como los cabellos, tan desbocado y ciego como los brutos, que no repara en pasar y correr la carrera de los vicios y dejar al alma que condescendió, pendiente con él y sujeta a tantos males.

Advierte también que los beneficios de Dios son hacienda de aquel rey, que ha de volver a tomar cuenta, y pedir más, a quien le dio más. No quedes pendiente sin caminar al cielo, ni cultivar la tierra. No mande el Señor a las nubes que no lluevan sobre ti su rocío. No seas como la tierra sin fruto, da tu fruto en paciencia. Aprende a ser pacífica con los que aborrecieren la paz, y perdonar a tu consiervo, pues te perdonó a ti su Señor. No juzgues para que tu juicio no sea riguroso; y mira si en Tiro y Sidón se hubieran hecho.

El desagradecimiento a los beneficios, la ingratitud con el benefactor encierran en sí todos los vicios, y son contrarios a todas las virtudes: a la fe, porque poco cree tantos beneficios quien no los agradece. ¿Ni qué esperanza tiene o qué amor quien no agradece ni estima? ¿Qué humildad, ni qué justicia?, pues el amor que no es correspondido (y se ve en que sus dádivas no son estimadas) se convierte en celos y en furor del amante; y mira que el celo y furor del varón no perdonará en el día de la venganza, ni recebirá por satisfacción ningunos dones. Trabaja, pues, por ser fiel y por lograr en el tiempo las dádivas de Dios. Apártate de lo malo y haz lo bueno. Busca la paz y síguela, *pro justitia agonizare pro anima tua et usque ad mortem certa pro justitia, et Deus expugnabit pro te inimicos tuos* (1). *Sustine sustentationes Dei: conjungere Deo, et sustine* (2). Llégate al Señor, procura estar unida con El por amor y conformidad de voluntades, y así te será fácil sufrir lo adverso. Todo lo que te fuere aplicado, recíbelo;

(1) Eccli., 4, 33.
(2) Eccli., 2, 3.

y aunque sea con dolor sufre y espera: *sustine, et in humilitate tua patientiam habe* (1), porque si en el fuego se prueba el oro y la plata, *homines vero receptibiles in camino humiliationis* (2). Mira, ¿qué, le aprovechó al soberbio y arrogante ingrato los pensamientos que levantaban su cabeza; qué las alabanzas de los adularores, que como ejércitos le siguen para ayudarle al despeño? Por cierto que le responderán los que lo ayudaron al mal, si lo vieran arrepentido (aunque no por verdadera penitencia): *¿quid ad nos?, tu videris* (3). Así, viéndolo colgado, y ya perdido, todos pasaron y lo dejaron solo en su mal y en su perdición, diciéndole con las obras lo que al ingratísimo Judas se dijo con las palabras: *quid ad nos?,* ¿qué tenemos con eso?, ¿por qué no lo miraste bien tú? No vayas pues tras los deseos desordenados de tu corazón. Para llegarte al servicio de tu dios *deprime cor tuum, et sustine* (4), inclina tus oídos, y recibe las palabras que dan entendimiento.

AFECTO 6o

LA VOZ DE NUESTRA MISERIA SUBE AL ABISMO DE LA DIVINA MISERICORDIA Y LA INCLINA AL ABISMO DE NUESTROS MALES.

Señor Dios, fuerte y paciente, clementísimo, y de grandes misericordias ¿quién es el hombre para que acerca de él pongas tu corazón? ¿A una paja, a una pulga, a un perro muerto, contra una hoja seca que el viento le arrebata *ostendis potentiam tuam?* (5). *Numquid irascitur per singulos dies?* (6). ¡Oh, Rey de Israel, fuerte y poderoso en las batallas, Señor de

(1) Eccli., 2, 4.
(2) Eccli., 2, 5.
(3) Matth., 27, 4.
(4) Eccli., 2, 2.
(5) Job., 13, 25.
(6) Ps., 7, 12

ejércitos!; pero ¿quién es el hombre para que se resista al Omnipotente, y se oponga al poderoso? La tierra tiembla, y los orbes de la tierra se estremecen cuando se levanta el Señor. Las puertas del cielo se desencajan y disuelven cuando ven la causa de su enojo. Los montes como cera se derriten *a facie Domini, mare vidit et fugit* (1); el mar huye, y las rápidas corrientes de los ríos vuelven a atrás. El fuego se enciende, se alborota y gime en su presencia, *igmis exarsit a facie Domini* (2); y en fin; *in circuitu ejus tempestas valida* (3). Las fieras de las selvas, los tigres, los leones, los elefantes, los rayos, los truenos, las tempestades sirven al Señor de los ejércitos, y son ejércitos del Señor; y son ejércitos del Señor contra sus enemigos. Pues, ¿quién es, Señor, el hombre, para que así se emplee en enfrenarlo tanto poder? ¿Quién es, pues, el hombre, para que así se resista?

Pues ¿con qué se aplacará tu enojo poderosísimo, con qué se envainará la espada de tu furor? Cuando tantos se junten y se multipliquen para atribularlo, con invocarte, con llamarte en el día de la tribulación, lo oirás y te pondrá de su parte, y podrá decir: *cum invocarem exaudivit me Deus justitiæ meæ* (4). Como lo invoqué, me oyó Dios de mi justicia. Así es Señor que tu bondad, tu misericordia, tu clemencia es la justicia que alega el que te invoca en verdad. ¿Qué tiene de suyo el hombre cuya ánima tiembla y se espanta con el más leve ruido, como las arañas con la paja de la escoba? *et tabescere fecisti sicut araneam animam ejus* (5). Cuyos pasos todos están tan manchados, que la menor y la más olvidada de sus culpas como lepra puede coin-

(1) 113, 3.
(2) Ps., 17, 9.
(3) Ps., 49, 3.
(4) Ps., 4, 2.
(5) Ps., 38, 12.

quinarlo todo. *Iniquitas calcanei mei circumdabit me* (1), *sordes ejus in pedibus ejus* (2).

Mas en tanta tempestad como puede venir, y amenaza a su miseria suma, a su debilidad y pobreza con que desnudo y llagado, desnudo de bien, y lleno de males de culpas, *ulcere pessimo* (3). sólo tiene por fundamento suyo un muladar: *sedens in sterquilinio* (4).

Dices tú Señor y le prometes, *voca me* (5), *et liberabo te, et honorificabis me* (6), y le das esperanzas, *exspectabam eum, qui salvum me fecit a pusillanimitate spiritus, et tempestate* (7). *Cum invocarem exaudivit me* (8), *tu autem Domini susceptor meus es, gloria mea, Deus justitia mea* (9). Así como aquel Señor rico, poderoso y abundante, de misericordiosas entrañas, y cuyas riquezas se aumentarán con dar, y su nombre con eso se engrandecería, al ver la suma miseria de un pobre llagado, desnudo, hambriento, ciego y tullido, fuera motivo poderoso para hacerle bien. Así el abismo de tu misericordia llama al abismo de tu miseria. Y si aquel pobre fuera juntamente mudo y ni aún pudiera hablar, aquel Señor lo llamara para que oyera y recibiera. Así, tú, abismo insondable de misericordia, *vocabis me, et ego respondebo tibi; opera manuum tuarum porriges dexteram* (10). ¡Oh Señor, no tengo más bien que ser obra de tus manos! El bien que hay en mí es ser tuyo: *tuus sum ego, salvum me fac* (11). ¿Dónde está,

(1) Ps., 48, 6.
(2) Thren., 1, 9.
(3) Job., 2, 7.
(4) Job., 2, 8.
(5) Job., 13, 22.
(6) Ps., 49, 15.
(7) Ps., 54, 9.
(8) Ps., 4, 2.
(9) Ps., 3, 4.
(10) Job., 14, 15.
(11) Ps., 118, 94.

pues, la soberbia humana que no humilla su cabeza *sub potente manu Dei?* (1). ¿Cuándo tú, Señor, harás salvo al pueblo humilde, y humillarás los ojos de los soberbios? *Vide,* pues, *humilitatem meam, et eripe me* (2).

Mas, ¿por qué, oh, Señor, se multiplican mis tribulaciones; y por qué, ¡oh custodio de los hombres y guarda de Israel!, me pones contraria a Ti, y cuando llamo y ruego *excludit orationem meam, ut quid Domine replis orationem meam, quare posuisti me contrarium tibi, oh custos hominum?* (3). Cuando mi enemigo maldice y dice en sus consejos: perseguidla, *quia non sit qui eripiat,* yo acaso lo sufriera y tolerara, porque estando Tú junto a mí y poniéndome cerca de Ti, no temería mi corazón mil pueblos que se levantaran contra mí, antes diría: la mano de cualquiera pelee contra mí: *sed tu Domine usquequo?* Tú, fuente de la vida, escondiéndote a los ojos del alma, ¿cómo ha de tener vida? Tú, verdadera hartura, si no tienes compasión de tu esclava, ¿cómo no ha de descaecer desfallecida en el desierto? Sin ti, verdadera luz, *quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo, et lumen coeli non video?* (4); pusiste las tinieblas y se hizo la noche, *in ipsa pertransibunt omnes bestiæ silvæ* (5); los demonios como leones *paratus ad prædam* (6), como tigres, como serpientes con sus silbos y garras; las pasiones como bestias de la selva, los temores nocturnos, el hastío de la vida; porque sin Ti todo es como un manjar insulso que no está sazonado con la sal, *quis poterit gustare insulsum, quod non est sale conditum?* (7). Así Señor, se congregan sobre mí los azotes, *et ignora-*

---

(1) I Petri., 5, 6.
(2) Ps., 118, 153.
(3) Job., 7, 20.
(4) Tob., 5, 12.
(5) Ps., 103, 20.
(6) Job., 6, 6.
(7) Ps., 16, 12.

vi, y a la cara de mi insipiencia que sobre el abismo de mis males se puso como tinieblas: *miser factus sum et curvatus sum* (1), y todo el día de la vida mortal *contristatus ingrediebar* (2), *ut quid Domine recessisti longe despicis in opportunitatibus, in tribulationibus?* (3). Vos Dios mío, que sois mis corazón, me habéis desamparado, y la lumbre de mis ojos, y en quien tenía todos mis bienes no está conmigo.

Y si la Madre de Tobías lloraba con lágrimas como irremediables la ausencia de su hijo: ¡Ah de mí, hijo mío!, ¿cómo te dejamos ir, báculo de nuestra vejez, sustento de nuestra flaqueza, lumbre de nuestros ojos, y en quien esperábamos todo el bien futuro? ¿Qué lágrimas serán bastantes a llorar el alma su pena? Llora llorando en la noche que se cubrió de tinieblas con la ausencia de su sol, y sus lágrimas en sus mejillas, porque aunque como el torrente se despeñan y corren, no se agotan. Llora sobre las corrientes de Babilonia, viéndose cautiva entre la confusión y lobreguez de sus penas.

Mas todas estas penas, todos estos azotes congregados sobre el alma, son voces que llegan a los oídos de Dios. *Deus vitam meam annuntiavi tibi: posuisti lacrymas meas in conspectu tuo* (4). El clamor de los hijos de Israel que están en lucha, en trabajos y en cautiverio, subió a Ti de la tierra, y ha confiado en Ti que eres su justicia, de quien le viene lo bueno. Dice la voz de la tórtola: *cum invocarem exaudivit me Deux justitiæ meæ* (3), en la tribulación me dilataste. Batalla, dijo el santo Job, es la vida del hombre; mas él mismo dijo también: acuérdate que es viento mi vida: *dies mei velocius transierunt; memento quia ventus est vita mea* (6). Luego

(1) Ps., 37, 7.
(2) Ibid.
(3) Ps., 10, secundum Hebreos 1.
(4) Ps., 55, 9.
(5) Ps., 4, 2.
(6) Job., 7, 6, 7.

es batalla que pasa como el viento. No puede, pues, el alma una hora velar conmigo, para que ese momentáneo peso le tribute una eternidad de reposo, y en paz, en él mismo, como dice el salmo: *dormiam et requiscam, in tribulatione dilatasti mihi* (1), porque, corrigiendo el Señor a los que ama, les da un certamen fuerte para que venzan y sepan que sobre todo es poderosa la sabiduría; pues el que no es tentado ¿qué sabe?

Los que navegan el mar podrán contar sus peligros, mas no serán sumergidos de sus olas, ni los sorberá el profundo, porque aun en sus mismos riesgos sabe el Señor prevenirles refugio. Bueno es para mí que me humillaras, decía el santo rey, para que aprenda tus justificaciones. Y en el mismo salmo dice: Te confesaré en la dirección del corazón, en aquellas cosas en que aprendí los juicios de tu justicia. ¿No sabes que el corazón humano es como incomprensible, si no es a sólo Dios? Pues, ¿a cúyas manos querrás tú fiar su dirección? Al que se lamentaba por falta de luz en la vista, ¿no se le dijo: fue necesario que la tentación te probara, y en eso se ve la aceptación de Dios?

De los amigos del Señor se dice: *nimis honorati sunt amici tui, Deus: nimis confortatus est principatus eorum* (2). ¿Cuál principado? ¿Aquel que llevó el Señor sobre sus hombros? ¿No fue este peso el de su cruz, con que mostró el camino para su gloria? ¿No los llama a este seguimiento, cuando les dijo tomaran la cruz y lo siguieran? Y así decía uno de ellos: apártese de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor. Mayores tribulaciones fío a los más amigos, y en la tribulación los dilato en mérito y confianza, en gracia y gloria. ¿Cuándo más creció y se dilató la vid en fructificar, que cuando se cortó y podó?; ¿y cuándo sus uvas dieron su generoso vino, sino cuando se apretaron y exprimieron?

---

(1) Ps., 4, 9, 2.
(2) Ps., 138, 17.

En la boca del león se halló el panal; y en la tribulación, la verdadera confortación del alma en las virtudes. Así los huracanes y las lluvias hacen arraigar los árboles y crecer. ¿No dice el santo Job que aquellas cosas que primero ni aún tocarlas quería, ya por la angustia de su ánima eran su manjar?, pues así la tribulación hace al alma gustar y sustentarse de los frutos del árbol de la cruz, de la humillación y pobreza, del retiro y despego de todo lo criado, de los desprecios de las criaturas; y todo esto, que antes no se quería aún tocar por ser o parecerle al alma manjar insípido, ya por su angustia es su manjar, y es fruto dulce para su garganta, porque es camino para hallar a su Dios en quien tiene todos sus bienes, y la luz de su gracia le ha mostrado que así llegará a la unión de su amado.

AFECTO 61

LA LUZ DIVINA SELLA EL CORAZON, Y EN ELLA HALLA ESTE LA ALEGRIA SUBSTANCIAL.

Signatum est super nos lumen vultus tui Domine: dedisti lætitiam in corde meo (1). Así que aquella luz grande que enviaste a la tierra, que es tu Unigénito Hijo hecho hombre, mostró el camino de la paz a los que estaban de asiento en las tinieblas, nos señaló con su lumbre, como a su parte y heredad, signándonos con la señal suya, haciéndonos conformes a su imagen; dilatándonos en la tribulación, para que los que le fueren parecidos en la pena, le sean consortes en la gloria.

A toda la criatura racional imprimió el autor de la naturaleza aquel conocimiento, aquella luz, aunque en parte como escondida y oculta, de que hay una deidad sobre todo lo criado, de quien todo procede. Y así, aun las naciones más bárbaras reverencian alguna cosa que imaginan ser aquello que está impreso en su concepto o conocimiento y el mis-

(1) Ps., 4, 7.

mo corazón del hombre, en cualquiera aprieto, llama y ruega a aquella deidad poderosa que está repartiendo rayos en lo más oculto o levantado de la criatura racional; mas como los cuerpos pesados o densos impiden que éntre toda la luz del sol, así la culpa es el impedimento para recebir del Señor más y más luz. Aquel dictamen de la razón, seguido, guiará y llevará al monte Santo. Ninguno ignora, aún en los desiertos más ocultos, que es malo hacer con el otro lo que no quiero que hagan conmigo: el robar, el matar, etc.

Aquel instinto que el autor de la naturaleza no negó a los animales, brutos, irracionales, de amar sus semejantes, y no ofenderse, pues ni el león mata ni persigue al león, ni el tigre al tigre, antes se ayudan, defienden y avisan de los riesgos, unos a otros. Y otras cosas admirables que se ven y escriben de ellos, no había de negar al hombre racional; mas hacen al contrario los hombres, que con la tierra de sus vicios, con la libertad de su libre albedrío ahogan y matan la luz. El jumento conoce el pesebre de su señor; mas el hombre, como estuviera puesto en honor, no quiso entender por no hacer bien, y fue hecho como jumento desconocido e insipiente.

La admirable fábrica del universo, la composición de sus partes, la dependencia de unas con otras, la hermosura de unas cosas, la actividad de otras, la variedad de tantas, la virtud de muchas, ¿no son lenguas, no son voces, no son luces, que están señalando al hombre la luz de aquella fuente de donde originalmente procede todo? *Multi dicunt: quis ostendit nobis bona?* (1). Bien saben que hay un bien sobre los visibles; mas aquel preguntar, aquel decir, es un solo decir sin pretender, sin anhelar al bien, como el que ve en el espejo y vuelve las espaldas.

El hombre fue puesto en honor para ser hijo de la luz, mas amó más las tinieblas. Mas tú, alma

(1) Ps., 4, 6.

mía, no vayas por el camino de las gentes, invoca al Señor, mas invócalo en verdad, *sacrifícate sacrifitium justitiæ, et sperate in Domino* (1). No preguntes sólo: ¿quién nos mostrará los bienes? Ni seas como el que sólo se mira al espejo, y vuelve las espaldas; ni como aquel injusto juez que preguntó al Señor: *quid est veritas?* (2), y se salió de su presencia.

Voce mea ad Dominum clamavi, voce mea ad Deum (3). Dice en otra parte: *In die tribulationis meæ Deum exquisivi, manibus meis nocte contra me et non sum deceptus* (4). Así como el que busca de noche, busca como a tientas para aprehender y traer a sí aquello que busca, así el alma cuando parece que se le pone Dios contrario, sacrificando su sacrificio de justicia, espera en el Señor *et non sum deceptus,* y no teme con desconfianza, mas se ejercita en las obras de fe, esperanza y caridad; y dejando el lecho de la pereza y descanso, el sueño y el tedio, se levanta y cerca la ciudad, las calles y las plazas. Mas en todo ejercicio, ya sea estrecho en la tribulación, ya sea de algún alivio, ni esto, ni lo otro busca, mas sólo anhela a su bien solo. Sus ojos se anticipan a las vigilias y a los que velan la ciudad, y a las hijas de Jerusalén, que son los justos que se compadecen de su pena, y a las guardas armadas de rigor para despojarla y herirla. Pregunta igualmente por el bien que ama, porque ni en unos ni otros busca otra cosa. Ni el rigor la retrae, ni el halago la detiene. Los que la mortifican, la enseñan que a nada ha de estar asida, y aprende en esto que ni por la túnica, ni por el manto, ni por lo más llegado, ni por lo más externo, ha de parar en buscar a su amado,

Envió fuego a mis huesos, y así me enseñó y así me hizo salvo del espíritu de la pusilanimidad, de amor; porque aquel más ama que más padece, y así

(1) Ibid.
(2) Joan., 18, 38.
(3) Ps., 76, 2.
(4) Ps., 76, 3.

en la tribulación me dilató, y así esperando en él, me hizo salvo del espíritu de la pusilanimidad; de estar asida al consuelo interior ni exterior, que este asimiento es tempestad para el alma. Mas no por esto deja de preguntar a sus maestros, que son los que velan la ciudad, mas todo lo ha de mirar como a cosas transeúntes, ha de pasar adelante en busca de su bien. *paululum cum pertransissen eos, inveni quem diligit* (1). No alejándose, mas pasando un poquito, hallará a su amado, pues el cielo del cielo para el Señor, mas la tierra dio a los hijos de los hombres para que la rijan, enseñen y lleven a su fin. Aquellas altas inteligencias son iluminadas por el Señor, mas aún entre los ángeles, el superior ilumina al inferior. La tierra, pues, se dio con tal fin a los hijos de los hombres. Si mi alma se consolara en otra alguna cosa que no fuera mi Señor, poniendo en ella mi fin o el fin de mi alegría, entonces mi diestra (esto es el obrar recto), sería dada al olvido; y no teniendo las manos inocentes ni la intención pura, a lo vano encaminaría mi alma. *Si oblitus fuero tui Jerusalem, oblivioni detur dextera mea. Si non proposuero Jerusalem in principio letitiæ meæ* (2). mi lengua se pegará a las fauces, no recebiré el sustento, no me entrará al corazón la doctrina y enseñanza, ni tendré la lengua libre para hablar con rectitud y verdad, y preguntar lo que sólo me conviene saber; ni seré como el que anda en verdad, que anda confiado: *innocens manibus et mundo corde, qui non accepit in vano animam suam* (3).

Diga, pues, y busque la memoria de su amado, y aquella voz que a él la encamina, y así recebirá la luz, y será su amorosa presencia para el alma, tan junta, tan unida, tan estrecha como el sello sobre su corazón y sobre su brazo: *memor sum Dei et delec-*

(1) Cant., 3, 4.
(2) Ps., 136, 5, 6.
(3) Ps., 23, 4.

tatus sum, et exercitatus sum (1). Así que el corazón puro y el ejercicio de las virtudes traen la presencia del amado y la alegría substancial verdadera del corazón: *signatum est super nos lumen vultus tui, Domine: dedisti lætitiam in corde meo* (2).

Mas ¿quién podrá decir, o quién alcanzará a entender la alegría, los goces y júbilos con la presencia de la luz verdadera? Descaece su propio espíritu, y vive el espíritu de vida, abunda del óleo, de la alegría, del trigo escogido que confirma el corazón y lo fortalece, del vino que engendra santos y puros deseos, y alegra el corazón del hombre. Se multiplica, abunda y crece, y el alma en paz duerme y descansa en lo mismo, en sólo su amado, descansando en él, y recibiéndolo en sí. En él estriba y en él descansa como en su trono y su asiento. *Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me* (3). Allí es donde el amado conjura a todas las cosas que puedan impedir la paz y quietud substancial del alma, la paz verdadera, y parece que dice o siente: *Dominus mecum est tanquam bellator fortis* (4).

Mas esta alegre paz no puede ser permanente en el camino; no es tiempo de coger el gozo, mas es tiempo de sembrar lágrimas, ¿pero qué tiempo? *Dies mei velocius transierunt; memento quia ventus est vita mea* (5). ¡Oh alma mía, en el tiempo brevísimo de la vida mortal, que se pasa como el viento, has de sembrar en dolor lo que para mientras Dios fuere Dios en la eternidad sin fin has de coger en gozo y en gloria, de tu mismo amor! Mira que pasado este momento de la vida temporal, no volverán tus ojos a ver el bien de poder merecer, *non revertetur oculus*

(1) Ps., 76, 4.
(2) Ps., 4, 7.
(3) Cant., 2, 6.
(4) Jerem., 20, 11.
(5) Job., 7, 6, 7.

meus ut videat bona (1). Una vez naciste, y una vez has de morir, y no te volverán a ver los hombres en la casa de este mundo. No volverás a este lugar, así como la nube que se deshace, así como el sonido que perece, así como las olas del río que se despeñan. No volverás a este aire, no pasarás más por este mundo; no verán ya más los hombres tu rostro, ni tú verás el de ningún viviente con los ojos de carne que los ves y te miran. Sólo el Señor te verá, pesará, medirá y contará tus pasos, tus palabras y tus pensamientos. Mira que la casa que edificas ahora para vivir con Dios, por toda la eternidad ha de durar, y saliendo de los términos de la vida mortal, no podrás ya levantarla, adornarla, ni enriquecerla.

Hable pues y confabule, trate y piense, discurra y medite consigo misma en su amargura, mi alma, y ruegue al Señor: *Dimitte me, ut plangam paululum dolorem meum* (2). Oh Señor, déjame este poquito pasarlo en llorar mi dolor, pues los pensamientos en mi corazón son como las olas del mar que brama entre su seno y no puede romper su prisión, mas por todas partes me cercan angustias, y no pudiendo salir de mí como de una cárcel, se quiebran en mi corazón las olas. ¡Oh, si fuera mi contrición como el mar, y si llorara los ríos, aún no me hartara! Déjame pues, Señor, hartar de llorar en este momento de la vida, y ésta sea mi consolación, que afligiéndome con dolores no me perdones aquí, no disimules mis faltas, no calles ahora conmigo, Dios mío, *ne sileas.*

Ilumina tu presencia sobre mí, para que conozca en la tierra tus caminos; ten misericordia de mí, y oye mi oración, mi ruego y deprecación. *Deus misereatur nostri, et benedicat nobis, illuminet vultum suum super nos ut cognoscamus in terra viam tuam* (3).

---

(1) Job., 7, 7.
(2) Job., 10, 20.
(3) Ps., 66, 2, 3.

Oh, Señor Dios mío: en el tiempo de esta vida mortal me conviene gloriarme sólo en la cruz de mi Señor Jesucristo, y que mi vida esté escondida con Cristo en Dios. ¡Oh, quién como a manojito de mirra, te encerrara en su pecho! Pues cuando el rey de las virtudes estuviera en lo interior de la alma como en su retraimiento, los nardos (esto es las virtudes) dieran su olor de buen ejemplo. ¡Oh, si esta casa que en tu interior edificas, alma mía, fuera tal, aunque tus dedos distilaran mirra, que el nombre del Señor fuera engrandecido cuando te recibiera como a cosa suya! Mas sí, que con perdonarte y usar contigo misericordia, será engrandecido su nombre en la celestial corte suya. *Deus in domibus ejus cognoscetur cum suscipiet eam* (1).

Claro está que al paso del amor es el dolor de carecer de la cosa amada, y cuando mayor, más hermoso y cabal el objeto, y más conocimiento de él se le da al sujeto, más ha de crecer el amor; y a este paso el dolor de su carencia. Así dice aquel santo: la pena del destierro crece más por el amor. Mas aquél tan amante que sirvió catorce años, le parecieron pocos por la grandeza del amor. Y el santo Job que llama a la vida milicia y guerra, también la llama viento.

AFECTO 62

EXPOSICION DE LOS CUATRO PRIMEROS VERSOS DEL SALMO VIII.

¡Señor, Señor nuéstro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! ¡Cuán elevada tu magnificencia sobre los cielos! En esta tierra y lugar de destierro, nos das a conocer tu nombre, que es admirable así por las obras de naturaleza que tus manos en ellas han hecho como por las de gracia en que nos das a conocer tu nombre, que es admirable, pa-

(1) Ps., 47, 4.

ra que santifiquemos tu nombre, que eres Tú mismo, Dios fuerte, admirable, padre de todos los siglos, sin principio ni fin en ninguno de ellos. Así tu nombre admirable será santificado de tus hijos en esta tierra de nuestra peregrinación, con aquella sabiduría que prestas a los párvulos, para que la gloria del padre sea el hijo sapiente.

Mas, cuán elevada es tu magnificencia sobre los cielos, donde manifiestas la potencia y la grandeza de tu reino a tus hijos en aquel convite eterno sobre los cielos. Pues no cayó en entendimiento criado la gloria que darás a tus hijos, cuando habiendo santificado tu nombre en la tierra, vayan al cielo donde está su padre, su principio y el autor de su ser, y su último fin. No será éste aquellos altísimos cielos de los ángeles y arcángeles, no los levantados tronos y dominaciones, no las sublimes inteligencias de los querubines, no las fortísimas potestades ni las excelentísimas virtudes; pues todos estos grandes de su corte son magnificados en tu real convite, y sólo tienen, oh gran Señor y Dios, lo que les diste. Los que se apartaron de Ti fueron escritos en el polvo de la tierra, *quoniam dereliquerunt venam aquarum viventium, Dominum* (1). Aquél vive que permanece en Ti. Y así viven la vida de la gracia y de la gloria, y la de sus excelentísimas naturalezas, mas sobre estos cielos se eleva y sube tu magnificencia, pues te das a Ti mismo por premio de los justos.

De la boca de los infantes y de los que están al pecho, perfeccionaste tus alabanzas, cuando, para vencer a tus enemigos y destruir a los soberbios vengativos que se apartaron de Ti, escogistes las cosas flacas y enfermas, pobres y despreciadas para confundir al fuerte. Así quisiste, oh Padre, amor y vida, que viniera a nosotros tu reino, que es paz, gozo y inocencia: esto es, tu Espíritu Santo, que dirigiendo

(1) Jerem., 17, 13.

nuestros pasos por el camino de la paz, llegaremos a tu reino; pues dijo tu Verbo humanado: dejad a los pequeñuelos venir a mí. Y el mismo Señor dijo a aquel letrado de la ley: *Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuo, non potest videre regnom Dei* (1). Venga pues a nosotros este tu reino, oh Padre santo, pues para enseñarnos a hacer tu voluntad enviaste a tu Unigénito hijo, en cuya persona dice el salmo: *In capite libri scriptum est de me: Ut faciam Domine, voluntatem tuam* (2).

AFECTO 63

MAYORES QUE TODA ALABANZA SON LAS ESTUPENDAS OBRAS DE LA ENCARNACION, Y DEL PAN VIVO DEL ALTAR.

Bendito sea el Señor Dios que nos visitó, y hizo la redención de su plebe. Mira, alma mía, si todos aquellos entendimientos altísimos de los ángeles con todas las jerarquías y sus coros; si cada uno de aquellos siete excelsos príncipes que asisten más inmediatos al trono de la Majestad, emplearan sus entendimientos en sacar un pensamiento nuevo, grande, admirable, en toda la eternidad no llegarían a alcanzar este pensamiento, este consejo, esta exquisita voluntad de Dios: de hacerse hombre por el hombre, de hacerse párvulo y pequeñito para ser maestro de los pequeños y párvulos. ¡Dios hombre! ¡Dios niño! ¡Dios al pecho de una humilde doncellita, como necesitado de alimentos! ¡Envuelto en fajas y en paños! *Currus Dei decem millibus multiplex, lætantium: Dominus in eis in Sina in sancto* (3). Este gran Señor a quien sirven, y en cuya presencia tiemblan las potestades del cielo, a quien sirven y ministran millares de millares de espíritus excelsos, así perfi-

(1) Joan., 3, 3.
(2) Hebr., 10, 7.
(3) Ps., 67, 18.

cionó sus alabanzas hecho infante y hecho niño al pecho de una Virgen, enseñando con el ejemplo a los que enseñó con las palabras, que si no se hicieran como niños, no entrarían en el reino de los cielos.

¡Cuán engrandecidas son, Señor, tus obras! ¡Cuán profundos tus pensamientos! *Nimis profundæ factæ sun cogitationes tuæ!* (1). Sólo en pecho de Dios cupo caridad de Dios, que así amó al mundo; y esto, por los hijos de los hombres, a quienes dijo: aprended de mí que soy manso y humilde. Mira, alma mía, lo que dijo aquella madre perla y Madre Virgen al recebir en sus purísimas entrañas aquel rocío de lo superior del cielo: *Mira la esclava.* Esta humildad está unida al cumplimiento de la voluntad del Señor, y así dijo la madre de la sabiduría (que se comunica a los párvulos): *porque miró la humildad de su esclava.* Así miró Dios lo humilde desde lo levantado de su sabiduría, y así quiso hacerse maestro del hombre, y así el Señor de los ejércitos se manifestó a las gentes, cuando los serafines cubren sus rostros, manifiestan con silencio su admiración, y sólo repitiendo: ¡santo, santo, santo!

Mira, pues, cómo no sólo se hizo ejemplar y maestro, mas con la suavísima leche de su doctrina llenó de abundancia la casa de su iglesia. Sus avenidas están llenas de aguas puras, preparadas para mantenimiento de sus pequeñitos en aquel gran convite que se hace en su corte, para manifestar a sus grandes la potencia de su reino y su grandeza. Son ya saciados los hijos, como dice el Salmo: seré saciado cuando apareciere tu gloria. Mas bajó el mismo rey de la gloria a convidar y compeler a lo restante del pueblo, esto es, a los pobres, cojos, mancos, a que entren a su convite, y les da aun en la vida mortal a gustar la suavidad y dulzura para que los llama.

Su boca distila panales de miel. Miel y leche están debajo de su lengua, esto es, en el entendimiento y explicación de sus palabras. Aprended de mí

(1) Ps., 91, 6.

que soy manso y humilde. ¡Oh, cuán suave y cuán substancial manjar de esperanza da al alma cuando dice: Bienaventurados los pobres, los mansos, los pacíficos, los que lloran, los perseguidos!, etc. Y cuán excelsas, levantadas y firmes son las promesas con que consuela el dolor, alienta el desmayo, y anima para la pelea y para el triunfo: de ellos es, dice, el reino de los cielos, como quien ya se da por pagado del precio y da por suyo el derecho al comprador, el derecho al reino eterno, la filiación de Dios, la posesión de la tierra de los vivos, la hartura de la justicia, que es toda virtud; el consuelo en el llanto, etc. Y como la madre piadosa que considera el trabajo y dolor para traerlos en sus manos; así les dice: Venid a Mí los que estáis trabajados y cargados, yo os recrearé, yo os daré refección *in misericordia uberi.*

¿Pues no ves, no consideras que no satisfecho el fuego infinito de su amor con darte la leche de su doctrina y palabras de vida dulcísima, El mismo se te da en manjar, y se entra por tus labios a tu pecho, y a tu corazón, para fortalecerte y recrearte, para corroborarte y que crezcas en la vida de la gracia y vida de Dios?; porque es manjar que hace grandes y transforma en sí a los que lo comen, para que aun en el camino canten con perfección sus alabanzas, y la grandeza de su gloria, que es ser misericordioso, de que tanto se precia el Señor, y así dice el salmo: *et canten in viis Domini, quoniam magna est gloria Domini. Quoniam excelsus Dominus et humilia respicit* (1). Ves, pues, con cuánta razón se dice: en la boca de los pequeñitos perfeccionó sus alabanzas. *Ex ore infantium, et lactentium perfecisti laudem* (2), para que santificando tu nombre admirable en la tierra, hagan tu voluntad como en el cielo, haciéndose paz en tu voluntad, y que se alegre

(1) Ps., 137, 5, 6.
(2) Ps., 8, 3.

el infante desde el pecho para que, fortalecido con el Señor que se le da en sustento como en leche suave a los pechos de su misericordia, no tema el áspid, *et delectabitur infans ab ubere super foramine aspidis* (1) y salga de esta sagrada mesa con fortaleza de león que respira fuego para terror de sus enemigos: *facti diabolo terribilis, ut destruas inimicum et ultorem* (2), porque levantaste como el unicornio mi cabeza en la fortaleza de tu brazo, en la fortaleza de tu Cristo, dado para salvación de las gentes.

Parvulus enim natus est nobis, et filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum ejus (3). Así que, haciéndose niño el Señor y llevando sobre sus hombros el principado, se perfeccionaron sus alabanzas, y el hombre que era león rampante y voraz, ya con el gobierno de este niño habitará como oveja entre ellas, y el lobo se apacentará con el cordero, y el pardo con el cabritillo, y el becerro, la oveja y el león *simul morabuntur, et puer parvulus minabit eos* (4). Aquel que como lobo tragador sólo acechaba con insidias y ferocidad a los simples corderitos para tragarlos, ya con el gobierno, doctrina y ejemplo de Dios humanado, hecho hombre y hecho niño, mudará no sólo la piel, más las costumbres; y el que como pardo y león bramaba en furores, y sólo se mantenía de la presa, sin sujetar jamás el cuello al yugo, ya andará con la oveja y con el becerrillo; y el que era carnicero y altivo, será hecho como el buey destinado al trabajo y a la abstinencia, y el león como buey comerá paja.

Estos prodigios puso Dios sobre la tierra, quitando las guerras hasta el fin de la tierra, quebrando los arcos y las armas y haciendo paz en su virtud, y abundancia en sus torres: en los pechos de la doctri-

---

(1) Is., 11, 8.
(2) Ps., 8, 3.
(3) Is., 9, 6.
(4) Is., 11, 6.

na de su esposa la Santa Iglesia, que son como torres contra el furor de sus contrarios, *ut destruas inimicum et ultorem* (1).

AFECTO 64

TODAS LAS CRIATURAS CUENTAN AL HOMBRE LA MAGNIFICENCIA DE SU HACEDOR, Y LAS FRAGILIDADES DE LA VIDA, QUIEN ES EL HOMBRE PARA CON SU DIOS. MOTIVOS QUE ALIENTAN A LLEVAR LA CRUZ DE CRISTO.

¡Oh Señor, Señor, cuán admirable es tu nombre en la tierra, cuán elevada tu magnificencia sobre el cielo!

Mas aun viendo con ojos nocturnos, como los de aquellas aves que no perciben la luz del sol y sólo andan en las tinieblas, éstos tus cielos, obras de tus dedos; la luna y las estrellas que fundaste, su grandeza, su multitud, sus resplandores; la alteza de los cielos, su majestad, su firmeza; las crecientes y menguantes de la luna, la variedad y continuación de sus mudanzas, sus influencias y movimientos, sólo puede exclamar mi corazón: ¡Señor, Señor nuéstro, cuán admirable es tu nombre, cuán elevada tu grandeza! En tanta distancia, Dios mío, como están éstos tus cielos, tu luna y tus estrellas, son de tanta grandeza, que los escurecidos ojos de los gusanitos pequeños los perciben, ¿qué será en aquel día claro de tu vista, cuando le amanezca el sol de la eterna claridad al alma? ¿Qué será sobre este cielo de la luna y las estrellas, donde está tu corte y tu trono, todo de luz, todo de amor; tu cielo empíreo, Dios mío, donde te manifiestas sin velo y donde se le da a los ojos del alma el lumbre de gloria con que vea y abrase la Majestad, y sea transformada en ella con aquel lazo indisoluble, con aquella unión inseparable?

---

(1) Ps., 8, 3.

Si en el lugar del destierro y valle de lágrimas, si en la tierra maldita por el pecado, que sólo produce abrojos y espinas, son tus obras admirables: tus cielos, tu luna y tus estrellas, que dice el santo rey: *delectasti me Domine in factura tua, et in operibus manuum tuarum exultabo* (1), ¿qué gozo, qué exultación será la del alma que habiendo salido del naufragio llegue a la ribera, desembarque en la playa, se halle toda investida de luz, y luz que es vida, y vida que es el sumo bien, el firme y eterno bien, y todo el bien?

La reina del austro que había oído la fama admirable del hombre y sabiduría de Salomón, llegando a su presencia y viendo la grandeza de su palacio, la orden que había en todo, y la sabiduría de sus palabras, desfalleció su espíritu, arrebatado del peso de la admiración y del gusto. ¡Oh, cómo exclama el alma: *Beati qui habitant in domo tua Domine* (2). Por los siglos de los siglos te alabarán, y en infinitos millares de millares de siglos que comprende la eternidad, tendrán abundantísima materia para la alabanza y para la admiración.

Mas ¿quién es, Señor, el hombre, para que así lo engrandezcas y lo magnifiques, destinándolo a tan altísimo fin? ¿Quién es el hijo del hombre, para que lo visitaras con tantas finezas, haciéndote hombre por él y llamándote el hijo del hombre? No se contentó tu amor con hacerlo poco menor que los ángeles, coronarlo de honor, diputándolo para la gloria, y constituyéndolo sobre las obras de tus manos. Todo lo sujetaste debajo de sus pies, las bestias del campo, las aves del aire y los peces del mar.

Bendito sea el Señor Dios que nos visitó e hizo nuestra redención, y levantó nuestra cabeza, haciéndose hijo de David, naciendo de las alturas a iluminar a los que estaban sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y a dirigir nuestros pasos por el camino de la paz.

---

(1) Ps., 91, 5.

(2) Ps., 83, 5.

Así que, alma mía, no se contentó el Señor con darte todo lo temporal y prevenirte lo eterno, y asimismo por tu gloria y tu corona, mas se te dio por medio, siendo Maestro y guía de tu camino, luz de tus tinieblas, redención de tu cautividad, para que sin temor, libre de la mano de tus enemigos, le siguieras y sirvieras, en santidad y en justicia, en su presencia.

Mas, ¿quién es el hombre? Es como aquel soberbio ambicioso y vengativo que, llamado al convite de los reyes, se elevó su corazón en soberbia, diciendo: pondré mi trono sobre las nubes del cielo, seré semejante al Altísimo, haré que toda rodilla se me hinque, pondré horcas, levantaré suplicios contra el pobre y cautivo para saciar el furor de mi venganza, con el consejo de mis pasiones y naturaleza. Mas esto dice el Señor: Si te exaltares como el águila, de allí te traeré al suelo, te haré caer a la hoya que cavaste, te suspenderé en el patíbulo que preveniste para tu hermano.

El hombre es aquel avaro que abundando de bienes, vistiendo holandas, comiendo espléndidamente, niega al pobre y llagado las migajas que caen de su mesa. Es aquel traidor que, abrazando con señas de amistad, esconde el puñal con que quita la vida al que aborrece, y traspasa las sienes al dormido.

El hombre es aquel perezoso para el bien, semejante a los jumentos tardos y torpes; y es el que deja crecer en su viña toda suerte de malezas. El hombre es ignorancia y es olvido, es imagen de la sombra y del engaño. Es, en cuanto al cuerpo, un sepulcro cubierto, un saco de podre, un enfermo y llagado, un compuesto de todas las miserias; y todo el hombre de suyo no lleva más que vicios, miserias y pecados, mentiras y necesidades. ¿Y a este hombre constituyó el Señor sobre sus obras, y hizo que domine en la tierra, en el mar, y hasta en el aire? Lo coronó de honor y gloria haciéndolo capaz de su amistad y gracia, y con eso, heredero de su gloria.

Mira pues, para que dejados los vicios en que es semejante a los brutos, y para que anduviera por el camino de la paz, de la santidad y de la justicia, y llegara a la presencia y posesión dichosa de su reino, ¿qué hizo el Señor? Por las entrañas de su misericordia, lo visitó, bajando de las alturas a tomar el peso sobre sus hombros como cabeza de los predestinados, su principado sobre sus hombros.

No ignoraba el Señor cómo le habían de recebir: con garras como leones, con lenguas de áspides, con dientes de perros y de tigres, con furor de toros y de unicornios. Y cómo habían de decir: quítalo, quítalo de la tierra de los que viven; no haya más memoria de su nombre. Mas así vino saltando montes y traspasando collados por el amor del alma su querida, por hacer la redención de su pueblo, que son sus predestinados. Así se humilló, así se anonadó, así se hizo niño; se hizo ama piadosa que cría, se hizo manjar, se hizo leche! Se hizo pan nuéstro cotidiano, dándonos cada día el pan de su doctrina y el sustento de su cuerpo y sangre. ¡Oh, cuán suave es, Señor, tu espíritu y la dulzura que muestras a tus hijos en este pan suavísimo del cielo con que llenas de bienes a los hambrientos, para que sus bocas se llenen de tu alabanza, y canten todo el día de la vida mortal tu grandeza y magnificencia hasta llegar a la posesión de tu gloria, en el día de la eterna y perpetua luz sobre tus cielos!

Mira, alma mía, que tu Señor, que es camino, verdad y vida, llevó sobre sus hombros el peso de la cruz para animarte a seguirle con el peso de la cruz en que fundó su imperio, derramando en ella el precio de tu rescate. Mira al león de Judá hecho cordero para que, dejando los vicios y propiedades de león, le sigas por el camino de la mansedumbre. Al mundo vino, y los suyos no le recibieron; fue hecho como extraño a sus hermanos, y peregrino a los hijos de su madre, esto es, a los mismos hombres cuya naturaleza tomó para remediarlos. Hizo beneficios, y recibió injurias, para que aprendas a retribuir bien

por mal. Mira que es suma verdad, no olvides sus palabras, ni hagas baja estimación de ellas, guárdalas en tu corazón como un precioso tesoro, escóndelas en tu seno y en tu memoria como en un campo dilatado de meditación y consideración. Mira que también es vida, y vida verdadera, sin quien no podrás vivir la vida de la gracia; allégate más y más a El, y serás vivificada y iluminada para conocer sus grandezas, sus obras de piedad y sus maravillas, de modo que digas y repitas con todo el corazón, y con grande admiración y pasmo: ¡Señor, Señor nuéstro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra, cuán elevada tu magnificencia sobre el cielo!

¡Mira pues, alma mía, cuán levantada habitación, cuán hermosa, cuán rica, cuán pacífica, alegre y abundante de todos los bienes, deleites, hermosuras, honores, y conveniencias, es la que te tiene prevenida tu Padre que está en los cielos. Santifica, mientras vives en la tierra, su Santo nombre admirable. Pídele que purifique con el fuego de su amor tus labios para que dignamente sea alabado por ti con labios de exultación y de inocencia, que siendo como pequeñita y nacida de nuevo a su gracia, criada con la leche de sus ejemplos y doctrinas, seas hecha reino suyo por gracia, y vayas al reino de su gloria. Y que tengas acá en la tierra su voluntad, siguiendo sus pasos, yendo por sus caminos como se hace en el cielo, cantando sus alabanzas. Mira que es el Señor quien sólo hace maravillas y puede quitar tus males y llenarte de bienes. El puede alumbrar tus ojos para conocerle y conocerte, renovar en tus entrañas un espíritu recto, criar en ti un corazón limpio. Comerán los pobres (dice el Salmo) y serán saciados, y alabarán al Señor y vivirán los corazones de ellos con la vida de Dios, que es amor y caridad, embriagados con la abundancia de los pechos de su misericordia. *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ: et torrente voluptatis tuæ potabis eos* (1).

(1) Ps., 35, 9.

¿Qué puede, pues, desmayarte o afligirte, teniendo cotidiano en tu camino este pan que fortalece hoy, de presente, y lleva a embriagar y llenar toda el alma en el torrente de los deleites eternos? Este vino que engendra vírgenes y transforma en sí, haciendo descaecer el espíritu propio, y vivir en él con tal compañero en tu destierro. Segura irás a la patria, si no le dejas. En tanto que se corre el velo, vive en esperanza, diciendo: ¡guardada tengo esta esperanza en mi seno!

AFECTO 65

APLICACION DEL SALMO VII A LAS AFLICCIONES DEL ALMA.

Domine Deus meus in te speravi (1). Señor, Dios mío, en Ti esperé, hazme salva de todos los que me persiguen y líbrame. ¡Oh palabras dulcísimas! ¡Oh palabras poderosísimas para consolar y fortalecer el corazón afligido y temeroso! Señor, Dios mío, en Ti espero, pues dice el Señor: *quoniam in me speravit, liberabo eum, protegam eum* (2). A él, a él, libraré al que esperó en mí. *Clamabit ad me, et ego exau diam eum, eripiam eum et glorificabo eum* (3). A él, a él, al que esperó en mí, lo oiré, lo libraré y lo glorificaré. ¡Oh palabras de Dios, más suaves que la miel, y más confortativas que el bálsamo, y que el vino compuesto de muchos aromas! Nota, alma mía, cuántas veces repite el Señor: a él, a él, al que esperó en mí, aunque sea arrebatado de la tribulación como de un león fuerte, y no haya en lo humano fuerzas que lo libren, ni en sí las tenga para defenderse. El hijo de David sabrá desquijarar al león, y con la honda y el báculo sabrá derribar al gigante, y librar, como pastor, a la ovejuela que gime balando; y como caudillo, a su pueblo afligido.

(1) Ps., 7, 2.
(2) Ps., 90, 14.
(3) Ps., 90, 15.

Oh Señor, dice: si hice este mal, si está esta iniquidad en mis manos que retribuí al que me retribuyó males, descaezca el mérito que pudiera tener en perdonar a los que pagaron mal los bienes, y ellos quedarán vacíos o faltos del ejemplo que pudieran tener en mi mansedumbre.

Mira, así como David si hubiera retribuído males a los que ingratos le pagaron los bienes, no hubiera sido ensalzado en la tierra ni en el cielo, ni fuera hombre a medida del corazón de Dios. Antes, dice, que tal haga, persiga el enemigo mi ánima, aprehenda y pise en la tierra mi vida y todo mi ser, mi gloria o mi estimación la reduzca y traiga al polvo. Así el alma, antes ha de perder la estimación, la gloria y la vida del cuerpo, y pasar por cualquiera tribulación, que faltar al precepto de la caridad; pues todo se ha de reputar por estiércol, si impide el lograr a Cristo, su amor, y caridad; pues quien está en caridad está en Dios, y Dios en él, pues es hecho a medida de su corazón. Y esto es lo que decía el apóstol por todos los verdaderos amantes: ¿quién nos ha de apartar de la caridad de Dios que está en Cristo Jesús? Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación, ni la angustia, ni el peligro, ni la hambre, ni el cuchillo, etc., nos han de poder apartar.

Mira cómo a este mansísimo hijo de David, Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero, su pueblo ingrato, como león rugiente, arrebató aquella santísima humanidad para el cruel suplicio y patíbulo de la cruz, no queriendo su Eterno Padre librarlo o que pasara aquel amargo cáliz. No retribuyó a los que le retribuyeron males por bienes, mas antes dio toda la substancia de su casa, esto es, su vida, su honra y su sangre por el amor y caridad, cumpliéndose en él lo que estaba escrito: si diere el hombre toda la substancia de su casa por el amor, como nada lo reputará. Tal fue la caridad del Padre, que así amó al mundo que le dio a su Unigénito Hijo; y tal fue la caridad del Hijo, que dio su vida, no sólo por sus amigos (no habiendo mayor caridad), mas por

sus enemigos; pues cualquiera que creyere en El, no perecerá, sí tendrá la vida eterna, creyendo con fe no fingida, sí acompañada con las obras que le corresponden. Y a tantos beneficios, retribuídos con tan enormes agravios, no retribuyó venganzas; mas puesto en el tormento de la cruz, rogó por los que así le habían atormentado, hollado, perseguido y puesto en el suplicio tan lleno de dolor, de afrenta y desprecio.

¿Cómo piensas, pues, que se levantará la ira del Señor para tomar venganza de los que así persiguen al justo? Dejad a Mí las venganzas, dice Dios; y se llama en la escritura *Deus ultionum* (1). Lo que hiciste por uno de los pequeñuelos, por Mí lo hiciste. ¿Quiénes, pues, son los pequeñuelos del Señor, sino aquellos que imitan a los infantes en la mansedumbre, en la candidez, y en no usar armas para su defensa? Lo que hace el niño, el infante, y el que está al pecho, es llorar comprimido de su propio dolor; mas aquellas lágrimas inocentes son fuego que enciende el pecho de sus padres para airarse con el ofensor, y regalar y acariciar al ofendido. Pues si los beneficios hechos a los pequeñuelos, toma Dios por suyos, también los agravios. *Exurge Domine in ira tua, et exaltare in finibus inimicorum meorum* (2); *judica me secundum justitiam meam, et secundum innocentiam meam* (3). Estas voces son las que dan sus lágrimas, y las que da la sangre derramada de aquel hermano inocente, como le dijo el Señor a Caín. Y exterminando a los injustos, es exaltado el Señor en el fin de ellos.

Entonces se levantó el Señor en el precepto que había mandado, cuando, tomando la naturaleza humana, hecho hombre mortal y pasible, vino a dar cumplimiento a la ley; a la manera que el Señor que ha mandado a un pueblo ingrato y rebelde por me-

(1) Ps., 93, 1.
(2) Ps., 7, 7.
(3) Ps., 7, 9.

dio de sus ministros y siervos, y no se han reducido a sus mandatos y leyes, se levanta de su trono y quiere ir en persona, porque el amor al bien de sus súbditos le hace buscar todos los medios de la paz; mas si ellos rebeldes permanecen, entonces los destruye y extermina. Así la ingrata Sinagoga fue destruída en el pecado que pecó; y el Señor se levantó dándose a conocer a los pueblos, y a las gentes que lo cercaron para oír sus preceptos, quedando estéril la que antes tenía muchos hijos, y entrando a habitar en su casa la gentilidad antes estéril; mas ya alegre, como los valles que abundan de trigo, como los collados que se visten y rodean de exultación, *pinguescent speciosa deserti; et exultatione colles accingentur* (1).

Así como el sol, que muriendo en el ocaso va a alumbrar con sus resplandores el oriente, alegra y alumbra nuevos hemisferios, no porque no tiene el Padre de las luces claridad y calor para todos, mas porque la tierra, libre en sus operaciones, puso aquella nube escura ante la cara del sol, nube de sus humedades condensadas en vapores, tan gruesos, de culpas. ¡Y ay de aquellos que fueron rebeldes a la luz, que de ellos es la pérdida, el mal y el azote! ¡Ay de ellos cuando se aparte de ellos! Obceca el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos con substraer su luz, porque así viendo no vean, y oyendo no oigan, y éstos son los vasos de muerte preparados en las saetas del Señor, porque toman la muerte con sus manos como quien traga la saliva de su boca, y como el que anda a escuras por no querer la luz. Cuando alarga la mano a su parecer a una flor, no es sino un áspid ponzoñoso que lo muerde y mata; y cuando arroja lo que juzgó veneno, desecha de sí la triaca que la curara. Así tropieza y así bebe la muerte el que justamente es desamparado del Señor y es castigado con el azote de sus permisiones justísimas, pues ha ido atesorando ira con el desprecio

(1) Ps., 64, 13.

de los beneficios de Dios, que salieron de su pecho amoroso, y los volvió a él, arrojándolos con injuria de su bienhechor. Así, aquel monte soberbio donde fue muerto el ungido del Señor, se quedó árido y estéril, y separado de las visitas del Señor. *Omnes montes qui in circuitu estis visitet Dominus.*

Visitó el Señor a la estéril, derramó su espíritu fertilísimo a los valles humildes, floreció el desierto en la ley de gracia, se engrandecieron sus hermosuras, como llenas del óleo de su gracia, pasaron las fuentes por medio de los montes a regar a los valles; mas a Gelboé se le dijo: *nec ros, nec pluvia veniant super vos* (1). Enviarás tu espíritu y criará hermosuras, flores y frutos pingües, fecundos y hermosos. Renovarás la faz de la tierra, porque la árida también la fundaron tus manos, y nunca despreciaste la obra de ellas.

Ves, alma mía, cómo los valles humildes, las tierras agradecidas al cultivo de sus dueños, los ánimos pacíficos, los pobres de espíritu que totalmente conocen no tener de suyo ningún bien, ni querer otro bien que al Señor; las aguas que corren a su centro, y no se paran en la tierra para hacerse pantanos cenagosos que levanten vapores que oscurezcan, y nubes que estorben al sol, son los que logran y se alegran con la luz, los que fructifican y florecen, los que se hermosean y se fecundan, los que son visitados del Señor y tienen en El todos sus bienes: *omnia in uno habentes.*

Mas Tú, Señor Dios, juez, justo, fuerte y paciente, *numquid irascitur per singulos dies?* (2). No, alma mía, porque el que es juez, justo y fuerte, es también paciente. Y el Señor dice: *Nisi conversi fueritis* (3), entonces vibrará la espada, tomará y pondrá el arco, lo preparará y en él pondrá vasos de muerte, hará sus saetas ardientes. Por eso es el Señor jus-

(1) 2 Reg., 1, 21.
(2) Ps., 7, 12.
(3) Ps., 7, 13.

to, juez y fuerte, porque es paciente. ¡Cuántas prevenciones hace al alma!: vibra la espada, hace resplandecer el acero, muestra el arco, enciende las saetas.

Da a gustar amarguras temporales, al modo que decían al Profeta los que probaron las hierbas amargas: varón de Dios: la muerte en la olla; la muerte en la olla. Hace probar la muerte y sus rigores, para que no tome el hombre con sus manos la muerte segunda, y se la eche a pechos. Resplandece la espada, y amenaza con ella a la esposa infiel para que se corrija. Enciende las saetas para que tema el esclavo fugitivo. Prepara el arco para que se corrija el hijo avieso. ¡Oh, cuán lentos pasos camina la ira de Dios a la venganza!

Mas, ¡oh, cuántas, después de haber concebido tántos dolores, parieron injusticias y maldades, abrieron lazos y los ahondaron, atemorizaron a los otros y les mostraron los peligros, y ellos cayeron en el lazo y hoya que hicieron! Su dolor se convirtió en su cabeza, y descendió, cubriéndolos todos su iniquidad. No se aprovecharon para obrar bien de los recuerdos y avisos de Dios, ni de su luz. Armaron trampas a sus hermanos y cayeron en ellas; pues ésta es la justicia.

AFECTO 66

ORACION Y EXAMEN DE LA MAÑANA.

Cumque surrexissem mane ut darem lac filio meo, apparuit mortuus, quem diligentius intuens clara luce, deprehendi non esse meum (1). Donde verás cuánto le importa madrugar, y el recurrir a la clara luz, que sólo se halla en Dios por medio de la oración en su presencia, para remediar los daños que ocasionó el sueño, escuridad y descuido.

---

(1) 3 Reg., 3, 21.

AFECTO 67

RECTITUD DE NUESTRAS PETICIONES, Y CAUSAS PARA NO SER OIDAS CON EXPOSICION DEL SALMO V: *VERBA MEA AURIBUS PERCIPE, DOMINE.*

No son mis palabras como las palabras de los hombres, que todos son vanidad, como se dice en el salmo: *omnis homo mendax* (1), y sus palabras están llenas de engaños y vanidades, de mentiras y injusticias. Y viviendo como los jumentos porque no quisieron entender, y siendo su vida escándalo, se complace en sus bocas: *hæc via illorum scandalum ipsis: et postea in ore suo comlacebunt* (2). Y como se dice en otro salmo: sus bocas abundan de malicia, y sus lenguas congregan y juntan engaños. Están como de asiento hablando adversos a sus hermanos, y poniendo escándalo a los hijos de su madre. ¿Qué otra cosa han sido los herejes, hombres malos, carnales y viciosos, a quien mató la letra, y les fue cuchillo lo que es para los justos óleo de gracia y misericordia, para sanar las heridas de la culpa y naturaleza dañada, y para mantener la luz de la fe y el ardor de la caridad? Mas ellos, hinchados con la soberbia y avaricia, con la vanidad y codicia de los ojos, de la carne y de la vida, pusieron en el Altísimo y en el cielo sus bocas, y quedando llenos de aires, de tierra y de inmundicia, fueron rebeldes a la luz, y se dice de ellos: *Dispersit superbos* (3) en la mente de su corazón, porque siguió su mente su corazón de carne. Y esto es lo que se dice en el salmo: *perdes omnes, qui loquuntur mendacium* (4). A estos siguen en

(1) Ps., 115, 11.
(2) Ps., 48, 14.
(3) Lc., 1, 51.
(4) Ps., 5, 7.

obras los pecadores, que no negando la fe con las lenguas, la niegan y contradicen con las obras: con su boca bendecían, y con su corazón maldecían. ¿Cuáles son los deseos de los hombres, aun de los que tienen la verdad de la fe en la confesión de su bocas? No son de la vida eterna que se promete. No es el caer en los castigos que se amenazan. No es el reverenciar y dar honor a un Señor solo, criador, conservador, y soberano dominador del orbe. Sus deseos son de aquella vena insaciable de su concupiscencia que está siempre diciendo: *daca, daca.* Pues ¿cómo, si piden un escorpión que los mate, el Padre celestial los ha de oír? ¿Cómo ha de entender con ciencia de aprobación sus clamores? ¿Cómo ha de atender a su oración, si se encamina a quedar ellos perdidos y negar a Dios el honor que le deben, a pervertir así todo el orden de la razón y de las disposiciones divinas, y leyes de la inmutable justicia y equidad, que es Dios?

Así pues, el pedir a Dios que perciba las palabras, que entienda los clamores, es pedirle la dirección del corazón, para que las palabras, los clamores y la oración sean dignos de los oídos de Dios, de la aceptación y atención del sumo bien. *Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo* (1). El incienso sube derecho para el honor de la Majestad, y los ángeles que asisten ante el trono de su gloria la presentan en sus manos, como en candeleros e incensarios de oro.

Cuando orabas con lágrimas y enterrabas los muertos, yo ofrecía tus oraciones al Señor. El orar con lágrimas dice un corazón contrito y humillado, que no le despreciará el Señor. Y el enterrar los muertos significa un cumplimiento de la ley de la caridad fraterna, hasta el fin de la vida, cuando no se espera el interés de la retribución, mas se pone sólo la mira en el Padre soberano de quien todos son hijos; mas se sufren los defectos, y se tolera el cansan-

(1) Ps., 140, 2.

cio que trae consigo un cuerpo muerto en su hedor y peso, y se encubren éstos en la tierra, madre común de todos, porque la caridad cubre la multitud de los pecados. No se sacan a plaza, ni es como la lengua de aquéllos, que dice el salmo: su lengua de ellos pasó la tierra para desenterrar los defectos de sus hermanos, y éstos son los que pusieron en el cielo su boca. ¿Cómo pues, han de ser oídas estas palabras, cómo aceptos estos clamores, ni cómo atenderá la suma limpieza esta oración? Ellos se condenan, de su boca se juzgan. ¡Oh mal siervo, se le dijo al otro: no perdonaste a tu hermano, perdonándote a ti tu Señor!: *Adversus fratrem tuum loquebaris, et adversus filium matris tuæ ponebas scandalum* (1). Esto hiciste y callé; no respondí a tu oración ni a tus clamores; no di mis oídos a tus palabras. *Tacui* (2), callé hasta su tiempo, dando lugar mi justa ira a la misericordia en esperarte a penitencia, porque cuando fueres juzgado no esté el acusador a tu diestra como a quien siguieron sus obras, y se diga: su oración se le imputó a pecado. Vé, pues, cómo ellos se condenan. y así se dice de los réprobos: *se condenaron;* no se dice. *los condenaron.*

Así pues, le pide el santo rey a Dios unas palabras, unos clamores, una oración que, siendo dirigida al Señor, sea digna de su presencia, de su sabiduría y de su atención y corazón, que es su santa voluntad; y para esto le dice: *quoniam ad te orabo, Domine mane exaudies vocem meam* (3). Porque oré a Ti, Señor, hablé como a mi Señor infinito, sapientísimo, justísimo; y le hablé, conociendo que soy polvo y ceniza, y no pretendí en mi oración, en mis clamores y en mis palabras, más que al Señor. Al empezar esta luz, ya había oído mi voz. *De profundis clamavi* (4); mas aunque clamé del profundo de mi

(1) Ps., 49, 20.
(2) Ps., 49, 21.
(3) Ps., 5, 4.
(4) Ps., 129, 1.

miseria, del profundo de mi malicia y culpa, y del profundo de mi ignorancia, oyó mi voz desde su Monte Santo. ¿Qué voz puede tener un gusano, y más clamando desde el profundo? Mas aquellos oídos de la inmensa sabiduría y suma bondad, están inclinados a los voces del pobre, y perciben las palabras del necesitado, atienden a sus clamores, y entienden en recebir y disponer su oración para que se diga de ellos: *in paucis vexati sunt* (1). Cuando claman, lloran y gimen por salir de su culpa, y les parece no ser oídas, sus oraciones: *in multis bene disponentur* (2), porque el Señor escudriña lo íntimo de sus corazones, y halla dignos de sí sus ruegos. Pues, buscando primero el reino de Dios, todas las cosas se le darán, *in multis bene disponentur: quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se* (3).

En mucho, y en muchas cosas se dispondrán sus bienes como que corren por cuenta de un poder infinito, de una sabiduría inmensa, de una bondad y caridad inefable, suma, inmensa, infinita. Pues siguiendo esta luz el alma y llegándose a ella, dice: *mane astabo tibi* (4). Así el alma se levanta a la media noche a buscar a su amado, confesando que sobre todo el juicio de los hombres son las justificaciones del Señor, y cercando la ciudad y viendo sus obras admirables con los ojos de la consideración, y con aquel rayo de luz que maravillosamente le envió el Señor de los montes eternos, turbada por la insipiencia de su corazón, clama y dice: *Quæsivi et non inveni* (5). Busqué al que ama mi alma, y no le hallé; hecha soy como el animalito pequeño en las lluvias; o como la piel en los granizos y nieves: *factus sum sicut uter in pruina. Defecerunt oculi mei in eloquium tuum dicentes: Quando consolaberis*

(1) Sap., 3, 5.
(2) Ibid.
(3) Ibidem.
(4) Ps., 5, 5.
(5) Cant., 3, 2.

me? (1). ¿Cuándo vendré y apareceré ante la faz del amado de mi alma? ¡Oh, todas las criaturas, cielos y tierra, mar y abismos!, *num quem diligit anima mea, vidistis?* (2). ¿A dónde hallaré a mi amado? *Sapientia ubi invenitur?* (3). ¿Cuál será el lugar de su inteligencia, de su conocimiento claro, para amarlo? ¡Oh amor!, ¿a dónde reposas al medio día, donde los ardores de tu caridad destierren mis yelos, y la luz de tu conocimiento ahuyente mis tinieblas? ¡Ay!, que ignora el hombre tu precio, porque *omnis homo mendax* (4), y *nescit homo pretium ejus* (5). No se hallará en la tierra de los que viven con las blanduras de la carne y naturaleza. Si preguntas al abismo, dirá: más profunda es su sabiduría. Si al mar: más es su inmensidad, no hay comparación en mí para su grandeza. El oro más precioso, y la plata más escogida: *nec appendetur in commutatione ejus* (6). No dan noticia los colores más escogidos de la India ni las piedras preciosas: el sardónico preciosísimo, ni el zafiro. No el resplandor del oro ni del vidrio. No los vasos de oro, ni lo excelso, ni eminente. No los topacios más apreciados de la Etiopía. ¿A dónde estás, pues, amado mío, a dónde te hallas, fuente perenne de la sabiduría? ¿Cuál es el lugar de tu inteligencia, de conocerte para amarte? ¡Oh Dios, escondido a todos los ojos de los que viven en la tierra, y no comprendido de las más altas inteligencias que son como las aves del cielo! *Non videbit me homo, et vivet* (7); *volucres quoque coeli latet* (8).

Aquellos custodios que constituíste sobre los muros de Jerusalén, para que en el día de su conoci-

---

(1) Ps., 118, 83, 82.
(2) Cant., 3, 3.
(3) Job., 28, 12.
(4) Ps., 115, 11.
(5) Job., 28, 13.
(6) Job., 28, 15.
(7) Exod., 33, 20.
(8) Job., 28, 21.

miento y en la noche de lo que no comprenden de tu ser infinito e inmenso, no callen en el día ni en la noche, mas siempre estén alabando tu nombre que es santo, santo, santo, Dios de Sabaoth, a Ti conviene la alabanza en silencio, Dios de Sión. Estos custodios de los muros, *custodes murorum* (1), le quitaron el manto y la hirieron; le dieron, por disposición tuya, a conocer al alma su pobreza y enfermedad, sus llagas y desnudez, para que no ignorándose a sí, te halle a Ti, Dios y Señor, que vives y descansas en el humilde, y te alejas del soberbio, porque tu sabiduría, que es verdad, aborrece la soberbia, que es mentira.

La perdición y la muerte dijeron: oímos su fama, porque es camino de hallarte el conocer por la muerte las miserias del cuerpo, y el fin de todo lo terreno; y por la culpa, que es la perdición, los estragos del alma: *Timor Domini, ipsa est sapientia, et recedere a malo, intelligentia* (2).

AFECTO 68

INFELICIDAD DE QUIEN PIERDE LA GRACIA, Y DESEOS DE RECUPERARLA, CON EXPOSICION DEL SALMO XI.

¡Oh, quién podrá decir cómo muestra Dios al alma lo que tiene de suyo! ¡Oh, abismo y valle profundísimo, y cómo es así verdad que no llegaré con la consideración al fondo o profundo de mi propia nada y miseria, aunque discurriera en ella, cavara y ahondara continuamente, todos los años de la vida mortal, todos los meses, todas las semanas, todos los días, todas las horas, y todos los instantes! ¿Qué quiere, alma mía, decir que el polvo, la tierra, la nada, y la podre asquerosa se haya opuesto a la majestad del Omnipotente, haya quebrantado las leyes del inmenso? ¿Se haya echado a cuestas una maldad que

(1) Cant., 5, 7.
(2) Job., 28, 28.

todas las criaturas no serán bastantes a satisfacer? ¿Se haya hecho merecedora...? Sálvame, hazme salvo, Señor, porque ha descaecido lo santo, porque se han disminuído las verdades en los hijos de los hombres. Hazme salvo, Señor, porque me hundo en un profundo de confusión y descaecimiento, en un mar amargo, cuyas aguas han entrado hasta mi alma, y estoy como caído y atollado en un lodo profundo.

Si viera descantillarse o caerse a pedazos los cielos; vestirse el sol de cilicio y la luna cubrirse de sangre; caer las estrellas del firmamento; revolverse los orbes; de la tierra, dejando aquel su firme asiento en que la fundaste; caer los montes con sus pesados cuerpos en el corazón de los mares; marchitarse las flores, los árboles y plantas; perecer los peces, las aves y los brutos, y descaecer las flores del Carmelo; las hermosuras del Líbano y Sarón enfermar y acabarse: todo esto era pérdida de la naturaleza de las cosas que destinaste al servicio del hombre, y las pusiste debajo de sus pies. Mas, pues es sin comparación la pérdida del hombre, el descaecimiento del alma capaz de tu amor, y capaz de tu gracia, asombrarán y atemorizarán todas estas pérdidas de la naturaleza, pues ¡cuánto más y cuánto más las de la gracia! Si en tu luz vemos la luz temblar, temer y clamar, como quien se ahoga, debemos clamar: ¡Sálvame Señor, hazme salvo de tanto mal. Tu confesión, tu alabanza, como dice el profeta, es sobre el cielo y sobre la tierra: *confessio ejus super coelum et terram* (1). Y montando más el gusto o disgusto del Criador y Señor, el cumplimiento o quebrantamiento de su justa, santa y perfectísima voluntad que todo lo ha criado, ver descaecer en el cumplimiento de ella al hombre racional que es sólo el que se atreve a quebrantarla, materia es de más dolor, de más susto y de más riesgo que ver aniquilarse todo lo criado. Hiciste como medio para que el hombre fuera a ti por el cumplimiento de tu ley y preceptos.

(1) Ps., 148, 14.

Hazme salvo, Señor, de tanto mal, de tanta pena y dolor, porque descaeció el santo aquel que era tus delicias, palacio, templo y asiento del mismo Dios. Descaeció y se acedó y amargó aquella viña tuya que era tu heredad. Se enfrió el calor de la caridad, se entibió, y empezarás a vomitarlo de tu boca, te causará como bascas y hastío. Descaeció el santo, pues ¿cómo no temerá y temblará el corazón?, pues si cayeron las estrellas del cielo, si se estremecieron los cedros del Líbano, si los montes en perfección se volvieron en humo y en pavesas, ¿qué no temerá el gusano, el polvo y el lodo? Sálvame pues, Señor, hazme salvo, que sólo tu mano poderosa puede dar firmeza a la misma mudanza e inconstancia. Pues como la caña agitada del viento, como el heno que nace en los tejados y no echa raíces, ni tiene firmeza, naciendo a la mañana y secándose a la tarde; como el báculo de los pastores que anda al paso del inquieto rebaño, así el corazón del hombre se muda como aquella rueda de tan varios rostros, que ya es águila, ya león, ya becerro, y ya hombre, como las olas del mar, como la corriente de los ríos, como la variedad de los vientos. Pues con un corazón tal, y en riesgos tales, ¿quién no teme?, ¿quién no clama: hazme salvo Señor de tanto mal?

Mas mira, alma mía, la raíz del descaecimiento tan peligroso. *Quoniam diminutæ sunt veritates a filiis hominum* (1). Hicieron poco aprecio de las verdades eternas, las olvidaron, y no las consideraron; por esto se perdió la tierra, por la falta de consideración, porque no hay quien piense, quien recapacite profundamente en el corazón las verdades; de aquí viene la perdición, de aquí el hablar mentiroso, vano y inútil; de aquí el odio del Omnipotente: *odisti omnes qui operantur iniquitatem* (2), y de aquí la eterna perdición: *perdes omnes, qui loquuntur men-*

(1) Ps., 11, 2.
(2) Ps., 5, 7.

dacium (1); y de aquí el volverse todo el hombre, y todo hombre mentira y vanidad: *omnis homo mendax* (2). Muchos dicen: ¿quién nos mostrará los bienes?, y preguntan: ¿qué cosa es la verdad?, mas no hay quién *recogitet corde* (3). No hay quien lo piense, no hay quien lo medite; y así no hay fuego en el santuario que es el corazón del hombre. En mi meditación se encendió el fuego, decía el santo rey. Y es así, por eso se hiela, se enfría el corazón, se disminuyen y apocan las verdades en los hijos de los hombres, porque no las meditan en el corazón. Mas, ¿cómo podrá el corazón meditarlas, cuando los labios se ocupan en las mentiras? No hay en la boca de ellos verdad, dice el salmo, y por eso su corazón es vano. ¿Cómo podrá meditar en su corazón las verdades eternas, quien sólo habla de las vanidades mundanas? Quien alaba y aplaude la soberbia en sus actos y efectos ¿cómo podrá amar la humildad y el desprecio del mundo? Quien aplaude y lisonjea al colérico y vengativo, burlando y teniendo por insania la vida del pobre y del humilde, del callado y paciente, ¿cómo podrá amar y pensar en su corazón los frutos de la paciencia y silencio? Quien siempre habla y se complace en la vida presente, en los adornos del cuerpo mortal, en los sabores del gusto, en las vanidades de la vista, en las delicias del oído ¿cómo podrá no ser enemigo de la cruz de Cristo, amar la mortificación, ni meditar en la vida eterna? El vaso sin cobertor es reprobado porque por la boca entra el polvo y sabandijas a enturbiar y manchar el agua clara y limpia; pues ¿cómo el corazón, que como campo abierto da paso franco a todo bruto y fieras de la selva, podrá producir, mantener y crecer en pastos y frutos de la vida eterna? Quien siempre habla de la tierra y jamás levanta los ojos al cielo,

(1) Ibid.
(2) Ps., 115, 11.
(3) Jerem., 12, 11.

¿cómo podrá tener en sí afectos celestiales, deseos de la patria, ni temor del eterno destierro que se sigue a la culpa en la cárcel del fuego perdurable? Ejecutando cada día la muerte a los hombres, ¿cuándo hablan en ella? ¿Cuándo se previenen y amonestan los unos a los otros para dar aquel salto nunca bastantemente comprendido del entendimiento humano, de la vida a la muerte, del tiempo a la eternidad, de la mortalidad a la inmortalidad? ¿Quién es el que habla con los labios, para que así lo medite el corazón propio y ajeno? ¿Qué cosa es perder o ganar a Dios para siempre? ¿Qué es haberse hecho hombre por el hombre? ¿Qué es haber cargado en espaldas de Dios el peso de más de cinco mil azotes? ¿Qué cosa es el morir Dios en una cruz por fiador de los hombres? Mas así como los brutos nacen y mueren sin saber apenas ni hablar jamás en de dónde vinieron, ni a dónde van; mas como aquel rebaño que sólo anda vagueando por campos y malezas, así caminan, ignorándolo todo, sólo tras sus desordenados apetitos y pasiones brutales. *In circuitu impii ambulant* (1), vuelven siempre a aquello de donde salieron, y nunca tienen camino recto; de una miseria vuelven a otra, y de otra a otra, y todas son miserias, y mentiras. De las palabras vanas y inútiles van a los afectos vanos del corazón; del corazón vuelven a salir palabras vanas y mentirosas, y así, usando consigo impiedad, andan en circuito como la culebra que se mantiene de su cola.

Salen sus palabras como ríos revueltos y turbios del mar hinchado de su corazón; y a este mar turbulento y amargo vuelven sus palabras como ríos que lo hacen entumecer y reventar en olas y en borrascas, donde se ahogan y mueren los dictámenes de la razón, las consideraciones de las verdades eternas. *Quoniam diminutæ sunt veritates a filiis hominum. Vana locuti sunt unusquisque ad proximum suum* (2), etc. Y ya fuera no tanto el mal que

(1) Ps., 11, 9.

(2) Ps., 11, 2, 3.

le ocasiona el impío al tibio, y el santo que descaece, si sus palabras tibias, malas y vanas no fueran *unusquisque ad proximum,* no fueran como un contagio pestilente que enferma las almas todas, porque así como el enfermo se debilita y enflaquece, se hastía y desgana, se rinde y se arde, apeteciendo sólo lo que ha de hacer crecer su enfermedad; así estos efectos causan las palabras vanas, las conversaciones inútiles, que como aire que sale de corazones corrompidos, inficiona y corrompe a los otros con su dañado aliento. Es aquel viento cierzo que destruye y seca el huerto del esposo, y marchita las flores y hace perder los frutos que eran para su gusto y recreo. Cuántas veces y cuántas, el corazón que ardía en las llamas de la caridad, y florecía como un huertecito apreciado del divino esposo, sale de una conversación de éstos, apagado como con el hielo, la escarcha y el granizo, sintiendo, con el contagio de este viento infestado, desmayos, temblores, calores, fríos. Cuántas veces el que corría como el ciervo a las fuentes de la vida, caído en el camino al impulso violento de estos aires pestilentes, sólo arde en calentura como en un calor adventicio, vicioso y violento, de las aguas salobres de los vicios que jamás podrán satisfacer su sed, ni hartarla; y con un hastío continuo, y casi hecho invencible de los manjares espirituales, sólo apetece lo dañoso, y como dice el salmo: *omnem escam abominata est anima eorum, et appropinquaverunt usque ad portas mortis* (1).

Según tu alteza, multiplicaste a los hijos de los hombres, y siendo tantos, y edificando torres con qué magnificar su nombre en la tierra, hablando vana y jactanciosamente, diciendo: con muchas lenguas nos engrandeceremos, nuestros labios son para nosotros, *quis noster Dominus est?* Todas estas lenguas, todas estas torres que en el viento y del viento se edifican, como el polvo las desbaratará el Señor, y con el viento de ellas mismas las confundirá con su mis-

(1) Ps., 106, 18.

mo sonido y variedad, con su misma muchedumbre y altivez, y aun con su misma inmundicia y tierra, porque de tierra y de lodo son sus palabras, como torres y edificios fundados sobre la arena de su vanidad. *Disperdat Dominus universa labia dolosa et linguam magniloquam* (1), dice el salmo.

Mira, las palabras de Dios son palabras limpias, puras y castas; no van adulteradas con el estaño de los vicios y pasiones, como la plata examinada con el fuego, limpia de todo lo que es tierra, y limpia y purificada muchas veces. Manzanas de oro sobre columnas de plata, fundadas en caridad y examinadas con el fuego del amor de Dios, fructuosas para sus prójimos, y que enriquecen sus oídos para que de ellos bajen a su corazón como rocío, y como avenidas de aguas puras, y suba su oración y su meditación hasta el cielo. Llueven como cielos de lo superior de ellos, que es aquella parte de la razón que se conforma con el Señor, y cayendo sus palabras como rocío, la tierra de los corazones que los oyen y reciben, producen cosas saludables, meditaciones y pensamientos santos. Así como la lengua mala es universidad de maldades, y es un viento abrasador que todo lo consume y seca y mata, así las palabras, que como ríos del mar nacen de Dios y van a Dios, están llenas de espíritu de vida. De donde verás con cuánta razón se dice que la vida y la muerte están en mano de la lengua.

Y como a muchos pobres inocentes pervierten las palabras impías y dictámenes errados de los malos, el Señor se levanta con presteza por las miserias del que está necesitado de su especial ayuda, para librarle de tanto mal, porque gime el pobre debajo del yugo del carro en que lo hace trabajar el escándalo y mal ejemplo, la vanidad y la mentira que lo hizo pobre de bienes, y le echó encima el peso de los males.

---

(1) Ps., 11, 4.

Tú solo, Señor, puedes librarnos, ponernos en pastos saludables para que andemos confiados y no temamos los labios inicuos y lenguas dolosas. *Tu Domine servabis nos et custodies nos* (1).

AFECTO 69

CORRECCION MISERICORDIOSA DE DIOS. ARMERIA DONDE SE HACE INEXPUGNABLE EL ALMA. CORRECCION DE FUROR, MAS TERRIBLE QUE EL INFIERNO, CON EXPOSICION DEL SALMO VI.

Domine me in furore tuo arguas me (2).

No le pide David a Dios que no lo arguya, que no lo reprenda y corrija; mas le ruega que este argüírlo y corregirlo sea en misericordia, como dice en otra parte: corríjame el justo en misericordia; y al Señor pide: *proba me Deus, et scito cor meum; interroga me, et cognosce semitas meas* (3). *Ure renes meos et cor meum* (4). Pregúntame Señor, pruébame, y para que no quede en mí cosa que contradiga a tu limpísima ciencia y voluntad, quema mi corazón y mi carne, examíname con fuego para que no se halle en mí la maldad. El fuego quema y alumbra. Cuando no arde en furor, se encamina a cocer para que los vasos de tierra tengan duración, y puedan contener el agua; sazona los manjares para el gusto de los reyes; purifica el oro para darle valor y más quilates; destierra la frialdad nociva, y ayuda a confeccionar las medicinas y cauteriza las llagas. Con sus llamas alumbra y destierra la escuridad. Así el alma santa dijo que sus lámparas eran de fuego y de llamas, y así Dios con lo que arguye y corrige, purifica, sana, da valor al alma y la sazona para que le sea agradable como manjar al gusto, y como oro de subidísimos qui-

(1) Ps., 11, 8.
(2) Ps., 6, 2.
(3) Ps., 138, 23.
(4) Ps., 25, 2.

lates. Dios a los que ama corrige, y entonces se acuerda de su misericordia cuando se muestra airado. Con la vara de su corrección gobierna al hijo querido, y esta vara es báculo que lo mantiene en virtud y le aparta los tropiezos. Tu vara y tu báculo: ésa me consoló, porque la que fue vara de corrección en la juventud, es báculo que sostiene en la vejez. ¡Oh Dios!, dice en otra parte: Tú me enseñaste en mi juventud, y hasta la vejez y la senectud no me desampares, no quites de mí, no permitas que deje tu báculo y tu vara. Esta vara de tu corrección es para mí como una mesa donde hay todos los manjares, como una casa de armería para defenderme y ofender a mis enemigos. Levantaste mi cabeza, esto es, lo superior de mi alma, y la engrandeciste, y untaste con el óleo de tu gracia; y aquel cáliz que me diste como embriagado de amarguras. ¡Oh, cuán preclaro es, ya por la fortaleza y bienes que trae como báculo, ya por los males y daños que expele del alma como vara; por lo que atajó de llagas como fuego, y por lo que alumbró ignorancias como llama!

Mas arguyendo, Señor, en tu furor, corrigiendo en ira, ¿quién podrá mantener el peso de una omnipotencia enojada? ¿Quién responder a los cargos que hará una sabiduría infinita? No habrá palabras en la boca del pecador, la confusión cubrirá su rostro, y no sólo pedirá a los montes que caigan sobre él, lo cubran y sepulten; mas el infierno deseara por guarida. ¡Oh ¿quién me dará, decía el Santo Job, que en el infierno me escondas y me sea como protección mientras pasa tu furor? Mas esta será la pena de los impíos, que en el infierno tendrán presente el enojo y furor de su juez. Así decía aquel santo: estando a tu protección, y habiendo de pasar tu enojo, no será para mí infierno, será guarida; mas corrigiéndome en tu ira, arguyéndome en tu furor, será echarme para siempre de tu gracia, de tu amistad y de tu protección. Este es el furor de tu ira, este es el argumento de tu furor. No quisieron la bendición, pues apártense de ella; buscaron la maldición,

pues venga sobre ellos. Curamos a Babilonia, y no quiso sanar, pues desamparémosla. ¡Oh, cuán claro argüirás al pecador con mostrarle los infinitos beneficios con que quisiste sanarlo, curándolo; y así qué terrible argumento será este de tu furor! No permanecerá el injusto ante tus ojos, porque la luz de ellos le dará claro a conocer sus maldades, y irá arredrado y huyendo como las tinieblas huyen de la luz. Verá el peso de tu ira, y el argumento de tu furor en tu Cristo, Dios verdadero y hombre inocentísimo, clavado a un madero, azotado por manos de hombres viles, pisado y hollado de los hombres, por haber tomado en sí la imagen de pecador, *vultus autem Domini super facientes mala* (1); y a la presencia de este argumento fuerte, claro y terrible, se aniquilará y perderá el pecador, y su memoria será borrada de la tierra de los vivos. Este será el bulto de la ira de Dios, patente y visible: Dios muerto en una cruz por el pecado del hombre, y el hombre crucificado a Dios con el pecado. *Ubi me abscondat a vultu iræ tuæ,* así clamaban los malos: quítalo, quítalo; y así quisiera decir el alma desdichada que llegare a ser argüida en tu furor. ¡Oh, cuánto mejor le fuera no haber nacido para no haber convertido la triaca en veneno, y los beneficios en agravios de su benefactor!

¿No has visto en la casa del ollero con la facilidad que arroja y deshace los vasos que formó de barro, si no están a su gusto?; ¿pues qué fuera si le fueran contrarios, si se le convirtieran en ponzoña? Al muladar más inmundo los tirara, sin faltarle, porque aquellos se perdieran, materia ni facultad para hacer otros. Gloria es del dueño de la casa, que la basura de ella se arroje al muladar, y una vez arrojada, no se vuelve a tener de ella más memoria.

De aquella mujer idólatra, soberbia y sanguinolenta, no quedó más memoria (entregado su cuerpo a los perros) que la calavera, y las extremidades de los dedos. Así sólo le quedarán al pecador sus obras,

(1) Ps., 33, 17.

las reliquias de ellas; y como hijas de una madre adúltera se llamarán *absque misericordia,* y serán desconocidas de mí, no serán mi pueblo, mas quedarán para sí como burla y asombro, espanto y escarmiento de los caminantes.

Pecamos, dirán, convencidos de los argumentos de furor: *injuste egimus, iniquitatem fecimus* (1), *idcirco tu, inexorabilis, opposuisti nubem tibi ut non ascendat oratio.* Serán castigados con las tinieblas del entendimiento, irán de abismo en abismo, y un abismo clamará a otro en la voz de sus cataratas. Dejados de la mano que los sostenía, irán de despeño en despeño, de abismo en abismo, hasta que llena la medida del abismo de sus culpas, éste llame necesariamente al abismo de sus penas, porque llenaron la medida.

No será mi espada como acero, mas será como rayo qué devore sus carnes. *Acuero ut fulgur gladium meum* (3). El espíritu de mi boca matará los impíos. Embriagaré mis saetas en su sangre, porque entrarán hasta lo más escondido de sus entrañas, y se embriagarán en su sangre, porque mis saetas serán vivas, como verdugos del Señor para castigar sus enemigos. De fuera los comerá y quemará mi espada como rayo, y dentro los llenará de pavor. Mis saetas les sacarán las entrañas, les beberán la sangre en que se mantenían sus vicios y furores: *inebriabo sagittas meas sanguine, et gladius meus devorabit carnes* (4).

Dentro los ocupará el pavor, y aunque anden toda la tierra, lo llevarán consigo, temblando y temiendo. Si embarcados en naves descendieren al mar, huyendo de la cara del Señor, el mismo mar bramará contra ellos, y tendrán por mejor ser sepultados en el profundo que ver las muestras de su enojo.

---

(1) Judith., 7, 19.
(2) Threni, 3, 42-44.
(3) Deut., 32, 41.
(4) Deut., 32, 42.

En todas las cosas criadas puso Dios espejos para ver y escalar, para subir al conocimiento de su autor. En muchas cosas se lee su misericordia y providencia, su sabiduría y bondad, etc., y en muchas también, su justicia, su enojo justo y su furor en castigar lo malo. La tierra, abriéndose en bocas y sacudiendo con furor a sus habitadores; el mar, saliendo de sus quicios con sus hinchadas y espantosas olas; el fuego, cebado en los edificios, aniquilándolo y devorándolo todo; el aire, con espantosos bramidos arrancando de sus quicios las más altas torres, y reduciéndolas a polvo; el león, el tigre, el toro, etc.; las nubes, despidiendo rayos, asombrando con truenos, y negando la luz a los ojos; los volcanes, los vesubios, etc., señas son pequeñas, rastros y señas por donde la capacidad limitada del hombre pueda conocer algo del enojo de Dios. Los ejércitos de pestes, hambres, guerras, todos están pendientes de la voluntad de sus labios para acabar con el pecador, que no ha menester tanto para quedar solo en el esqueleto y en las extremidades de los dedos. Un airecito, un humor pegado al corazón, una melancolía, un disparatado temor, las ranas y los mosquitos, bastan para acabar con el más entronizado y soberbio.

Mira, pues, con cuánta razón pide al Señor no me arguyas en tu furor, ni me corrijas en tu ira, pues basta una paja para aniquilarme. Tén misericordia de mí, *quoniam infirmus sum, sana me Domine* (1). Mira, Señor, mi miseria, y que sólo soy sujeto de tu gran piedad, no tengo otra cosa que alegarte porque soy enfermo, sáname, Señor: médico eres, enferma soy, no me resisto a tu mano poderosa, ni quiero ya huir de la luz, antes me entro por tus puertas temblando y temiendo, sin fuerza ni vigor. Dios mío, ten misericordia de mi, *quoniam conturbata sunt ossa mea* (2), y mi ánima está grandemente turbada de tu enojo.

---

(1) Ps., 6, 3.

(2) Ibid.

No sólo es mi temor y pena sensible en la parte inferior de mi alma, como el que se desmaya y estremece cuando truena el cielo y ve la espada desnuda; mas en lo superior de mi alma, en aquella parte que gobierna la recta razón, en la parte superior de ella conozco la justa causa de su enojo, el poder inmenso de tu ira, la fuerza de mi ceguedad, ingratitud y atrevimiento, por lo cual mi alma está como aterrada, combatida de muchas olas: *anima mea turbata est valde. Sed tu Domine usquequo?* (1). Tu Señor todo piedades y misericordias; tu Señor, la misma misericordia; tu Señor, de quien es propio el perdonar; tu Señor, que eres padre y así quisiste que te llamáramos, y tu propio nombre es Dios, que se dice de dar, y que como fuente perenne de misericordias, de vida y de consuelos, tienes inmensa propensión a comunicarte: ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo se aplacará tu enojo, serenarás el rostro, mirarás compasivo mis males?

¡Ea, mi Señor, vuelve a mirarme, no apartes tu rostro, no te desvíes con ira, no me arrojes de Ti! *Convertere Domine, et eripe animam meam* (2), mira Señor cuán atribulada me tienen mis enemigos; mírame sin aliento, sin sustento, pues en aquella región de muerte y olvido, adonde me aparté de Ti, perezco de hambre. Mira que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no hay en mí sanidad. ¡Ea Señor, mira el rigor con que me tienen!

AFECTO 70

CUAN SACIADA SERA EL ALMA DICHOSA QUE POR LA GRACIA HABITA EN LA HEREDAD DEL SEÑOR.

¿Quién, Dios mío, había de tener aliento para tomar tus santísimas palabras en su boca, sabiendo que sus labios están manchados con tantas culpas, y que el pan de los hijos no se ha de echar a los perros? Mas viendo, Dios mío, que los cachorrillos co-

(1) Ibid., 4.
(2) Ps., 6, 5.

gen las migajas que caen de la mesa de su Señor y que tu misericordiosa mano se abre liberal para repartir el sustento a todo animal, llenándolo de tu bendecir, que es hacer bien, y que no se olvida tu piedad de los jumentos que estaban en el arca para hacer tranquilidad, ni de los hijos de los cuervos y de las golondrinas. Y viendo, Señor Dios mío, que es tu voluntad, pues me lo manda quien está en tu lugar, y que es justo que esta vilísima criatura tuya más vil y más desechada que cuanto puede haber desechado y vil, le ponga patente los más ocultos pensamientos del corazón para ser enseñada y corregida, y ojalá castigada y humillada. Vos sólo sabéis, Dios mío, quién he sido y soy yo para con Vos; y todos saben cuán indigna y cuán aborrecible soy aun a los ojos de los que viven.

Mas ¿quién podrá decir, Señor mío y Dios mío, lo que dáis a conocer a mi alma, vilísima pecadora, de aquella dicha que todas las dichas comprende, del que habita en la ayuda, amistad y protección del altísimo, y mora muy de asiento en la protección del Dios del cielo? *Ecce hereditas Domini* (1). Como hijos en la casa de su padre, como rebaño dichoso debajo del gobierno y cuidado de su amorosísimo pastor, como dichosos moradores y habitadores de los términos en que habita el Señor, el Dios del cielo, ¡oh, cómo gozarán dichosos de su rocío y de sus influencias, del rocío del cielo y de lo pingüe de la tierra! ¡Oh cómo lucirán las hermosuras de Jacob, de aquel amantísimo esposo y fuerte luchador que tanto trabajó por la hermosura del alma, y tan poco le pareció por la grandeza del amor, que puesto ya en la cruz, saciado de oprobios, aún dijo: que tenía sed de mayores tormentos! ¡Oh, cuán saciada será el alma dichosa que por la gracia mora en esta heredad del Señor, cuán saciada, cuán llena y cuán abundante de los verdaderos bienes! Aunque como el arca del Señor esté cubierta de pieles mientras anda

(1) Ps., 126, 3.

peregrinando. Mas ¡oh qué oro, qué maná, que vara prodigiosa, qué santa ley escrita tendrá en su interior! ¡Oh, cómo mandará el Señor a sus ángeles que la guarnezcan, que la adoren, que la lleven en palmas, porque acaso no recalcitre ni le ofendan a sus pies las piedras! ¡Oh cuánta paz tendrá, cercada del escudo de su verdad, y cómo no temerá los temores nocturnos; no las saetas que vuelan en el día; no a los negociadores que andan dándose prisa en las tinieblas, cercando como leones; no a los bramidos con que atemorizan, como con palabras ásperas y crueles, burlando, amenazando y aterrorizando; no a los lazos ocultos de los cazadores, porque de tantos riesgos, de tantos males la librará la protección del Altísimo. La cercará con el escudo de su verdad, que es su ser inmutable; le hará sombra con sus alas, esperará debajo de sus plumas; le hará sombra con las alas poderosas de su sabiduría y providencia y esperará debajo de las plumas de sus oportunos auxilios y miseraciones. Hará que caigan sus enemigos rendidos, mil a su lado y diez mil a su diestra, y que no se le acerquen para el daño, ni aun le ofendan acaso las piedras a sus pies. Y por que el Señor que es su esperanza, puso altísimo su refugio, esto es, en sí mismo, donde no llegará el mal de la culpa que merece el azote de la pena eterna; porque en todos sus caminos mandará a sus ángeles la guarden como a una joya preciosa, estimada de su dueño y Señor, y así andará segura sobre el áspid, y el basilisco, y conculcará al león y al dragón. Y esto todo, porque esperó en el Señor con aquella esperanza que hace obrar bien y andar por caminos justos. Lo librará a él, lo protegerá a él, a él y a él: al que conoció su santo nombre para honrarlo. Clamará a Mí, dice el Señor, y le oiré, y le libraré de todos los males, y le glorificaré con inmensos bienes.

¡Oh Dios, cuánta es la caridad que arde en tu pecho, verdaderamente ni el hombre, ni el ángel, pueden jamás medir sus espacios! Verdaderamente Se-

ñor, tu corazón parece que se liquida o derrite en medio de las entrañas de tu caridad, para darse en fuentes copiosísimas de amor y misericordia a los hombres! ¡Oh grande corazón de Dios! ¡Oh tiernísimo corazón de Dios! ¿Qué es, Señor, el clamor del hombre, qué es la voz del alma, para que no sólo la oigáis, mas la libréis de tan horrendos males, y la llenéis de tan inefables bienes? ¿No es como el clamor de los hijos pequeñitos de las golondrinas? ¿Puede ser más contemptible el que clama. *Sicut pullus hirundinis, sic clamabo?* (1). No es su clamor, con una voz enronquecida con sus defectos y trabajos, de estar como sumergida en el lodo profundo de sus miserias, *clamans, raucæ factæ sunt fauces meæ* (2). No clama, Señor, desde el profundo de tanta miseria con una voz tan corta, tan tímida, tan seca y desde adonde mi Dios te llama, *de profundis* (3), desde la bajeza de su ser que es tierra y lodo; del profundo de sus culpas que es la profundidad más espantosa; desde la oscuridad de su ignorancia?

Clamad con mayores voces, les decía el santo Profeta a los que clamaban a su Dios falso, y nunca fueron oídos, porque tenía oídos de piedra y de palo que no podían oír. Mas, Tú Señor, Dios mío, tus oídos están atentos para oír al que te llama. Así dice a los que claman como los hijos de la golondrina, que los oirá y los glorificará, y desde la bajeza de su ser los levantará y pondrá altísimo su refugio, donde no les llegará el azote merecido, porque a la hora que el pecador gimiere y confesare que pecó contra el Señor, el Señor quitará su mancha y su culpa; y si fue por ella sangriento y cruel, quedará en las fuentes del Salvador más blanco que la nieve. Y así oye el Señor la voz del que clama, y así lo llena de largueza de días, haciendo que resplandezca

(1) Is., 38, 14.
(2) Ps., 68, 4.
(3) Ps., 129, 1.

su luz y que sus obras sean hijas de la luz, y que las vean aquellos que por ellas han de glorificar al Padre Santo que está en los cielos.

Así en el alma en gracia, se hallan días llenos de santas obras, de deseos santos, de ejemplos buenos. ¡Oh!, ¿cuánta hermosura será aquella que al Divino Esposo enamora? Tánta, que tanto repite: *quam pulchra es; et quam decora carissima* (1). Verdaderamente habita y mora muy de asiento con su amado, en su ayuda y en su protección; y de su cielo altísimo la llena de resplandores, alegrándose como gigante su sol con gloria, acude tal por su querida, para andar su camino desde lo sumo del cielo, a iluminarla con nuevas gracias y dones. Verdaderamente manda venir las nubes de los fines de la tierra de su propio conocimiento y humillación para que la rieguen y fecunden. Y las tribulaciones y temores, que como rayos la amenazaban, las convierte en graciosa lluvia con que segrega para sí la heredad: *fulgura in pluviam fecit* (2). ¡Oh alma dichosa la que así participa los resplandores del sol increado! Ella es el cielo donde anda su sol, esto es, su amado, ilustrando, vivificando, y encendiendo todo aquel dichoso orbe de sus potencias y sentidos. ¡Oh, ¿quién podrá comprender la grandeza y hermosura que participa, por la gracia de su hacedor, para verla como a Jerusalén Santa, que recibe del cielo su hermosura y sus adornos; como esposa para su esposo?

Subió o fue subido el santo evangelista a un monte grande y alto, para que entienda que subiendo el Señor el conocimiento humano a una grande eminencia sobre sí mismo, verá la hermosura, las riquezas y adornos del alma en gracia. Llena está de todas las piedras preciosas de las virtudes, y en el circuito de sus muros constituyó el Señor custodios, mandó a sus ángeles que la guarden en todos sus caminos, que la traigan en las manos para que acaso

(1) Cant., 7, 6.
(2) Ps., 134, 7.

no ofendan las piedras a sus pies, pues hasta el calzado de ellos cuida el Señor y le parece bien, pues le dice: ¡cuán hermosos son tus pasos en el calzado, hija del príncipe! ¿Mas a quién mandó el Señor tanta guarda y tanto cuidado? A sus ángeles, a aquellas altísimas inteligencias, a aquellos príncipes poderosos, a aquellos grandes de su corte. ¡Oh santos ángeles que miráis la cara del Padre Celestial, y miráis darle gusto, hacer su voluntad en cuidar del alma! ¡Oh fuertes de Israel que guardáis el lecho florido del mejor Salomón, prevenidas las espadas de vuestro poder para defenderla de los temores nocturnos, y con el escudo de las verdades del Señor, que las ilustráis, las cercáis para que las saetas que vuelan en el día de la vida mortal no las hieran! ¡Oh grande dignación! ¡Oh protección del Dios que crió el cielo y la tierra! Era menester, Dios mío, que la lengua de estos mismos espíritus sapientísimos explicara cuál es esta dignación de Dios, cuál es esta guarda de ellos y cuál es el desagradecimiento de los hombres en general, pues a todos es concedida, hasta al más pequeñito, esta guarda y custodia. ¡Y cuál es, oh alma mía, tu olvido, pues a este tu amantísimo custodio no atiendes, no amas, y clamas continuamente, necesitándolo tanto, pues caminas aquellos caminos que van a dar a la eternidad, tan llenos de lazos, tan cercados de peligros, donde te amenaza el león y el dragón, el áspid y el basilisco, la saeta que vuela en el día, los negociadores que caminan en las tinieblas de la noche, y los que vienen en mitad del día!

¿Así, entre tantos riesgos y peligros, entre tantas tentaciones, súbitas, manifiestas, ocultas y importunas, caminas sin ir siempre asida de tu guía? ¿Así quitas la vista de tu luz, caminando en medio de las sombras de la muerte, y muerte eterna? Pues ¿qué otra cosa hay en la vida mortal que lazos y ocasiones de culpas? ¿Y qué son las culpas, sino como la sombra de la eterna muerte, pues donde está la sombra está el cuerpo? Mas en esto es al contrario, por-

que la sombra de la culpa es el infierno. ¿Así caminas, alma mía, entre lazos de muerte, peligros de infierno, *in loco horroris et vastæ solitudinis* (1), donde entre las sombras de las malezas, peñas y despeñaderos, acecha el león para ver si hallando sola al alma, puede hacer con ella presa: *dum non est qui redimat, neque qui salvum faciat?* (2), Pues, ¿cómo apartas los ojos de la luz de tu santo ángel, tan perito y diestro en los caminos de la eternidad, tan aplicado a cuidarte como a hacienda y esposa de su rey y Señor, a quien tanto ama? Como fuerte, fiel y poderoso compañero, cuando todos te desamparen, él no te desamparará. En los lances más apretados será en tu ayuda; en los mayores riesgos estará a tu lado. ¡Oh nobilísimo espíritu, grande de la suprema corte del gran rey! ¡Oh bendita sea la dignación del que te destinó a guardar un tan vil gusano como yo!

David guardaba las ovejas antes de ser rey, y sabía desquijarar al oso y al león; mas vos, nobilísimo príncipe, sublime y grande, señor y rey, estando ya en la posesión de vuestro trono y corona, guardáis y cuidáis, no las limpias ovejuelas que dan a su señor el vellón y el cordero, mas ¡ay Dios!, guardáis, santo ángel, un gusano tan vil, un animal por sus culpas inmundo y por su inutilidad infructuoso. Haced, excelentísimo príncipe, señor y verdadero padre mío, que cuando el león y el dragón acechen para perder mi pobrecita alma, encomendada vuestra, con las manos del poder que tenéis de Dios, queden quebradas sus bocas, y despedazadas sus fauces, y el alma sea libre por vuestro amparo.

---

(1) Deut., 32, 10.

(2) Ps., 7, 3.

AFECTO 71

DESCRIPCION SIN IGUAL DEL CAMINO DE LA LEY DE DIOS, ESMALTADO DE PRECIOSAS PIEDRAS POR LA MANO DE JESUCRISTO, Y RIQUEZA DE LOS QUE ANDAN POR EL, EN EXPOSICION DEL SALMO CXVIII, (1).

Beati immaculati in via: qui ambulant in lege Domini (2). Se hacía presente al alma de un modo que excede a todo sentido, la alteza, la belleza y el valor de este camino de los que andan por la ley del Señor y la incomprensible dicha que tienen, lo uno, por los males de que se libran, y lo otro por los bienes que logran. Conocía los males y manchas de los vicios, de que se limpia y lava el que anda en la ley del Señor; la abominación de la soberbia, que bastó a escurecer y manchar naturalezas tan altas y tan hermosas como los ángeles; la impureza por que se anegó el mundo en el diluvio; la avaricia que tanto entorpece el corazón; y así el horror y fealdad de los demás vicios que son las manchas del alma. Mas en la limpieza de los que andan en la ley del Señor, conocía el bien de la gracia y los innumerables bienes que trae al alma esta limpieza y hermosura, que aun en el camino se dice bienaventurada, así como se dice: bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos. Y no se dice *será,* sino *es,* por aquella esperanza que reposa en los senos del alma, que en otra parte llama: bienaventurada esperanza, *exspectantes beatam spem* (3). Esta limpieza desea el alma para andar este camino, pues aquél subirá al monte del Señor y estará en su lugar santo, que tuviere inocentes las manos, limpias las obras y limpio el corazón.

---

(1) Véase el Afecto 33.

(2) Ps., 118, 1.

(3) Tit., 2, 13.

También conocía que este camino es el que el Señor vino a enseñarnos, el camino inmaculado de su ley y doctrina en que el Señor, que es maestro y se llamó camino, verdad, y vida, corrió como gigante, y el alma le pide la llave en pos de sí para que corran unidos por amor. El Señor lleva al justo por caminos rectos, y le muestra el reino de Dios, el cual, aún en el camino, está dentro del alma, y es paz y gozo en el Espíritu Santo. Mas el Señor conoce con conocimiento de aprobación, el camino de los limpios: *Novit Dominus viam immaculatorum, et hereditas eorum in æternum erit* (1). Así, el alma conociendo algo de aquella eterna heredad y vida beata, que es el fin de su camino, exulta y dice: *Psallam et intelligam in via immaculata, quando venies ad me* (2); se alegra y se anima a andar este camino con prisa, con gozo, con cuidado, escudriñando con toda la aplicación del entendimiento, y queriendo y abrazando con todo el corazón y voluntad y testimonios, verdades y ley santa del Señor, porque sabe que no el que obrare iniquidad andará por sus caminos, pues mandó que sus mandatos se guardaran grandemente: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis* (3), para que corresponda a aquel *nimis honorificati sunt amici tui, Deus* (4).

Este camino es aquel de quien se dice que irán de claridad en claridad hasta ver al Dios de los dioses en Sión. Este es el camino que andan y corren los justos, creciendo en caridad hasta el perfecto día. Este camino es la ley del Señor, inmaculado, que convierte las almas y da fiel sabiduría a los pequeñuelos. En este camino se deleitan como en muchas riquezas, y como el que halla muchos despojos con que entrar a la patria triunfante, y rico de aquellas riquezas más deseables que el oro y las piedras preciosas, y más dulces que la miel y el panal. Así se

(1) Ps., 36, 18.
(2) Ps., 100, 1.
(3) Ps., 118, 4.
(4) Ps., 138, 17.

alegra el alma y así se le hacen cantables las justificaciones del Señor en el lugar de su peregrinación.

De aquí le viene grande confusión a mi alma, viendo que de ella se puede decir y entender: *non sic impii, non, sic, sed tanquam pulvis* (1). No así el impío, no así, mas como el polvo que le arroja el viento de la faz de la tierra, y así anda disperso, derramado, sin substancia y sin camino, *in circuitu impii ambulant, inquinatæ sunt viæ illus in omni tempore* (2). El impío anda en circuito, sin dar paso adelante, y andando a la rueda como bruto de trilla, o de molino, sin salir de miseria y aguantando el azote y el castigo de los señores crueles a quien sirve, que son sus pasiones. Pues está escrito: muchos son los azotes de los pecadores, cuyos caminos *inquinatæ sunt in omni tempore.* Y así veo mis caminos en todo manchados con culpas y defectos. Bien sé, Señor, que yerro y que he errado como oveja que se descamina y pierde; pero tengo memoria de tus palabras en que me dais esperanzas, y esto me consuela en mi humillación: que tu habla me vivificará. Vengan pues a mí tus miseraciones, y viva, diciéndole a mi alma: yo soy tu salud, entonces exultarán las fuerzas humilladas, cuando según tu palabra me vivificares.

¡Oh Señor, *exitus aquarum deduxerunt oculi mei* (3): avenidas de lágrimas como el agua que corre de los ríos fueron mis ojos, porque no guardaron tu ley! Lloraré, Señor mío, las pérdidas de la gracia en que he incurrido, lloraré mis descaminos, y pues mis ojos no miraron tu luz, no guardaron tu ley, lloren las tinieblas y ceguedad en que incurrieron. No seguí el dictamen de la razón, ni la luz de tus inspiraciones, y así, un entendimiento ciego con las sombras de las pasiones, ¿qué pasos podía dar que no dieran en la hoya, y llevaran toda el alma a ries-

(1) Ps., 1, 4.
(2) Ps., 10, 5.
(3) Ps., 118, 136.

go de caer en el pozo del infierno? Mas en medio de esta triste noche de mi ignorancia y culpas, a la media noche me levantaré a confesarte, santo, justo, misericordioso y clemente, y pensaré mis caminos: *cogitavi vias meas* (1), esto es, ponderé tus caminos, convertiré mis pies por tu gracia a buscarte por ellos. ¡Oh mi Señor, codicia mi alma desear sólo tus justificaciones en todo tiempo! Y porque Tú increpas y castigas a los soberbios, y son malditos los que declinan de tus mandatos, que son tus caminos, me pegaré al polvo, me coseré con el suelo y con la tierra para que me vivifique: *adhæsit pavimento anima mea* (2).

Este camino de los limpios que andan en la ley del Señor, es camino en que pararse es volver a atrás; y así no dice: dichoso, feliz o bienaventurado el que está en el camino, antes dice: *qui ambulant* (3), que es andar con prisa, con aliento, con ansia. Bienaventurado el varón que no va en el consejo de los impíos, *ni está* en el camino de los pecadores; allí sí que se dice *está,* porque no da paso para su bien, antes sus caminos y su parte es con las vulpejas en los escondrijos de la tierra; y nunca salen del cieno que aman, y se abrazan de las cosas humanas y viles. Los justos hacen su camino como la centella en el cañaveral, que todos los impedimentos rompe, pasa y desprecia; como el camino que hace el rayo; como el que lleva la nave, y el que hace la saeta. Así el alma, impelida del viento poderoso del Espíritu Santo, tendiendo las velas y entregándose toda a su fuerte y suave inspiración, y providente amor, corre al olor de sus suavísimos ungüentos. Ven, amado mío, salgamos al campo, cantaré y entenderé cuándo vienes a mí, *et ambulabam in latitudine* (4); porque buscaba hacer lo que mandas, así sólo hablaba

(1) Ps., 118, 59.
(2) Ps., 118, 25.
(3) Ps., 118, 1.
(4) Ps., 118, 45.

en tus testimonios y verdades, aun en la presencia de los reyes, porque para hablar en tus testimonios no me detenían respetos humanos, ni por eso era confundida, pues sólo la mentira y la soberbia confunden.

Yo enmudecí y callé en los bienes (dice en otra parte), y por eso mi rostro se cubrió de confusión. Mas el ser las palabras sin dolo y sin mentira, el no ser sin fruto ni de lengua coinquinada, nacía de que *meditabar in mandatis tuis, quæ dilexi* (1). En la meditación del corazón se enciende el fuego, y así no salen las palabras frías, ni hay aquel mío y tuyo que destierra la caridad. De lo que se ama se habla, y el mayor bien, mientras más meditado, es más querido, más amado, y buscado; y como el amor es activo como el fuego vivo y eficaz, no puede estar ocioso. Y así prosigue en el mismo salmo: *et levavi manus meas* (2), y levanté mis manos a tus mandatos, que amo, y me ejercitaba sin descansar ni olvidar tus justificaciones. En que verás los pasos, las palabras, los pensamientos y las obras y toda el alma ocupada en los caminos del Señor, en el Señor mismo a quien ama con toda el alma, el corazón, la mente. Estas son las fuentes del Señor: inmaculadas, claras, dilatadas y limpias, por donde se camina, se corre y se vuela, amando, cantando y entendiendo con aquel entendimiento que en el mismo salmo se le pida para escudriñar su ley, para hacer juicio, y justicia de lo que debe hacer, y de lo que hace; y para vivir la vida de su amor. Así dice allí: *viam mandatorum tuorum cucurri* (3), con sed, con rectitud (como dice en otro salmo): *cucurri in siti, cucurri et direxi, cum dilatasti cor meum* (4).

Contrarios son los caminos de los pecadores que siguen como a guía a la tortuosa serpiente, *via illo-*

---

(1) Ps., 118, 47.
(2) Ps., 118, 48.
(3) Ps., 118, 32.
(4) Cfr., Ps., 58, 5.

rum tenebræ et lubricum, et Angelus Domini coartans eos. Aquel ángel percuciente, que es la justicia de Dios que los sigue como a rebeldes, y los coarta y aprieta, para que perezcan sus deseos, como está dicho: *desiderium peccatorum peribit* (1). Pues aun en el barro y adobes de que quieren levantar torres para servir con ellas a sus pasiones de que son cautivos, les falta la paja del deleite, y no se hartan ni aun de la comida de los puercos, antes padecen hambre. Como canes cercan la ciudad, y si pudieran toda esta gran casa del mundo la tragaran, y no se hartaran, antes se vuelven a las vísperas (cuando se les pone el sol de la vida, y se les llega la noche de la muerte) tan hambrientos como al principio, y más.

Mas no pienses que el camino de los justos tiene su dilatación en las anchuras de la naturaleza, y consuelos sensibles al corazón de carne; pues la suma verdad dijo: estrecha es la senda que guía a la vida; y el mismo autor y consumador de la ley, subió por el tormento y confusión de la cruz. Mas en el camino de la humillación se hacen los hombres receptibles, y allí se purifican como el oro en el crisol. Pasando por fuego y por agua, se llega al refrigerio, y los que caminan sembrando lágrimas, viniendo vienen con exultación, cargados de frutos más preciosos que el oro y el topacio. Bastaba para verdadera dilatación lo que se dice con tanta verdad y experiencia: nuestra gloria está en el testimonio de nuestra conciencia.

El mundo perseguirá aun por medio de los más estimados de él: *principes persecuti sunt me gratis;* mas el alma dirá: sólo, Señor, *a verbis tuis,* con que amenazas a los malos, *formidabit cor meum* (2). Los inicuos demonios, tentando al alma, le narrarán fabulaciones; mas ella dirá: no esto Señor, no esto, sino tu ley quiero y busco. Los lazos de los pecadores que son las pasiones y rebeldías de la naturale-

(1) Ps., 111, 10.

(2) Ps., 118, 161.

za, la cercarán y apretarán, mas ella dirá: no olvido, Señor, tu ley, ella es lucerna para mis pies en la senda estrecha, y luz para mis caminos en la noche de la tribulación. Y si fueren mis sendas tan apretadas como el camino que hace la culebra por las rendijas o aberturas de la piedra, desnuda hasta de la piel, te seguiré a Ti, desnudo por mi amor, pues son bienaventurados los que padecen, y de ellos es el reino de los cielos. Y sabes y puedes Tú, Señor Dios mío, dilatar en la tribulación, haciendo correr y volar, enriquecer y llenar de bienes al alma limpia en el camino, y bienaventurada en la patria. Pues si corrió como el ciervo, pasando sediento por espinas o piedras por llegar a la fuente, Tú harás que no ofendan a sus pies, mas suba victoriosa a los montes eternos, *in psalmis canendo.*

En este camino, los mandamientos de Dios, la guarda de ellos, hacen al alma prudente sobre la astucia de sus enemigos, para huir sus cavilaciones y los lazos escondidos que le ponen, *quoniam absconderunt laqueum mihi* (1), y las manifiestas persecuciones con que la atierran. Con que llega a decir *paulominus consummaverunt me in terra* (2): poco menos que a consumirme y a aniquilarme llegaron, como a quien pisan en la tierra, y lo ultrajan. *Miserere mei Deus, quoniam conculcavit me homo: tota die impugnans tribulavit me* (3). Y con los escándalos que le obligan a clamar: Aparta Señor mis ojos, no vean la vanidad, porque en verla sentiré la propensión a seguirla: *juxta iter scandalum posuerunt mihi* (4). Mas contra estos lazos ocultos y manifiestos, contra estos enemigos fraudulentos, y sobre sus astucias y engaños, da Dios prudencia al justo que anda este camino limpio de la carrera de sus mandamientos. Y así dicen en el mismo salmo: *super ini-*

---

(1) Ps., 139, 6.
(2) Ps., 118, 87.
(3) Ps., 55, 2.
(4) Ps., 139, 6.

micos meos prudentem me fecisti mandato tuo (1), y así eternamente, esto es, siempre serán conmigo, los guardaré y no dejaré. Y luego añade como meditando profundamente, entregando su corazón a la consideración de las verdades eternas con cuidado, con tesón: *custodivit anima mea testimonia tua: et dilexit ea vehementer* (2). Con este cuidado, con este amor, con esa perseverancia dice: *super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est* (3), porque enseña más el divino Maestro en un abrir de ojos, que puede enseñar toda la ciencia de los letrados. Mas como el amor es el que vuela y corre, y traspasa, y trasciende, y da más perfección a las cosas, dice luego: *super senes intellexi,* porque *mandata tua quæsivi* (4), y lo que se ama es lo que se busca, *quæsivi quem diligit anima mea,* (5), *quæram quem diligit.* Y buscar a Dios y querer a Dios, es querer su voluntad y mandatos.

Así que la prudencia para vencer los enemigos y prevenir sus celadas y lazos, huir sus escándalos y vanidades, el entendimiento para exceder las ciencias de los sabios, y el subir y crecer en perfección, está en amar la ley por el dador de la ley: *recti diligunt te* (6). Mas del alma que se conoce pequeña y párvula, y está en su grado, esto es, en el abismo de su nada, de su ignorancia y flaqueza, se dice: *adolescentulæ dilexerunt te* (7). Porque es fácil ante los ojos de Dios de repente enriquecer al pobre con aquel bien que sólo es útil, deleitable y honesto: *honestate pauperum.* Claro está que ha de prohibir a sus pies todo camino malo quien camina, corre y vuela en pos del amado que, corriendo, la encamina a reposar en la caridad del mediodía, que es la

(1) Ps., 118, 98.
(2) Ps., 118, 167.
(3) Ps., 118, 99.
(4) Ps., 118, 100.
(5) Cant., 3, 1, 2.
(6) Cant., 1, 3.
(7) Cant., 1, 2.

eterna bienaventuranza, entre las azucenas de que se apacienta, y apacienta al alma que no declina de sus caminos, y llega a gustar las suavidades del amado, aun en el camino, y así dice: *quam dulcia faucibus meis eloquia tua, super me! ori meo* (1). No tiene ya sólo la miel en los labios, sino que la gusta y se sustenta de ella. Aquí sí que puede decir: *cantabiles mihi erant justificationes tuæ, in loco peregrinationis meæ* (2), y rogar y pedir a su amado: *incola ego sum in terra, non abscondas a me mandata tua* (3). Conozca, Señor, tu equidad, que todas las cosas las hiciste en número, peso y medida, que en todas tus disposiciones eres santo, santo, santo; que eres la fuente de la santidad y equidad en tu gobierno, en tus obras, en Ti mismo.

Levantaréme de mi lecho a buscar al amado de mi alma, y cercando la gran ciudad de todo lo criado por las calles de sus disposiciones, y por las plazas manifiestas de sus grandes obras, buscaré al que ama mi alma. Mas, ¡oh Señor mío!, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de tu gloria. ¡Oh, cuán admirable se ha hecho tu nombre en toda la tierra! Vi tus cielos grandes, hermosos y claros, la luna y las estrellas, obra toda de tus dedos, que con tanta y tan cuidadosa providencia y sabiduría las fundaste, y pusiste en su lugar determinado, numerándolas, pesándolas y midiéndolas, y llamándolas por su nombre; el mar grande y espacioso en sus senos, *illic reptilia, quorum non est numerus* (4), para los hijos de los hombres; mas tu sabiduría los cuenta, y conoce hasta las arenas del mar, las gotas del rocío, las hojas de los árboles, sus movimientos y caminos; la alteza de los montes, las más menudas flo-

(1) Ps., 118, 103.
(2) Ps., 118, 54.
(3) Ps., 118, 19.
(4) Ps., 103, 25.

recitas de los valles. *Omnia in sapientia fecisti* (1). Todo lo mediste, numeraste y pesaste, todas tus obras te alaban, porque todas son hechas en santidad y equidad. A Ti alaban las estrellas matutinas, tuya es la noche y tuyo el día. *Tu fabricatus es auroram et solem* (2), tuya es la tierra y su plenitud, los orbes de la tierra, y todos los que habitan en ellos: no sólo los hombres, mas los brutos, aves, y peces. Los hijos de los cuervos esperan de Ti su sustento, y el jumentillo el refrigerio para su sed. De la fuente de tu providencia *potabunt omnes bestiæ agri: exspectabunt onagri in siti sua. Catuli leonum rugientes, ut rapiant et quærant a Deo escam sibi* (3).

En número, peso y medida hiciste todas tus obras, y así todas son alabanzas de su autor: el fuego y el hielo, el día y la noche, las nubes y los rayos, el rocío, las heladas y granizos; hasta los dragones y los abismos, menos el pecador que es el que se opone a tu equidad, el que está mentiroso en su peso, el que traspasa las leyes de tu rectísima medida y número. Y así dijo Dios al pecador: *quare tu enarras justitiam meam?* (4). Los cielos, que son los justos, *enarrant gloriam Dei* (5). Mas si no alaban a Dios las obras del pecador, si no se convierte y vive, será víctima de su justicia en el fuego eterno. Al mar le pusiste término que no pasará, y lo encerraste en las arenas como en un seto; mas el hombre, más furioso que el mar, y el corazón humano en sus pasiones de más turbulentas olas que el abismo, rompe tus leyes, los pesos, medidas y números de tu equidad y santísimos mandatos. Mas no están de valde los malos en el mundo, para esto viven: o para que se corrijan, o para que ejerciten a los buenos.

---

(1) Ps., 103, 24.
(2) Ps., 73, 16.
(3) Ps., 103, 11, 21.
(4) Ps., 49, 16.
(5) Ps., 18, 2.

Así, que la justicia de Dios *est tanquam montes Dei* (1), y sus juicios como muchos abismos, su justicia es su equidad, y su equidad, su santidad; y su santidad y equidad, su hermosura y su ser. Sus juicios son verdaderos y justificados en sí mismos. *Justus es, Domine: et rectum judicium tuum* (2). ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles al gusanillo vil y ciego que anda arrastrando por la tierra! ¡Oh sabiduría, que tienes tu trono sobre la sabiduría de los querubines y andas sobre las plumas de los vientos! ¡Oh montes eminentísimos de Dios! ¿Quién subirá al monte del Señor, quién le verá faz a faz?: el que fuere por sus caminos limpios con manos inocentes y recto corazón. Pues está dicho: *Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt* (3). Entonces será el alma saciada cuando apareciere la gloria del Señor, y será gloria de los santos ver, no ya de lejos como en espejo, sino en su clara fuente y limpio origen, la equidad, las justicia, la santidad, la pureza y hermosura, la sabiduría y bondad: *illuminans tu mirabiliter a montibus æternis* (4), *cognovi Domine quia æquitas judicia tua* (5).

Has, pues, en el camino de animarte con la consideración de que el Señor puso término a la noche de la tribulación, al mar de las angustias y penas, y que las pesa y mide, y que las cuenta, y que no traspasarán su mandato, no anegarán la tierra; y que el peso de gloria que les corresponde, es inmenso, siendo el peso de las tribulaciones momentáneo. Los hijos de los hombres son mendaces, engañosos y falsos en sus pesos, porque ven con los ojos de carne y juzgan según lo que ven los ojos. Mas los ojos de Dios *intuentur cor*. No juzgará según lo que ven

(1) Ps., 35, 7.
(2) Ps., 118, 137.
(3) Matth., 5, 8.
(4) Ps., 75, 5.
(5) Ps., 118, 75.

los ojos, mas en equidad, y el mismo Señor argüirá por los mansos de la tierra que le siguieron como cordero a su pastor, y pueden decir: *Dominus regit me, et nihil mihi deerit* (1). Pues aun en el camino les preparó una mesa que es convite sagrado, convite en que se come a Cristo, en que se llena el alma de gracia contra todos los que la atribulan; que es vara de su enseñanza y báculo de su consolación. *Si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala* (2), porque Tú estás conmigo, midiendo, pesando y contando mis pasos, mis penas, mis angustias.

Sobre las corrientes de las aguas de la refección de aquella sagrada mesa, te enseñará, convertirá tu alma a mirar aquellas limpias corrientes de la doctrina y vida de tu amado, que es fuente de vida que salta hasta la vida eterna. Y si siguieres sus pasos, pasando en su seguimiento los montes y collados de las virtudes y tribulaciones, El te deducirá por las sendas de justicia, por su nombre, que es Jesús y Salvador. Mira que fue enviada la sabiduría de Dios, que es su Verbo, para unirse a ti, trabajar contigo y no dejarte sola. Mira que sabiamente mide, pesa, y numera. Mira, pues, que el Señor mide, pesa, y divide lo verdadero de lo falso, lo precioso de lo vil. Serás como sus sabios, si así separares y pesares lo temporal y su falsedad, de lo eterno y su duración; y más tus culpas y sus misericordias, tus olvidos y sus magnificencias, *si vere utique justitiam loquimini: recta judicate filii hominum* (3).

Alégrate con la providencia del Señor y su cuidado, que no dejará perecer un cabello de tu cabeza, que siendo lo más débil y de poco valor, *omnes numerati sunt* (4), todos están contados. Y de los justos se dice que *custodit Dominus omnia ossa eorum,*

---

(1) Ps., 22, 1.
(2) Ps., 22, 4.
(3) Ps., 57, 2.
(4) Lc., 12, 7.

unum ex is non conteretur (1). Así que desde lo más estéril y débil, a lo más interior y fuerte, corre todo por cuenta del Señor que todas las cosas las hace en número, peso y medida. En sus manos están todos los fines de la tierra, y la árida la fundaron sus manos. Si subiere al cielo, si bajare al infierno, si habitare en los extremos del mar, allí está su mano y diestra, pesando, midiendo y numerando todas las cosas, porque las tinieblas no le escurecen, antes ve lo que pasa en la noche de las tribulaciones del alma como en un claro día, y cuenta el número de sus dolores, para que así, según El, sus consolaciones la alegren. Ni el médico más sabio, ni la madre más tierna darán al hijo enfermo la purga con más tiento, peso y medida que el Señor. El envía la tribulación al alma, a quien da las lágrimas en medida. Y parece le lastiman sus ojos llorosos, cuando dice: aparta de mí tus ojos, que ellos me hicieron retirar como volando.

En medio de alegrarte de esta providencia, teme, porque el Señor tiene escritas en su libro, esto es, pesadas en su peso, contadas y medidas, todas tus imperfecciones; y aquellos días que te parecían llenos, *dies formabuntur,* verás que en su peso no tienen *nemo in eis* (2). En los justos se hallarán días llenos, mas tú, alma mía, apenas tendrás pequeñita caridad; y que dejaste la caridad primera. ¡Ay alma mía!, teme y tiembla de todas tus obras, no sea que contándote tú entre los vivos, Dios te halle en el número de los muertos; echando muy largas tus medidas, Dios las halle muy cortas; que pareciéndote tus obras de peso y de algún tomo, Dios en su peso las halle vanas, falsas y vacías.

Intellexisti omnes cogitationes meass, de longe: semitam meam et funiculum meum investigasti (3). Aquellos mis pensamientos pasados, antes que yo

(1) Ps., 33, 21.
(2) Ps., 138, 16.
(3) Ps., 138, 3.

fuera los tenías conocidos. Mis caminos y mis sendas en lo presente los consideras; y mi término, o el funículo de mi fin, que es mi heredad, lo investigaste. ¡Oh Señor, que Tú pesas y mides y numeras los pasos de los hombres, y hasta los vestigios o huellas de sus pies los consideras (esto es, los pesas, mides y numeras), porque previenes la grande heredad de los justos y la corona de justicia que les has de dar y retribuir en aquel día lleno, eterno y dichoso, donde les darás una medida llena, abundante y colmada. Y también ves la retribución de los pecadores, que como insensatos dieron el oro por el lodo, y Tú Señor: *redes unicuique juxta opera sua.*

AFECTO 72

ESPERANZA Y CONFIANZA EN DIOS CON EL SALMO X.

En el Señor confío: ¿cómo le decís a mi alma: traspasa el monte como el pájaro? Señor Dios mío, el que confía en Vos (dice la escritura), no será conmovido eternamente, no será confundido: *qui confidit in illo, non minorabitur* (1), *beata est anima ejus* (2). Sea hecha, Señor, tu misericordia en nosotros, y venga sobre nosotros del modo que esperamos en Ti. Todos los Salmos, Dios mío, todas las escrituras están llenas de promesas dulcísimas y de ejemplares clarísimos del bien que tienen los que esperan en Ti: porque esperó en Mí lo libraré, lo glorificaré, lo llenaré de largueza de días, y le mostraré patente mi salud, aquella salud que soy yo mismo saludable para él. ¿Pues cómo, Señor Dios clemente, piadoso, y Dios de grandes misericordias, cuando confío en Ti, dicen a mi ánima: pasa el monte como pájaro, sabiendo Tú, Señor mío, que es como aquellas aves que no tienen alas para levantar el vue-

(1) Eccli., 32, 28.
(2) Eccli., 34, 17.

lo apenas de la tierra? ¿La multitud de tus misericordiosas entrañas se ha contenido, y no se derrama sobre mí? Iré casi arrastrando por el suelo, y eso no por camino llano, sino para pasar un monte; y no en la claridad del día, mas en la escuridad de la noche, entre tantos riesgos, que se ponen arcos, y se preparan saetas en la aljaba para asaetear en lo oscuro y asestar al corazón, para que sea más cierta la muerte. Andan caminando en las tinieblas con tanto cuidado y aplicación, como el que entiende en el negocio que más le importa, y como el que negocia en toda vigilancia. ¿Y decís a mi ánima pobre, flaca y sin luz: pasa el monte, traspásalo, atraviésalo como pájaro?, porque mira: los pecadores pusieron el arco, y prepararon las saetas en la aljaba para asaetear en lo oscuro al corazón recto, ¿quién no temerá? Porque lo que perfeccionaste, destruyeron aquellas almas que eran como Jerusalén: pacíficas, hermosas y cercadas con muros de oro, de caridad, que relucía en la guarda de todos sus sentidos; aquellas que vestían como de grana y holanda la vestidura de una encendidísima caridad, y de una candidísima pureza y limpieza; aquellos hijos ínclitos de la Sión Santa, vestidos del oro más primo, reputados ya por vasos de tierra, como las obras del ollero despreciables, abrazando el estiércol, y oscureciendo el oro de sus muros, mudado el color óptimo y gracioso en pálido y despreciable; aquellos propósitos y determinaciones que fabricaban a Dios una morada y un santuario en el alma, cercado de afectos y deseos santos, unidos todos a un fin de dar gloria a Dios, amarlo y temerlo, ya desbaratados, dispersos y destruídos, arrojados a la publicidad de las plazas, al comercio vicioso de las criaturas. ¿quién no temerá?, pues llega a tanta desdicha y destrucción el alma: *dispersi sunt lapides sunctuari in capite omnium platearum* (1); sin hartarse ya ni aun del manjar de los brutos por quien dieron las cosas pre-

(1) Thren., 4, 1.

ciosas y estimables: *dederunt pretiosa quæque pro cibo ad refocillandam animam* (1). Pues viendo, Señor, estos males dignos de ser llorados, pues así lo que perfeccionaste destruyeron, ¿qué hará el justo? ¿Cómo no temblará el pecador? Pues lo que hizo el justo de los justos fue llorar sobre Jerusalén. Viendo aquella ciudad santa y hermosa, lloró sobre ella, previendo su ruina y desolación, y que no quedaría piedra sobre piedra; la cual había llorado tanto antes el Profeta, hablando en él el mismo espíritu del Señor: *dispersi sunt lapides canctuari.* Mira cómo desde los muros, que son lo más exterior, hasta lo más interior del templo, padece ruina. Y viendo esto, y que entró la muerte y la perdición (el demonio con su instigación, y el pecado con el consentimiento de la voluntad de la carne), por las ventanas, esto es, por una pequeña ocasión como puerta para los mayores males, ¡teme y tiembla! Oh Dios mío, si confío en vos, ¿cómo me dicen que pase con pies tan débiles, con alas que apenas sirven, un monte cercado de tantos riesgos, expuesto a tantos estragos; un monte de adonde se va, o a una eterna felicidad, o a una desdicha eterna? *Justus autem quid fecit?* (2).

AFECTO 73

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO, CON EL VERSO 5º DEL MISMO SALMO. *DOMINUS IN TEMPLO SANCTO SUO, DOMINUS IN COELO SEDES EJUS* (3).

Mira alma mía: el Señor cuyo asiento, cuyo solio y corte para premiar a sus guerreros es en el cielo empíreo y iglesia triunfante; este Señor Dios grande y Señor grande, está en su iglesia militante, llenando su inmensidad todo el templo, asistiendo a los que por El, por su voluntad y ley santa están en

(1) Thren., 1, 11.
(2) Ps., 10, 4.
(3) Ps., 10, 5.

lucha y en certamen. Y este Señor grande y Dios grande tiene su asiento en el alma del justo, que es cielo para el Señor y está en El como en templo santo suyo, quiere probarlo, y que con sus leves fuerzas coopere y ande ayudándose de sus manos; así como es alabada del sabio la lagartija que con la debilidad de sus manos se introduce al palacio de los reyes.

¿No has visto la piadosa y amorosa madre, que queriendo enseñar a caminar a su pequeñito infante (que es una parte de su corazón), lo pone en pie y haciendo como que lo deja solo, lo exhorta a que ande, o a que se tenga en pie; mas viéndolo temblar, extiende alrededor sus brazos, sirviendo de escudo por si cayere, que no se lastime, mas sea recebido en aquellos brazos que siempre lo cargan y abrigan? Pues el Señor grande y Dios grande cerca con el escudo de su verdad, que es su ser existente y inmutable, al alma, aun cuando ella se tiene por más desamparada; y como amorosa madre pone su mano para que si cayere no se lastime. *cum ceciderit non collidetur, quia Dominus supponit manum suam* (1).

Mira, el demonio quiere en lo oscuro asaetear al corazón recto, así como aquella mujer meretriz que ahogó su hijo en lo oscuro de la noche, quedando sólo con sus obras muertas, y envidiando al alma que las tiene vivas, quiere atribuírle las suyas muertas y metérselas en el seno como las saetas en el corazón, y quisiera matarle al alma sus hijos, esto es, sus deseos, sus afectos, sus determinaciones y sus obras pequeñitas, así como el cruel rey de Egipto lo mandó porque no creciera el pueblo de Dios. Así éste, que es dirigidor de las tinieblas, *consurgens intempestæ noctis silentio, tulit filium meum de latere meo,* decía aquella pobre mujer afligida: *suum autem filium, qui erat mortuus, posuit in sinu meo* (2).

---

(1) Ps., 36, 24.

(2) III Regum, 3, 20.

Mas si dio el Señor sabiduría a un hombre terreno para que admirara a Israel con el modo de discernir el juicio, entender la causa y dar la sentencia; el Señor que tiene sus ojos sobre el pobre, y que es la fuente de la sabiduría, el Señor que con un mover de los párpados, que con un guiñar, al modo de decir de los hombres, hace confesar la verdad a todos, y parecer más clara que la luz del medio día, ¿no dará a cada uno su merecido según sus obras? ¿No hará que la saetas del demonio, por más que esfuercen el brazo de su maldad y malicia, sean como saetas de párvulos, que las suelen formar de una paja cuando juegan? *Sagittæ parvulorum factæ sunt plagæ eorum, et infirmatæ sunt contra eos linguæ eorum* (1). Así pues, no se conturbe tu corazón por sus invenciones, que ellos se quebrarán sobre su cabeza. No será frustrada tu esperanza, ni la confianza en el Señor te saldrá vana. Mira, siempre que te mira, y que estás cercada de su omnipotencia, que está dentro de ti su inmensidad, y te cerca alrededor, te sostiene y mantiene en su firmeza, y sobre ti te hace sombra con las alas de su providencia.

Aquellas vacas que llevaban el Arca del Señor iban, aunque iban mugiendo o gimiendo, y el salmo dice: *euntes ibant et flebant* (2), y así sembraban para llevar después con gozo abundantes cosechas. ¿Qué importa que el que es padre de mentiras quiera contar al alma sus inicuas fabulaciones, y se valga de las tinieblas de la turbación y congoja que causa con su anhélito, para pretender atribuírle sus maldades, y meter en su seno sus hijos muertos, o sus obras de muerte, si el alma ama la vida de las buenas obras y buenos deseos que tiene vivos, y quiere mantenerlos en su seno, nutrirlos y sustentarlos con la leche de su pecho, con la substancia de su sangre y corazón? Dio el Señor al niño Daniel prudencia, valor y sabiduría para preguntar y conven-

(1) Ps., 63, 8.
(2) Ps., 125, 6.

cer con sus mismas respuestas a los obradores de la maldad; y perficionó sus palabras en la boca de los infantes, para librar la inocencia por sus enemigos envejecidos en maldades; pues el Señor ¿no confundirá en su malicia al demonio, mirando con tanto cuidado al pobre que se fía y confía en el Señor, que tiene sus ojos atentos a El? *Oculi ejus in pauperem respiciunt: palpebræ ejus interrogant filios hominum. Dominus interrogat justum et impium* (1), y el que ama la maldad es el que aborrece su alma; así que lo que amas es lo que buscas; y lo que aborreces eso es lo que huyes: *qui autem diligit iniquitatem, odit animam suam* (2).

El amar el mal es lo que mata el alma, el amar con aquella voluntad libre que dio el Señor al hombre, y no se la ha querido quitar, siendo Señor absoluto, legítimo y poderoso por tantos títulos como es dueño y Señor de sus criaturas. ¿Y podrá el demonio, esclavo vil, preso y sentenciado, tener dominio en la voluntad del alma, si ella envileciéndose y arrastrándose, no se rinde a su enemigo y enemigo del Señor? Esta parte más noble del alma es la que el demonio tira a rendir y combate con todos los esfuerzos de su malicia, porque sabe que rendida ésta, todo lo demás está vencido; y como no puede entrar libremente sin el consentimiento del alma, anda alrededor tendiendo lazos y preparando y disparando saetas por si puede herir al corazón recto y confundir toda la república del alma, por lo cual clamaba el santo rey: ¡haz Señor mi corazón inmaculado, limpio y derecho delante de Ti, porque con eso no seré confundido!

Velé y fui hecho como el pájaro solitario en el techo o tejado, dice en otra parte; pues así el alma debe velar, para que hallándola dormida no sea salteada de su enemigo; y este velar acompañado con los clamores a su ayudador, a su Señor y defensor:

---

(1) Ps., 10, 5, 6.

(2) Ibid.

præveni in maturitate, et clamavi (1). ¿Qué piensas que significa el pájaro solitario, si no es una alma desnuda de todo lo terreno, desasida de todo lo criado, levantada sobre todo lo sensible y sobre sí misma, esto es, sobre todos sus afectos e inclinaciones de tierra? Que por esto se dice estar en lo alto del edificio: sentóse solitario y calló a todos sus afectos y pasiones, y se levantó así sobre sí. Este es el verdadero pobre de espíritu, tan rico, que es bienaventurado y dueño del reino de los cielos; y esto es porque confió en el Señor y se fio todo en El para no hundirse entre las olas. Los que confían en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas como águila, volarán y no descaecerán, mudarán la fortaleza propia (que es flaqueza) en la fortaleza del Señor, y así le serán dadas alas grandes como de águila para volar al desierto de todo lo criado, y estar superior a todo sin descaecer.

Mira, pues, con qué odio se puede comparar el odio que tiene a su ánima quien ama la maldad, pues lloverán sobre ellos lazos de fuego, humos, llamas y azufres. Y espíritus de tempestades y borrascas, serán la parte de su cáliz, porque desde la vida mortal empezarán a gustar, mal que les pese, parte de aquel cáliz de la muerte eterna, que ya se llama suyo según la presente justicia, porque el Señor es justo y ama la equidad (2).

---

(1) Ps., 118, 147.

(2) De otra letra se halla la carta siguiente:

"Madre y señora Francisca de la Concepción:

"Le diré: que el demonio, enemigo de todo lo bueno, ha hecho poner unos indios de un pueblo en arma para matar al capitán de la escolta y soldados; que el Padre Superior ha estado para morirse de la pesadumbre; que a los indios que tiene el padre Rivero vinieron otros a matarlos, y al Padre, y sólo mataron a uno; recurrieron soldados, etc. Que llegué bueno, aunque con trabajos; y que me encomiende a Dios V. R. y a todos los padres, y a todos estos pobres indios, y

AFECTO 74

CANTA CON EL SALMO IX LAS MISERICORDIAS CON QUE LIBRA DIOS A LOS POBRES DE ESPIRITU DE LOS MALES ETERNOS; Y LA JUSTICIA QUE HIZO Y HARA CON EL PRIMER IMPIO Y TODOS SUS HIJOS.

Confitebor tibi Domine in toto corde meo, narrabo omnia mirabilia tua (1), porque alumbras, Señor, los ojos de mi alma para considerar las maravillas de tu ley y todas tus maravillas, conforme a la capacidad que me diste. Convencido el entendimiento y rendida la voluntad, te confesaré con todo el corazón, entendiendo y queriendo tu ley santa como medio para ir a Ti, Señor, como autor del bien y el mismo bien, de quien procede, como de su fuente, una ley, toda de amor para con tus criaturas.

Subirá el hombre al corazón alto, cuando alumbrare sus ojos y levantare su voluntad el Señor, enviando su luz y su verdad que lo lleven y guíen a su santo monte, al conocimiento de sus maravillas. Y será exaltado el Señor, porque cuanto más conociere de sus grandezas, tanto más conocerá que ignora. Mas como su palabra es luz, y lucerna de los pies y de los caminos del alma, caminará al conocimiento del sumo bien por la senda de la ley que enseñó su palabra, y por las maravillas que hizo, tomando carne humana para ser Maestro del hombre, el autor del cielo y de la tierra. Contará las maravillas de sus piedades, pues ¿qué ley más justa, más santa, más piadosa? ¿No es toda amor y caridad, y toda encaminada al bien del hombre? ¿No enseña a guardarse los bienes unos a otros, y a no hacerse males,

---

no hay lugar para más. Y así a Dios que guarde a V. R. M. A. Caribabare y octubre 14 de 1721.

"Muy siervo de V. R., *Pedro López.*

"Padre de mi alma, va el papel y esa carta de los Llanos que me tiene muy triste."

(1) Ps., 9, 2.

a ser fieles en obras y palabras, a ayudarse y a amarse unos a otros como hermanos, como hijos de un Padre que es todo amor? ¿No promete y da premios, y premio eterno, por el bien que se hace al pobre, al pupilo y al humilde? ¿No aprueba y recibe como obsequio propio el vestir al desnudo, el dar refrigerio al sediento y al hambriento, el consolar al triste, encaminar al errado, dar acogida al peregrino, visitar al enfermo y al encarcelado? Y hasta de los cuerpos muertos, que ya sólo son despojos de tierra y corrupción, ¿no muestra tener cuidado y dar premios por el ciudado de ellos? Así dice el Señor: tened cuidado del pupilo y de la viuda, aliviad al oprimido y al huérfano, y venid y argüidme. ¿No gime para vosotros mismos todo el bien? ¿Necesitaré yo de alguna cosa vuéstra? ¿Quise defraudaros los bienes? *Non accipiam de domo tua vitulos: neque de gregibus tuis hircos* (1). No necesito para Mí nada: mías son todas las cosas, los bueyes y jumentos, las tierras de las selvas, hasta las aves que vuelan por el aire, y la hermosura de los campos está en Mí, de Mí reciben ser todas las cosas. La hermosura de las flores, la substancia de los frutos, el producir, crecer y sazonar de los campos, sus frutos y riquezas, para los hombres son. Si yo fuera capaz de tener hambre, no lo dijera a ti, porque míos son los orbes de la tierra y toda la plenitud de ellos. ¿Por ventura comeré yo las carnes o beberé la sangre de tus ganados? Lo que quiero es que, guardando la ley santa del Altísimo, seáis dignos de su alabanza, porque al pecador se le dice: *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum* (2). Cuando aborreciste la enseñanza y disciplina, y echaste a las espaldas y en olvido mis palabras, si vías al ladrón, corrías con él, *et cum adulteris portionem*

(1) Ps., 49, 9.

(2) Ps., 49, 16.

tuam ponebas (1). Tus labios abundan de malicia, y tu lengua maquinaba engaños. Todo esto, adversos unos a otros los hijos de un Padre que es Dios, y los de una misma naturaleza, callé y disimulé hasta su tiempo, mas por esto no aprobé la maldad, ni la consentí. *Existimasti inique quod ero tui similis: arguam te, et statuam contra faciem tuam* (2).

Alégrese, pues, el pobre, el perseguido y el humilde, cante y haga fiesta al nombre del Altísimo, porque toma las causas del pupilo por suyas, y hace volver atrás a sus enemigos, descaecidos y destruídos, descaecidos en sus fuerzas y furores; y aniquilados, como el que perece en la presencia del Señor, los que perseveraron en pecado y los demonios.

Porque el Señor hizo el juicio del pobre y desvalido que vive conforme a su santa ley; y sentado en su trono juzgó la misma justicia, como si dijera: venid hombres y argüídme, ¿no quise los bienes para vosotros mismos? ¿No os constituí sobre todas las obras de mis manos, las bestias del campo, las aves del aire, los peces del mar? ¿No os mostré los cielos, la luna y las estrellas como señas y atrios de la eterna morada? ¿No os mostré el camino, haciéndome hombre para poner los pies en las sendas patentes que guían a la patria? ¿Pues cómo, de bienes tan liberal y magníficamente repartidos y dados, no usaste para bien de vosotros mismos?

Mira, el impío primero fue el demonio, que, usando impíamente de los grandes dones y excelente naturaleza que le dio su autor, quiso quitarle el trono, la primacía y el gobierno; y cayendo su maldad sobre su cabeza, fue comprehendido en las obras de sus manos: *in operibus manuum suarum comprehensus est peccator* (3). Porque la sabiduría y conocimiento eterno hizo justicia de él, y con lazo que hizo su soberbia, fueron presos sus pies, perdiendo

(1) Ps., 49, 18.
(2) Ps., 49, 21.
(3) Ps., 9, 17.

el trono y asiento que tenía en el cielo y la vida de la gracia. Fue impío, pues no sólo perdió él esta dichosa y única vida, más fue causa como cabeza y motor de tantos y tan levantados espíritus como la perdieron. Y es impío, pues con incansable anhelo busca y procura la perdición y muerte eterna de los hombres, y verlos arder, rabiar y penar por toda la eternidad, sin que de allí espere ningún bien, antes el mal de acrecentar sus tormentos. Mas es aquel horno de Babilonia su furor, cuyas abrasadoras llamas suben más y más sin que su impiedad tenga término, porque es aquel dragón que pretende sorberse el río Jordán; pues de este impío se hacen hijos los soberbios, los vengativos, los vanagloriosos, los crueles y sangrientos, los avaros y furiosos, los envidiosos y los que maquinan males, dolos y engaños contra los pobres; los desagradecidos y rebeldes que quieren permanecer en su error y no sujetar el cuello al yugo de la ley ni de superior gobierno ni dictamen, etc. Mira pues cuán justo juicio y justicia hace el Señor de que sean comprehendidos en las obras de sus manos; y que cuando los pecadores, que son los demonios, vuelven a su infierno de penas de donde salen a tentar a los hombres; y de su infierno de furores, donde siempre tienen asiento, vayan con ellos las gentes que olvidaron al Señor, sean hechos hijos del diablo los que no quisieron ser hijos de Dios. *Convertantur peccatores in infernum, omnes gentes quæ obliviscuntur Deum* (1). Así, el olvidar al Señor, siendo su luz tan patente, su camino tan justo y su fin tan santo, y todo amor para con el hombre, merece que el Señor olvide a los impíos, y que sea su nombre como el sonido que pasó.

Empezando sus salmos, David dice: "Bienaventurado el varón que no va en el consejo de los impíos"; esto es, que no sigue las fabulaciones de los demonios, que prometiendo fingidos bienes, llevan a los sumos males; ni está en el camino de los pe-

(1) Ps., 9, 18.

cadores, que son los hombres mundanos que siguen los vicios de los demonios; ni se asienta en la cátedra de la pestilencia, apacentándose de los vicios de la carne como los brutos. Mira: el ir no tiene término en esta parte, porque irán de un abismo en otro abismo; y así los vicios de la irascible, que son propios de demonio, nunca estarán satisfechos. Quemarán ciudades, arruinarán reinos, envidiarán de día y de noche, y se comerán ellos mismos las entrañas, y nunca hallarán fin.

Videbam satanam sicut fulgur de coelo cadentem (1). La soberbia, como el rayo y como el fuego, todo lo abrasa y consume; y engendrándose en la nube, a ella primero rompe, como la víbora, las entrañas en que se cría; despedaza el corazón, lo reduce a humo y a ceniza, y todo lo convierte en estragos; las torres, los edificios, los metales, los maderos, la paja y el heno, todo lo iguala y reduce al desprecio y al olvido, cebándose más donde halla más substancia, y haciendo allí más fuerte batería. Así, el espíritu, cuantos dones por encumbrados y excelentes que sean tuviese, si fuere tocado de este fuego y de este rayo, todo será ceniza y humo; y así como el rayo consumiendo el acero de la espada, suele dejar entera la vaina, mas ya sin provecho, inútil y sólo para el muladar, así la soberbia, destruyendo al alma, suele dejar por algún tiempo aquella apariencia exterior; mas luego se descubre, porque como es difícil encubrir el olor del fuego, así en las palabras, en las acciones, se descubre el olor de la soberbia. Al justo se le dijo: "las llamas no te empecerán ni el olor del fuego estará en ti." Tan nociva, tan mala y tan aborrecible a Dios es la soberbia, que aun el olor de ella es odioso aunque sea en aquellas almas a quien no comprehende su fuego. Quiere la suma verdad y suma santidad que ni en palabras, ni en acciones, haya aun el más leve olor de ella; y así al alma humilde le dice: el olor

(1) Lc., 10, 18.

de tus vestiduras es sobre todos los aromas. Así pues, el Señor aparta el rostro de lo que tanto le desplace, y el olor o el humo de los aromas, que son los humildes, sube a su presencia por mano de los ángeles buenos. Mira pues, que si tus palabras y tus acciones huelen a vanidad, huelen a humo aborrecible, huelen a soberbia y huelen a Satanás; mas ¿qué sería si tus intenciones fueran encaminando tus acciones a tu propia excelencia?, ya estaría el fuego en la substancia de tu interior, convirtiéndolo todo en ceniza y en estrago, ya te tocaría la lepra de aquel primer llagado, vulnerado y arrojado del cielo, que fue el demonio.

Atiende pues, que para perseguir, devorar si pudiera, y derrocar al alma, junta el impío demonio todas sus fuerzas, bramando como león, cercando los caminos, incitando a los hombres unos contra otros, moviendo las pasiones de la carne y naturaleza, arrojando humo de tinieblas de su boca, como dice el salmo: *narraverunt mihi fabulationes* (1), *appropinquaverunt persequentes me iniquitati,* etc. ((2).

Mas contra todo este furor, en defensa del pobre y humilde hace el Señor encerrar en el infierno al perseguidor, y da el castigo al soberbio, librando al humilde. *Quoaniam non in finem oblivio erit pauperis; patientia pauperum non peribit in finem* (3). porque el Señor es hecho refugio del pobre, *adjutor in opportunitatibus, in tribulatione* (4), no permitirá el Señor que sea tentado, afligido ni turbado más de lo que pudiere llevar las fuerzas que le da, ni le dejará de dar las fuerzas que necesita para llevar el peso de la tribulación. No pondrá en el furor de la batalla, para que perezca, al pobre y al humilde, antes responderá por él cuando padeciere fuerza y violencia, y esto será en oportunidad, por-

(1) Ps., 118, 85.
(2) Ps., 118, 150.
(3) Ps., 9, 19.
(4) Ps., 9, 10.

que los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a los ruegos de ellos. Y el mismo Señor dice: llámame en el día de la tribulación, te libraré y te glorificaré; pelea con alegría las batallas, pues son batallas del Señor a quien da voces la misma tribulación del pobre, aunque él calle y no tenga palabras en su boca. Así como la sangre derramada de Abel, a quien venía como a buscar el Señor para hacer juicio de su contrario, dice que le clamaba desde la tierra, estando derramada, embebida y como empapada en ella; mas el Señor *non est oblitus clamorem pauperum* (1). ¿Pero qué le dice el alma? Ten misericordia de mí, Señor. ¿Y qué le alega? *Vide humilitatem meam de inimicos meis* (2). Tres cosas le representa: de parte del Señor, su misericordia; de parte suya, su poco poder, su humildad, que es su bajeza conocida, y experimentada; y lo tercero, de parte de sus enemigos: el furor, la muchedumbre y la injusticia de su causa. Como si dijera: mira, misericordiosísimo Padre y Señor, que llego ya a las puertas de la muerte; que me falta el aliento y el vigor; que llego ya hasta las puertas de la culpa, que es muerte más terrible, y hasta la muerte del infierno, cuya puerta es la culpa, sólo tu misericordia, movida de compasión de mi gran miseria, puede levantarme de tanta profundidad, sacarme de tanto abismo, librando mis pies de los lazos de los cazadores y poniendo fortaleza en mi brazo, poniéndote en él por sello tan fuerte y tan impreso como en bronce. *Qui exaltas me de portis mortis ut annuntiem omnes laudationes tuas in portis filiæ Sión* (3).

Poderosa es tu mano, potentísima, para hacer tal mundanza de tu diestra, que de las puertas de la muerte y del infierno suba a cantar tus alabanzas a las puertas de tus moradas eternas; anuncie en tu santa Iglesia militante, las alabanzas eternas que se

(1) Ps., 9, 13.
(2) Ps., 9, 14.
(3) Ps., 9, 15.

te dan en la triunfante; sea anuncio de victoria y la paz con que te alabe por todas tus grandezas en los atrios de la que, subiendo al santo monte de Sión de la bienaventuranza, ha de recebir el alma en el suavísimo ósculo de tu divina unión, y santa paz eterna.

Allí verdaderamente se alegrará el alma en tu salud, porque hiciste salud para ella de sus contrarios y perseguidores; y de las manos de los que la aborrecían, le labraste la corona, haciéndola tranquilidad después de la tempestad, para que tanto más amanezca alegre el día, cuanto fue más cerrada y oscura la noche, y tanto más dichoso el verano y primavera, cuanto más lluvioso y turbulento el invierno y el otoño. Allí cantará el alma alegre en su salud: *Lætati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti* (1). ¡Oh, cuánta gloria accidental nos causa la memoria de aquellos días breves y temporales en que nos humillaste, para que de aquél, como un solo grano mortificado, se cogieran cosechas inmensas de gozo y paz eterna! ¡Oh, cuánto ahora nos regocija la paciencia y tolerancia con que llevamos por tu nombre los males, dolores y trabajos que vimos en los años temporales! ¡Oh cómo aquello pareció sólo una vista, una ojeada, aunque entonces parecían fuegos horribles y aguas inmensas de tribulaciones! *Transivimus per ignem et aquam* (2). Fue cosa de pasar tan breve como la corriente de los ríos: pereció y pasó la memoria de nuestros enemigos como el sonido, y el Señor permanece para siempre. Descaecieron las espadas de nuestros enemigos, y ya hasta las ciudades de ellos están destruídas. Tú, Señor, hiciste que descaecieran sus espadas, y destruíste sus ciudades, porque ya para el alma no habrá más guerra, ya no tendrán dónde hacerse fuertes, dónde juntar ejércitos, ni levantar banderas. Derribaste sus muros, destruíste sus baluartes, los arrojaste, y los exterminas-

(1) Ps., 89, 15.
(2) Ps., 65, 12.

te. *Inimici defecerunt frameæ in finem, et civitates eorum destruxisti; patientia pauperum nom peribit in finem* (1).

Mas mira, alma mía, que el pobre y el paciente no perecerán en el fin, ya dijo el Señor: Bienaventurados los pobres de espíritu, que de ellos es el reino, para que entiendas que dejando todas las cosas, se te darán todas. Deja toda la estimación humana desde ahora para siempre. Quiere, abraza y determina morir en la estimación humana desde ahora para siempre y en la memoria de todas las gentes, para que el Señor te tenga en su memoria eterna, y te escriba en su libro. Deja la codicia de todo bien temporal ahora, y para siempre cesarán muchas guerras en tu corazón, y poseerás la tierra en paz, y te darán por lo temporal lo eterno. Déjate a ti misma y todos los gustos y sabores de tu naturaleza, y tendrás un corazón limpio y verás a Dios. Así aquel dichoso espíritu, que desnudo, pobre y pobrísimo de todo lo terreno vivió como extraño de la tierra, volará al cielo, y quedarán destruídas las ciudades de sus contrarios, aún en el tiempo de su peregrinación, cuando venciere los afectos desordenados, o cualquiera bien terreno, o interés propio de honra, codicia o deleite, que son las ciudades donde se hacen fuertes sus enemigos.

---

(1) Ps., 9, 7, 19.

AFECTO 75

ALTISIMO REFUGIO DEL POBRE DE ESPIRITU, TRATADO ALTISIMAMENTE CON EL VERSICULO 10 DEL SALMO ANTERIOR. LIBERTAD OPORTUNA DE LOS JUSTOS. EL SEÑOR SE LEVANTA A PONER UN LEGISLADOR SOBRE CADA UNO DE LOS VICIOSOS, Y UN ANGEL DE SATANAS SOBRE CADA UNO DE LOS JUSTOS

Factus est Dominus refugium pauperi (1). ¡Oh alma mía, si supieras, si conocieras y entendieras quién es este refugio del pobre! El Señor Dios tuyo de quien se dice: *vidi Dominum sedentem super solium excelsum et elevatum* (2). El Señor es refugio del pobre. ¡Oh bienaventurado, oh dichosísimo pobre! No es su refugio alguna de aquellas ciudades muradas, no las torres inexpugnables, no los altos tronos y dominaciones. El Señor, el Señor es hecho refugio del pobre. No las virtudes, ángeles, ni arcángeles, no los principados, ni los serafines; mas el Señor de todos ante cuya tremenda majestad todos tiemblan y se estremecen, a cuya voz obedecen todas las criaturas: el mar, la tierra y los abismos; el sol, la luna y las estrellas; las lluvias, los vientos y las nubes; las fieras de los campos, las aves de los aires, los peces de los mares, los dragones del abismo, las potestades de las tinieblas crecen y tiemblan, y todo espíritu en su modo resulta en alabanza del Señor.

¿Y el Señor es hecho refugio del pobre? No sólo lo refugia en su reino, en su corte, en su palacio, en su trono. El Señor, el Señor es hecho refugio del pobre debajo de la sombra de sus alas, como a las niñas de sus ojos. Pues, ¿quién podrá empecer al pobre? *Non accedet ad te malum: et flagellum non*

(1) Ps., 9, 10.
(2) Is., 6, 1.

appropinquabit tabernaculo tuo (1). ¿Cómo, pues, llegará el mal ni el azote, cómo tocará el arco o la flecha al altísimo refugio del pobre? ¡Oh, mil veces dichoso el pobre de espíritu! ¿Ves cómo no debías desear otra dicha, otro bien, ni otra gloria; cómo debía desposeerte de todo lo criado y de ti misma, por tener tal refugio? Cuán segura, cuán dichosa fueras, alma mía, aunque te faltara todo. Teniendo al Señor de todos, ante cuya tremenda majestad todos contra su poder? Aquel dragón, que formó *ad illudendum ei* (2), es perro atado que ladra y no puede morder, sino es al que quisiere llegársele. Pues ¿cómo podrá empecer al que está en el altísimo refugio del Señor? Los esconderás, dice el Salmo, en lo escondido de tu rostro, de la conturbación de los hombres y de la contradicción de las lenguas. ¿A dónde puede llegar más la alteza, la firmeza y la seguridad de su refugio? La piedra es refugio de los erizos, y este animalito pequeño y abandonado, por la aspereza de su piel es símbolo del pobre y atribulado, a quien el Señor como firme piedra acoge, ampara y defiende.

Muchas son las tribulaciones de los justos, dice el Salmo; mas el Señor es ayudador oportuno en todas ellas. Si cayeren a las hoyas, bajará con ellos; y en las prisiones y cadenas no los desampara. Si pasares por las aguas, dice, seré contigo, y las grandes avenidas no te anegarán. Y en otra parte dice: en medio del fuego no seré quemado, porque eres hecho para mí ayudador y protector: *in medio ignis non sum æstuatus* (3). Al alma en la vida mortal y en tanto que vive en las prisiones de la carne, la cercan las tribulaciones como abejas al panal, como dice el salmo: *circumdederunt me sicut apes* (4). Mas en el justo labran las tribulaciones (sean las que fueren) dulcísimos panales de miel y cera, para que ar-

(1) Ps., 90, 10.
(2) Ps., 103, 26.
(3) Eccli., 51, 6.
(4) Ps., 117, 12.

da su luz y se conserve hasta entrar a los eternos desposorios, porque el Señor a quien ama, ayuda oportunamente en todas las tribulaciones. Cerquen peligros como de infierno y de muerte, lazos y angustias, como decía el santo rey; mas al justo no le empecerán, porque el Señor en tiempo oportuno lo ayudará y librará. Pues no duerme ni dormita el que es guarda de los luchadores por su nombre y por su gloria, que son los verdaderos israelitas, y en lo más desierto, árido y solo de su camino les ministrará el maná y pan del cielo que los conforte hasta llegar a la tierra prometida y al santo monte de Dios.

Mira cuántas tribulaciones, y cuán graves, esperan a cualquiera hombre que vive; pues ¿cuál es el que no haya de morir? ¿Quién es el hombre que vive, y no haya de ver la muerte? Pues ¡cuánta tribulación y angustia le vendrá allí al hombre habiendo de separarse de todo lo que amó y apreció, sin esperanza, por remota que fuera, de volverlo a recobrar ni a poseer! Así separa la amarga muerte, que ni del mismo cuerpo y corazón ha de quedar unión ni compañía, ni esperanza, de volverse a unir hasta el día de la general resurrección, pues ¡oh, cuánta tribulación!, ¡qué deshecha tormenta!, ¡cuán apretada angustia será aquella en que desune este compuesto que tan unido ha estado, se desbarata esta estatua que tanto el hombre ha querido levantar, y se desune y deshace este mundo pequeño, viendo el alma que su cuerpo, en quien idolatró, ha de quedar trunco, en tierra, sin manos y sin pies, porque fue aquel ídolo a quien antepuso, y no sólo igualó, al arca del Señor que es su santa ley!

Pues en tanta tribulación, ¿quién, si no es el Señor, podría ayudar? ¿Quién considerará el trabajo y dolor de aquella angustia, que pueda llevar al que naufraga al puerto, ni traerlo en sus manos libre de tanta tribulación y angustia? *O in quantam tribulatiotem deveni* (1): decía aquel hombre miserable que

(1) I Mach., 6, 11.

no tuvo al Señor por su ayudador, ¿mas qué le servía su clamor, ni la ponderación y conocimiento de su angustia? Ahora mira, alma mía, ¿en qué mayor oportunidad querrías tener al Señor por tu ayudador para que cierre las bocas de los leones infernales y no te dañen; para que envíe sus poderosos socorros por sus santos ángeles y siervos suyos que conforten tu flaqueza y debilidad? Oh, si fueras tan dichosa, o si vivieras de modo que oyeras aquella dulcísima voz de tu Señor que dijera: ¡Ea, alma!, ya se pasó el invierno, ya tendrás al que deseaste: *Ecce quod concupivi jam video, quod spseravijam teneo, quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi* (1). ¡Mira si será entonces ayudador oportuno el Señor, pues El sólo es el que podrá ayudarte en lance tan terrible, en tempestad tan deshecha. Sólo el Señor será ayudador oportuno entonces, pues aunque estuvieras cercada de todo el poder del mundo, de toda la sabiduría de la tierra, de todo el amor de las gentes, no serían para ti todas las fuerzas humanas más que las hojas secas del árbol ni más que el sonido de los mosquitos. Lo más que podrían es cercarte como el fuego en las espinas, haciendo crecer la llama de tus augustias en el cadáver ya exhausto.

Esperen en Ti solo, Señor, los que conocieren tu nombre, dice el mismo salmo: *Quoniam non dereliquisti quærentes te Domine* (2); los que conocieron, Señor, tu nombre, el nombre que Tú mismo te diste: "Yo soy el que soy. Yo soy Dios que no me mudo." Verdaderamente, Señor, sólo en tu bondad, sólo en tu fidelidad, sólo en tu poder, sólo en tu inmutabilidad espera segura el alma, porque Tú solo eres el que tiene ser que no faltará ni te mudarás, ni desampararás al que no quiere apartarse de Ti; al que te busca aunque sea en medio de las sombras, de temores y desmayos; al que te anda buscan-

(1) Del oficio de Santa Inés, Virgen y mártir. (Enero 21).
(2) Ps., 9, 11.

do con deseo, aunque no sienta el tenerte presente; padezca angustias, desamparos, soledades y tinieblas; ande por una tierra desierta como sin camino y sin agua, aun cuando más la fatigue la sed y el cansancio; persíganle los lazos de los cazadores, las saetas de los crueles, los temores nocturnos; llegue a tener tedio de la vida; sea apedreado, azotado y echado al profundo del mar; sea hollado y conculcado en la tierra; que la paciencia del pobre, cuyo ayudador oportuno es el Señor, no perecerá en el fin.

Exsurge Domine, non confortetur homo, etc. (1). ¿Sabes qué es levantarse el Señor? Darse a conocer a las criaturas racionales en alguna demostración para con ellas, en que manifiesta alguno de sus atributos, o ya la justicia vindicativa, como cuando dice David: *exsurge Domine in ira tua* (2); o ya la misericordia, pues dice: por la miseria del necesitado y los gemidos del pobre, *nunc exsurgam* (3). Ahora pues le pide: levántate Señor, sean juzgadas las gentes en tu presencia para que no se conforte en su soberbia, o sea engrosado y hecho fuerte en su pecado el hombre; constituyéndoles un legislador sobre ellos, *ut siciant gentes quoniam homines sunt* (4), porque Señor, te pusiste como lejos, y parecía que despreciabas o desamparabas al perseguido. De aquí tomó tanta fuerza el perseguidor, se levantó tanto el soberbio y el cruel, el impío y el injusto, que encendía fuegos en qué quemar al pobre y al inocente, comprehendiéndole en los consejos de malicia que pensaba, alabándole en los deseos malos de su ánima, y diciéndole que hacía bien el inicuo, esto es, el demonio, que acrecienta sus malos consejos trayendo razones sofísticas y mentirosas para encender el corazón humano; y los aduladores y consejeros que imitan al demonio en procurar la perdición del alma,

(1) Ps., 9, 20.
(2) Ps., 7, 7.
(3) Ps., 11, 6.
(4) Ps., 9, 21.

y en aplicar a eso la maldita y estulta sabiduría de la carne y del mundo. Mas el Señor disimula y calla como que estuviera lejos, porque no quiere amargar al pecador, según la multitud de su ira, hasta que llene su medida y justifique el Señor, su causa; mas en tanto les pone un legislador encima de ellos, para que los que se levantaban con vicios de demonios sepan que son hombres. Pone sobre su soberbia otro soberbio que los humille, otro contrario que siempre ande a los alcances, a la mira de sus acciones, a la oposición de sus pretensiones para que, humillados y caídos, sepan que son hombres. Le pone al que se tiene por fuerte y poderoso, el legislador de una enfermedad que le coarte las fuerzas y el valor, y le dé a entender que es hombre, y que toda carne es como la flor del heno. Así la enfermedad es un legislador del glotón y desarreglado, y del entregado a sus vicios, que a todo le pone tasa, haciéndole guardar leyes muy apretadas, aunque con ellas gima y reviente, como el forzado con los remos y los azotes que descarga en ellos, como su legislador, el galeote, y como el yugo del carro que siempre arrastra sus ruedas gimiendo. Así, al pródigo, vanaglorioso y perdido, le pone el legislador de la pobreza e infortunio, que se le dé por tasa y medida apenas el corto sustento.

Quebrará el Señor el brazo del pecador y del maligno, buscará su pecado y no lo hallará. Mira, así quebrará el Señor el brazo del pecador, que cuando quiera proseguir en su pecado, arrebatados y quitados los objetos de él, no lo halle, para que lo entienda. Mira aquel joven lujurioso, a quien el Señor quebró el brazo con una mortal enfermedad o muerte violenta de su consorte en la culpa, que quisiera proseguir en su pecado, y se halla sólo con la raíz de la culpa que es la codicia del corazón; que quisiera extender el brazo y no puede, porque se lo quebró el Señor; que busca el pecado, y no halla de él más que el veneno, porque pasó el deleite y quedó el veneno.

Aquel soberbio que corría tras el pobre y humilde, teniéndolo por improperio y irrisión, queriendo destruírlo, matarlo y quemarlo, y le cortó el Señor las alas y quebró los brazos que le daban fuerza, quiso proseguir su culpa, quiso su pecado y no halló cómo. ¿A dónde está la soberbia y la jactancia de los malos?, ¿a dónde los gustos y deleites?, ¿a dónde el sabor de las venganzas?, ¿a dónde los lazos de la envidia? El Señor quebró los brazos de los pecadores.

Así pues, se levanta el Señor a juzgar las gentes: así muestra su justicia, su providencia con el pobre y desvalido, su sabiduría y su paciencia, pues no quiere destruir al pecador según la multitud de su ira que tiene el pecador merecida; mas aguarda y espera, y usa de remedios, de lenitivos y también de cauterios, porque sabe cuánto más útil le es al hombre entrar sin manos, sin pies y sin ojos al reino de la gracia, y de allí ir al de la gloria, donde tendrá un ser perfecto como de nueva criatura, que no ir a la culpa, y de allí a la eterna pena con pies, con manos y con ojos.

Así también a las almas que buscan al Señor pone su Majestad un legislador, un juez o un verdugo, un ángel de satanás que continuo las abofetee, como decía su apóstol; mas esto es para bien de ellas, para que no se ensoberbezcan y levanten con los dones de Dios, mas sepan que son polvo y ceniza, *ut sciant gentes quoniam homines sunt* (1); porque dice el salmo: no estuvieron en los trabajos de los hombres, ni fueron azotados con ellos, por esto los poseyó la soberbia. Y al que tanto amaba a Cristo, y fue vaso escogido para llevar su nombre, se le dijo: suficiente es para ti o te basta mi gracia, porque la virtud se perficiona en la enfermedad. Así permite que el demonio, enemigo suyo declarado, aflija y pruebe a los que son hijos queridos de Dios; y así consiente que los hombres malos y los pecadores sean jueces y verdugos de los justos; mas esto es por tiempo li-

(1) Ps., 9, 21.

mitado, y teniéndoles el mismo Señor el freno, no dejándoles dar un paso más de lo que conviene para prueba y adelantamientos de sus escogidos; y en oportunidad de tiempo el Señor quebrará el brazo de los pecadores y del maligno. Para que ya no puedan hacer mal, o procurar hacerlo, les quebrará el brazo, les quitará la licencia, *quia non relinquet Dominus virgam peccatorum super sortem justorum* (1), porque no ha de permitir que pase a tanto la tentación o la persecución que extienda el justo las manos a la iniquidad: o queriendo venganza, o irritándose con las gentes, o dando asenso a las tentaciones del demonio; ni permitirá el Señor, fidelísimo y amantísimo, que de comprimida caiga, pues guarda todos los huesos de los justos para que ninguno de ellos se quiebre; y están contados los cabellos de su cabeza, que siendo la cosa más débil, todos corren por cuenta de quien la sabe y puede, y quiere tener de todo.

Ahora quisiera, alma mía, que conocieras y quitaras de tu corazón aquel yerro con que dices, cuando te toca la tribulación, angustia y tentación: arrojada estoy de la presencia de sus ojos, ya el Señor no mira ni entiende en mi ayuda, no hay ciencia en lo excelso que quiera entender en mi trabajo y dolor. Esto parece lo que dice o siente tu corazón, teniendo tus desamparos por olvidos y reprobación del Señor. Lejos sea de ti tal pensamiento, alma mía, pues sabes que considera el trabajo y dolor para traer en sus manos al afligido, labrándolo con sus manos, como un diestrísimo artífice, que infinitamente excede a toda ciencia criada; ni le faltará por poder, ni por amor, el entender en la labor del alma que está en sus manos, y con total resignación se pone en ellas. Pues mira: en casi todos los salmos de David se habla del humilde, del pobre, del afligido, del perseguido, del huérfano y del desamparado; y esto se dijo en persona de Cristo, aquel Se-

(1) Ps., 124, 3.

ñor que como fuese rico, se hizo pobre, y se llamó gusano y no hombre; aquel Señor de quien dijo la voz del Padre: este es mi Hijo muy amado en quien bien me he agradado y complacido. Pues ¿qué dirás cuando consideras que este Señor, espejo sin mancilla, en quien se ve la dilección del Eterno Padre, fue entregado en manos de pecadores para burlarlo, azotarlo, y crucificarlo? Y puesto así en las manos de los pecadores, Pilatos lo entregó a los verdugos y judíos para los azotes y para la cruz. Pues ¿cómo la vilísima criatura, el polvo y la nada, extrañará ser probada, tentada y afligida por los espíritus malos; ni tendrá el padecer por señal de reprobación, cuando contra este parecer están todas las escrituras; y tantas veces leíste que Dios, a los que ama corrige? ¡Oh, si vieras la riqueza, el primor, la grandeza con que Dios labra y enriquece, levanta y limpia al alma, que toda resignada se pone en sus manos! Por cierto, no desearías otra cosa ahora y para siempre que estar totalmente puesta en tan buenas manos, de modo que ni una leve respiración quisieras tener que desdijera en la más mínima parte de ajustarse a esta resignación y voluntad.

Mira que para unir tu corazón al corazón de Jesús has de poner la mira y esfuerzo en ajustarte a sus propiedades. ¡Oh, si fuera éste el espejo en que miraras el rostro de tu alma! El es aquella piedra viva, refugio de los erizos, pues para acoger los pobres pecadores se dejó abrir el corazón y el pecho, y recibió en sí las espinas y asperezas de ellas. ¡Oh, si tuvieras un corazón tan manso y tan sufrido que por imitar a tu amantísimo esposo acogieras en él con amor y caridad al pobre, al afligido, al menesteroso de alivio, sin excepción de persona; mas puesta sólo la mira en aquel corazón con quien deseas unirte, y que sólo es tu refugio contra las saetas de tus enemigos. ¡No podrá unirse al humildísimo la soberbia, ni al pacientísimo la impaciencia, ni al limpísimo la inmundicia de tus faltas y culpas! Pues esto es lo que has de pretender, por esto clamar y llo-

rar, y recebir la tribulación y la angustia como lavatorio, pues el Señor te prueba con las aguas de la contrición para lavarte con ellas.

Dí con el santo Job: ¡Oh mi Señor y mi Dios, esta sea mi consolación, que afligiéndome con dolores, no me perdones porque no contradiga las palabras santas; no sea contraria a tu enseñanza, a tu doctrina, y a tus ejemplos. No me perdones ni pases sin lavar en mi alma las faltas y culpas mías; pues en tanto que las tuviere, no podrá mi alma ser unida a Ti, ni mi corazón manchado será capaz de unirse a tu corazón limpísimo. ¡Oh, cuándo vendrá esta hora, que seas toda unida al sumo bien! Pues mira, que si quieres resucitar con Cristo, has de padecer y morir con Cristo.

AFECTO 76

DECLARACION DEL AVEMARIA.

Queriendo proseguir lo que V. P. me manda que escribiera lo que había entendido, que sacara confusión propia de las palabras del Oficio Divino, estando en oración una mañana, y acordándome la oración del avemaría, me parecía que el santo ángel de mi guarda, arrodillándose, me enseñaba la declaración de ella, no por palabras, sino, a lo que me parece, infundiendo en el alma luz de ella, y mostrándole algunas semejanzas, como en la palabra *avemaría:* Cómo la Santísima Virgen fue, desde el primer instante de su ser, un mar de gracia y amor para con su autor y principio, y cómo de allí se derivaba y redundaba en beneficiar a las criaturas. ¡Cuánta es la grandeza y hermosura de este mar de gracia! ¡Cuánta ha sido la beneficencia para con las criaturas con que Dios por su medio ha inundado y regado la tierra! ¡Cómo todos los ríos y fuentes de los predestinados han sido enriquecidos y prosperados de este mar por quien Dios comunica sus gracias y dones, y de cuyas entrañas nació la fuente de

la vida y de nuestro remedio, y en cuyas entrañas piadosas y manos liberales puso Dios sus ricas misericordias para repartirlas a los pobres y necesitados! ¡Cuánta es mi tibieza, y el yelo de mi corazón, pues no recurro como debiera, no confío y me alegro con la sombra y amparo de tal Madre!

¡Cuál y cuánta fue la amargura que inundó el corazón de esta divina Señora en la pasión de su Hijo! Grande fue como el mar su amargura y dolor. Cuánta es mi ceguedad y locura, pues viendo y considerando el padecer de mi Señora y Madre limpia de toda culpa y llena de gracia, venzo y extraño mi padecer, siendo yo criatura tan vil, manchada de culpas y merecedora de penas.

¡Cuál y cuánta es la hermosura y las hermosuras que encierra este mar de María Santísima! ¡Cuántas sus gracias, sus dones, perfecciones y méritos! ¿Quién los podrá contar, quién conocer o comprender la alteza de su gracia, y de su gloria, con que Dios la adornó y premió, como un sol en quien Dios puso su tabernáculo para que hiciera su camino desde lo sumo del cielo, empezando desde donde los demás predestinados acabaron o consumaron las cumbres de sus méritos, hasta lo sumo del agrado del mismo Señor en pura criatura?

Pues, a vista de tanta limpieza, ¿cómo se debe confundir mi suma asquerosidad y malicia? A vista de tanta ligereza y hermosura en el bien, ¿cómo se debe confundir y aniquilar mi fealdad y tardanza?

LLENA DE GRACIA

Se proponía a los ojos de mi alma un cristalino, caudaloso y hermosísimo arroyo que corría apacible, hermosísimo y ligero por unas floridas márgenes, de cuyas graciosísimas flores llevaba algunas entre sus corrientes y aguas, hermoseadas y heridas de los rayos del sol. Parecíame llegaban sus corrientes a beneficiar mi pobre alma. Conocía cuánta es la llenura de gracia de María Santísima desde el primer

instante de su ser; cuánta su hermosura y pureza; cuánto el ejercicio de virtudes y limpieza de su santísimo cuerpo y alma, de sus sentidos y potencias, etc. Llena de gracia en todo, etc.

Y viendo el padecer de su santísima alma y cuerpo, de sus sentidos y potencias, en la pasión y muerte de su Santísimo Hijo, discurriendo en particular. Sus candidísimos ojos de paloma, en quien jamás cayó mancha de culpa ni imperfección, cuán atormentados fueron de aquel tremendo espectáculo de ver a su Hijo y Dios traspasado con garfios de fierro contra un madero afrentoso por manos de criaturas viles, a quien el mismo Señor tanto había beneficiado, etc. Cómo por sus sentidos y potencias inundaba a su alma un mar de dolores; y toda llena de gracia, estaba llena de amargura y penas.

Cuánto me debo humillar y confundir, pues mis sentidos y potencias, llenos y manchados de culpas, quiero que estén libres de pena y dolor, y que tengan gustos y consuelos, etc.

EL SEÑOR ES CONTIGO

¡Cuánta es la grandeza, poder, sabiduría y amor del Señor que estuvo con María Santísima desde el primer instante de su ser, por gracia, amor y unión, sin que en ningún instante la dejara, ni le comprehendieran las tinieblas de la culpa, alumbrándola siempre su divino sol!

¡Cuánto me debo humillar y confundir, viendo cuánto he sido esclava del demonio y de la culpa, no sólo por la mancha en que todos incurrimos, sino por tantas que yo he cometido y cometo cada día y cada hora!

¡Cuántas dichas, grandezas; cuántas utilidades, dulzuras y hermosuras trae al alma estar el Señor con ellas! ¡Y cuánto yo, miserable, he trabajado por echar al Señor de mí! ¡Cuánta es por esto mi locura, y cuánta debía ser mi confusión y vergüenza!

Como estuvo el Señor con María Santísima llenándola el Espíritu Santo de sus dones y frutos, cuán provechosos son y cuán suaves. Cuánto yo, por mi culpa, carezco de estas suaves corrientes y amorosa asistencia del Señor. Y cómo faltando la luz, han de entrar las tinieblas. Faltando aquella asistencia del Espíritu Santo, de sus dones y frutos en mi alma, han de entrar las tinieblas y vicios contrarios; faltando la paz, ha de entrar la inquietud; faltando la paciencia, ha de entrar la ira, etc. Cuánto y cuán grave mal es éste, y cómo el alma, que pudiera ser cielo, se convierte en infierno.

BENDITA TU ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES

Cómo sólo esta soberana Señora fue bendita desde el primer instante de su ser, y sólo ella entre todo el linaje de Adán fue libre de la maldición de la primera culpa amarga, y prevenida con la bendición de dulzura y limpieza, etc.

Cómo entre todas las mujeres, tantas y tan santas que como estrellas resplandecen, mi Señora y Madre es como el sol, escogida entre tan innumerables coros de vírgenes, mártires y religiosas, que son como azucenas y claveles, como rosas y lirios. Toda la hermosura del campo está en María Santísima; y en su comparación son las flores como espinas entre quien resplandece el lirio.

¿Cuál, pues, será la hermosura que excede a tantas hermosuras; cuál la escogida única que excede a tantas reinas, a tantas esposas? Si la vista de un bienaventurado y de una alma en gracia es tan hermosa, es tan amable, es tan especiosa ¿qué será la vista, cuál la hermosura que contiene o que excede tanto a tantas hermosuras? Más en fortaleza, más en paciencia, más en amor, más en pureza, más en humildad que todas las santas vírgenes y mártires, etc. ¿Cuál, pues, será la alteza de méritos, perfecciones y virtudes que excede a tantas juntas, la luz que es mayor que tantas luces?

¡Cuánta debe ser mi humillación, y confusión en su presencia, viendo la gran pobreza de mi alma, y las culpas con que la he manchado y afeado, etc.!

¡Cuánta será la grandeza de gloria que corresponde a los méritos y virtudes de mi Señor, y la eterna bendición con que entre todas y sobre todas es bendita del Padre de las lumbres!

¿Cuántos y cuáles fueran en su vida santísima los dolores y trabajos que padació?, etc. ¿Y cuánta la gloria y premio que le corresponde? Pues si la bendita entre todas las mujeres así mereció padeciendo, ¿qué es lo que yo (a quien tantas veces por la culpa ha comprehendido la maldición) espero?, etc.

BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE: JESUS.

Cuán justo y debido era que a la rama de donde nació tal fruto bendito, no comprehendiera nunca la maldición de la culpa. Si por los frutos se conoce el árbol, ¿cuál será la madre de tan dulce fruto? ¡Cuán limpia y libre de la amargura de la culpa, cuán bendito el vientre que trajo en sí a Jesús, y los pechos que le alimentaron, y la sangre purísima de donde se formó el cuerpo y sangre de Dios! ¡Cuánta es la hermosura y suavidad, cuánto el provecho y precio de este fruto bendito de la beatísima Virgen! Pues con su vista hace bienaventurados, con su sangre redimidos, con su voluntad dichosos a todos los hombres por tantos siglos cuantos son y serán. ¡Oh fruto suave! ¡Oh fruto dulce! ¡Oh fruto provechoso del purísimo vientre de María, que tocas de fin a fin, que abriste las puertas del cielo hasta entonces cerradas, que alumbras a todos, que vivificas a todos, que sanas a todos los que a Ti llegan! ¡Oh, bendito el vientre en que anduviste, y los pechos que mamaste! ¡Oh fuente caudalosa, que riegas todos los orbes de la tierra! ¡Cuánto enriquecerías el paraíso en que naciste!

Cuánto, pues, me debo confundir y humillar de las pocas medras que tiene mi alma, comiendo tantas veces este dulce fruto del vientre de María. ¡Oh fruto y árbol de vida!, pues tus palabras son para sanidad de las gentes, y con solo una palabra que digas sanará mi alma, dile, oh buen Jesús, hijo de María: yo soy tu salud y serás sana; haz que te toque, que te coma y llegue a Ti con fe viva, para que salga virtud de Ti, que sane todas mis enfermedades.

Cuánto este bendito fruto quiso parecer por nosotros maldito, pendiente del leño de la cruz, etc. Cuánto allí le acompañó en las penas María Santísima, bendita entre las mujeres. Cuánto debo confundirme y humillarme por lo poco que siento, ni acompaño sus penas, ni estimo los desprecios y baja estimación de las criaturas, siendo yo de veras maldita, y ellos mis benditos señores.

¿Qué es para mí el fruto bendito del vientre de María? Es esposo. ¡Oh, cuánta debía ser la pureza de mi alma! Es amante. ¡Oh, cuánto debía arder en su amor correspondiendo a tantas y tales finezas! Es comida. ¡Oh, cómo debía abstenerse mi alma y tener hastío de todo otro manjar! Es fuente de agua viva. ¡Oh, cómo debía llegar sedienta y abrasada a satisfacer mis ansias a esta fuente! Es luz. ¡Oh, cuánto ando en tinieblas cuando de El me aparto! Es camino, es verdad, es vida. ¡Oh, cuánto yerro, oh, cuánto engaño, oh, cuánta muerte es apartarme de El!, etc.

¡Oh pues, Santa María, llena de santidad y gracia desde el primer instante de tu ser!: pues siempre tuviste contigo al Señor y con El todos los bienes de virtudes, de gracias, de méritos y premios con que fuiste bendita entre todas las mujeres, no cayendo en la maldición de la culpa, pues habías de ser digna Madre de Dios, teniendo por fruto bendito de tu vientre a Jesús, ruega por nosotros pecadores, y por estos pobres, ciegos, desnudos y enfermos, cautivos y atados con cadenas, llenos de llagas, miserias y dolores. Ruega, pues, a Jesús, pues eres Madre suya y

Madre nuéstra, pues eres santa y Madre de Dios Santo. Ruega por nosotros ahora cuando vivimos para que logremos el tiempo, mereciendo en él eternidad de la gloria. Ruega por nosotros ahora, pues cada instante necesitamos de tu intercesión y amparo; y de cada instante y hora puede pender nuestra eterna salvación o pena eterna. Ruega por nosotros ahora sin dilatar tus piadosos ruegos; ahora cuando en el tiempo de la vida mortal nos combaten con tanto furor nuestros enemigos: la carne con todas nuestras pasiones; el mundo con todos sus lazos; el demonio con todas sus cuadrillas y redes. Y así, Señora, ruega, ruega por nosotros ahora, y con especial cuidado de amorosa Madre en la hora de nuestra muerte, cuando se acaba el plazo, cuando se define nuestra causa, cuando se da la sentencia, cuando es mayor la prisa y furor de nuestros enemigos, más estrecha nuestra tribulación y angustia, más importante nuestro buen despacho, etc. Entonces, Señora, ruega como Madre, ampáranos como reina, como fiel abogada, como llena de gracia, de santidad y de clemencia, por Jesús, fruto bendito de tu vientre. Amén.

AFECTO 77

PARAFRASIS DEL SIMBOLO APOSTOLICO

Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra. ¡Cuán cerrados están los ojos de mi alma, pues con tanta luz que llena los cielos y la tierra ando a escuras, y creyendo como si no creyera! Si Dios es Padre y Todopoderoso, y en su mano están todas las cosas; si crió y hizo de nada la grandeza admirable de los cielos, tan grandes, tan fuertes, tan hermosos; si con sólo querer fabricó las estrellas, los astros, los planetas; si sobre ellos crió y dio el ser a aquellas substancias espirituales, y altísimas inteligencias, más grandes, más hermosas, más fuertes que los cielos materiales; si extendió los cielos como pieles, y suspende las aguas en el aire,

y manda a la tierra lluvias; si fundó la tierra sobre su estabilidad, y puso a la mar términos; si atiende y cuida al erizo, al pajarillo, al león y a las fieras de los valles; si cuida del vino y el aceite que alegre la cara y confirme el corazón del hombre; si hace producir heno para los jumentos y yerba para el servicio del hombre; si desde los hijos de los cuervos hasta las aves que anidan en los cedros, desde el erizo hasta el león, y todos los animales y vivientes están esperando de su mano el sustento oportuno y a su tiempo; si los ojos de todos están esperando en el Señor, ¿quién es el alma que confía de sus fuerzas y industrias, pues tan caída se halla en el tiempo de la tribulación; y no espera en el Señor? ¿Hay alguno que recibiera su ser o su aliento de otra mano que de la de este Padre, y Padre todopoderoso? Si esto creo, ¿cómo ofendo a este Padre, cómo no amo este Señor? ¿Cómo desconfío, cómo temo? ¡Oh, cuánta es mi ceguedad!, ¡cuánta mi flaqueza! ¿Cómo podré decir: creo?

Esto es, pues, oh Padre, y Padre todopoderoso, lo que sólo puedo y debo desear: que seamos una cosa contigo por amor. ¿Qué importará tener los cielos de consuelos, ni toda la tierra de bienes criados para mí o para los que amo, si no les deseara y pidiera el bien de los bienes, y el que sólo es bien, que es tener tu agrado y aceptación, *Padre todopoderoso,* todo sabio, y todo santo? Así que este sólo es bien y sólo digno de ser desatado: ir a Ti Padre Santo, estar en Ti, permanecer en Ti. ¿Quién dañará a los que Tú amas?, ¿quién perderá a los que Tú guardas, quién deshará a los que Tú mandaste?

CREO EN JESUCRISTO, SU UNICO HIJO.

A tu único y amado hijo, con un amor infinito amado, una cosa contigo, entregaste en manos de pecadores para que fuese crucificado, azotado, herido, pisado y hollado. Este es Jesucristo en quien creo como en Señor nuéstro, único hijo tuyo; y éste es

el ejemplar que nos mostraste y con quien quieres que se conformen tus predestinados, etc.

¡Cuánta es pues, la obstinación y dureza de mi alma, que tantos años aprendiendo, hasta ahora no he dado el primer paso en su seguimiento! ¡Cuánto aborrecí el parecerme a tu amado hijo, pues tanto huí y sentí los desprecios, los dolores y pobreza! ¡Cuán arraigado está en mi alma el amor al descanso de la carne, a la vanidad de la vida, a los bienes de la tierra, pues un tan poderoso ejemplar no ha bastado con mi dureza y torcida inclinación a vencerla. Más es la fuerza de mi inclinación al mal y a la tierra, que todo el peso del orbe, que todo el ímpetu del mar, pues el Señor con una palabra y con un querer suspende a uno y otro, y para vencer mi dureza y obstinación tanto trabajó y padeció Jesucristo, hijo tuyo y señor nuéstro, uno contigo, Padre omnipotente, en la esencia y naturaleza divina.

Creyendo en Jesucristo, hijo tuyo y Señor nuéstro, creo cuantas cosas hizo, padeció y enseñó. Como creo pues que dijo: bienaventurados los pobres, que es de ellos el reino de los cielos; y creyendo esta dicha y esta grandeza, huyo de ella como si no creyera lo que dijo Jesucristo, tu hijo.

¿Cómo no trabajo por ser pacífica, mansa y humilde, pues esto nos enseñó, y a éstos prometió tan grandes premios? ¿Cómo no trabajo y ruego siempre por hacerme digna de estas promesas de Cristo? ¿Cómo no sufro cualquier persecusión por justificar mi alma, para alcanzar tan grante reino, para conseguir misericordia, para ver a Dios, ser llamada hija suya y poseer la tierra de los vivos? ¿Cómo no lloro en el camino de la vida mortal para alcanzar la consolación; y con hambre y sed de la justicia y santidad no espero ser saciada cuando apareciere tu gloria? ¿Cómo no me esfuerzan aquellas palabras suyas: "El mundo se alegrará, vosotros de verdad estaréis contristados; mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. Yo subo a mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios"? Y cuando dijo:

"Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os daré refección y hallaréis descanso para vuestras ánimas"; ¿cómo, pues, si creo en Jesucristo, tan olvidadas tengo sus palabras, tan poco peso me hacen sus promesas, tan poco procuro poner por obra sus doctrinas? ¡Oh, cuánto me debía confundir y humillar por esto!

¿Qué quiere decir que creo en Jesucristo único hijo de Dios, y un solo Señor nuéstro que está en el Santísimo Sacramento del altar, con todos los atributos y perfecciones divinas, igual con el Padre y con el Espíritu Santo y un solo Dios en su esencia y naturaleza divina? Que allí está el Criador del universo, y que allí está su alma beatísima, su sagrado cuerpo con todas sus potencias y sentidos, con todas sus perfecciones, méritos y grandezas; que allí está con poder infinito, infinita sabiduría y amor para hacer bien al alma; y que en su pecho hay más amor y deseo de nuestro bien que cuantos pueden caber en todos los espíritus criados. Pues si esto creo, ¿dónde está el amor, la confianza y la alegría con tan grande bien y único bien? Con tal compañero en mi camino y peregrinación, ¿cómo temo? Con tan infinito tesoro, ¿qué me falta? Con tan sabio maestro, ¿qué más deseo? Con tan poderoso amigo al lado, ¿qué me puede dañar? Con tan amante esposo, ¿qué bienes podrán faltarme?

Pues, ¡oh, cuánto está muerta y dormida mi fe: cuánto está sepultada entre mi cuerpo, olvido y ceguedad! ¡Oh Jesús, resplandor de la eterna lumbre, que veniste a este mundo a alumbrar a todo hombre que viene a El, a los que estamos sentados en las tinieblas y sombra de muerte de nuestro propio olvido y ignorancia, alumbrad los ojos de mi alma, aumentad la fe para que andemos con sus pasos, y no quedemos caídos en el camino por nuestra propia pesadumbre y oscuridad!

FUE CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPIRITU SANTO Y NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN.

¡Oh Padre Santo, el mundo no te conoció; mas los que son tus hijos te conocen, porque enviaste a tu Unigénito Hijo. Esta fue la mayor obra de tu amor, y por donde levantaste más nuestro conocimiento a la grandeza tuya por la grandeza de tu dádiva que enviaste como luz a la tierra, y en El, todo el fuego de tu divino amor. ¡Oh, cuánta es la fealdad y dureza de mi alma, pues que no arde en tan inmenso fuego! Así, Padre Santo, amaste al mundo, que le diste a tu Unigénito Hijo para que no perezca el que creyere en El. ¿Pues qué puede negar quien tanto dio? Así echaste al mar aquel *agnus* sagrado de tu pecho, para que, anegado en el mar de dolores, amansara las olas de tu indignación contra el mar amargo de las culpas; y lavado con su sangre, hiciste camino para pasar a la tierra prometida el pueblo amado y ingrato. ¡Oh amor poderoso, así ataste las manos al Omnipotente, vistiéndole de esclavo; así vestiste de siervo al rey de la gloria para que trabajase como mercenario en tu viña y heredad, que había de tributarte abrojos y espinas, y coronar a tu Unigénito con ellas para ser como cordero sacrificado sobre la leña de nuestras culpas, que cargó a sus hombros! Así, amor eterno, humanaste al poderoso de quien se estremecen y tiemblan las columnas del cielo, que, naciendo de una virgen y humilde doncella, parezca niño tierno bañado en lágrimas, y padeciendo hielos, huyendo del furor de los hombres y de las pasiones, envidias y iras suyas, ayunando, peregrinando y padeciendo, como los demás hombres, hambre, desamparo, desprecio y pobrezas. ¡Oh amor, así apareció la benignidad y humildad de nuestro Salvador hecho niño, hecho hombre y echo reo por los pequeñitos, por los hombres, por los reos! ¡Oh Cristo Jesús, Dios y Hombre amabilísimo, nacido de una cándida azucena y paloma, concebido por obra del amor y fuego inmenso del Espíritu Santo!

¡Oh, cuánto tengo que humillarme y confundirme a vista de tu amor y mi desamor, de tu vida y mi vida, de tus finezas y mis desconfianzas!

¡Oh, amado sobre todo el amor de las criaturas!, ¿a dónde te fuiste, a dónde te alejaron mis olvidos, a dónde me alejaron mis tibiezas y pasiones? ¡Oh, dulce compañero de mi destierro, en quien descansa el espíritu de fortaleza, de amor y de ruegos, pues naciste de María Virgen hecho hermano mío, no me dejes, haz que te halle solo, fuera de todo lo criado, y te abrace tan fuerte, tan íntima y tan estrechamente, que ya ninguno de mis contrarios y tuyos me desprecie, venciéndome con las culpas, ni ninguno de tus amigos, viéndome rica con mi rico tesoro!

PADECIO DEBAJO DEL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, ETC.

¡Oh, cuánto son de temer, Padre Santo, tus profundos juicios! ¡Oh, cuánto son de amar tus providencias para con tus hijos! A Poncio Pilato, hombre vil, poseído de la culpa, abominable a tus ojos, diste poder sobre tu mismo Hijo. De arriba le fue dada la potestad, y ¡qué poder!: para crucificarlo o soltarlo, para quitarle la vida, la honra y la pobre hacienda, que sólo eran sus vestidos; para hacerlo pregonar por las calles como a reo de muerte; para quitarle hasta la piel con los azotes; para hacerlo clavar de tres garfios contra un afrentoso madero. ¿De qué se puede gloriar en la malicia, el que es poderoso para la iniquidad? ¡Oh desdichado poder! ¡Oh, cuán diferentes pasan a tus ojos las cosas, Señor, de lo que ven los ojos de carne! ¡Oh, cuánto debo temer y temblar de todo poder y estimación humana! ¡Oh, cuánto debo buscar y seguir el camino de la humillación y desprecios! A tanto llegó el poder que pudo quitarle al Hijo de Dios la vida, a matarlo y sepultarlo; pues hasta su cuerpo difunto le fue pedido a Pilatos, como que pasara aun más allá de la muerte su potestad.

¡Oh cuánta es mi ceguedad, pues no me mueven aquellas palabras: "si padeciéremos con El, seremos glorificados con El!"

¿Y Tú, Padre Santo, al hijo a quien infinitamente amabas, así entregaste en manos de tus enemigos, así diste potestad a los lobos contra tu amantísimo cordero? ¡Oh Señor, demasiadamente son profundos tus pensamientos!

Así hiciste y perficionaste la mayor de tus obras, así fue conocido tu nombre, acrecentada tu gloria, glorificado tu hijo, remediados los hombres, vencido el infierno. Mas ¡ay de aquel por quien vino el escándalo! ¡Ay de aquel que pudo hacer el mal! ¡Oh, alma mía, no desees poder en la vida mortal más que para poder agradar a Dios, vencer tus pasiones, abrazar la humildad y el desprecio, y no temer los juicios humanos; pues a sus predestinados quiere hacer el Padre conformes a la imagen de su hijo!

DESCENDIO A LOS INFIERNOS.

¡Oh, cuál y cuánta es la caridad de Dios que se nos dio y mostró por Jesucristo, bajando y descendiendo hasta los infiernos a sacar los cautivos y consolar personalmente los presos, soltando sus duras cadenas! Ya estaba hecha su redención, y no se contentó el amor y caridad de Dios para con sus amigos en mandarlos soltar y hacerlos venir; su misma alma abate hasta los profundos senos de la tierra por el amor y para enseñar al alma. ¡Oh, cuánto debía aprender, y ejercitar la humildad! ¡Oh dignación de Dios! ¡Oh amor de Jesús! Levanta, alma mía, los ojos a tu remedio, que aunque estés en los profundos senos de la tierra, aunque tengas sobre ti todo el peso del orbe, aunque sea tanta tu oscuridad como la que habita en las cavernas y senos de la tierra, allí te buscará y de allí te sacará la caridad de Dios, por Jesucristo. Aunque sea tan larga la noche de tus tinieblas y desconsuelos, que pase uno y otro siglo, llegará el día y amanecerá la hora que veas a tu Re-

dentor. ¡Ea, mira que esos ojos que ahora baña un continuo llanto, si permanecéis fiel, verán tu Salvador: tú misma, y no otra! Sufre, calla y padece escuridades, destierros y esperanzas que se dilatan, que en llegando el día de tu libertad, las cadenas y apreturas serán como si no hubiera sido y serán convertidas en gozo. Como el número de los dolores, así el de las consolaciones que te alegran. Mil años, dos mil, tres mil y cuatro mil hacía quien en aquellas oscuras moradas y duras prisiones esperaba a su Redentor, y se cumplió el plazo, y se llenó el tiempo, y se llegó el día. Mira cuántos meses encerraba cada año, cuántos días cada mes, cuántas horas cada día, cuántos deseos cada hora, cuántas ansias cada deseo, en aquellos santos prisioneros que tanto conocimiento tenían del bien que esperaban, sin que les disminuyera los deseos la ocupación, o el sueño, o la ignorancia, o el ovido, y llegó el término. ¡Oh, que sólo la eternidad no tiene fin!

Como estés en amistad y gracia de Dios, no temas los sepulcros, tinieblas, cárceles, ni infiernos, que allá constituirá el Señor tiempo en que tenga memoria de ti, sacándote y redimiéndote; El, que hizo cesar el gran diluvio, acordándose de los jumentos que estaban en el arca.

¡Oh cuál y cuánto es el amor de Dios para con el alma! ¡Oh cuánta y cuál es la hermosura del alma en gracia, que a buscarla, que a consolarla, que a librarla se abate hasta los profundos senos de la tierra! Y desde la alteza del seno de Dios Padre todopoderoso, toma tantos caminos, hace tantas jornadas, viste tales disfraces, pasa tantos montes, salta tantos collados; y andando sobre las plumas y alas de los vientos, se abate como el águila hasta lo más íntimo de la tierra por la presa de su amor y de su gusto, que es el alma. ¡Oh cuánto debía abatirse el alma por Dios! ¡Oh cuánto debía amarlo!

Después de crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos por los justos. ¡Oh dichoso!

Bien se dijo: decid al justo que bien que por largos y dilatados que sean sus trabajos, él comerá el fruto de ellos.

¡Oh, cuánta es mi locura, cuánto soy insensata, pues temo otra cosa que disgustar a Dios! El ángel lleno de hermosura, criado en el Paraíso celestial, padeció y hizo en sí tan grave ruina apartándose de la voluntad de Dios. Y Dios baja hasta los infiernos por las almas de los justos. ¡Oh, que no es la dicha el lugar, no los dones, no las gracias!, etc. Sólo es el hacer la voluntad de Dios, el no contradecirla, etc. ¡Oh, voluntad de Dios, centro de todos los bienes; muro fortísimo de divinos y incontrastables diamantes; mar en leche dulce, espacioso y inmenso para el bien; aire suave que respiras del pecho del Padre omnipotente por Jesucristo, su hijo, en el Espíritu Santo, sin Ti el cielo se volviera infierno, y contigo el infierno es cielo!

En aquellas oscuras cavernas estaba el santo Job, Tobías y otros muchos que tanto padecieron en la vida mortal, y después tantos años esperaron su libertador. ¡Oh cuánto hicieron, sufrieron y esperaron por el mismo bien que ellos desearon!

AL TERCERO DIA RESUCITO DE LOS MUERTOS.

¡Cuál y cuánta humillación quiso padecer de los pecadores, y por los pecadores, siendo contado entre los muertos, el hijo de Dios! Y cómo aquella santa humanidad dice de sí en el salmo: "hecho soy como el hombre sin ayuda entre los muertos; soy estimado con los que descienden a la hoya, como el llagado que duerme en el sepulcro, de quien parece que ya no ha de haber más memoria, y como aquellos que están arrojados de tu mano, o que tu mano con impulso o fuerza los arrojó de sí. Lejos está la salud de la palabra, de mis delitos", etc. Mas así, tomando sobre sí nuestras llagas y delitos, fue hecho su sepulcro glorioso, y resucitó al tercero día que lo había tragado la tempestad, y el mar de la

pasión y de la muerte. Resucitó de entre los muertos, y resucitó a los muertos. ¡Oh alma mía!, mira que aunque se cierre sobre ti el sepulcro, y te halles como arrojada de la mano de Dios, como el llagado y muerto, y sin aliento, sin vida y sin calor, yerta y fría, no temas, que tu vida está escondida con Cristo en Dios. En esta noche tan escura y cerrada, está en su presencia y dile: *Domine Deus salutis meæ: in die clamavi, et nocte coram te* (1). Tú solo eres mi salud, y si es tan pesada esta noche y esta sombra de muerte, que ni aun puedo clamarte como en el día de la consolación, o cuando rayaba alguna luz en mi alma, estaré delante de Ti para que mis heridas y mis llagas, mi yelo y mi desaliento sean clamores; y aunque me halle tan sin utilidad, como el muerto cuya sangre desciende a la corrupción, bien sé que la sangre clama a Ti de la tierra; y que ésta, cuanto más seca, se abre en bocas para pedirte agua; y que el trabajo de los cautivos es voz que sube a Ti de la tierra.

Como estemos unidos a la caridad de Jesucristo, tu hijo, que es resurrección y vida, resucitaremos con El y no moriremos la muerte eterna; haz pues que no nos aparte de esta caridad y unión, ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación, ni la angustia, ni la hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni el cuchillo; que si muriéremos con El, resucitaremos con El. Y no llevaremos todo el peso del día y de la noche, antes al dilúculo del día, estará amanecido nuestro sol, y madrugará para nuestro remedio, vistiéndose, y vistiéndonos de resplandores de cándida pureza y alegría, de hermosura y virtud, de paz y de consuelo, dejando las ataduras y mortaja de nuestra mortalidad, llevándonos de claridad en claridad hasta ver al Dios de los dioses en la celestial Sión, casa de su Padre y nuestro Padre, de su Dios y nuestro Dios.

---

(1) Ps., 87, 2.

SUBIO A LOS CIELOS Y ESTA ASENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE.

¡Oh alma mía, si resucitaste con Cristo, buscad las cosas arriba, adonde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Sabed las cosas de arriba, amadlas, inquiridlas y contempladlas: no las que son sobre la tierra, adonde corren los ríos de esta gran Babilonia, llenos de turbulencias, de alteraciones y peligros; no donde arde aquel horno, cuyas llamas tánto se levantan; aquellos huracanes que derriban las casas del convite y matan los hermanos. Salid de vuestra tierra y del horno y fuego de los caldeos. Salid con el afecto, con el aprecio y con la consideración; secadlo todo, ninguna cosa quede en el Egipto de vuestro cautiverio; todo salga a sacrificar a Dios en el desierto. Salid no sólo de vuestra tierra, sino también de aquellas cosas más cercanas a vos misma, que componen vuestra cognación y parentela que tenéis con la carne, con sus pasiones y apetitos. Quebrad aquellos tres cuernos de la gran bestia con que os quiere inducir a la soberbia, al gusto y a la conveniencia de vuestra carne. No sigáis sus pasos torcidos y enmarañados con que os quiere detener en el Egipto de tinieblas, cautiverio y trabajos, donde son muertos, luego que nacen, todos los hijos varones: los deseos santos y buenos propósitos, las inspiraciones y luces que nacen del Padre de ellas.

Jesucristo, vuestra cabeza y caudillo, ya descansa sentado a la diestra de Dios en el alto monte de su gloria, coronado de luz y resplandor; mas no te deja, alma mía, trabajar sola, aunque ahora no puedes ver su cara descubierta. Contigo anda peregrino hasta que se acabe tu destierro; contigo se ha quedado en el Santísimo Sacramento, aunque encubierta su cara y su hermosura, porque ahora no bastarán tus ojos a mirarla; mas ¡oh!, ¿cuántas veces se traslucen sus resplandores y su fuego a la vista y sentido de tu alma?

Al cielo fue a prepararte lugar. ¡Oh, qué lugar! Abogado tuyo asiste a la diestra del Padre. ¡Oh, qué abogado! ¿No ves que es la sabiduría eterna?, ¡oh qué bien alegará por ti! ¿No ves que anduvo en tu tierra, que experimentó en si tus trabajos, que dio por precio la sangre de sus venas, su honra y su vida? Levanta la esperanza, o levántate con ella sobre toda su debilidad y flaqueza, sobre todas sus heridas, y culpas, etc. Conversa allá en el cielo donde tienes tu fiel poderoso abogado; mira que es oído por su reverencia, que es igual al Padre y uno con El. Mira que el Espíritu Santo es todo amor, y es el que clama, el que hace los ruegos. ¡Oh, qué fuertes serán; oh, qué poderosos! Allí ten tu conversación adonde esperas ciertamente sin fin alegrarte. ¿No es Jesucristo, tu esposo, el que está asentado a la diestra de Dios? ¿No es tu hermano, no es tu amantísimo amor? Pues, ¿qué quieres en los caminos de Egipto, qué buscas en la tierra cubierta de escuridad de muerte? Aunque trabajes en ella, te ha de dar por fruto sólo espinas. ¿Cómo buscas tu paz donde siempre suenan estruendos de guerra y tristes desastres? Suelta, pues, y desata las cadenas que oprimen tu cuello, cautiva hija de Sión, y no cantes en esta Babilonia, que es tierra, y tierra ajena. Tu voz clame al Señor. Mi voz clamó al Señor como la viuda tórtola llorando, hasta que llegue el tiempo de la primavera y de podar tu viña, desnudándola del cuerpo mortal y corruptible y de todas sus pasiones, etc. Y llevándola adonde perfectamente, únicamente y dulcemente se cumpla la voluntad de Dios en el cielo, sin los riesgos, contradicciones y imperfecciones de la tierra. Quiero decir: donde el alma estará unida a esta santa, hermosa, justa y recta voluntad de Dios, sin el riesgo de poderse apartar de ella, etc.

DE ALLI HA DE VENIR A JUZGAR VIVOS Y MUERTOS

¡Oh, espanto y asombro! Todos los hombres que han muerto, todos los que viven y vivirán, y morirán hasta el fin de los tiempos, en aquel día en que Jesucristo vendrá a juzgar, resucitarán en sus propios cuerpos, a dar razón de sus hechos propios. ¿Cómo puedes, alma mía, detenerte en otro cuidado, que en cómo has de parecer ante el Juez, en tu propio cuerpo, con tus propios hechos? A ti, de ti te pedirán razón, sin que pueda, como ahora, celar ni encubrir tu maldad en tu seno. ¿Cómo pasas el tiempo de la vida con más atención a los hechos ajenos que a los tuyos propios? ¿Cómo más te apura la intención mala de los otros, y más la juzgas y la sientes, que la tuya propia de que has de dar cuenta? ¿Cómo cargas el juicio en los hechos ajenos como si por ellos hubiera de ser juzgada? Cuando sólo debías pesar y llorar las faltas y manchas de la conciencia propia, de que sólo te han de pedir cuenta.

Juzgará Jesucristo Nuestro Señor a los vivos y a los muertos. ¡Oh, cuánto debo temer este juicio, pues no sé si soy digna de odio o de amor, si me hallará viva por la gracia, o muerta por la culpa; si han sido mis pasos para Jerusalén o Babilonia; si aplacaré al Señor en la región de los vivos, o seré echada con los muertos que murieron la muerte segunda, en el pozo y estanque de fuego!

Jesucristo, que es la sabiduría eterna, es el que hará este juicio y dará esta sentencia. ¡Oh, cuánto tienes aquí, alma mía, por qué humillarte, confundirte y temer! Y si un cuidado temporal, en siendo de peligro y temor, roba al hombre la atención a todo otro cuidado, y lo olvida de la comida y sueño, ¿cómo este gran cuidado no te hace peso, pues te deja atención para cosas tan viles cuales son las terrenas, y así afanas y te consumes por ellas, como si fuera

el salir bien de este juicio? ¡Oh locura y falta de juicio y de creencia! Juzgará a los vivos que están para la vida eterna, y no se echará en olvido, para premiarla, una lágrima llorada, un suspiro, ni un paso dado por su amor; y de ese amor, y de este llanto, y de esos suspiros, juzgará los quilates, como diestro lapidario y sapientísimo examinador. En aquel crisol se sabrá, apurará y dividirá la escoria del oro. Admirable será hecha tu ciencia de mí, y confortada y poderosa; no podré a ella, no podré subsistir ni responder en la presencia de tu juicio, ni habrá palabras en mi lengua, porque mis imperfeciones vieron tus ojos, y en tu libro de eterna memoria estarán todas escritas.

Allí veré que en los que al parecer humano se formaban como días caros de buenas obras, *nemo in eis* (1), no se hallará nada que fuera digno de Ti, porque Tú sólo miras lo secreto del corazón. ¡Oh!, ¿cuántas obras se hallarán como las manzanas de Sodoma, hermosas por fuera, y abominables por dentro; cuántas comidas de la vanidad, cuántas del amor y interés propio, cuántas manchadas con negligencia, cuántas, como la vestidura que comió la polilla, hechas por respetos humanos, y cuántas como hijos adulterinos que no miraron la luz, ni al sol de justicia? Yo callé y enmudecí en los bienes, y mi cara se cubrió de confusión.

Pues si en los bienes así habrá tanto por qué callar y confundirse, y así juzgará a los vivos, pesando, midiendo y dividiendo el valor, tamaño y fineza de sus hechos, ¿cómo se pesarán y medirán las obras muertas de los muertos? ¿Cuánto pesará la culpa hecha contra Dios inmenso? ¿Cuánto, la sangre de Dios pisada y menospreciada; cuántos trabajos del hijo de Dios malogrados en el pecado? ¡Cuántos años, meses, días y horas; y en ellos, cuántas ocasiones, inspiraciones, toques, llamamientos y medios dejados y malogrados!

---

(1) Ps., 138, 16.

¡Cuánta es mi locura! ¡Cuánto soy insensata!, pues gasto el corto tiempo de la vida en otra cosa que en hacer juicio y justicia de mí misma y de mis hechos, pues sólo de ellos me han de pedir cuenta, y lo que ahora se hace y dice en las tinieblas, se ha de decir y parecer en la luz de aquel día del Señor y de su juicio. Mas yo como insensata, ¡cuánto cargo la consideración en los dichos y hechos de los otros de que no me han de pedir cuenta!

Oh Dios, que diste tu juicio al rey de los siglos inmortal, y invisible ahora a nuestros ojos, da tu justicia al que por la gracia es hijo de este rey, para que juzgue el pueblo de sus pasiones y afectos, de sus dichos y hechos, con justicia y santidad; para que viéndose pobre delante de Ti, haga juicio recto de sus obras, y en aquel día reciba la paz de tu bendición con los montes y collados de tus justos y escogidos.

CREO EN EL ESPIRITU SANTO.

Respira, alma mía, y levanta la cabeza caída con el peso y consideración de tus culpas; respira, y gócense los huesos humillados, porque la tercera Persona de la Santísima Trinidad y un solo Dios en su esencia y naturaleza divina, es el Espíritu Santo, fuente de amor, fuente de dulzura, mar de benignidad, apacible, dulce, suave. El Espíritu del Señor llena todos los orbes de la tierra. ¿A dónde irás que no puedas descansar en El? ¿A dónde no te llevará su amor, y te tenderá su diestra? Si subieres al cielo de la consolación, allí está tu guarda y tu defensa para que no caigas; si descendieres al infierno de la tribulación y angustia, allí está para sacarte, porque el Señor deduce a los infiernos y saca de ellos. Si tomares tus pasos o tus vuelos a abatir en los extremos del mar, y antes de salir la luz te hallares en los mayores peligros, no está vacío aquel lugar de la presencia de tu Dios, ni de su amparo y protección, ni del amor de su pecho, pues todo su espíritu es amor, y aun cuando la tierra está vana y vacía, y la

inundan las aguas de la tribulación, el Espíritu del Señor anda sobre esas aguas, y El enseña todas las cosas provechosas y útiles. Los orbes de la tierra llena, y en todas partes está tu maestro benignísimo, que en todas las cosas puede enseñar ciencia, y todas las cosas en El tienen voces de todas las ciencias ¡Oh, cuánto es dulce la sabiduría de Dios! ¡Oh, cuánto es preciosa y amable! ¡Oh, cuánto es poderosa su fortaleza! ¡Oh, cuánto es provechoso su temor santo! ¡Oh, cuánto necesitas de entender para vivir la vida de la gracia! ¡Oh, cuánto te importa la piedad para no ser como el impío esparcida como polvo y arrojada del viento por la faz de la tierra! Antes, como árbol plantado cerca de las corrientes, que dés tu fruto en tu tiempo, y no perezcan ni aun las hojas de tus ramas, antes en todo logres la prosperidad verdadera.

Pues mira los frutos suaves de este divino Espíritu: la caridad, el gozo del espíritu, la paz, la paciencia, la longanimidad, bondad, etc. ¡Oh, cuán hermosa; oh, cuán rica; oh, cuán abundante de bienes, está el alma que tiene estos frutos y estos dones! ¡Oh, cuán poco trabajas, alma mía, por ellos! ¿Qué más prueba de tu locura, y qué mayor confusión, que no te desveles por estos ricos tesoros inmortales, y que tanto te afanes y trabajes por los de la tierra, que esconden en sí el veneno que muerde y mata? Todas las dádivas óptimas, todos los dones perfectos puede darte este Padre de las lumbres, y lumbre de los corazones. ¡Oh, cuán triste, cuán fea y abominable estarás sin El, y sin sus dones y frutos; cuán asquerosa y vil serás sin el don de la benignidad y castidad; cuán aborrecible e iracunda; cuán ciega y torpe; cuán inquieta y turbada, sin la fe y mansedumbre!

Qué mayor razón de humillarte y confundirte que ver cuántas veces contristas al Espíritu Santo con tus culpas, y te haces indigna de sus dones, manchando su templo, que es tu alma.

Este Espíritu Santísimo es padre de huérfanos, consolador de afligidos, maestro de ignorantes, fuego de amor, fuente de vida, reposo del alma, etc. Pues mira que en todas partes puedes buscarlo, puedes tenerlo, y puedes abrazarlo. Sólo huye de la culpa; huye tú de ella, y lo tendrás cerca.

LA SANTA MADRE IGLESIA.

¡Cuán grande y inestimable fue el beneficio que recebí de Dios en traerme a su Iglesia, y congregación de los fieles por sola su misericordia y piedad! ¡Cómo pudiera estar en aquella región de muerte y tinieblas, lejos de esta casa de mi Padre Dios! ¡Cuánta es la riqueza que en ella tiene para sus hijos! ¡Cómo los lava, cómo los cura, cómo lo sustenta, cómo los enseña, cómo los recibe!

¡Con qué riquezas tan intestimables con que los enriquece! ¡Con qué aguas tan preciosas y puras los lava, con qué medicinas los cura, con qué pan los sustenta, con qué amor los recibe y los abraza!; y ¡cómo los enseña el Espíritu Santo que es el maestro!

¡Cuántas armas y escudos penden de esta torre fortísima para nuestra defensa! ¡Cuántas fuentes purísimas de santas doctrinas! ¡Cuál y cuánta virtud se deriva de su cabeza, Cristo, a todos los miembros de ella!

¡Cuánta es la hermosura de esta esposa del Cordero, preparada y adornada para su esposo Cristo! ¡Cuán hermosos sus ojos y cabellos en tantos santísimos doctores! ¡Cuán hermosos sus labios en tantos sapientísimos predicadores, que todos unidos con el lazo de la caridad que se nos da por el Espíritu Santo, enseñan una fe y una doctrina! ¡Cuán fuertes y hermosas sus manos y sus dedos enseñados a la batalla y a la pelea, en tantos fortísimos mártires que vencieron al mundo y al demonio! ¡Cuán puros y fuertes sus pechos en tantas candidísimas vírgenes, más puras que la nieve, y más fuertes que torres y que muros en la defensa y guarda de su hermosura y pureza! Esta es la toda hermosa sin mancha ni

arruga; esta es la única perfecta, cuyos pies son hermosos en los que llevan y evangelizan la paz y los bienes a las gentes, para traerlas al gremio de esta Madre.

¡Oh, alma mía!: elige ser la más despreciada de las criaturas con tal que estés en esta casa del Señor, antes que sin ella habitar en los tabernáculos de los pecadores.

LA COMUNION DE LOS SANTOS.

Esta es la heredad del Señor, y ésta la inmensa grandeza donde todos los justos participan de los bienes, unos de otros, como miembros de un cuerpo, vivificados de su nobílisima cabeza, Cristo. ¡Oh, cuánto se estimará tener en los tesoros de los reyes, emperadores y monarcas de la tierra, en sus reinos y heredades! Y ¡oh, cuánto más grandes, más nobles, más ricos tesoros participarás en la comunión de los santos! No cabe en los términos y palabras alguna comparación con que se explique esta grandeza, pero mira, si pudieras ser participante de toda la hermosura y gracia de las flores, de toda la suavidad de los olores, de todo el precio del oro y de la plata, de las perlas y piedras preciosas, de la ligereza y hermosura de las aves, de la fortaleza de los fortísimos leones, de la mansedumbre de los corderos y palomas, y aun del lucir y resplandecer de las estrellas, del sol y de los astros, etc., todo era una arena exigua y pequeñísima comparado con los bienes que participas en la comunión de los santos, y del Santo de los Santos, Cristo Jesús, y de su Madre santísima. ¡Oh, cuánto se hace y merece en la Iglesia militante por tantas almas justas, que aun la unión y participación con una sola es amable y deseable. ¡Oh, cuántos coros componen la triunfante!, mil veces mil le asisten, y diez veces cien mil le están sirviendo de un corazón y un alma. Esta congregación y Iglesia magna en que hemos de confesar a Dios en todo el corazón, con todos los corazones unidos en caridad, en el consejo y junta de los justos unidos en caridad.

¡Oh, cuánto tiene el alma donde extender su vista y consideración, y respirar! ¡Oh, cuántas purísimas vírgenes, cuántos santos penitentes!, etc. ¡Oh campos floridos y amenos de virtudes! ¡Oh amabilísimos tabernáculos del Dios de las virtudes; codicia, y descaece mi ánima de deseo de los atrios del Señor!

Para ministrar a sus convidados esta cena, se ciñó el Señor de todos, vistiéndose de nuestra humanidad para darnos ejemplos de todas las virtudes, y que de las suyas tomaran forma y vida las de sus discípulos y siervos. Para esto fue paciente, pobre, humilde, puro y limpio, para que así pueda decirle esta junta y congregación de almas santas: Tráeme en pos de Ti, y correremos al olor de tus ungüentos; tráeme, porque es una en la unión, y correremos por la multitud dichosa de que se compone.

¡Oh, alma mía, por gran dicha y con razón tienes el tener la reliquia de algún santo!, ¿cómo no procuras participar y comunicar con ellos en los mejores dones, que son los de la gracia? Por dichosa te tienes y te llenas de consuelo cuando llegas a los pies de algún siervo de Dios, que entiendes que de veras lo ama; pues mira que son innumerables las almas puras, hermosas y agradables de que puedes ser participante de sus obras y méritos con unión íntima en el mismo Dios, provechosa y amable. Anímate con el poderoso socorro que tienes en las oraciones y ruegos que continuamente se presentan ante el trono de Dios, como los perfumes aromáticos que suben a su real presencia por manos de los santos ángeles.

LA REMISION DE LOS PECADOS.

No puedes, alma mía, hacer aprecio de este bien y grandeza, tanto como debes; si no es que conocieras la fealdad de la culpa, la grandeza de Dios que es el ofendido, la eficacia, valor y costo de esta medicina. Cristo Jesús, esposo de la santa Madre Iglesia, la dejó enriquecida con estas sagradas fuentes de

la sangre y agua de su pecho en el bautismo y confesión, para perdonar deudas tan graves.

¡Oh, cuál y cuánta es la benignidad de Dios, que a cada paso en que caemos y nos manchamos, tenemos a la mano la fuente y el remedio!

¡Oh, cuánta es la fealdad y abominación con que llega el alma y allí por la culpa! Y ¡oh, cuánta la hermosura y belleza con que sale de aquel sagrado baño y provechosísima fuente!

¡Oh, cuánta es la ceguedad y torpeza del hombre para no apreciar lo que no percibe con los sentidos del cuerpo, porque tiene endurecidos los ojos de la fe por la falta de consideración! ¡Oh, si vieras unas aguas puras y hermosas, y de tal condición, que el que entrara en ellas enfermo saliera sano; el que entrara muerto, saliera vivo; el que pobre, rico; el que negro como los carbones quemados, saliera blanco y resplandeciente como la nieve y el marfil más limpio, cómo apreciaras este baño, cómo lo buscaras y corrieras a él; y más si quitaba toda infamia y sambenito, y hacía, de viles esclavos, hijos del gran rey! ¡Cuántos caminos anduvieras, cuánto surcaras el mar y la tierra, como lo hacen los hombres por viles ganancias que han de dejar con dolor y tormento! Mira, pues, alma mía, cuán muerto o dormido está en ti el ejercicio de la fe, el aprecio de los bienes eternos; pues que si aquellas fuentes se hubieran fabricado por la industria y trabajo de alguno, o a costa de sangre, cómo lo agradecerían los hombres.

Pues mira cuántas veces llegas, y cuántas has llegado sin el aprecio y agradecimiento que debías. ¿Qué es remitirse deudas de tanta cuenta? ¿Qué es perdonarse culpas que merecían pena eterna, con un remedio tan dulce, suave y fácil, que la gracia ayuda a quien la busca y desea, y sale al camino a dar paz al que viene a buscarla? ¡Oh, si de esto hicieras aprecio!

Bienaventurada serás, alma mía, si tuvieras hambre y sed de la justicia, y más y más te dispusieres para llegar provechosamente a estas sagradas fuentes del Salvador a beber con gozo de sus aguas; pues es-

tá dicho: todos los sedientos venid a las aguas. ¡Oh, si todos los sedientos de los bienes fingidos de esta tierra corriéramos a estas fuentes de la gracia, cómo halláramos en ellas riquezas divinas, honras verdaderas, y vida segura vital y eterna! ¡Oh!, que está dicho: "El justo se justifique más, y el santo se santifique más. Tu justicia como los montes del Señor", etc.

LA RESURRECCION DE LA CARNE.

¿Cómo no admiras y alabas, alma mía, infinitamente, la sabiduría y poder de tu Señor, si firmemente crees, como debes creer, esta gran maravilla de la resurrección de los cuerpos? ¿Cómo no amas su bondad y fidelidad, pues a la carne de tierra, vil polvo y corrupción, tiene guardada la corona y el premio de lo que trabajare en compañía del alma, y que las fatigas, dolores y cansancios temporales y breves serán premiados con inmortalidad y gozo eterno? Hazla pues, que pelee buena pelea, pues le espera tal corona. No siembres en la carne gustos, porque no sea su fruto corrrupción eterna; antes siembra lágrimas, llanto y dolor, porque puedas coger exultación, gozo y contento. Haz que cuando vaya llorando a la sepultura, vaya sembrando en su tierra la semilla que lleve frutos dignos de penitencia; para que cuando venga a la eterna retribución, venga con exultación, trayendo sus manojos de lo que trabajó y sembró en el camino de esta vida mortal. ¿Por qué no agradeces a tu dueño y Señor todo aquello que mortifica y humilla tu carne, pues ha de corresponderle a cada tribulación momentánea un peso eterno de gloria? Mira que te han dado por corto tiempo la mayordomía de esta viña; no la dejes descansar mucho, que se llenará de hortigas y de abrojos, y se pasará el tiempo de la ganancia.

¡Oh, cuál y cuánta será la multitud de cuerpos resucitados! ¡Y cuánta maravilla es esta del poder de Dios y de su sabiduría! ¡Cuántos años, cuántos siglos ha que a unos tragó el mar, otros deshizo la

tierra, y a otros el fuego volvió en cenizas; y a una voz y mandato del Señor, todos volverán a vivir y tener ser como regenerados, ellos mismos, y no otros. ¡Oh, gran poder! ¡Oh, gran saber! El lo dijo y fue hecho, El lo mandó y fueron levantados los huesos áridos con espíritu de vida.

¡Oh, cuánta será la diferecia de los malos a los buenos! ¡Oh, alma mía, cuál suerte te ha de caber! Grandes negocios tienes en lo que te resta, grandes cuidados te esperan, ¿cómo piensas otra cosa, cómo te hacen peso las cosas transitorias y leves que se las lleva el viento? ¿Qué importara que en el corto espacio de esta vida te abominaran y maldijeran todas las criaturas, con tal que, en resucitando, oyeran tus oídos la eterna bendición de Jesucristo, y vieran tus ojos su rostro apacible? ¿Qué importa que aquí no vieran cosa que te consolara, y que siempre estuvieran bañados en llanto? ¿Y qué importancia, al contrario, pasar aquí con gustos, oyendo alabanzas, y viendo contentos, etc., si aquel día habías de oír la maldición de Dios?

¡Oh, trabaja, padece, llora, sufre y pasa persecución, dolores, angustias, soledades, desconsuelos, trabajos y muerte, porque aquel día merezcas ver benigno al Juez! ¡Oh, dichosas penas! ¡Oh, quién se hartara de oprobios, desprecios y dolores para oír aquellas dichosas palabras: *Ven bendita de mi Padre!*

LA VIDA PERDURABLE.

¡Oh, alma mía, si cavaras y ahondaras en estas palabras: *la vida perdurable!* Para los buenos el gozo eterno, el premio sin fin; la muerte eterna para los malos, el tormento eterno, el morir para siempre.

¡Oh, si tantearas y midieras la eternidad con el tiempo, qué corto te pareciera aun el más largo! La vida que no ha de morir, vida que no se ha de acabar.

¡Oh, con qué ropas, con qué prevención entraras por la puerta de la muerte a este campo inmenso de la eternidad! ¡Oh, cuál será la prevención que

llevas para aquella vida que no ha de acabar, de adonde no se puede volver a merecer, a hacer penitencia, ni a llorar o enmendar lo errado! Lo que trabajares en el breve espacio del tiempo, que no sabes si se te acabará más breve de lo que piensas, eso has de tener por toda la eternidad. De allá no se puede volver a merecer, ni se ha de volver jamás; pues, ¿por qué menosprecias el tiempo en que puedes merecer para la eternidad? Mira ¿qué tienes de lo que has vivido? Ya nada, pasó como sueño, y como sombra, y así pasará lo que resta. ¿Qué más tienes de los que llamaste bienes, qué de los que sufriste males? Pasó uno y otro, y ya lo que pasó es como si no hubiera sido. Sólo tendrás lo que hubieres hecho bueno, y sufrido, paciente por amor de Dios y amor ordenado de tu alma, para ganarla para la vida eterna.

¡Oh mar inmenso de la eternidad, quien se engolfa en tu altura y en tus senos, no halla jamás salida! ¡Oh para siempre!, ¡oh sin fin de ganar a Dios o de perder a Dios! ¡Oh compo inmenso, de quien jamás se vio ni verá fin!

¡Oh, alma mía, ¿cuántos millones de millones sin fin de años de gloria corresponderán a cada instante de penas de esta vida temporal? ¡Oh, Señor Dios mío, si es mejor un día en tus atrios, que mil de los gozos de la tierra, ¿cuánto más será una eternidad por el momentáneo tiempo de este destierro? ¡Oh tiempo dichoso y breve para padecer y merecer!

AFECTO 78

APLICACION MISTICA DE LA ANTIFONA QUE EMPIEZA *HERODES TRACTUS*.

JESUS, MARIA Y JOSEF.

Señor Dios mío y centro de mi corazón, y mi esperanza: como yo sea una mujercilla ciega, una hormiga pisada, sólo tengo mi seguridad y esperanza en no apartarme de mi Señor y altísimo principio, y

último fin, que sos Vos, Dios y Señor mío, donde espero recebir la luz del ser, y vida; y como esto consista en no apartarse la voluntad de la criatura de la rectísima, santisima y amabilísima voluntad de su Criador y Señor, y como el camino de conocer está en la obediencia, pues vos Señor dijiste que quien a vuestros ministros obedece, os obedece a Vos, fiada en vuestra santísima y firmísima palabra, quiero obedecer, Dios mío, y esperando en Ti, Señor, no seré confundida eternamente. Y así, porque me lo manda, apunto estas cosas que me parecía conocer, rezando a todos los santos Inocentes, como si dijera: no porque yo oiga hablas, locuciones, etc., como las que los justos y personas espirituales habrán tenido. Mas entendía así para aliento de mi alma: aquel Herodes lleno de furor, en naciendo Cristo en el alma por nuevos y ardientes deseos y afectos, es el dragón y serpiente antigua que acechaba a la mujer para devorar su parto; mas en vano, porque con las alas grandes que le son dadas del Omnipotente, de una voluntad libre, amor y confianza grande, vuela a querer buscar y adorar a solo su Dios y Señor. Y aunque se dice que Herodes airado mató muchos niños, porque él con su furia y saña procura ahogar y como oprimir los tiernos afectos del alma, como Faraón mandaba matar los hijos varones de los israelitas; mas como el Señor poderoso es guarda y custodio de Israel, aquello paró en que por último los muertos fueron los primogénitos de los egipcios, y el pueblo de Dios salió de cautiverio. Mira estos niños que mató Herodes, sin aquella muerte y mortificación no hubieran pasado al Señor, ni vinieran ahora en su presencia, ni de ellos se dijera como se lo aplica la Iglesia: "Los justos vivirán en perpetuo, y acerca del Señor será su premio, su parte y su herencia." Muertos estáis, pero vuestra vida está escondida, con Cristo, en Dios. No murió entonces Cristo, antes escondió consigo la vida del alma en Dios, sacándola de su propia tierra, y haciéndole refugio y guarida, aun en la misma tribulación y angustia.

La furia de Herodes y su enojo era contra Cristo, y por destruir su vida mató tantos. La furia del demonio, criatura vil y miserable, es contra Dios, su Criador y Señor, de quien se apartó soberbio, mentiroso y desagradecido; y así a Dios Todopoderoso toca la venganza, el juicio y justicia.

Debajo del trono de Dios clamaban los que habían muerto por El; y no es muerte aquella donde hay voz y espíritu para clamar al Señor; y su sangre derramada es clamor que sube a los oídos de Dios como la de Abel, y como los trabajos de los hijos de Israel. Y mira cómo sirven como de trono a la Majestad de Dios las angustias y tribulaciones del alma, y como de altar donde se le venera y se le sacrifica. Porque aquel gran Dios, cuyo propio nombre es Señor, es el que asciende sobre el ocaso, porque es engrandecido en las tribulaciones que el alma padece por su amor. Siempre o cotidianamente muero, decía el Apóstol, que tanto supo de la caridad de Cristo; mas mi vivir es Cristo, y mi morir es logro, ganando ciento por uno; y siendo la vida que en Cristo adquiero, cien veces mejor que la que en mí pierdo.

No tengo olvidados los gemidos del alma oprimida con la tribulación, ni dejo de oírlos, hasta el cielo suben, porque desde mi excelsa grandeza miro lo humilde y pobre. La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra: una voz se oyó en Ramá, de llantos y lloros del alma que llora su desolación, y como muerte de sus dulces afectos, ansias y deseos por la persecución del cruel, más si sabe esta alma que tanto la amó el fuerte Jacob, que por ella trabajó tantos años, haciéndosele poco, por la grandeza del amor, sufrir los rigores del sol y de la nieve. Tenga firme esperanza que algún día se le dirá: Descanse tu voz del llanto: hasta ahora sufrid y esperad un tiempo pequeño, un poquito de tiempo hasta que se llene el número de vuestros hermanos. Todas las cosas las tiene la justísima sabiduría y sapientísima bondad de Dios, pesadas, contadas y medidas; y así fue en los

que ya están llenas sus medidas en la casa del Padre celestial, adonde, aunque hay muchas mansiones, todos están contentos en la suya. ¡Oh, dichosa el alma a quien Dios diere una medida grande, llena, colmada y apretada, de amarlo, agradarlo y padecer por su divino amor, que muriendo continuamente en la vida temporal, será grande la ganancia en la vida eterna!

AFECTO 79

FRENO PARA SUSPENDER EL JUICIO CUANDO QUIERE PRECIPITARSE SOBRE DEFECTOS AJENOS.

Viendo una falta de observancia, que aunque más apartaba la vista de ella no podía dudar que lo era, entendí esto: Cuando David dijo que había reputado por prevaricadores a todos los pecadores de la tierra, y que él amaba los testimonios y verdades de la ley de Dios, luégo entra en sí con un grande temor diciendo: "Crucifica o traspasa con tu temor mis carnes, porque temo tus juicios." ¡Oh, Señor, que no ven tus ojos como los ojos de carne! ¡Oh, cuántas veces hallarás maldad en mi corazón, y en lo que a mí me parece justo no será justificado en tu presencia; y así, teniendo por qué temer tanto en mí, no es bien me embarace en lo que está fuera de mí! Temo tus juicios que son como muchos abismos, y aunque yo de mis acciones exteriores e interiores afectos, me parece que he hecho juicio y justicia, con todo eso, si me entregas a los que me calumnian, hallarán muchas cosas de que sea acusada y convencida; y si la vista de los hombres hallará muchas faltas de que sea acusada, Tú, Señor, que no ves como ven ellos con tinieblas y engaños, sino que escudriñas lo más oculto del corazón, y aun a la que pueda llamarse Jerusalén, por pacífica y clara, la examinarás con mayor claridad y con candelas, como el que busca con cuidado lo escondido. ¿Qué verán tus ojos, que todos son luz, en los senos escondidos de mi corazón, en el pozo profun-

do donde no hay substancia de ningún bien? Pues, ¡oh!, si me entregas a los soberbios calumniadores que son los espíritus malos, ¿qué cosas podrán alegar y decir contra mí en juicio? ¡Oh!, si Tú no recibes a tu siervo en el bien, dándole acogida en tu misericordia, ¿qué tales y cuántas serán estas calumnias? ¡Oh, ánima mía!, ¿aún no has salido de tu juicio, y ya te entrometes en los ajenos? ¿Quién eres tú para que juzgues a tus hermanos? Todos hemos de estar ante el tribunal de Cristo, y allí cada uno ha de dar razón sólo de sus hechos propios. ¿No fuera locura, por pensar tú que tu casa estaba limpia, recoger la basura de las ajenas para echarla en ella? Dado que estés en pie, mira no caigas, y harto principio de caer es la ignorancia con que no ves tu ceguedad.

No quieras estar entre los hijos de Dios como Satanás, que es llamado el acusador de nuestros hermanos. El juicio sólo se le dio al rey, y hasta el último día de los tiempos se les darán asientos para juzgar a los que en el tiempo de la vida temporal fueron juzgados e iban con gozo a la presencia de los concinos, porque eran hallados dignos de padecer por el nombre de Jesús. No quieras tener tu parte con los hipócritas, escondiendo la semilla de los vicios debajo de la superficie de la tierra, y mira de cuántos vicios es esta semilla.

La verdadera humildad halla tanto qué llorar en sí, que no tiene los ojos libres ni levantados para ver los defectos ajenos. La verdadera caridad cubre la multitud de pecados. El verdadero temor de Dios trae crucificado el corazón, temiendo sus juicios; y su verdadero amor es paciente, benigno, sufrido. No se para ni detiene en el camino, siempre está anhelando a su fin con ansias y deseos; y así, no repara en los males ajenos cuando le duele tanto su propia llaga. El misericordioso hallará misericordia, y la impiedad no sabe cubrir al desnudo. De la manera que quieres ser juzgada así has de juzgar, y lo contrario no es justicia. Teme y tiembla, no se te diga: sierva inicua, ¿no te perdoné yo tanto?, ¿cómo no te

hubiste así con tu hermana? ¡No sabes si te oprime el grave peso de la culpa, porque ninguno sabe si es digno de odio o de amor, y cuidas del pelo que pasa por los ojos ajenos!

¡Oh, inmensa rectitud de Dios!, ¿quién se atreve a levantar los ojos en tu presencia? Y si somos como muchos reos ante tu justísimo tribunal, cómo no tiembla cada uno con sus delitos propios y sólo articula esta voz: ¡Oh Dios, sed propicio a mí, pecador, haced con tu siervo según tus misericordias, y enseñadme tus justificaciones!

No queráis juzgar antes de tiempo hasta que venga el Señor, que es el que sólo puede alumbrar lo escondido de las tinieblas. En el tiempo de esta vida mortal no es tiempo de hacer juicio recto y cierto de las cosas hasta que, quitado el velo de la mortalidad, se manifiesten a la presencia del juez, que todo es claridad, los consejos del corazón, cuyos caminos sólo los escudriña Dios. ¡Oh, alma mía, mira que el juez está ante la puerta, teme y tiembla! ¡Oh, Señor Dios mío, mis ojos descaecieron en las palabras de tu justicia, que Tú darás a cada uno *juxta opera sua*! Así que cuando se pusiere ante tus ojos la falta o culpa ajena, haz de entrar luego en tu interior, examinando tus faltas y diciendo al Señor: ¡Oh Dios mío, que tus ojos, que todos son luz sin engaño, vean mis imperfecciones, y en tu libro todas están escritas; y aun aquellos días que parecían llenos y formados, parecerán vacíos, y no habrá nada sin culpa y falta en ellos!

AFECTO 8o

FORTALEZA VARONIL PARA PRACTICAR LAS VIRTUDES. INCOMPARABLE HERMOSURA DE ESTAS, Y SOLILOQUIO DE UNA ALMA NECESITADA.

Llorando con Nuestro Señor, porque ardiendo el alma por llegar a su Majestad como a su centro y vida, se hallaba como impedida y detenida con las

fantasías del enemigo y su persecución, le parecía que le respondía: *in siti mea potaverunt me aceto* (1). Dándole a entender que si quería vivir con El crucificada, ha de hacer varonilmente como mujer nacida de varón, que se le dijo a la que salió de su lado. Y como a su Majestad crucificado, en lugar de alivios se le dieron hieles.

Este día conoció claramente que si Dios le diera a ver una pequeñita parte de la hermosura de las virtudes de los santos, como ellas son, no podría el alma sufrir la prisión del cuerpo; pues ¿qué serían las de Jesús y María, del Señor de las virtudes y su Santísima Madre?

Señor Dios, fortaleza de los que esperan en Ti. Ya ves, Señor, mi humillación y mi trabajo. A Ti levanto yo mis ojos, no permitas que apartándome de Ti, perezca. Envíame Señor, de lo alto de tu trono, tu sabiduría; esto es, la ciencia sabrosa de tu caridad, para que fortalezca mi corazón en los trabajos del día de esta miserable vida; y en las vigilias de la noche de la tribulación, envía tu luz y tu verdad, para que, desvanecidas las sombras y las mentiras, no aparte de Ti mis ojos, hasta llegar a tu santo monte, que es el tabernáculo de tu gloria. ¡Oh, dame Señor una centella de tu sagrado amor para que así mi alma corra y vuele, pues sabemos que amas a los que te aman, y que todas las cosas de los que te buscan se dirigen en bien; y que te complaciste de los que te habían seguido ayunos tres días en el desierto; y que preguntaste al pobre ciego qué quería que hicieras para su bien. No me desprecies, Dios de mi salud, por ver la ceguedad de mi alma, ni apartes tu rostro de mí por la inmundísima lepra de mis culpas, pasiones y defectos. Pues si quieres, puedes sanarme, y ya se vio que dijiste al otro leproso: "Quiero, queda sano."

¡Oh, Señor, si quieres, puedes limpiar mi alma y lavarla de sus lepras, de manera que quede más blanca que la nieve! ¡Oh, buen Jesús, qué alegría da-

(1) Ps., 68, 22.

rás a mis oídos, y cómo se alegrarán hasta los huesos, si le dijeras a mi alma: *volo mundare!* (1). Aunque su lepra esté cundida hasta los huesos, y ya ellos estén como deshechos y humillados, con una palabra tuya se levantarán con vida, aunque no se reputaran ya por capaces de ella a los ojos de la ignorancia. Soplado en ellos tu Santo Espíritu, se pondrán en pie con fortaleza de ejércitos armados. ¡Oh, pues, Dios de las misericordias, no desvíes tu rostro de mí, porque no sea conturbada mi alma; lo mismo será, Dios mío, apartar de mí tu rostro, que descaecer y volverme a mí polvo!

AFECTO 81

TITULOS QUE TIENE MARIA SANTISIMA PARA MIRAR CON MISERICORDIOSOS OJOS NUESTRAS MISERIAS.

Así como el corderillo suelto de los lazos y temores, corre aprisa con balidos a su dulce madre, así vuela a la Madre de la Misericordia. Mira que es como torre de refugio, como ciudad fortísima, guarnecida de defensas para el socorro de los necesitados, como águila generosa para amparar a sus polluelos.

Como pensando en las generaciones antiguas, desde el principio del mundo no se halla ninguno que, esperando en el Señor, quedara confuso, así no se ha oído de alguno que, valiéndose de su beatísima Madre, quedara sin remedio. Corre aprisa a la puerta de la vida, y corre confiada, que es poderosa, que es piadosa, que es sapientísima, y sabe, y puede, y quiere remediarte. Si lloras ciega entre tus tinieblas, ella es aurora que se levantará en tu defensa, y luz escogida como el sol. Si estás desnuda, ella es la mujer fuerte que da vestiduras a sus domésticos de aquellas telas de sus méritos y gracias, que tejió tomando el huso de sus virtudes y penas; si estás hambrienta, clama y llora a las puertas de sus misericordias, que extenderá sus palmas y abrirá sus ma-

(1) Matth., 8, 3.

nos para socorrer a ti, pobre y necesitada; si estás sedienta, fuente es clarísima de donde manó la vida patente para la casa de Jacob. De tu casa es, de tu pueblo y de tu generación, pues es hija de Adán, y libre y preservada de su culpa: única, limpia y pura en su Concepción Santísima. Está ensalzada sobre todos los reinos y provincias, sobre todas las generaciones, sobre todos los coros de los ángeles y santos, con inmensa afluencia de delicias y riquezas, estribando sobre su amado, que es el ser de Dios omnipotente; desposada con el Rey Supremo, Madre del Criador del cielo y tierra; y desde su magnífico palacio, ve con misericordiosos ojos tus miserias. A la puerta te ve pobre y desnuda, temblando y temiendo de la indignación del rey, de las furias y amenazas del cruel, vestida sólo del saco de tu humillación y dolor. ¿Cómo puede su generoso y misericordioso corazón dejar de compadecerse y de remediarte?

¡Oh, pues, Madre de Dios y de la misericordia, no permitas que perezcan los pobres de tu pueblo por las furias y envidias del sangriento dragón!

Amantísimo Jesús, hijo de María, pues tus promesas son tan firmes, verdaderas, y dijistes que darías ciento por uno al que dejara todas las cosas por seguirte; y que sería tu discípulo el que dejara al padre y a la madre por Ti, derecho tengo, Dios mío, para pedirte esta misericordia grande. Dadme, Señor de grandes misericordias, esta misericordia: que sea hija y esclava de vuestra Santísima Madre, y entonces piadosamente diréis a mí, tu mísera esclava: "mujer, ¿por qué lloras, o por qué cosa se aflige tu corazón?; ¿no es mejor para ti el amparo de mi Madre que el de muchas madres? Como se le dijo a la que lloraba la falta de un hijo: ¿No soy mejor para ti que diez hijos? No estarás huérfana ni te lamentarás estando entre tus hermanos, ni peregrina entre los hijos de tu madre, porque el Señor que ve junto a sí desamparado al pobre, será ayudador del huérfano, dándole un poderoso socorro en el amparo de su Madre Virgen.

AFECTO 82

EN SALUDABLE SILENCIO HEMOS DE AGUARDAR QUE ABOGUE JESUCRISTO EN NUESTRAS CAUSAS, EN INTELIGENCIA DEL SALMO XLIX.

Esto entendía en el salmo *Deus deorum Dominus locutus est* (1), etc. El Dios de los dioses, grande sobre toda grandeza, admirable sobre toda ciencia, poderoso sobre todo poder, amable y hermoso sobre toda hermosura y amabilidad, grande y terrible Dios de los dioses, y Señor de los señores, *Dominus locutus est*. El Señor habló, y habló cuanto fue hablando en el día que subieron a su presencia los clamores de los hijos de Israel, la voz de los trabajos y trabajadores, la voz de la tórtola, que toda es gemidos. *Dominus locutus est* en favor de la tierra, *vocavit terram* (2) *ut requiescat a laboribus suis* (3). Así como se dijo *voca operarios* (4), así como el mansísimo David llamó a Bethsabeth para cumplir fiel su palabra, poniendo sobre el trono el fruto de su vientre; y el Señor de la viña, a los trabajadores, para dar la retribución a cada uno.

Oh, alma mía, habiendo de hablar el Señor en tu causa, callarán todos tus contrarios, serán apartadas y enfrentadas las lenguas inicuas. Calla ahora y sufre, pues calla el Señor. Calla, puesta a sus pies y mirando su divino rostro. Sólo escucha sus palabras de vida, que El hablará por ti, y día se llegará que llamará a la tierra para que descanse. ¡Oh, si fueras tierra limpia y no tuvieras en ti las semillas de la corrupción, que en la carne sembraste! Procura arder más y más cada día y cada hora en el fuego del amor y dolor para que mueran en ti las culpas que sembraste, arda el fuego en su divina presencia y en-

(1) Ps., 49, 1.
(2) Ibid.
(3) Apoc., 14, 13.
(4) Matth., 20, 8.

ciéndase de nuevo cada instante: *ignis in conspectu ejus exardescet, et in circuitu ejus tempestas valida* (1).

¡Oh, aunque te cerque una gran tempestad, si Dios está presente, arderá el fuego! Si los temores de las culpas cometidas, como negras nubes te llenan de pavor; si los rayos de la divina justicia te asombran, considerándolos como en vasos de muerte entre esas negras nubes de tus culpas; si el tropel de tus faltas y culpas, ignorancias y flaquezas para el bien, te atropellan y ahogan; si la tenacidad y malicia de los enemigos invisibles, espíritus precitos, te atormentan, arda en lo más interior el fuego del amor de tu gran Dios, y del dolor de haberlo ofendido. Aunque en el circuito crezca y se enfurezca la tempestad, estando Dios presente, no temas los males; antes, esas olas te llevarán a tu centro, cuando resignada, humilde y confiada esperes que el Señor hablará por ti, y tú le hables pidiéndole misericordia.

AFECTO 83

IGUALDAD DE ANIMO PARA RECEBIR CON RESIGNACION LA JUSTICIA Y LA MISERICORDIA DE DIOS.

Hoy después de comulgar, entendí esto: ¡Oh, alma mía, es necesario que salgas animosa a recebir a la divina justicia, cuando la verdad de tu vileza y de tu nada se encuentra o es recebida y recibe a la misericordia grande del gran Dios! Ofrécete toda enteramente resignada a la divina grandeza, de tal modo que si todo el ámbito del cielo, si toda la redondez de la tierra, se poblaran de nubes amenazadoras a despedir sobre ti rayos, terrores y tempestades; con todo eso, alentada en la divina misericordia, te habías de ofrecer a su divina y justísima disposición, no sólo ofreciendo y poniendo patente tu cabeza, mas el pecho desnudo y el corazón descubierto para re-

(1) Ps., 49, 3.

cebir sus saetas, para ser convertida en cenizas de sus rayos, para ser despedazada de las garras y dientes de los leones, si así placiera a tu Señor amabilísimo y santísimo. Y si éste había de ser el camino de quedar limpia y unirte más y más con su voluntad, ojalá se convirtieran en saetas, en fuegos y en rayos, todas las gotas del rocío, y del mar todas sus arenas, todas las hojas de los árboles, todos los polvitos de la tierra; y todo fuera fuego que abrasara al alma en amor y dolor.

AFECTO 84

COLOQUIO DE UNA ALMA CON NUESTRO SEÑOR, ETC.

Coloquio de una alma con Nuestro Señor, estando dormida, y, a su parecer, en el sueño unida íntimamente con su divina Majestad por amor:

Mi esposa es para mí como un instrumento de flautas muy delgadas, que suavemente suenan a mis oídos.

Tú eres para mí, amantísimo Dios, como la consonancia y armonía de todos los instrumentos músicos bien templados y acordes: como una sonora trompeta, que despierta al dormido y resucita al muerto en culpas y tibiezas; como un dulcísimo clarín, que aviva y excita a la pelea y promete la victoria, que sosiega y da reposo y dulce paz a los sentidos y potencias del alma y cuerpo.

Mi esposa es para mí como una paloma gemidora, que sólo halla descanso en mi pecho.

Tú eres para mí, amantísimo Señor, como un corazón que se abrasa en medio de las entrañas de mi alma, difundiéndose y penetrándose por todas sus potencias y facultades, dándole vida, vigor y aliento, calor y alegría; como una fortísima torre y castillo de fortaleza, de donde penden mil escudos de defensa y amparo contra mis enemigos.

Mi esposa es para mí como un arroyuelo en la soledad para el caminante fatigado.

Tú eres para mí, Dios mío, como un inmenso mar-océano de gracias, de dichas, de dones y tesoros, donde, entrando las aguas, vuelven a su centro y hallan su descanso. Y engolfándose el alma se aleja de la tierra del dolor y fatigas.

Mi esposa es para mí como un árbol de sazonados frutos.

Tú eres, Dios mío, para mí como un árbol cuyas ramas se extienden a abrazar toda el alma, y en cuya sombra halla vida, quietud y descanso. Maná que encierra en sí todos los sabores dulces a su paladar y garganta, llenos y cumplidos de suavísimos gustos.

Mi esposa es para mí como un ramillete de varias flores.

Tú eres para mí, amantísimo Dios, como un huerto florido y lleno de todas las fragancias y hermosuras que recrean y confortan, y dan olor de vida.

Mi esposa es para mí como un anillo, para traerle en mi mano y en mi dedo.

Tú, Señor mío, eres para mí como un riquísimo tesoro donde están las piedras más preciosas, las margaritas de más valor, el topacio, el rubí y esmeralda, el diamante, el jacinto y la amatista; y el valor de los inefables tesoros incomprehensibles.

Mas en estando desembarazada del sueño y de aquellos afectos ardientes que después le quedaron, conocía y sentía y sabía cierto estas cosas: ¿Qué soy yo, Dios mío, sino como el sonido de los animales inmundos, como el gruñir de sus gemidos con mis vicios y pasiones, como el cenegal y lodo en que se revuelcan, de donde siempre sale malo y pestilencial olor, desapacible a la vista, asqueroso al gusto y al olfato? ¿Qué soy sino una sabandija ponzoñosa, que dondequiera derramo mi veneno, indigna de la luz, de la vida y de la compañía de las otras criaturas? Sólo, oh Dios mío, te pido un mar de lágrimas nacidas del íntimo dolor de mis culpas, para que así pueda llegar a tu gracia y no ser arrojada de tu divina presencia.

AFECTO 85

AUNQUE TODAS LAS VIRTUDES TIENEN HERMOSURA, NO GUSTAN DE IGUAL MODO AL PALADAR ESPIRITUAL.

Ominis spiritus laudet Dominum (1).

El discreto hortelano no ha de querer que todos los árboles le den granadas, ni todos manzanas o higos: unos llevan unos frutos; otros, otros; los unos tienen un sabor, los otros otro, sólo se mira y atiende que sean agradables a su dueño, unos con el olor, otros con la hermosura, otros con el sabor o la virtud, para la sanidad. Cual recrea el paladar, cual los ojos o el olfato. Pues si en las cosas insensibles y terrenas puso el Autor de toda tanta variedad y conveniencia, tanta armonía y consonancia para el hombre pasajero y viandante, ¿cuánta pondría en la hermosura, variedad y virtudes de la hija del rey, que es el alma; y en el jardín de su santa Iglesia, que de tántas almas se compone como de ejércitos bien ordenados; y en los huertecitos de las religiones, cuántas plantas escogidas para el recreo del mejor Salomón, y esposo amantísimo?

Así que a ninguna desprecies por no hallar en todas unas mismas virtudes, calidades o condiciones. Unas serán azucenas en la pureza y buen olor; otras, rosas en el sufrimiento y paciencia, etc. A otras perseguirá el yelo, a otras el enemigo del hombre. Otras habrán menester riego, otras aflojarle la tierra, otras retirarlas de las demás plantas (sin lastimarlas). Otras cercarlas de yerba buena, o arrimarlas al olmo como la vid. Otras será menester podarlas, pero con con gran tiento. ¿Ya entiendes? Pues, mira cómo el hortelano fiel nada de los frutos ni flores quita para sí, antes todo lo ofrece fielmente a su dueño, y para sí sólo quiere el trabajo de cuidar del jardín y

(1) Ps., 150, 6.

de la huerta. Mira cómo le levanta la cerca, le echa el riego, fomenta y cría las plantas, sufre el sol y el frío, cava y mulle la tierra, sin dejar el escardillo de la mano, y todo su premio lo espera de su Señor y toda su gloria es darle gusto.

Habiéndose vencido en una cosa por el amor de Nuestro Señor y por quietar a una alma que estaba a su cargo, entendió estas palabras como que salían de la costudia (que estaba patente el Señor): "Tú eres mi pacífica, tú eres mi paciente emisaria, y puse en ti mi confianza para que con tu ejemplo guíes a tus hermanas y súbditas, por eso en ti descansa mi corazón. Como el Padre vive en Mí, vivirás tú por Mí, y yo gobernaré tus acciones; y tú serás en esto como si no fueras, o como sólo un instrumento movido por mis manos."

AFECTO 86

VILLANCICO AL NACIMIENTO DEL REDENTOR.

Todo el aliño del campo
era un hermoso clavel,
sin que el rigor de la escarcha
pueda quitarle el arder.
¿Quién ha visto hermosa flor
tanto abrazar por querer,
lucir acá entre las sombras
todo el cielo en un clavel?
Cómo hay sol entre las sombras
venid pastores a ver,
cómo el fuego ya está al yelo,
y el yelo abrasar se ve.
Cómo nace Niño amor
siendo gigante en poder,
rendir tantos albedríos
al fuego de su querer.
Cómo nace por amar,
cómo muere por querer;
como que tiene en sus manos
como el morir el nacer.

AFECTO 87

IMAGEN TRANSITORIA DEL HOMBRE, Y MODO DE LLEGAR A SU FIN.

¿Por qué te dejas arrebatar del tiempo, cuyas olas, aunque turbulentas como las del mar, son más fantásticas que las sombras? En imagen pasa el hombre, y el hombre es imagen de la inconstancia; y como la imagen sea menos que el supuesto, y la inconstancia sea nada porque nunca tiene ser permanente, y todo su ser es para dejar de ser, síguese que la inconstancia es nada, y menos su imagen; y en imagen de la inconstancia pasa el hombre.

¿Por qué no estás en tu grado? En aquel grado tuyo de la nada, y será fácil a los ojos de Dios de repente enriquecer al pobre. Y será el grado tuyo aquel altísimo grado de la gracia y amistad del Altísimo Dios. Siéntate en lo bajo, y darte han lo alto. Mira si será bien por el trabajo de un día perder la eternidad de descanso. Ama a Dios, único bien; busca a Dios, eterno bien; contenta a Dios, fidelísimo bien; fía mucho, y del todo, y sólo en Dios, poderosísimo bien. ¿Hasta cuándo has de buscar jugo en la paja de las criaturas, fidelidad en la falsedad, descanso en el cansancio, y bien en el mal? En Dios hallarás todas las cosas, fuera de El todas las hallarás amargas.

POESIAS Y SENTIMIENTOS ESPIRITUALES

TERCERA PARTE

COPIA

DE LO QUE EN EL LIBRO DE CUENTAS DEL GOBERNADOR DON JOSEF ENCISO Y CARDENAS se halla escrito de letra de la V. M. FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCION. Lo que puede componer la

TERCERA PARTE

PRIMERA COPIA QUE SE SACA POR ANTONIO MARIA DE CASTILLO Y ALARCON
En la ciudad de Bogotá, a 7 de junio de 1821.

ELOGIOS Y SUPLICAS A MARIA SANTISIMA (1).

Cada día dí a María
glorias y aplausos. Oh alma,
sus virtudes reverencia,
sus esplendores ensalza.

Contempla, admira y venera
su grandeza la más alta.
Dile: Madre más feliz;
dile: Virgen la más santa.

Hónrala porque te libre
de las culpas más pesadas;
llámala, que no te aniegue
de los vicios la borrasca.

---

(1) Estos versos y siguientes, menos el que empieza: *A recoger sentidos,* fueron copiados en el libro que de la segunda parte de los *Sentimientos Espirituales* envié al Convento de Santa Clara de Tunja, con 139 fojas de pliego entero, el año 1843. Todo de mi letra. (Nota del copista, señor de Castillo y Alarcón).

Esta Señora nos trujo
dones de celeste Patria.
Esta Reina nos honró
con la más divina gracia.

Oh lengua, dile trofeos
de Madre y Virgen sagrada,
que al más infeliz su amparo,
a más feliz le traslada.

Sin cesar eternamente,
del mundo a la Reina alaba,
siempre su bondad publica,
siempre su grandeza aclama.

Sentidos míos: su gloria
resuene en vuestras entrañas,
y frecuentad la memoria
de la Reina soberana.

Nadie habrá de tan divina,
tan elocuente elegancia,
que a tan suprema excelencia
igualen sus alabanzas.

Todos alaben a Dios
por ver que a la Virgen hallan,
y nadie finja que altivo
a su elevación alcanza.

Pues aunque sé que a María
nadie dignamente alaba;
con todo, es vano y es loco
aquél que sus glorias calla.

A las luces de su vida
y celestial enseñanza,
todo sofisma se rinde,
toda herejía desmaya.

Sus costumbres como flores
adornan la Iglesia santa,
y le dan gracia admirable
sus hechos y sus palabras.

De Eva la inobediencia
dejó la puerta cerrada
del Paraíso; mas María
la dejó patente y franca.

Por Eva ha tenido el hombre
la sentencia más contraria,
y por María el camino
que nos conduce a la Patria.

Especialmente de todos
sea aplaudida y amada,
pues justamente debemos
rogarla y reverenciarla.

A ella suplico, pues ella
todo lo puede y alcanza,
para que aparte y aleje
cuantos daños me amenazan.

Ella enseña que obedezca
aquello que su Hijo manda,
para que al fin de la vida
a gozar de entrambos vaya.

Oh tú, que entre las mujeres,
gloria, lustre, esplendor, fama,
eres; y a quien contemplamos
lucidamente elevada.

Oye, clemente, a quien miras
solicitarte alabanzas,
sus culpas borra, hazla digna
de la celestial morada.

Vara de Jesé, y del hombre
alivio, y firme esperanza
del mundo; y del cielo luz,
y de Dios sagrario y arca.

De la gracia plenitud;
de vida y costumbres, pauta.
templo de Dios, vivo ejemplo
de justicia sacrosanta,

Salve, ¡oh tú, por quien las puertas
del cielo miramos francas,
a quien la infeliz serpiente
ni la dobla, ni la arrastra!

Gloriosa y hermosa hija,
y del rey David prosapia,
a quien escogió el gran Rey
que todo lo rige y manda.

Rica piedra, tierna rosa,
lirio de pureza casta,
que al coro de santidad
para la gloria acompañas.

Concédeme facultad
porque en hechos y en palabras
de tus grandes excelencias
cante dignas alabanzas.

Yo sumamente deseo
me des memoria y constancia
para que cante tus glorias
con frecuencia y eficacia.

Y aunque sé que lengua y voces
están mudas y manchadas,
tu gracia han de publicar
y nunca deben callarla.

Gózate, ¡oh Virgen!, pues eres
digna de toda alabanza,
por quien los perdidos logran
la ocasión de que se ganan.

Recién parida, y doncella
fecunda, y Virgen intacta,
Soberana Madre, como
fructífera y verde palma.

En quien buscamos recreo
con tus flores y fragancias,
y cuyo fruto nos libra
de tanto llanto y desgracia.

Hermosa toda y sin señas
de la más pequeña mancha,
haz que puros te alabemos
con diligencia y con ansia.

Por quien nuevo gozo el mundo
logra, ¡oh Bienaventurada!
Y con cuya fe se mira
del cielo abierta la entrada.

Por quien el mundo se alegra
con luz verdadera y clara,
que de la tiniebla antigua
oscurecido se hallaba.

Los poderosos son pobres,
como tú profetizabas;
y a los pobres tu clemencia
los dejas con abundancia.

Por ti las malas costumbres
ya se dejan y se acaban,
y de perversas doctrinas
aun los vestigios se apartan.

Tú enseñaste los desprecios
del mundo y de sus borrascas;
buscar a Dios; penitencias
y contra el vicio constancia.

Por ti del entendimiento
el curso a Dios se arrebata,
y al celeste premio todos
nuestros movimientos mandas.

Tú, que al Señor en el claustro
llevaste de tus entrañas,
vuélvenos a dar la gloria
de nuestra primera gracia.

Madre fuiste limpia y pura
engendrando siempre intacta
al Rey de reyes, Criador
de cuanto el mundo en sí abraza.

Bendita eres tú que vences
de la muerte la falacia,
y das salud a quien de ella
se mira sin esperanza.

Bendito es el Rey invicto
de quien eres Madre santa,
y a quien, como a su Autor sirve
la naturaleza humana.

Amparo y consoladora
del alma desamparada,
apártanos de los males
venideros que amenazan.

Gózate, Virgen dichosa,
que del demonio y sus trazas
nos libra, porque vestiste
a Dios de tu carne casta.

Por mí, Madre, pide y ruega,
para de que quietud santa
goce, y escape dichosa
de las eternas borrascas.

Lo que te pido y suplico
es que disculpes mis faltas,
y que medicina seas
que cure todas mis llagas.

Para que casta y modesta,
dulce, blanda, y con templanza,
caritativa y humilde
pueda ser de tu Hijo amada.

Gobernada y dirigida
de tan divina enseñanza,
feliz seré si me ocupo
en aprender lo que mandas.

Prudente en las direcciones,
cuidadosa en las palabras,
y en las obras, las de Dios
procure, huyendo las malas.

Contenta, mansa, apacible,
pía, amable y con tanta
sencillez, proceda yo,
que al cielo segura vaya.

Amparo y refugio seas
del pueblo que Dios ensalza,
dando la paz que destierra
la guerra que el siglo abraza.

Del mar saludable estrella,
¡salve!, ¡oh digna alabanza,
que a multitud de los astros
y planetas aventajas.

Purísima y con mil dones
en tu concepción sagrada;
Madre y Virgen, al Criador
diste leche pura y blanca.

A mí, triste y afligida,
dame la eterna morada,
que en ti mi ruego y suspiro
sus consuelos afianza.

Encomiéndame a tu Hijo
para que cuando yo salga
de este mar tempestuoso,
logre la eterna bonanza.

Hazme ahora blanda y humilde,
ahuyenta la lid que daña,
a la lascivia destierra,
introduciendo constancia

No me fatigue ni afee
la codicia que, villana,
a tantos liga, aprisiona,
tiraniza y aun arrastra.

No me venza la ira fiera
ni la vanidad ufana,
que de nocivos afectos
es tan peligrosa causa.

¡Ea Madre, pide y ruega
a Dios, mantenga en su gracia
el corazón de tus siervos
para no admitir cizaña!

Danos consuelo y alivio
a los que alegres te aman,
y celebran tus finezas
con el corazón y el alma.

AMEN
JESUS, MARIA Y JOSEF.

DESENGAÑOS, EXHORTO A PENITENCIA, ACTO DE CONTRICION.

A recoger sentidos,
ciega razón, a recoger que quiero
que divertidos
lloremos todos juntos, si primero
para mi precipicio,
cada cual de vosotros tuvo vicio.
Razón, ¿dónde te fuiste?
¿No eres luz de mi vida y de mi acierto?
¿Cómo, pues, te perdiste?
¿Cómo negaste a mi salud el puerto?
Y en culpas sumergida
estuve ya para perder la vida.
¿Es buena tu locura?
¿Estamos buenos en tan triste calma?
¿Así el bien se asegura?
¿Así pretendes la salud del alma?
Mira que te despeñas;
despierta ya, si por dormida sueñas.
Basten ya tus engaños,
mira que lo pasado, aunque ha pasado,
te deja desengaños,
porque conozcas que de aquel estado
sólo quedó presente
lo que debes llorar eternamente.
¿Qué gusto habrá que pueda
ser gusto en esta vida transitoria?
Cuando el mundo en rueda
(si a lo vivido vuelves la memoria)
hallarás que mezclado
con mil zozobras te ofreció el pecado.
¿Qué dicha no acabó
en esa rueda sin que fuese dicha?
Pues apenas nació
cuando lloraste su fatal desdicha;
¿pero en qué me desvelo,
si son sus dichas de instantáneo vuelo?
¿Eso es lo que has vivido?
¿No estás confusa? ¿No te desengañas?

No seas lo que has sido,
advierte que a ti misma tú te engañas;
llora mejor tus daños,
pues vuelan días y se pasan años.
Es verdad que tu culpa
mereció por castigo pena eterna,
pero ya te disculpa
esa fragilidad que te gobierna;
enmiéndate y confía,
no desesperes cuando Dios te guía.
Pecho y manos abiertos,
aguarda a que le pidas tu remedio;
dale tus desaciertos,
confiando que ha de ser el mejor medio
el darle frutos tuyos
para que él te reparta de los suyos.
Dile, pequé, Dios mío:
ciega viví, pues me aparté de Vos;
pero no desconfío,
pues para perdonarme sois mi Dios,
y si buscáis errados
intereses, os doy en mis pecados.
Por ser quien sois, me pesa,
yo propongo enmendarme y confesarme.
Y porque mi torpeza
otra vez no pretenda despeñarme,
elijo por sagrado
esa cruz, esos clavos y costado.
Con Vos me crucifico,
y pues sois libertad de los esclavos,
y yo a Vos me dedico,
recebidme, Señor, en vuestros clavos;
y en vuesttra muerte viva,
si en ella me libré siendo cautiva (1).

---

(1) No se incluyen en esta edición los poemas *A la Concepción de Nuestra Señora, Endechas a la muerte de Nuestro Señor y al Santísimo Sacramento,* publicados en la edición bogotana de 1942, por haber comprobado de modo irrebatible don Alfonso Méndez Plancarte, ilustre polígrafo mexicano, que tales composiciones pertenecen, en realidad, a Sor Juana

DE LA MURMURACION Y DE LOS DETRACTORES.

Ninguna cosa hay tan propiamente adecuada a la murmuración y detractores como lo que se dice de la araña, que saca veneno y ponzoña de las flores de que la abeja saca miel. Así, todas las acciones y cosas las convierte el murmurador en mal; y la humana malicia de todo hace destilar veneno. ¿Y qué otra cosa hay que tanto domine como la enfermedad de la malevolencia y maledicencia? Esta contagiosa pes-

---

Inés de la Cruz. De la poesía *Al Santísimo Sacramento* sólo se publican en esta nota tres estrofas, la primera y las dos últimas, por considerarlas, con razón, el señor Méndez Plancarte como una "adaptación" de la Madre de Castillo.

En efecto, el ilustre escritor mexicano, recientemente fallecido, en un comentario crítico al volumen II de la *Historia de la Literatura Colombiana,* de don Antonio Gómez Restrepo, y publicado en la revista *Abside* (julio, 1941), comprobó con abundancia de detalles que no dejan lugar a duda, que la composición poética intitulada *A la Concepción de Nuestra Señora,* es una transcripción literal de una escena de *El Divino Narciso,* una de las obras dramáticas más conocidas de la monja mexicana.

En cuanto a las *Endechas a la muerte de Nuesro Señor,* hasta hace poco atribuídas a la ilustre clásica de Tunja, son también copia fiel de otro pasaje de *El Divino Narciso,* exceptuando el cuarteto final, que sí parece ser de Sor Francisca, y que dice así:

"¡Oh vosotros, los que
vais pasando, atendedme,
y mirad si hay dolor
que a mi dolor semeje,

al paso que Sor Juana Inés de la Cruz termina regularmente la estrofa:

"¡Oh vosotros, los que
vais pasando, atendedme,
y mirad si hay dolor
que a mi dolor semeje:
sola y desamparada
estoy, sin que se llegue

te anda por todas las calles y plazas, enferma las casas, cunde por los palacios de los príncipes, y ojalá que no llegue a invadir y inficionar los sagrados muros de los claustros. El que se ve compuesto y

---

a mí más que el dolor
que me acompaña siempre:
Sentid, sentid mis ansias,
llorad, llorad su muerte!",

siguiendo a éstas, tres bellísimas estrofas más.

En cuanto al poema dedicado *Al Santísimo Sacramento,* y también erróneamente atribuído a la Madre de Castillo, el señor Méndez Plancarte descubrió que aquel es también transcripción textual de dos fragmentos de las *Letras XVIIII* y *XIX,* de la misma Sor Juana, pero presentados en la "adaptación" de la monja neogranadina como integrando una sola poesía. Pero en este peregrino arreglo, la Madre de Castillo sustituyó la primera copla de la *Letra XVIII,* de Sor Juana:

"¡Ay, fuego, fuego! que el templo se abrasa,
Que se quema de Dios la casa!...
¡Fuego, fuego! Toquen a fuego
Que se quema de Dios el templo!"

por esta otra, de propia Minerva, al parecer:

"Fuego en que el alma se abrasa
hidrópica de su incendio,
sólo el remedio apetece
de añadir, al fuego, fuego."

También parece ser obra de la Madre Castillo los ocho versos finales del poema *Al Santísimo Sacramento,* que, por lo demás, hacen buen acorde con los ajenos, hasta extremando sus juegos de aliteración, según el mismo señoñr Méndez Plancarte:

"Aquel que te salva, silba
y te dé, mil veces, voces,
y de amor con llama lláma
para que en sus horas ores.
Si el velo tu vida veda,
donde sólos aves oyes,
a tu amante guarda aguárda
que, cuando te ronda, ronde."

sufrido en lo adverso, que tolera con ánimo paciente, se dice inhábil y sin corazón. Si es templado y moderado en la comida y vestido, se arguye de avariento. Si es religioso, inclinado a cosas de piedad y devoción, se llama hipócrita. Si es casto, recogido y modesto, se nota de tonto o fatuo. De donde se coge tan fecunda materia de decir mal, como si verda-

---

Que la autora original de estos tres poemas fue Sor Juana, no cabe la menor duda, ya que las obras de ésta fueron publicadas en 1690 y 1691 al paso que las de la monja de Castillo sólo vieron la luz pública en 1817 y en 1843, es decir, con una posterioridad de más de una centuria.

Por su parte, don Antonio Gómez Restrepo, en carta dirigida a don Alfonso Méndez Plancarte, el 7 de agosto de 1941, descarta la posibilidad de que la monja de Tunja hubiera incurrido en plagio con estas palabras: "Ante todo, hay que desechar la hipótesis de que la Madre hubiera querido lucir galas ajenas, puesto que sería increíble en persona tan modesta, honrada y falta de toda presunción. Sin duda había copiado ella esos versos para su uso particular, y quedaron confundidos con sus demás manuscritos, pasando, como si fueran suyos, a la copia que de las obras de la Madre hizo su sobrino don Antonio María Castillo y Alarcón, el editor de la *Vida* que se publicó en Filadelfia."

Y más adelante agrega el señor Gómez Restrepo: "No podía explicarme cómo la Madre Castillo, que en sus obras en prosa, y en los dos romances que aparecen en los *Sentimientos,* escribe con encantadora sencillez, adoptar en estas otras composiciones un estilo barroco, lleno de paronomasias, ecos y juegos de palabras, que en cambio no son extraños en las obras de compromiso de Sor Juana, que cuando expresa sentimientos personales, emociones íntimas, lo hace con extraordinario vigor, fuerza y pasión."

El lector que desee más completa y detallada información sobre el particular, puede consultar provechosamente el texto integral del señor Alfonso Méndez Plancarte y la carta del señor Gómez Restrepo, publicados en el volumen III de la *Historia de la Literatura Colombiana,* del mismo Gómez Restrepo. (Apéndice V, págs. LXIII-XXI, edición de 1942, Bogotá.)

deramente redundara en honor del murmurador, o como si no pudiera lucir en público, si no es denigrando la fama de los otros.

Y verdaderamente ¿qué gloria gana el murmurador con morder con sus dientes al ausente, que ni puede oír el sonido de ellos, ni recebir sus saetas?

Mandó Dios en el Levítico que no maldijeran al sordo, *Non maledices surdo* (1), no porque tuviera menos cuidado del cojo, manco, o del que le faltan los otros miembros, porque su caridad, sin diferencia ni aceptación de personas, a todos abraza: *universa delicta operit caritas* (2); mas quiso Dios tener singular cuidado del sordo, porque es singularmente torpe e inhumano lastimar con injurias al que, no pudiendo oír sus injurias, está inocente de ellas. Maldecir al sordo, dice San Gregorio, *est absenti et non audienti derogati.* Al sordo maldice aquel que con la vara cruel de la censura nota las acciones del ausente. Los adversarios y los detractores suelen seguir de lejos: *cum ab eis recessissem* (dice Job), *detrahebant mihi* (3). Cosa es, por cierto, iniquísima.

Si son notables los defectos de nuestros hermanos, y nos mueve celo y caridad, advertidlos en su presencia y claramente, como Natán a David, Achias a Jeroboam, Micheas al rey Acab. Argüídlos con ánimo libre: esto manda la caridad y es conforme a la equidad. Cuando mordéis al ausente, ¿qué otra cosa hacéis que, cuando el lobo vuelve las espaldas, empezar a ladrar entre vuestros escondrijos? Imitáis en esto la condición del perro, que, presente el lobo, está callado: *canes muti* (dice Isaías) *non valentes latrare* (4). Y aunque no alaba ni aprueba el robo del lobo, no defiende el redil. Vosotros hacéis más vilmente y peor. De los ausentes no perdonáis

(1) Levit., 19, 14.
(2) Prov., 10, 12.
(3) Job., 19, 18.
(4) Isaiæ., 56, 10.

la condición ni estado, denigráis todas sus acciones y costumbres; llamáis pródigos, avarientos, negligentes, mas cuando están presentes, comprimis los labios y hacéis con la cola fiesta al lobo, a quien de lejos, como perros, mordísteis. Y con torpísima adulación, aquellos mismos defectos que antes tan acres censurastes, ahora les dais nombres de virtudes, y al pródigo llamáis liberal; al avariento, bien gobernado; al distraído, discreto. ¿No es ésta una injuria que hacéis a la caridad del prójimo, clara y evidente?

No niego que para argüir a uno de sus defectos, rostro a rostro (y más si es persona de superior fortuna), se requiere una gran generosidad de ánimo; y que era necesario ser un Elías despreciador de cuanto el mundo estima, vestido de unas simples pieles, ceñidos los lomos, habitando en el desierto del torrente, sin más sustento que el que, por disposición de Dios, el cuervo le suministraba. Mas si no tenéis tanto ánimo, dejad de lastimar a los ausentes. La verdad no ama los escondrijos ni busca los rincones. ¿Qué otra cosa hacéis, cuando mordéis en lo escondido la fama del prójimo, que imitar a las viles sabandijuelas que se esconden para morder; y emular a la serpiente que, escondida entre las yerbas y la arena, no da ningún silbo por morder más cautelosa y nociva al caminante? (1).

SUME CITHARAM, CIRCUIBO CIVITATEM ET BENE CANERE

Cítara significa la rectitud de la vida: lo primero, por la mortificación de la carne, así como la materia de las cuerdas (Salmo LXX): *psallam tibi in cithara, sanctus Israel* (2). Lo segundo, por la cone-

(1) Nota del copista señor de Castillo y Alarcón: "Hasta aquí transcribo para la segunda parte y, omitiendo el siguiente, que no lo conceptúo de la Venerable Madre, paso a los dos últimos, y luégo al cuaderno de Enciso."

(2) Ps., 70, 22.

xión de las virtudes como la concordancia de la música: *venter meus ad Moab quasi cithara sonabit.* Lo tercero, cuanto a la suavidad y dulzura de las buenas obras, por la alegría de los que oyen: *Tenent tympanum et citharam, et gaudebunt ad sonitum organi* (1).

Circuibo civitatem, porque debe el hombre cercar la ciudad. Lo primero: de su propia conciencia y pensando sus pecados: *circuibunt in platea plangentes, antequam rumpatur funiculus argenteus* (2) Lo segundo: debe cercar con la consideración la militante iglesia para imitar los ejemplos de los justos: *Circundate Sion, et completimini eam* (3). Lo tercero: la patria celestial, pensando en premio de los santos: *Surgam, et cicuibo civitatem* (4).

Debe el alma *bene canere.* Lo primero, con alegría: *Deo nostro sit jucunda decoraque laudatio* (5). Lo segundo, con atención: *psallam spiritu, psallam et mente* (6). Lo tercero, con devoción: *obtulit populus hostias et laudes mente devota.*

GRADOS DE CONTEMPLACION DEL SUMO BIEN.

En la altísima contemplación del sumo bien podemos mirar tres grados: uno oscuro, otro del todo claro, y otro medio. El 1º se puede comparar al crepúsculo, cuando aun está dudosa la luz y no se conoce bastantemente si se ha ido la noche y ha venido el día. El 2º se compara a la aurora, cuando ya está manifiesta la luz y el principio del día, pero es la luz pequeña y necesita de mayor perfección. El 3º se compara al medio día, cuando es la luz clarísima y toda perfecta (Ps., 73):

(1) Job, 21, 12.
(2) Cfr. Eccles., 12, 6.
(3) Ps., 47, 13.
(4) Cant., 3, 2.
(5) Ps., 146, 1.
(6) I. Cor., 14, 15.

Tuus est dies, et tua est nox: tu fabricatus es auroram et solem (1). Tuyo es el día de la gracia con que iluminas las almas, que en el estado de la culpa eran tinieblas: *nunc autem lux in Domino* (2). Tuya es la noche o el fin de la noche en que te muestras como en sombras. Tú fabricaste la aurora en que manifiestas la hermosura de tus inmensas perfecciones y te muestras clarísimo sol.

En el grado de la contemplación oscura se ve o contempla a Dios en la sagrada calígine. El grado del todo claro es aquel en que Dios se manifiesta, no por alguna especie criada, mas por sí mismo, unido al entendimiento; se verá clara y intuitivamente como es en sí.

El grado medio es aquel en que ahora están las almas amantes y contemplativas, en que Dios se revela, no en la calígine ni en su misma claridad, mas de otro modo inefable.

CANTICO SEGUNDO

En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et venit; iam enim hiems transiit, imber abiit et recessit (3). El amado habla al alma que después de muchas abnegaciones, después de un continuo ejercicio de las virtudes y después de muchos deseos y suspiros, la llama al ósculo de su sagrada boca. Llama al alma, amiga, por la gracia de la santidad; paloma, por la rectitud y simplicidad de la intención; hermosa, por los santos afectos de que está adornada. Le manda que se levante, esto es, que sobre todas las cosas criadas y semejanzas de las criaturas, y sobre sí misma, se levante, traspasando y dejando todas las cosas visibles y invisibles.

---

(1) Ps., 73, 16.

(2) Ephes., 5, 8.

(3) Cant., 2, 10-11.

POESIA (1).

De la salud la fuente
coronada de juncos punzadores,
un corazón ardiente
buscaba triste, y lleno de dolores,
y hablando con la cruz, que atento mira,
así gime, así llora, así suspira:

Señor, yo soy el ciervo
que tan sediento buscó esos raudales;
si te ofendí protervo
ya busco arrepentido de mis males,
y no me he de apartar de tu presencia
sin favor, sin perdón, y sin clemencia.

En esa cruz clavado,
arco de paz te hicieron tus finezas,
y pues, enamorado,
así encender pretendes las tibiezas;
que se abrasen las mías, hoy te ruego,
con tu luz, con tu llama, con tu fuego.

El Dios de las venganzas,
un tiempo los profetas te llamaron;
mas ya mis esperanzas
desde que hombre te hiciste mejoraron,
pues Dios de amor, te mira en prisiones
sin arco, sin saetas, sin arpones.

Ya se acabó la guerra,
no más pecar, Señor, no más, te ofrezco;
vea el cielo y la tierra
que aunque el perdón que pido no merezco,
me le da tu bondad; y en tanta gloria
la corona, la palma, la victoria.

---

(1) "En mayo de 1843, me entregó el Ilustrísimo señor Arzobispo Mosquera, la siguiente poesía, que le enviaron las monjas de Santa Clara, de Tunja, como producción de la R. M. Francisca Josefa". (Nota del señor de Castillo y Alarcón).

A mi Padre he enojado
por las culpas que ingrata he cometido;
la llaga del costado
me la puedes mostrar, amante herido,
que con su vista no has de ser, espero,
tremendo, rigoroso, justiciero.

Y de tu Madre Santa
mira los limpios pechos, mi sagrado;
¿qué daré en dicha tanta,
sabiendo ya por quien me ha perdonado?
Pues se acaban (poniendo allí los ojos)
las iras, los rigores, los enojos.

Por sustentarme echaste
el sello de tu amor en una oblea;
tu sangre derramaste,
queriendo que a mi sed bebida sea.
No permitas malogren mis furores
tus finezas, tus ansias, tus amores.

Yo cometí el pecado
cual oveja voraz, la más perdida,
y te tuve olvidado
en los pastos del mundo divertida;
pero tú, reducirme a ti procuras,
con ruegos, con piedades, con dulzuras.

Pastor y pasto mío,
que me has buscado, sin ahorrar rigores
del invierno en el frío,
y del verano ardiente en los ardores;
no salga yo otra vez, para mi daño,
del redil, del aprisco, del rebaño.

FIN DEL TOMO II

INDICE DE LAS CITAS BIBLICAS DE LAS OBRAS COMPLETAS DE SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCION

Según el orden tradicional de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento y en orden numérico progresivo de capítulos y versículos (1).

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	GENESIS		
Gen., 18, 27	I A	94º	301
" 21, 14	I A	67º	235
" 25, 22	VIDA	XLII	280
" 25, 22	I A	93º	298
" 27, 36-38	II A	42º	122
" 28, 12	I A	79º	260
" 28, 12	I A	79º	260
" 28, 12	I A	98º	314
" 29, 11	I A	37º	158
" 32, 28	I A	59º	211
" 48, 5	VIDA	XLII	282
" 48, 5	I A	93º	300
" 48, 7	I A	37º	159

(1) La inicial *A* significa AFECTOS ESPIRITUALES. La cifra romana que le antecede indica el número del volumen correspondiente.

Los números ordinales se refieren a los Afectos en que se dividen los AFECTOS ESPIRITUALES.

Los números romanos se refieren a los capítulos en que se divide *Su Vida*.

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	EXODO		
Exod., 2, 23,	I A	60º	212
" 2, 23	I A	77º	252
" 4, 6	I A	79º	266
" 7, 9	I A	67º	233
" 7, 12	I A	67º	233
" 10, 24	I A	24º	118
" 15, 7	II A	57º	173
" 33, 20	II A	67º	213
	LEVITICO		
Lev., 19, 14	II A		330
	DEUTERONOMIO		
Deut., 5, 15	I A	24ºº	120
" 32, 10	II A	70º	232
" 32, 11	I A	24º	120
" 32, 11	I A	78º	256
" 32, 15	I A	37º	161
" 32, 18	II A	59º	178
" 32, 20	II A	59º	178
" 32, 23-25	II A	59º	178
" 32, 41	II A	69º	224
" 32, 42	II A	69º	224
	JOSUE		
Jos., 15, 19	I A	13º	77

Ejemplos: 1º Ps., 101, 5, I A, 1º, 33 significa: Salmo 101, versículo 5, AFECTOS ESPIRITUALES, volumen I, Afecto 1º, página 33.

2º Ad Rom., 8, 35, II A, 35º, 93 debe leerse así: San Pablo, *Epístola a los Romanos,* capítulo 8, versículo 35, AFECTOS ESPIRITUALES, volumen II, Afecto 35, página 93.

3º Eccli., 4, 32, *Su Vida,* XXXII, 227, se leerá: *Eclesiástico,* capítulo 4º, versículo 32, *Su Vida,* capítulo XXXII, página 227.

Cita bíblica		Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
		JUECES		
Judic.,	1, 15	I A	1º	36
"	7, 16	I A	72º	246
"	14, 14	I A	14º	83
"	16, 5	I A	14º	83
"	16, 17	I A	89º	292
		LOS REYES (LIBRO I)		
I Reg.,	1, 8	VIDA	XIII	116
" "	1, 8	I A	5º	44
" "	2, 6	I A	1º	34
" "	2, 6	I A	60º	213
" "	2, 8	VIDA	XXXVI	247
" "	2, 8	I A	62º	216
" "	2, 18	I A	35º	153
" "	5, 2	I A	63º	221
" "	5, 3	I A	19º	104
" "	18, 7	I A	7º	50
" "	18, 10	I A	97º	312
" "	31, 4	I A	69º	238
		LIBRO II		
II Reg.,	1, 9	I A	80º	268
" "	1, 21	II A	65º	207
" "	14, 26	I A	72º	242
" "	16, 10	II A	12º	34
" "	18, 14	I A	80º	268
" "	18, 17	II A	59º	178
		LIBRO III		
III Reg.,	1, 2	I A	11º	71
" "	3, 20	II A	73º	249
" "	3, 21	II A	66º	208
" "	19, 7	I A	25º	122
" "	19, 7	I A	66º	230

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	LIBRO IV		
IV Reg., 1, 3	I A	79º	265
" " 1, 4	I A	79º	265
" " 4, 3	I A	54º	198
" " 4, 40	I A	15º	86
	PARALIPOMENON		
Par., 20, 17	I A	94º	300
	TOBIAS		
Tob., 5, 12	II A	60º	183
" 10, 4	VIDA	XLII	281
" 10, 4	I A	93º	298
" 12, 7	I A	67º	235
	JUDITH		
Judith, 7, 19	II A	69º	224
" 9, 6	I A	8º	61
	ESTER		
Esth.,	II A	12º	34
	JOB		
Job. 1, 7	I A	18º	99
" 2. 6	I A	91º	294
" 2, 7	II A	60º	182
" 2, 8	II A	60º	182
" 2, 10	I A	60º	212
" 3. 14	I A	32º	144
" 4, 6	I A	9º	63
" 6, 6	II A	60º	183
" 7, 4	I A	37º	161
" 7. 6-7	II A	60º	184
" 7, 6-7	II A	61º	190
" 7. 7	II A	61º	191
" 7, 20	I A	8º	59

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	JOB		
Job, 7, 20	I A	49º	188
" 10, 16	VIDA	XIII	167
" 10, 20	I A	44º	181
" 10, 20	II A	38º	108
" 10, 20	II A	41º	120
" 10, 20	II A	61º	191
" 13, 22	II A	60º	182
" 13, 25	II A	60º	180
" 14, 5	I A	63º	220
" 14, 5 y ss.,	I A	79º	263
" 14,	I A	18º	95
" 14, 15	II A	60º	182
" 16, 7	I A	22º	113
" 17, 3	I A	56º	204
" 17, 12	I A	3º	41
" 17, 13	II A	43º	125
" 19, 18	II A	...	330
" 19, 22	II A	12º	34
" 19, 25-27	I A	50º	191
" 21, 12	II A	..,	332
" 24, 19	I A	7º	51
" 26, 11	I A	36º	156
" 28, 12	II A	67º	213
" 28, 13	II A	67º	213
" 28, 15	II A	67º	213
" 28, 22	I A	79º	260
" 28, 28	II A	68º	214
" 38, 18-20	VIDA	X	96
" 40, 18	I A	18º	99
	SALMOS		
Ps., 1, 3	I A	8º	54
" 1, 3	I A	10º	71
" 1, 3	II A	55º	163
" 1, 4	II A	55º	162
" 1, 4	II A	71º	235
" 2,	I A	8º	59

Cita bíblica		Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
		SALMOS		
Ps.,	2, 1	II A	57º	169
"	2, 1	II A	57º	172
"	2, 1	II A	57º	173
"	2, 3	II A	57º	169
"	2, 9	II A	2º	38
"	2, 9	I A	69º	237
"	3, 2	II A	58º	175
"	3, 3	I A	24º	119
"	3, 3	II A	58º	176
"	3, 4	II A	60º	182
"	3, 5	II A	14º	38
"	3, 6	II A	58º	176
"	3, 7	II A	58º	177
"	3, 8	II A	59º	178
"	3, 52	VIDA	XII	111
"	4, 2	I A	5º	15
"	4, 2	II A	60º	181
"	4, 2	II A	60º	182
"	4, 2	II A	60º	184
"	4, 2 y 9	II A	60º	185
"	4, 6	II A	61º	187
"	4, 6	II A	61º	188
"	4, 7	II A	61º	186
"	4, 7	II A	61º	190
"	4, 9	I A	42º	176
"	4, 9	I A	49º	190
"	4, 9	I A	95º	305
"	5, 3	II A	39º	115
"	5, 4	II A	67º	211
"	5, 5	II A	67º	212
"	5, 7	II A	67º	209
"	5, 7	II A	68º	216
"	5, 7	II A	68º	217
"	5, 13	I A	32º	144
"	6, 2	II A	69º	221
"	6, 3	II A	69º	225
"	6, 4	II A	69º	226

Cita bíblica		Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
		SALMOS		
Ps.,	6, 5	II A	69º	226
"	6, 7	I A	78º	254
"	6, 8	II A	14º	39
"	7,	I A	63º	194
"	7, 2	II A	65º	203
"	7, 3	II A	70º	232
"	7, 7	II A	65º	205
"	7, 7	II A	75º	266
"	7, 9	II A	65º	205
"	7, 12	II A	55º	157
"	7, 12	II A	60º	180
"	7, 12	II A	65º	207
"	7, 13	II A	55º	157
"	7, 13	II A	65º	207
"	8, 3	II A	63º	196
"	8, 3	II A	63º	197
"	8, 4	I A	8º	198
"	9, 2	II A	74º	253
"	9, 7	II A	74º	261
"	9, 10	II A	74º	258
"	9, 10	II A	75º	262
"	9, 11	II A	75º	265
"	9, 13	II A	74º	259
"	9, 14	II A	74º	259
"	9, 15	II A	74º	259
"	9, 17	II A	74º	255
"	9, 18	II A	74º	256
"	9, 19	II A	74º	258
"	9, 19	II A	74º	261
"	9, 19	VIDA	IX	94
"	9, 20	II A	75º	266
"	9, 21	II A	75º	266
"	9, 21	II A	75º	268
"	10, 2	I A	33º	146
"	10, 2	I A	79º	260
"	10, 2 y ss.	VIDA	XIX	145
"	10, 4	II A	72º	248

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 10, 5	I A	79º	261
" 10, 5	II A	71º	235
" 10, 5	II A	73º	248
" 10, 5 y 6	II A	73º	251
" 10, 7	I A	79º	261
" 10, 7	I A	97º	312
" 10, Juxta Hebr., 1	II A	60º	184
" 10, Juxta Hebr., 11	I A	1º	34
" 10, Juxta Hebr., 14	IA	8º	55
" 11, 2	II A	68º	216
" 11, 2 y 3	II A	68º	218
" 11, 3	II A	57º	172
" 11, 4	II A	68º	220
" 11, 6	I A	7º	48
" 11, 6	II A	75º	266
" 11, 8	II A	68º	221
" 11, 9	II A	68º	218
" 13,	I A	55º	119
" 13, 1	I A	80º	270
" 13, 1	II A	57º	170
" 13, 1	II A	57º	172
" 13, 1	VIDA	XII	111
" 13, 3	I A	79º	261
" 13, 3	I A	80º	269
" 13, 3	VIDA	XII	111
" 15, 5	I A	72º	242
" 15, 5	I A	84º	278
" 16, 12	II A	60º	183
" 16, 15	I A	78º	253
" 16, 15	I A	85º	279
" 16, 15	I A	95º	305
" 17, 3	II A	20º	55
" 17, 4	II A	20º	55
" 17, 6	I A	9º	64

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 17, 6	II A	14º	39
" 17, 9	II A	60º	181
" 17, 15	I A	1º	35
" 17, 17	I A	71º	241
" 17, 27	I A	66º	231
" 17, 28	I A	66º	231
" 17, 29	I A	66º	231
" 17, 30	I A	15º	86
" 17, 30	I A	79º	258
" 18, 2	II A	71º	242
" 18, 3	I A	16º	88
" 18, 6	I A	18º	97
" 18, 6-7	I A	21º	112
" 18, 8	I A	70º	239
" 18, 8	I A	84º	278
" 18, 11	I A	90º	293
" 19, 8	II A	59º	177
" 21, 3	II A	34º	94
" 21, 6	I A	23º	117
" 21, 7	I A	103º	326
" 21, 13	I A	15º	84
" 21, 14	I A	63º	221
" 21, 16	II A	14º	33
" 21, 17 y ss.	I A	78º	255
" 21, 17	I A	78º	256
" 21, 17	II A	57º	169
" 22, 1	II A	71º	244
" 22, 4	I A	2º	38
" 22, 4	II A	71º	244
" 22, 5	II A	27º	76
" 22, 2	I A	2º	37
" 23, 3	I A	69º	237
" 23, 3 y 4	I A	55º	200
" 23, 4	II A	61º	189
" 23, 9	I A	108º	339
" 24, 16	I A	31º	141
" 24, 18	I A	30º	136

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 25, 2	I A	9º	62
" 25, 2	I A	71º	241
" 25, 2	II A	17º	49
" 25, 2	II A	69º	221
" 26, 4	I A	2º	38
" 26, 6	II A	20º	54
" 26, 14	I A	19º	103
" 26, 14	I A	50º	190
" 26, 14	II A	28º	79
" 27, 6	I A	108º	337
" 27, 7	II A	20º	55
" 28, -	I A	28º	130
" 28, 3	I A	1º	35
" 28, 5	I A	1º	35
" 29, 10	I A	72º	244
" 29, 10	I A	78º	255
" 29, 10	VIDA	XII	111
" 29, 12	I A	30º	136
" 30, 2	II A	36º	101
" 30, 13	I A	7º	51
" 30, 13	II A	38º	104
" 30, 19	II A	38º	104
" 30, 22	I A	108º	337
" 31, 7	II A	14º	39
" 32, 7	I A	72º	242
" 33, 2	II A	55º	160
" 33, 15	II A	2º	10
" 33, 17	II A	69º	223
" 33, 21	II A	71º	245
" 33, 22	I A	69º	237
" 34	I A	18º	100
" 34, 2	II A	57º	175
" 34, 2 y 3	I A	31º	139
" 34, 10	I A	18º	101
" 34, 16	I A	97º	312
" 34, 18	VIDA	X	98
" 35, 7	I A	24º	123

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 35, 7	II A	71º	243
" 35, 9	II A	64º	202
" 35, 10	I A	15º	85
" 35, 10	I A	28º	132
" 35, 10	I A	55º	199
" 36, 13	II A	57º	172
" 36, 18	I A	75º	251
" 36, 18	II A	17º	47
" 36, 18	II A	71º	234
" 36, 24	I A	70º	240
" 36, 24	I A	91º	295
" 36, 24	II A	58º	177
" 36, 24	II A	73º	249
" 37, 4	I A	74º	249
" 37, 4	I A	94º	301
" 37, 7	II A	41º	121
" 37, 7	II A	60º	184
" 37, 9	VIDA	IX	93
" 37, 12	II A	58º	176
" 38, 3	I A	93º	300
" 38,3	VIDA	XLII	282
" 38, 12	II A	60º	181
" 39, 1	I A	24º	119
" 39, 2	II A	56º	167
" 39, 2	VIDA	LV	357
" 39, 3	I A	18º	103
" 39, 3	II A	56º	167
" 39, 3	II A	58º	177
" 39, 14	I A	31º	141
" 39, 14	II A	10º	31
" 39, 14	II A	55º	165
" 39, 15	VIDA	V	78
" 39, 18	I A	62º	216
" 39, 18	I A	78º	256
" 39, 18	I A	94º	301
" 39, 18	VIDA	LV	359
" 41, 1	I A	95º	305

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 41, 2	I A	103º	325
" 41, 2	VIDA	XXX	184
" 41, 3	I A	99º	315
" 41, 3	II A	25º	74
" 41, 3	II A	55º	164
" 41, 5	I A	103º	325
" 41, 8	I A	77º	252
" 41, 8	I A	78º	253
" 41, 8	I A	78º	254
" 41, 8	I A	79º	265
" 41, 8	I A	103º	325
" 41, 9	I A	77º	252
" 42, 3	I A	8º	52
" 43, 6	II A	20º	55
" 43, 16	I A	108º	340
" 44, 2	I A	34º	149
" 44, 3	I A	5º	44
" 44, 4	I A	31º	139
' 44, 7	I A	67º	233
" 44, 12	I A	5º	44
" 45, 5	I A	98º	314
" 45, 5	II A	55º	165
" 45, 6	I A	78º	255
" 45, 10	I A	19º	105
" 45, 10	I A	31º	140
" 46	I A	19º	105
" 47, 2	II A	43º	126
" 47, 4	II A	43º	126
" 47, 4	II A	61º	192
" 47, 8	II A	43º	127
" 47, 11	I A	71º	240
" 47, 13	II A	...	332
" 48, 6	II A	60º	182
" 48, 13-21	I A	23º	116
" 48, 14	II A	67º	209
" 49, 1	II A	82º	308
" 49, 3	II A	60º	181

Cita bíblica		Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
		SALMOS		
Ps.,	49, 3	II A	82º	309
”	49, 9	II A	74º	254
”	49, 15	II A	60º	182
”	49, 16	II A	71º	242
”	49, 16	II A	74º	254
”	49, 18	II A	74º	255
”	49,20	II A	67º	211
”	49, 21	II A	67º	211
”	49, 21	II A	74º	255
”	50, 4	I A	53º	197
”	50, 12	I A	79º	264
”	50, 12	VIDA	LV	355
’	52, 1	VIDA	XII	111
”	52, 2	I A	16º	88
”	54, 9	II A	60º	182
”	54, 13	II A	58º	175
”	55, 2	II A	71º	239
”	55, 9	II A	60º	184
”	57, 2	II A	71º	244
”	57, 6	I A	67º	232
”	58, 5	II A	71º	237
”	59, 13	I A	67º	232
”	60, 4	I A	6º	45
”	62,	I A	78º	252
”	62, 2	I A	34º	148
”	62, 3	I A	78º	253
”	62, 4	I A	63º	220
”	62, 8-9	I A	18º	98
”	62, 8, 9	I A	29º	133
”	63, 3	II A	20º	55
”	63, 8	II A	73º	250
”	64, 10	I A	2º	39
”	64, 10	I A	52º	195
”	64, 10	II A	55º	164
”	64, 13	II A	65º	206
”	65, 12	II A	74º	260
”	66,	I A	20º	108

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 66, 2 y 3	II A	61º	191
" 67, 14	I A	25º	123
" 67, 18	II A	63º	194
" 67, 31	I A	15º	84
" 67, 31	I A	31º	139
" 67, 31	I A	42º	172
" 67, 31	II A	57º	175
" 68, 4	I A	73º	247
" 68, 4	II A	70º	229
" 68, 9	I A	7º	49
" 68, 9	I A	9º	66
" 68, 10	I A	18º	100
" 68, 16	I A	63º	221
" 68, 22	II A	80º	305
" 68, 27	I A	9º	63
" 69,	I A	31º	141
" 70, 9	I A	31º	141
" 70, 22	II A	SUME CITHARAM	331
" 71, 7	VIDA	XII	106
" 71, 18	I A	24º	120
" 72, 11	I A	79º	261
" 72, 22	II A	17º	46
" 72, 23	II A	14º	39
" 72, 26	I A	18º	96
" 72, 28	I A	33º	145
" 72, 28	I A	57º	205
" 72, 28	II A	55º	156
" 73, 16	II A	71º	242
" 73, 16	II A	CANT. II	333
" 75, 3	I A	22º	114
" 75, 3	I A	55º	200
" 75, 5	II A	71º	243
" 75, 6	I A	66º	231
" 75, 6	I A	72º	245
" 75, 12-13	II A	57º	172
" 76, 2 y 3	I A	51º	193
" 76, 2	II A	61º	188

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 76, 3	II A	19º	53
" 76, 3	II A	61º	188
" 76, 4	II A	61º	190
" 76, 6	I A	63º	220
" 77, 29	I A	93º	299
" 77, 29	VIDA	XLII	281
" 80, 10	I A	7º	50
" 81, 6	I A	23º	116
" 83	I A	4º	42
" 83	I A	31º	137
" 83, 5	II A	64º	199
" 83, 8	I A	79º	265
" 83, 8	I A	95º	305
" 83, 11	I A	81º	272
" 83, 11	VIDA	XLVII	305
" 85, 6	I A	108º	340
" 85, 10	I A	94º	302
" 87, 2	II A	38º	109
" 87, 2	II A	77º	286
" 87, 2	VIDA	LII	334
" 87, 4	VIDA	LII	335
" 87, 15	I A	108º	338
" 87, 16	I A	30º	136
" 88, 1	I A	47º	186
" 88, 40	I A	15º	84
" 89, 4	I A	63º	220
" 89, 9	I A	63º	220
" 89, 9	II A	57º	170
" 89, 15	I A	93º	299
" 89, 15	II A	74º	260
" 89, 15	VIDA	XXV	176
" 89, 19	VIDA	XLII	282
" 90	I A	19º	103
" 90	I A	42º	176
" 90, 5	I A	108º	339
" 90, 10	II A	75º	263
" 90, 11	I A	8º	52

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 90, 13	I A	19º	104
" 90, 13	I A	99º	318
" 90, 14	II A	65º	203
" 90, 15	II A	65º	203
" 91, 5	II A	64º	199
" 91, 6	II A	63º	195
" 92, 4	I A	35º	152
" 92, 5	II A	37º	102
" 93, 1	II A	65º	205
" 93, 3	II A	57º	173
" 94, 5	VIDA	XV	123
" 96, 3	I A	95º	307
" 100, 1	II A	71º	234
" 100, 1 y 2	I A	84º	278
" 100, 2	I A	84º	278
" 100, 7	I A	8º	54
" 101	I A	18º	96
" 101, 5	I A	1º	33
" 101, 5	I A	8º	60
" 101, 8	I A	36º	154
" 101, 8	I A	86º	284
" 101, 10	I A	55º	201
" 101, 27	I A	15º	84
" 102, 5	I A	86º	282
" 102, 21	I A	28º	128
" 103	I A	14º	78
" 103. 4	I A	62º	217
" 103. 4	I A	95º	307
" 103 4	VIDA	XXXVI	248
" 103, 5	I A	24º	119
" 103,7	I A	30º	133
" 103, 9	I A	63º	220
" 103, 10	I A	35º	152
" 103, 11-21	II A	71º	242
" 103, 15	I A	86º	282
" 103, 15	I A	95º	305
" 103, 20	I A	108º	339

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 103, 20	II A	60º	183
" 103, 24	II A	71º	242
" 103, 25	II A	71º	241
" 103, 26	II A	75º	263
" 103, 28	I A	37º	159
" 103, 29	II A	40º	119
" 103, 31	II A	40º	120
" 103, 32	I A	79º	266
" 103, 32	II A	40º	120
" 103, 34	II A	40º	120
" 103, 35	II A	40º	120
" 104, 11	II A	17º	47
" 106, 18	II A	68º	219
" 108, 18	I A	85º	279
" 111, 3	I A	2º	37
" 111, 10	II A	71º	238
" 112, 1	I A	62º	216
" 112, 1	VIDA	XXXVI	247
" 112, 7	II A	2º	9
" 113, 2	I A	24º	119
" 113, 3	II A	60º	181
" 113, 6	I A	8º	61
" 113, 7	I A	8º	61
" 113, 32	I A	19º	105
" 114, 3	II A	58º	175
" 114, 3	I A	92º	297
" 115, 11	II A	67º	209
" 115, 11	II A	67º	213
" 115, 11	II A	68º	217
" 115, 12	I A	90º	293
" 115, 15	I A	8º	52
" 115, 15	I A	69º	237
" 116, 1	VIDA	XL	267
" 117	I A	24º	119
" 117, 12	I A	9º	64
" 117, 12	II A	75º	263
" 117, 15	I A	59º	210

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 117, 16	I A	38º	165
" 117, 16	VIDA	XXXIV	240
" 117, 17	I A	104º	327
" 117, 22	I A	86º	283
" 117, 24	I A	13º	77
" 118, 1	I A	70º	239
" 118, 1	II A	55º	156
" 118, 1	II A	71º	233
" 118, 1	II A	71º	236
" 118, 1	VIDA	XXVII	196
" 118, 4	I A	33º	146
" 118, 4	II A	71º	234
" 118, 5	I A	21º	112
" 118, 5	I A	33º	146
" 118, 9	II A	55º	158
" 118, 9	II A	55º	159
" 118, 10	II A	56º	166
" 118, 11	II A	55º	162
" 118, 19	II A	55º	158
" 118, 19	II A	71º	241
" 118, 20	I A	31º	137
" 118, 20	II A	55º	154
" 118, 23	I A	18º	101
" 118, 24	II A	58º	175
" 118, 25-31 32	I A	21º	113
" 118, 25	II A	71º	236
" 118, 32	I A	59º	209
" 118, 32	II A	5º	15
" 118, 32	II A	71º	237
" 118, 33	I A	97º	313
" 118, 45	II A	6º	19
" 118, 45	II A	71º	236
" 118, 45-46	I A	36º	154
" 118, 47	II A	71º	237
" 118, 48	II A	71º	237
" 118, 53	I A	18º	98

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 118, 54	I A	78º	254
" 118, 54	II A	71º	241
" 118, 59	II A	71º	236
" 118, 61	I A	78º	256
" 118, 71	I A	1º	34
" 118, 71	I A	81º	272
" 118, 71	I A	93º	299
" 118, 71	VIDA	XXV	176
" 118, 71	VIDA	XLII	282
" 118, 75	II A	71º	243
" 118, 82	I A	8º	59
" 118, 82	I A	18º	94
" 118, 83	I A	8º	59
" 118, 83	II A	67º	213
" 118, 85	II A	74º	258
" 118, 85	VIDA	XVIII	139
" 118, 87	II A	71º	239
" 118, 94	II A	60º	182
" 118, 98	II A	71º	240
" 118, 99	II A	71º	240
" 118, 100	II A	71º	240
" 118, 103	II A	71º	241
" 118, 112	I A	59º	209
" 118, 119	II A	55º	162
" 118, 120	I A	32º	143
" 118, 120	II A	55º	158
" 118, 129	I A	89º	292
" 118, 130	I A	89º	292
" 118, 136	II A	12º	35
" 118, 136	II A	71º	235
" 118, 137	II A	71º	243
" 118, 143 y ss.	I A	92º	297
" 118, 143	II A	58º	175
" 118, 147	II A	73º	252
" 118, 148	I A	29º	132
" 118, 150	II A	74º	258

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 118, 151	I A	27º	127
" 118, 153	II A	60º	183
" 118, 161	II A	71º	238
" 118, 163	I A	19º	107
" 118, 165	II A	26º	76
" 118, 167	II A	71º	240
" 119, 5	I A	18º	95
" 119, 5	I A	74º	249
" 119, 7	VIDA	IX	93
" 120,	I A	25º	124
" 120, 4	I A	79º	261
" 121, 3	I A	21º	111
" 121, 7	I A	78º	256
" 122, 2	I A	8º	54
" 123, 7	II A	10º	30
" 123, 8	I A	8º	59
" 124, 3	II A	75º	269
" 124, 5	II A	2º	11
" 125, 1	I A	21º	111
" 125, 5	I A	42º	176
" 125, 5	I A	86º	284
" 125, 6	II A	73º	250
" 126, 3	II A	70º	227
" 126, 5	I A	93º	298
" 126, 5	VIDA	XLII	280
" 127, 1	I A	2º	39
" 127, 2	I A	13º	77
" 127, 3	I A	11º	71
" 128, 6	IA	19º	105
" 128, 6	IA	67º	233
129, 1	II A	67º	211
" 129, 1	II A	70º	229
" 131, 1	I A	23º	116
" 132, 1	II A	2º	9
" 134, 7	II A	70º	230
" 135, 1	I A	24º	120

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 136, 1	I A	16º	86
" 136	I A	18º	93
" 136, 5	I A	25º	124
" 136, 5 y 6	II A	61º	189
" 136, 9	II A	57º	175
" 136, 9	I A	79º	265
" 137, 5 y 6	II A	63º	196
" 138, 1	II A	17º	46
" 138, 1	II A	19º	51
" 138, 3	II A	17º	47
" 138, 3	II A	71º	245
" 138, 4	II A	17º	47
" 138, 4	II A	19º	53
" 138, 6	II A	19º	54
" 138, 8	I A	8º	54
" 138, 8	I A	31º	138
" 138, 8 y ss.	I A	56º	203
" 138, 8	II A	17º	49
" 138, 12	I A	72º	244
" 138, 16	II A	17º	48
" 138, 16	II A	71º	245
" 138, 16	II A	77º	290
" 138, 17	II A	60º	185
" 138, 17	II A	71º	234
" 141, 5	VIDA	XXXI	223
" 141, 8	II A	55º	164
" 141, 8	II A	55º	165
" 142, 3	II A	7º	21
" 142, 5	I A	42º	174
" 143, 1	I A	19º	103
" 143, 1	I A	79º	264
" 143, 5	I A	15º	84
" 143, 7	I A	70º	240
" 143, 12	I A	72º	244
" 144, 18	I A	23º	117
" 146, 1	II A	SUME CITHARAM	332
" 147, 13	II A	7º	15

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SALMOS		
Ps., 147, 14	I A	24º	118
" 147, 14	I A	31º	140
" 147, 14	I A	50º	192
" 147, 14	II A	7º	21
" 147, 14	VIDA	XXX	215
" 147, 16	I A	14º	81
" 148, 5	I A	32º	142
" 148, 14	II A	68º	215
" 149, 5	I A	4º	42
" 150	I A	60º	211
" 150. 6	II A	85º	312
	LOS PROVERBIOS		
Prov. 5, 9	I A	72º	245
" 6, 6	I A	90º	293
" 6, 19	I A	55º	200
" 10, 12	II A	...	330
" 18, 10	II A	20º	55
" 25, 22	I A	14º	81
" 30, 15	I A	79º	262
" 30, 28	I A	2º	38
" 30, 28	I A	34º	149
	ECLESIASTES		
Eccles., 1, 7	I A	75º	250
" 9, 1	I A	18º	100
" 9, 1	I A	79º	264
" 9, 12	II A	57º	173
" 11, 3	I A	86º	284
" 12, 6	II A	...	332
	CANTAR DE LOS CANTARES		
Cant., 1, 2	II A	71º	240
" 1, 3	I A	64º	226
" 1, 3	I A	105º	330
" 1, 3	II A	71º	240

Cita bíblica		Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
		CANTAR DE LOS CANTARES		
Cant.,	1, 5	II A	58º	176
"	1, 10	I A	20º	110
"	1, 12	I A	8º	56
"	1, 14	I A	105º	330
"	2, 3	I A	34º	149
"	2, 4	I A	2º	39
"	2, 5	I A	74º	249
"	2, 6	II A	61º	190
"	2, 8	I A	25º	122
"	2, 8	I A	103º	327
"	2, 8	II A	39º	114
"	2, 10-11	II A	...	333
"	2, 11	I A	30º	136
"	2, 12	I A	60º	212
"	2, 12	I A	67º	234
"	2, 12	I A	85º	281
"	2, 14	I A	34º	147
"	2, 15	I A	19º	104
"	2, 15	I A	63º	220
"	2, 15	II A	57º	175
"	2, 16	VIDA	XII	109
"	2, 16	I A	9º	65
"	2, 16	I A	95º	303
"	2, 16	I A	106º	334
"	2, 16	II A	39º	115
"	2, 17	I A	18º	96
"	3, 1-2	II A	71º	240
"	3, 2	I A	24º	118
"	3, 2	II A	67º	212
"	3, 2	II A	...	332
"	3, 3	II A	67º	212
"	3, 4	VIDA	XII	111
"	3, 4	I A	8º	57
"	3, 4	II A	61º	189
'	3, 7-8	I A	18º	102
"	4, 6	I A	9º	62
"	4, 11	I A	34º	147

Cita bíblica		Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
		CANTAR DE LOS CANTARES		
Cant.,	4, 11	I A	34º	149
"	4, 15	II A	55º	164
"	5, 1	VID'A	XII	113
"	5, 1	II A	55º	160
"	5, 2	I A	4º	43
"	5, 5	I A	20º	109
"	5, 7	II A	67º	214
"	5, 12	I A	21º	113
"	6, 2	I A	106º	334
"	6, 4	I A	21º	112
"	7, 6	II A	70º	230
"	7, 10	II A	39º	115
"	7, 13	II A	55º	160
"	8	I A	46º	185
"	8	I A	96º	311
"	8, 6	I A	18º	96
"	8, 6	I A	57º	206
"	8, 6	I A	92º	297
"	8, 7	I A	18º	98
"	8, 13	II A	39º	116
		SABIDURIA		
Sap.,	2, 8	I A	79º	261
"	3, 1	I A	18º	97
"	3, 1-3	I A	370º	159
"	3, 6	II A	67º	212
"	3, 7	I A	15º	83
"	3, 7	I A	32º	143
"	5, 6	I A	79º	261
"	7, 11-12	II A	2º	9
"	16, 21	I A	32º	143
		ECLESIASTICO		
Eccli.,	2, 2	II A	59º	180
"	2, 3	I A	23º	117
"	2, 3	II A	59º	179

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	ECLESIASTICO		
Eccli., 2, 4	II A	59º	180
" 2, 5	II A	59º	180
" 4, 32	VIDA	XXXII	227
" 4, 32	I A	40º	167
" 4, 33	II A	59º	179
" 21, 3	I A	18º	99
" 23, 28	I A	63º	222
" 24, 23	II A	27º	76
" 31, 9	I A	7º	50
" 31, 9	I A	7º	51
" 32, 28	II A	72º	246
" 34, 17	II A	72º	246
" 44, 9	II A	42º	124
" 44, 9	II A	55º	162
" 51, 6	II A	75º	263
	ISAIAS		
Is., 1, 6	I A	73º	247
" 2, 3	I A	26º	125
" 3, 12	I A	63º	219
" 4, 31	I A	25º	123
" 5, 2	II A	58º	176
" 5, 5	II A	38º	104
" 5, 6	II A	38º	104
" 5, 6	II A	38º	108
" 5, 7	II A	38º	109
" 6, 1	I A	34º	148
" 6, 1	II A	75º	262
" 9, 6	I A	96º	311
" 9, 6	II A	63º	197
" 11, 6	II A	63º	197
" 11, 8	II A	63º	197
" 12, 2	VIDA	XXXIX	262
" 12, 2	II A	21º	58
" 14, 2	I A	79º	261

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	ISAIAS		
Is., 16	I A	2º	37
" 16, 4	II A	28º	79
" 21, 9	I A	71º	241
" 21, 11	II A	28º	78
" 30, 20	II A	28º	80
" 38, 12	II A	57º	172
" 38, 12	II A	57º	172
" 38, 14	II A	70º	229
" 38, 17	I A	1º	34
" 42, 14	I A	97º	313
" 50, 7	I A	72º	45
" 53, 3	I A	61º	214
" 53, 7	I A	63º	221
" 54	I A	57º	205
" 55, 1	VIDA	XI	103
" 56, 10	II A	...	330
" 63, 3	I A	61º	215
" 63, 15	I A	52º	194
" 64, 6	II A	16º	88
	JEREMIAS (PROFECÍAS)		
Jer., 1, 10	II A	2º	11
" 1, 13	I A	69º	237
" 2, 13	I A	75º	250
" 9, 1	I A	78º	253
" 12, 11	II A	68º	217
" 17, 5	II A	42º	123
" 17, 5	II A	55º	161
" 17, 6	II A	55º	161
" 17, 7	II A	42º	124
" 17, 7-8	II A	55º	161
" 17, 8	II A	42º	125
" 17, 13	II A	62º	193
" 20, 11	II A	61º	190
" 39, 7	I A	79º	264
" 51, 9	I A	7º	49

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	JEREMIAS (LAMENTACIONES)		
Jer., Thren.,	1, 2	I A 74º	249
" "	1, 2	I A 85º	280
" "	1, 9	I A 52º	194
" "	1, 9	II A 17º	48
" "	1, 9	II A 60º	182
" "	1, 11	II A 72º	248
" "	1, 12	I A 103º	326
" "	1, 13	I A 18º	93
" "	1, 13	I A 83º	276
" "	1, 13	II A 9º	27
" "	1, 13	II A 17º	48
" "	3, 1	I A 48º	187
" "	3, 2	I A 49º	188
" "	2, 5	I A 49º	188
" "	2, 9	I A 49º	188
" "	3, 11	I A 49º	188
" "	3, 28	I A 25º	123
" "	3, 42-44	II A 69º	224
" "	4, 1	II A 72º	247
" "	4, 5	I A 18º	99
" "	4, 5	I A 72º	243
" "	4, 6	I A 63º	219
" "	5, 21	I A 30º	134
" "	12, 11	I A 63º	221
	EZEQUIEL		
Ezech.,	10, 13	IA 14º	82
"	18, 22	I A 96º	309
"	37, 1	I A 1º	36
"	37, 4 y 5	I A 78º	256
	DANIEL		
Dan.,	2, 32	I A 42º	174
	OSEAS		
Os.,	2, 6	I A 36º	155
"	2, 14	I A 95º	304

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra-	Capítulo o Afecto	Página
	JOEL		
Joel, 2, 17	I A	12º	75
" 38, 4	I A	14º	78
	JONAS		
Jon., 1, 5	I A	32º	141
" 1. 5	I A	69º	238
" 4, 7	I A	42º	172
" 4, 8	II A	22º	66
" 4, 8	II A	22º	62
	MIQUEAS		
Mich., 4, 2	VIDA	XXVII	196
	NAHUM		
Nahum, 1, 3	I A	41º	168
" 1, 4	I A	35º	152
" 1, 4	I A	41º	168
" 1, 4	I A	41º	168
" 1, 5	I A	41º	169
" 1, 7	I A	41º	168
	HABACUC		
Hab., 1, 3-6	VIDA	XXVII	196
" 3, 9	II A	57º	171
" 3, 12	II A	57º	171
	ZACARIAS		
Zach., 1, 3	I A	32º	143
" 9, 9	I A	30º	137
" 9, 9	I A	55º	200
" 9, 9	II A	13º	13
" 9, 9	II A	35º	97
" 9, 17	I A	61º	215
" 9, 17	I A	95º	305

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	I DE LOS MACABEOS		
Mach., I, 2, 61	VIDA	XXVI	188
" I, 2, 62	II A	55º	162
" I, 2, 63	VIDA	XXVI	188
" I, 6, 11	II A	75º	264
" I, 6, 13	II A	57º	172
	II DE LOS MACABEOS		
Mach., II, 1, 20	I A	57º	205
	NUEVO TESTAMENTO		
	SAN MATEO		
Matth., 3, 3	I A	83º	276
" 4, 3	I A	86º	283
" 4, 10	I A	6º	45
" 5	I A	55º	199
" 5, 8	II A	71º	243
" 5, 16	VIDA	XLII	280
" 5, 16	I A	10º	70
" 5, 16	I A	72º	245
" 5, 16	I A	93º	298
" 6, 2	I A	72º	242
" 6, 10	II A	3º	13
" 6, 13	II A	12º	33
" 6, 20	I A	86º	282
" 7, 7	I A	108º	340
" 7, 16	I A	97º	312
" 8, 3	II A	80º	306
" 8, 20	I A	36º	154
" 8, 20	I A	95º	303
" 10, 16	I A	28º	129
" 10, 28	VIDA	XXVI	188
" 10, 36	I A	80º	270
" 11, 12	I A	70º	239
" 11, 12	I A	92º	297
" 11, 25	I A	8º	61

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	o Afecto Capítulo	Página
	SAN MATEO		
Matth., 11, 25	I A	89º	292
" 11, 29	I A	1º	34
" 11, 29	I A	23º	117
" 11, 29	I A	95º	303
" 13, 29	I A	80º	271
" 13, 31	VIDA	XXVIII	207
" 13, 44	I A	70º	239
" 15	I A	15º	85
" 17, 4	VIDA	XXVI	189
" 17, 4	I A	8º	58
" 18, 23-34	I A	55º	202
" 18, 23	I A	80º	268
" 18, 26-29	II A	38º	110
" 19, 27	I A	62º	216
" 19, 27-29	I A	106º	335
" 20, 8	II A	82º	308
" 20, 13	I A	72º	242
" 22, 12	I A	69º	237
" 23, 37	I A	94º	301
" 24, 25	I A	50º	191
" 25, 6	I A	10º	69
" 25, 6	I A	69º	238
" 25, 40	I A	55º	202
" 26, 18	I A	50º	191
" 27, 4	II A	59º	180
" 27, 5	I A	69º	238
	SAN MARCOS		
Marc., 8, 24	I A	42º	176
" 10, 14	I A	42º	172
" 10, 47	I A	52º	194
" 10, 48	I A	10º	70
" 10, 51	I A	52º	195
" 11, 24	I A	108º	340
" 15, 30	I A	9º	63

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	SAN LUCAS		
Luc., 1, 51	II A	67º	209
" 1, 53	II A	12º	36
" 1, 71	I A	71º	241
" 5, 5	I A	78º	254
" 5, 8	I A	2º	39
" 7, 47	I A	69º	237
" 8, 24	I A	4º	43
" 10, 16	I A	12º	74
" 10, 18	II A	74º	257
" 10, 30-37	I A	55º	202
" 10, 30	I A	80º	269
" 10, 33	I A	78º	256
" 10, 39	I A	60º	213
" 11, 9	I A	108º	340
" 11, 21	I A	55º	200
" 12, 7	II A	71º	244
" 12, 49	I A	9º	62
" 12, 49	I A	95º	307
" 13, 24	II A	15º	44
" 14, 8	I A	72º	242
" 14, 8	I A	79º	266
" 14, 21	I A	85º	281
" 14, 26	I A	105º	331
" 15, 8	I A	74º	249
" 15, 16	I A	85º	279
" 15, 29-31	II A	42º	123
" 16, 21	I A	80º	269
" 21, 19	I A	72º	246
" 21, 28	I A	22º	115
" 21, 28	II A	31º	90
" 23, 18	I A	63º	221
" 24, 29	I A	9º	62
" 24, 35	I A	8º	52

Cita bíblica		Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
		SAN JUAN (EVANGELIO)		
Joann,	1, 11	I A	98º	315
"	2, 4	I A	50º	192
"	2, 5	I A	18º	94
"	2, 7	I A	79º	257
"	3, 3	II A	62º	194
"	3, 16	I A	96º	312
"	4, 6	I A	37º	157
"	5, 3	I A	85º	279
"	5, 4	I A	79º	260
'	7, 6	I A	50º	190
'	7, 6	I A	50º	192
'	7, 6	I A	50º	192
		ACTAS DE LOS APOSTOLES		
Act.,	1, 18	I A	69º	238
"	3, 4	I A	25º	124
"	5, 41	I A	95º	306
"	9, 6	I A	20º	108
		SAN PABLO (EPÍSTOLAS)		
A LOS COLOSENSES				
Col.,	2, 14	I A	42º	176
"	3, 1	I A	9º	67
A LOS CORINTIOS (I)				
I Cor.,	1, 23	I A	98º	315
I "	3, 7	I A	80º	271
I "	4, 7	I A	79º	265
I "	7. 30-31	I A	9º	67
I "	7, 31	I A	85º	281
I "	10, 12	I A	79º	264
I "	13, 4	I A	55º	202
I "	14, 15	II A	...	332

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
A LOS CORINTIOS (II)			
II Cor., 2, 14	I A	69º	237
II " 6, 2	I A	37º	163
II " 6, 2	VIDA	XXXIV	236
II " 11, 2	I A	35º	151
II " 11, 10	VIDA	XLV	296
II " 12, 9	I A	13º	76
II " 12, 10	I A	101º	321
A LOS EFESIOS			
Eph., 5, 8	II A	...	332
A LOS FILIPENSES			
Philipp., 2, 7	I A	95º	307
" 2, 8	I A	95º	303
" 2, 9	I A	2º	37
" 3, 20	I A	9º	67
A LOS GALATAS			
Gal., 6,17	I A	39º	166
A LOS HEBREOS			
Hebr., 1, 5	II A	57º	169
" 1, 5	II A	57º	169
" 4, 12	I A	31º	140
" 6, 6	I A	42º	176
" 8, 5	I A	26º	125
" 8, 5	I A	72º	246
" 10, 7	II A	62º	194
A LOS ROMANOS			
Rom., 3, 12	VIDA	XII	11
" 7, 24	I A	31º	141
" 8, 29	I A	10º	68
" 8, 29	I A	23º	116
" 8, 29	I A	26º	125

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
A LOS ROMANOS			
Rom., 8, 17	I A	39º	166
" 8, 35	VIDA	XIII	116
" 8, 35	VIDA	LI	328
" 8	IA	28º	128
" 8	IA	68º	326
" 8	II A	35º	98
" 10, 12	VIDA	XLVIII	315
" 13, 12	I A	86º	282
' 15, 4	I A	72º	246
A TITO			
Tit., 2, 03	II A	71º	233
EPISTOLA DE SANTIAGO			
Jac., 1, 5	I A	75º	251
" 1, 23-24	I A	20º	109
" 2, 19	I A	7º	49
" 2, 19	I A	12º	74
" 4, 6	I A	8º	60
" 5, 7	I A	72º	246
" 5, 7	II A	55º	160
SAN PEDRO (Epístola)			
I Petr., 1, 4, 8	I A	42º	172
I " 4, 8	I A	101º	321
I " 4, 8	VIDA	XLV	295
I " 5, 6	II A	60º	183
I " 5, 8	I A	7º	47
I " 5, 9	I A	6º	45
APOCALIPSIS			
Ap., 1, 16	I A	9º	62
" 3, 7	I A	4º	42
" 3, 17	I A	79º	266

Cita bíblica	Nº del vol. y título de la obra	Capítulo o Afecto	Página
	APOCALIPSIS		
Ap., 3, 20	I A	103º	325
" 4, 7, 8	I A	92º	296
" 7, 13	I A	22º	114
" 7, 14	I A	55º	201
" 7, 14	I A	92º	296
" 9, 7	I A	79º	261
" 10, 6	I A	50º	192
" 12, 7	I A	67º	235
" 14, 13	II A	82º	308
" 17, 4	I A	7º	48
" 21, 4	I A	37º	159
" 21, 4	I A	78º	253
" 21, 4	I A	86º	284
" 21, 5	I A	32º	39
" 21, 15	I A	32º	143

INDICE GENERAL DEL TOMO II

AFECTOS Págs.

1.—Pide lágrimas, que sean cogidas en las fuentes del Salvador 7

2.—Anhela a más perfección. Imagínase llena de delitos. Como ninguno va al Padre, sino por Cristo, para ir a Cristo es puerta feliz la Madre 8

3.—Asombro de cómo padeció Dios en el mismo mundo que creó. Elevaciones y deliquios por la unión al Sumo Bien 12

4.—Ardientes gemidos por la perdición de las almas, y porque se salven todas 13

5.—Son las tribulaciones el camino de las consolaciones. La cruz de Cristo que debemos llevar, no es imaginaria sino positiva 15

6.—Tributa fervorosos encomios al corazón de Jesús y al de María. Cuántas penas comprimieron respectivamente estos dos purísimos corazones 17

7.—Fervorosas aspiraciones a las llagas de Cristo. Dale Nuestro Señor a entender sepulte su alma en la llaga de su costado 20

8.—Se excita a penitencia, después de grandes sufrimientos 23

9.—Dilatación del corazón en la tribulación, alentada con el ejemplar puesto en el monte 24

10.—A Dios se debe servir por sí mismo, no por las consolaciones, que entonces era servirte a ti. La vida de Jesús fue atormentada con la vista de los pecados del mundo 28

AFECTOS Págs.

11.—Camino y viático para ir a Dios. La meditación de los artículos de la fe, con la oración dominical 31

12.—Bienaventuranza y positivos consuelos y enseñanza para los perseguidos y los que lloran 33

13.—Deliquios y ansias por llegar a Dios. Habla interior que ilumina y tranquiliza el espíritu 36

14.—Desfallecimiento del alma al conocer la alteza de Dios y bajeza propia. Aliento con la inteligencia del salmo y goce del Santísimo Sacramento 37

15.—Representación de la puerta que conduce a los religiosos al despeñadero, y de la que guía a Belén, donde recibe altísimas inteligencias 42

16.—Mientras más fuere el padecer, más será el gozar. Lo que se le muestra en una visión intelectual 45

17.—El Señor tiene conocidos y previstos todos los caminos del alma, desde la eternidad. Doctrinas altísimas .. 46

18.—Promesa de que se oirán las palabras de Dios por medio de la autora, estando revestida de pureza, caridad y esperanza 50

19.—Mirando a la luz del Sacramento sus imperfecciones, las analiza y pide su sanidad 51

20.—El que está constante en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él. Espera ser liberada de los males .. 54

21.—Vehemencia del amor de Jesús al alma, y propensión de ésta al amor de Dios, que no la satisfacen otros objetos; y sólo puede reposar amando y padeciendo 56

22.—Motivos para desear la muerte. Con la tribulación se purga, purifica y prueba el alma. Patéticos lamentos de los males de su pueblo, por los que quisiera morir 60

23.—Vuelo rápido y afectuoso tras la Madre del amor puro, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza 68

AFECTOS Págs.

24.—Fervientes peticiones a María Santísima para que le dé su doctrina, su amor y dolor 70

25.—Pide ser confortada con el amparo de María Santísima. Aspiraciones al Sacramento del altar. 73

26.—El camino de la justicia son los trabajos; éstos corrigen y precaven de los vicios 75

27.—María Santísima es la vid de donde mana el vino que engendra vírgenes 76

28.—Esta vida es noche oscura. Con la muerte amanece. De los malos hace Dios buenos 78

29.—Con el cántico *Magnificat* engrandece la humildad. Furor de los espíritus malos contra el alma. El ángel del Señor los refrena 83

30.—Zozobras del alma en este destierro, de no llegar a la unión de su esposo. Este la conforma y anima 85

31.—Finezas que debemos a Dios desde haber encarnado, dándonos un ángel por custodio y a su misma Madre por nuéstra 87

32.—Sublime pauta para este breve camino, la imitación de María Santísima y Purísima. Elevaciones, pensamientos y doctrinas profundas 90

33.—Prosigue la misma materia 92

34.—La escritura es luz del alma, abrázate fuertemente con aquel Cristo Jesús que la fe enseña; en su unión no hay cosa que atemorice 94

35.—De cómo no debe conturbarse el alma, si espera en el Señor, porque entonces no será confundida. En innumerables partículas de la hostia sagrada está Dios amándote y beneficiándote 97

36.—Queja amorosa del amante y satisfacción completa de la amada 100

37.—Recebir con sumo aprecio cualquiera buen pensamiento o inspiración 102

AFECTOS Págs.

38.—Humíllase y detesta la culpa. Afluencia de reflexiones y doctrinas sublimes. Deseos de consumir toda su substancia en el dolor y sus años, en gemidos de penitencia 103

39.—Alteza de nuestro fin. Ansias por lograrlo. Elegantes y patéticos conceptos 111

40.—Ansias y gemidos por hallar al amado. Canta elevadamente el poder de Dios, y su beneficencia 117

41.—Pide consumir su existencia llorando sus infelicidades, y la ausencia de su amado. Paráfrasis del Salmo XXXVII 120

42.—Contenta con la amistad de Jesús, no apetece más felicidad. Este amigo provee en todo tiempo, y más en el de necesidad. Maldito el hombre que confía en el hombre 122

43.—Conocimiento de la propia vileza, valorizada con la gracia. Esta guiará a la gloria 125

44.—Terror a la culpa. Vehementes deseos por Dios. Temor de perderlo, y precauciones para evitarlo. Consuelo de hallar a Jesús en los brazos y pecho de la Madre de ambos 127

45.—Inteligencia del nombre del ángel; éste le aprueba lo que escribe. Se le anuncia será su habitación en la Sión santa. Deseos de padecer 130

46.—La voz del Señor, suave y todopoderosa, obra maravillas en lo íntimo del alma 131

47.—La actividad de toda la naturaleza da lección de ciencia saludable. Oración profunda en la tranquilidad del sueño. Lo extraña, y se le da la razón 135

48.—Condiciones que requiere el divino amor para unirse al alma semejadas a la manipulación del lino. Delicias y fragancias del huerto del Espíritu Santo 137

AFECTOS Págs.

49.—Es interminable el conocimiento propio. La voluntad propia es abismo de todos los males. Esto desconsuela; pero la confianza en el Señor infunde aliento ... 139

50.—Representación de que en su amortecimiento, uniéndosele Dios, la vivificará. Adora la justicia divina ejercitada en su humillación y desprecio 143

51.—Obras buenas menoscabadas con vanos afectos. Sujeción al director, aunque se reciban iluminaciones celestiales. Pide ser despreciada y olvidada, y aunque su locura no aprecie tan inmensos beneficios divinos .. 146

52.—Modo de humillarse, contraponiendo los atributos de Dios a las miserias propias. Cuánto daño hacen los defectos, aún leves 148

53.—Pintura de las miserias que cercan al alma y cuerpo. Aterrada, se acoge al único refugio, con fervientes ansias 150

54.—Pues no sabes lo que conduce a la vida eterna, conténtate con tu humillación y dolor; si es lo que Dios dispone. Para tan corto tiempo, cualquier cosa te basta 154

55.—En el alma malévola no entrará la sabiduría. Compendia altamente parte del Salmo CXVIII 156

Exposición mística del Salmo I: *Beatus vir*... 159

56.—El alma se presta gustosa, y ayuda a los castigos del cuerpo delincuente. Busca al Señor con todo su corazón 166

Inteligencia mística del Salmo XXXIX 167

57.—Aplicación del salmo II a los inicuos conatos del pueblo judaico, en la pasión de J. C., y deducción moral contra los altivos pensamientos de los poderosos del mundo 169

58.—Prosecución y conclusión del mismo asunto 175

AFECTOS Págs.

59.—Retribución de soberbios, y castigo de ingratos. El desagradecimiento a los divinos beneficios es polilla de todas las virtudes 177

60.—La voz de nuestra miseria sube al abismo de la Divina Misericordia y la inclina al abismo de nuestros males 180

61.—La luz divina sella el corazón, y en ella halla éste la alegría substancial 186

62.—Exposición de los cuatro primeros versos del Salmo VIII 192

63.—Mayores que toda alabanza son las estupendas obras de la Encarnación y el Pan Vivo del altar 194

64.—Todas las criaturas cuentan al hombre la magnificencia de su Hacedor, y las fragilidades de la vida. Quién es el hombre para con su Dios. Motivos que alientan a llevar la cruz de Cristo 198

65.—Aplicación del salmo VII a las aflicciones del alma 203

66.—Oración, y examen de la mañana 208

67.—Rectitud de nuestras peticiones, y causas para no ser oídas, con exposición del salmo V: *Verba mea auribus percipe, Domine* 209

68.—Infelicidad de quien pierde la gracia, y deseos de recuperarla, con exposición del Salmo XI 214

69.—Corrección misericordiosa de Dios. Armería donde se hace inexpugnable el alma. Corrección de furor, más terrible que el infierno, con exposición del Salmo VI 221

70.—Cuán saciada será el alma dichosa que por la gracia habita en la heredad del Señor 226

71.—Descripción sin igual del camino de la ley de Dios, esmaltado de preciosas piedras por la mano de Jesucristo, y riqueza de los que andan por él, en exposición del Salmo CXVIII. 233

AFECTOS Págs.

72.—Esperanza y confianza en Dios con exposición del Salmo X 246
73.—Prosigue el mismo asunto, con el verso 5º del mismo salmo: *Dominus in templo sancto suo, Dominus in coelo sedes ejus* 248
74.—Canta en el Salmo IX las misericordias con que libra Dios a los pobres de espíritu de los males eternos; y la justicia que hizo y hará con el primer impío y todos sus hijos 253
75.—Altísimo refugio del pobre de espíritu, tratado altísimamente con el versículo 10 del salmo anterior. Libertad oportuna de los justos. El Señor se levanta a poner un legislador sobre cada uno de los viciosos, y un ángel de Satanás sobre cada uno de los justos .. 262
76.—Declaración del Avemaría 271
77.—Paráfrasis del símbolo apostólico 277
78.—Aplicación mística de la antífona que empieza: *Herodes tractus* 299
79.—Freno para suspender el juicio cuando quiere precipitarse sobre los defectos ajenos 302
80.—Fortaleza varonil para practicar las virtudes; incomparable hermosura de éstas, y soliloquio de una alma necesitada 304
81.—Títulos que tiene María Santísima para mirar con misericordiosos ojos nuestras miserias 306
82.—En saludable silencio hemos de aguardar que abogue Jesu Christo en nuestras causas, en inteligencia del Salmo XLIX 308
83.—Igualdad de ánimo para recebir con resignación la Misericordia de Dios 309
84.—Coloquio de una alma con Nuestro Señor, etc. 310
85.—Aunque todas las virtudes tienen hermosura, no gustan de igual modo al paladar espiritual 312

AFECTOS Págs.
86.—Villancico al nacimiento del Redentor 313
87.—Imagen transitoria del hombre, y modo de llevar a su fin 314

TERCERA PARTE

Elogios y súplicas a María Santísima 317
Desengaños. Exhorto a penitencia. Acto de contrición 325
De la murmuración y de los detractores 327
Sume citharam, circuibo civitatem et bene canere .. 331
Grados de contemplación del Sumo Bien 332
Cántico segundo 333
Poesía 334
Indice de las citas bíblicas contenidas en las Obras Completas de Sor Francisca Josefa de la Concepción 337
Indice general 373

Se imprimió este libro siendo
Ministro de Educación Nacional
El Dr. Gabriel Betancur Mejía,
bajo la dirección de la Revista
"Bolívar".

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01190 8045